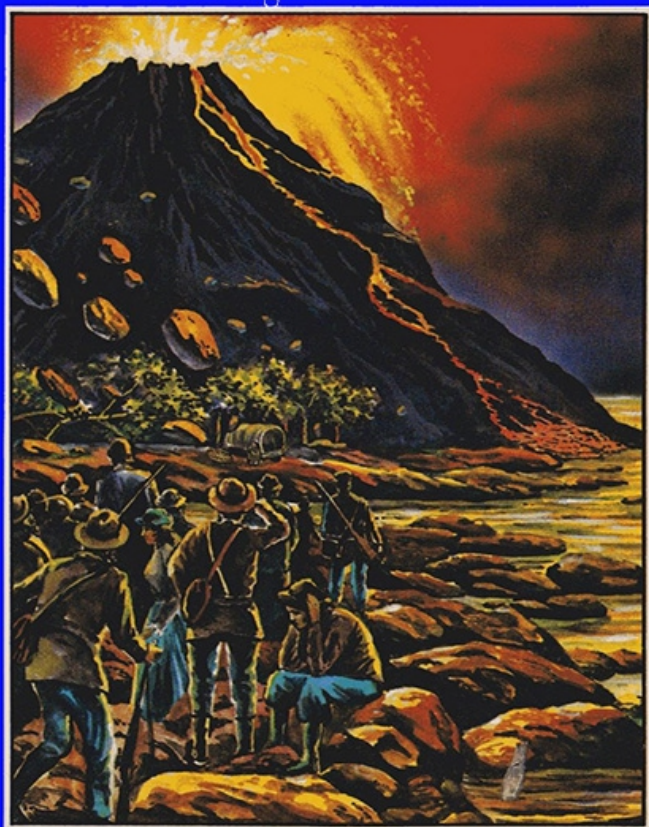


Julio Verne

El volcán de oro

Edición original de Julio Verne



de

Recorrer el Gran Oeste canadiense junto a la caravana de dos intrépidos primos de Montreal, conocer sus peripecias frente a osos, bandidos y míticos animales, sentir la crudeza del clima de Alaska, descubrir la miseria de la vida en las minas y las consecuencias de esa enfermedad histórica que fue la fiebre del oro... ¿Pensaste disfrutar de una aventura así de la pluma de Julio Verne?

Los compromisos que lo ataban a su editor que limitaban su obra al género científico de anticipación lo obligaron a posponer este proyecto literario hasta sólo seis años antes de su muerte. Después, las manipulaciones que sufrió la obra anularon su cara más audaz, la que criticaba las desaforadas ambiciones de su tiempo. Ahora, por fin, podemos leer el texto original y definitivo.



Jules Verne

El volcán de oro (Ed. original)

Viajes extraordinarios - 56

ePub r1.2

Titivillus 28.10.16

Título original: *Le Volcan d'or*

Jules Verne, 1989

Traducción: Eduardo Lasca

Ilustraciones: George Roux

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



PREFACIO

El 1886, después de haber publicado alrededor de treinta novelas de la serie de los *Viajes Extraordinarios*, Julio Verne se encuentra en la cúspide de la gloria. Sin embargo, en el transcurso de aquel mismo año, se van sucediendo las desgracias en la vida del escritor: su sobrino, herido por un disparo, quedará cojo para el resto de sus días, y su editor, Pierre-Jules Hetzel, fallece. Al novelista le aguarda otro tipo de vida: ya no puede navegar, lo que constituía su gran pasión, y sintiéndose libre de las ataduras impuestas por Hetzel, pone en tela de juicio su carrera literaria.

En efecto, Verne sueña con liberarse del marco «científico y geográfico» en el que se hallaba «condenado a desenvolverse». Al tiempo que envejece, escribe novelas fantásticas (*La esfinge de los hielos*, *Las historias de Jean-Marie Cabidoulin*), o de pasión (*El castillo de los Cárpatos*), satíricas (*Sin pies ni cabeza*), pero esas obras, que hoy son apreciadas por su valor literario, son mal recibidas entonces. El público espera ante todo del autor de *De la tierra a la luna* novelas de ciencia-ficción en las que se desplieguen inventos extraordinarios.

Los manuscritos póstumos de Julio Verne.

Después de la muerte de Julio Verne, el 24 de marzo de 1905, su hijo Michel elabora sin tardanza la lista de once volúmenes en espera de ser editados. Esas obras se dividen en un relato de viajes (*Viaje por Inglaterra y Escocia*), una novela de ciencia-ficción (*París en el siglo XX*), una colección de relatos y ocho novelas terminadas: *El faro del fin del mundo*, *La agencia Thompson & Co.*, *En Magellanie*, *El secreto de Wilhelm Storitz*, *La caza al meteoro*, *El bello Danubio amarillo*, *El volcán de oro* y *Viaje de estudios*, siendo este último el

único que se había quedado en estado de proyecto. Desgraciadamente, bajo las presiones del editor Jules Hetzel, Michel Verne se entrega entonces a una lamentable manipulación. Reescribe completamente las obras de su padre —entre ellas *El volcán de oro*—, introduce nuevos personajes, redacta nuevos capítulos e imagina nuevas conclusiones. Todo el espíritu de las obras originales es traicionado.

Hasta nuestros días no se conocían esas novelas póstumas sino bajo esa forma desnaturalizada. Pero recientemente, la Sociedad Julio Verne ha encontrado en manos de los descendientes del editor las copias de los manuscritos de Julio Verne; después de una primera edición no comercial, de tirada limitada, en la actualidad agotada, presenta hoy para el gran público la versión original de *El volcán de oro*, la única auténtica. La novela retorna a su verdadero ser cien años después de su redacción.

El manuscrito de El Volcán de oro.

En 1896, los buscadores de oro se precipitan hacia las orillas del Klondike, en el territorio del Yukón, tras el anuncio del descubrimiento de un yacimiento aurífero inagotable. El propio hijo de Julio Verne se entrega a la prospección minera. El escritor no tarda en describir aquella funesta fiebre del oro, un metal que menosprecia después de haber trabajado en la Bolsa en 1857 —el mismo oro que le proporciona el tema de *En Magellanie* y de *La caza al meteoro*—, y al que todavía volverá a aludir en 1900 en *Segunda patria*.

En octubre de 1899, Verne escribe a Hetzel hijo:

*Estoy ahora sumergido en las minas del Klondike.
¿Encontraré una pepita de oro? Ya veremos. En
cualquier caso le doy al pico como un minero.*

Obra fuerte y pesimista, *El volcán de oro*, una vez terminada, queda en reserva. Será la única novela póstuma en dos volúmenes, prueba del interés que el autor sentía por ella.

Completa y revisada, la obra no necesitaba ninguna corrección o

modificación. Sin embargo, tal fue su destino. El manuscrito de *El volcán de oro* presenta un texto acabado, aunque le falta la última revisión de pruebas. Según su costumbre, el escritor no había decidido definitivamente los nombres propios de todos sus personajes. En el curso del relato cambia a veces la ortografía, ya fuera por distracción, o para probarlos, ya que Verne trabajaba sobre varias novelas a la vez. Consciente de cometer ese tipo de errores, el autor se reserva por otro lado la posibilidad de corregirlos adjuntando a un nombre, a una distancia, o a una fecha dudosa un signo de interrogación, destinado a llamar su atención. Por lo tanto, hemos rectificado las eventuales faltas como el autor lo hubiera hecho. Solamente han quedado algunas repeticiones, olvidos y torpezas; las hemos respetado y hemos señalado las lagunas del texto mediante puntos suspensivos entre corchetes. Cualquier otra rectificación está señalada por una nota a pie de página. Los nombres propios modificados conservan su primera grafía, pero las variantes van señaladas igualmente a pie de página. En lo que respecta a los nombres geográficos, hemos conservado su antigua ortografía, la de la época de Julio Verne. Finalmente, esta nueva edición ha sido revisada y corregida.

Tema de la obra.

Una sola fórmula basta para resumir *El volcán de oro*: «Muerte y miseria en el Gran Norte». En efecto, dos temas son desarrollados en la novela: la fiebre del oro y la travesía de un país salvaje e inhospitalario.

La fiebre del oro se describe como una enfermedad, apoyándose en términos médicos:

¡Ben no escapó a la epidemia reinante, y Dios quiera que yo a mi vez no me contagie! ¡Vaya fiebre, esta fiebre del oro, y no es intermitente, y no se la puede cortar con una quinina cualquiera! Me doy cuenta de que no hay cura para ella^[1].

En aquel final del siglo XIX, en el que el enriquecimiento era la finalidad de toda la burguesía, atacar al Becerro de oro, dios de los capitalistas, no carecía de cierta audacia. Ese ataque obligó sin duda al autor a retrasar la publicación de su novela y explica ciertas transformaciones operadas por su hijo y por Jules Hetzel, asustados

por el desprecio que manifestaba el escritor por el «vil metal», temían que afectara a la venta del libro.

Si bien el odio hacia el oro permanece oculto en tres novelas póstumas (*En Magellanie*, *La caza al meteoro* y *El volcán de oro*), este mismo odio se manifiesta en vida del autor en *Segunda patria*, en la cual aparece una breve alusión a aquella plaga, y donde el descubrimiento de pepitas de oro amenaza con hacer desaparecer la colonia:

¡Si se divulga la existencia de estos terrenos auríferos, si se llega a saber que las pepitas abundan en la Nueva Suiza, los buscadores de oro acudirán en masa y, tras ellos, vendrán todos los males, todos los desórdenes, todos los crímenes que acarrea la conquista de ese metal!^[2].

Bajo la probable presión del editor, ese «fermento de agitación y ruina»^[3] desaparece del relato como por encanto; las pepitas ya no existen y en su lugar se lee:

[...] la colonia no fue invadida por esos buscadores de oro que sólo dejan tras ellos desorden y miseria^[4].

Los mismos buscadores de oro descritos en *En Magellanie*, que se abaten sobre la isla de los colonos como una nube de langostas, dejando la ruina a su paso, y en *La caza al meteoro* donde, bajo forma paródica, el cometa de oro suscita el desencadenamiento de las pasiones y de las especulaciones más alocadas.

El volcán de oro está enteramente consagrado a esa busca maléfica. Verne describe con precisión los métodos de prospección y la condición de los mineros, sus fracasos, su degradación, hasta la muerte. Como para reforzar su intención, inserta una historia secundaria en el relato, la de Jacques Laurier, un desgraciado buscador que habiendo creído conquistar la fortuna, termina su vida en el siniestro hospital de Dawson City, del cual los enfermos «no salen más que para ir al cementerio en un carruaje fúnebre tirado por perros»^[5]. Esta confesión trágica parece destinada a

hacer reflexionar a su hijo Michel: Jacques Laurier, hijo de buena familia, lleva como Verne —sinónimo del aliso— un apellido de árbol; es francés, como él, y de Nantes. ¿Comprendió Michel Verne la alusión? En todo caso cambió Laurier por Ledum y suprimió la expresión «carruaje fúnebre tirado por perros».

La poesía del Gran Norte.

En esta novela de aventuras Julio Verne evoca —como lo harán más tarde Jack London y James Oliver Curwood— la poesía del Gran Norte, el país rudo y salvaje cruzado por los dos primos de Montreal en busca de un *claim*^[6] supuestamente aurífero. Nos encontramos en plena película del oeste: la caravana cruza los puertos, navega por lagos y ríos, caza para alimentarse, sufre el ataque de una manada de osos y de una partida de bandidos. Una extraña cacería del alce canadiense, animal mítico siempre insaciable, añade a la novela un carácter ecológico y poético.

En ese universo rudo, de temibles fríos, las mujeres no se enfrentan a los mismos peligros. Sólo dos religiosas, fieles a su vocación, emprenden igualmente el largo viaje hacia Dawson City para llevar su consuelo y su femenina presencia a las miserables víctimas de la *auri sacra fames*^[7].

Las transformaciones de Michel Verne.

Michel Verne reescribe, pues, la novela y cree necesario —¿por anticlericalismo?— sustituir a las dos hermanas de la caridad por dos encantadoras primas buscadoras de oro que flirtean con los dos protagonistas hasta consumir un doble matrimonio final. De una novela de aventuras, sobria y viril, de búsqueda simbólica, la novela se rebaja al nivel de un sainete sentimental. Para añadir unos toques pintorescos y cómicos, Michel Verne hace acompañar a la prima Jane por un personaje grotesco, Patrick Richardson, un descargador de mercado que llama siempre a su patrona «*monsieur Jean*», incapaz de reconocer a una mujer en pantalones de minero. Para rematarlo todo, Neluto, el digno indio que acompaña a la caravana hacia Golden Mount, el misterioso volcán de oro, aparece

ridiculizado, expresándose como una caricatura de campesino normando:

—¡Allí! ¡Allí! ¡Humo! —gritó.

Pero al momento lamentó haberse mostrado tan audazmente afirmativo.

—O una nube —dijo.

Reflexionó un segundo y añadió:

—O un pájaro.

El piloto reflexionó unos instantes. Humo, una nube, un pájaro... ¿Había agotado las hipótesis?

—O nada —concluyó^[8].

Esa cascada de interpretaciones, indignas de un indio de vista aguda, sustituye a la concisión de Verne:

Los vapores se dispararon y se oyó gritar a Neluto:

—¡Allí! ¡Allí! ¡Humo!

Al mismo tiempo apareció la montaña, el volcán de oro, cuyo cráter dejaba escapar algunos vapores fuliginosos^[9].

Todos esos añadidos, todas esas modificaciones, lejos de mejorar la novela, la diluyen y rebajan. Más grave aún, la conclusión de Michel Verne, al cabo de los cuatro capítulos suplementarios, transforma el fracaso en victoria. Esa transformación de la situación nos deja asombrados si nos acordamos de que Julio Verne describió esa fiebre del oro para mostrar la maldición ligada al metal amarillo: una búsqueda funesta de la que se regresa —cuando se regresa— más pobre que al principio.

Reconozcamos que Michel Verne, en su labor transformadora, da muestras de una habilidad poco común al modificar las últimas frases de la novela, consiguiendo dar a las mismas palabras un sentido opuesto; así, una explosión de rencor se convierte en un exceso de vitalidad. Para Julio Verne, Ben Raddle no admite su fracaso:

Parecía que en cualquier momento fuera a estallar en recriminaciones contra su mala fortuna.

Entonces Summy Skim se apresuró a decirle:

—Sí, mi pobre Ben siempre está listo para entrar en erupción. ¡Después de todo, cuando uno ha tenido un volcán en su vida, siempre queda algo!

En la versión de Michel Verne, Ben Raddle,

...ese hombre feliz, nunca está presente [...] pasa y desaparece como un rayo. [...] Summy Skim [...] no se priva de colmarle de los más vivos reproches [...].

Además, Summy, cuando su primo se ha ido en una nueva gira, es el primero en excusarle.

—No hay que criticar que el pobre Ben esté siempre listo a entrar en erupción —suele decirle a Edith—. Después de todo, cuando uno ha tenido un volcán en su vida siempre queda algo.

Hacia la explosión final.

Por fin puede hoy Julio Verne expresarse, lavado de las escorias que desnaturalizaban su obra, del mismo modo que el agua purifica dos veces el oro maldito. Leer *El volcán de oro* en su versión original, tal y como su autor la imaginó, devuelve a esa novela su fuerza, su belleza y toda su virginidad.

Verne siempre vivió obsesionado por el simbolismo de los volcanes, explosión liberadora, surgimiento orgánico. Calificados a menudo de «ignívoros», como en los *Viajes Extraordinarios*, los volcanes vomitan fuego. ¿No se receta un emético al Golden Mount, en *El volcán de oro*, para ayudarle a arrojar las pepitas de su estómago repleto? Ya en *Sin pies ni cabeza* «los volcanes aprovechaban la ocasión para vomitar, como un viajero con náuseas, la materia que se desplazaba en sus entrañas»^[10].

De la tierra al cielo el volcán es un fuego artificial fantástico que ilumina toda la obra de Verne. En *Cinco semanas en globo*, primera

novela publicada en Hetzel, un misionero muere contemplando aquella maravilla de la naturaleza, un *cráter en actividad del que escapaban con estrépito mil surtidores deslumbrantes*.

—¡Qué bello es! —dijo—. *El poder de Dios es infinito hasta en sus más terribles manifestaciones*^[11].

A la conquista del aire, de la tierra y del fuego, Verne explota su imaginación. Los volcanes, símbolos de la pasión, del poder y de la vitalidad, liberan las pulsiones y expresan un rechazo de las ataduras. A veces el volcán duerme; desconfiemos de su despertar.

OLIVIER DUMAS
Presidente de la Sociedad Julio Verne

NOTA DEL EDITOR DIGITAL

La presente edición está basada en los escritos originales de Jules Verne, sin los añadidos y cambios realizados en la edición de 1906 por su hijo Michel Verne (dicha versión también se encuentra publicada en la página), y que fue publicada por primera vez en 1989.

La mayoría de versiones publicadas de *El volcán de oro* siguen la versión realizada por Michel Verne, siendo esta obra, en su versión original, prácticamente desconocida.

PRIMERA PARTE

EL LEGADO DE UN TÍO



El 18 de marzo del antepenúltimo año de este siglo, el cartero que hacía el reparto en la calle Jacques-Cartier de Montreal entregó en el número veintinueve una carta dirigida a *monsieur* Summy Skim. Esa carta decía así: «El notario Snubbin presenta sus respetos a *monsieur* Summy Skim y le ruega pasar sin tardanza por su bufete para un asunto que le concierne».

¿Con qué motivo deseaba el notario ver a *monsieur* Summy Skim? Éste le conocía, como todo el mundo en Montreal. Era un hombre excelente, un consejero prudente y seguro. Canadiense de nacimiento, dirigía el mejor bufete de la ciudad, el mismo que sesenta años antes tenía como titular al famoso notario Nick, cuyo nombre verdadero era Nicolas Sagamore, de origen hurón, tan patrióticamente implicado en el asunto Morgaz, que tuvo considerable resonancia en el año 1837^[1].

Monsieur Summy Skim se mostró bastante sorprendido al recibir aquella carta del notario Snubbin, por no tener ningún asunto pendiente en su bufete. Sin embargo, acudió a la invitación recibida. Media hora más tarde llegaba a la plaza del mercado Bonsecours y era introducido en el despacho donde le estaba esperando el notario Snubbin.

—Tenga usted los buenos días, *monsieur* Skim —dijo el notario levantándose—. Permítame presentarle mis respetos.

—Y yo los míos —respondió *monsieur* Skim sentándose cerca de la mesa.

—Ha sido usted el primero en llegar, *monsieur* Skim.

—¿El primero, notario Snubbin? ¿Somos varios los convocados en su bufete?

—Dos —respondió el notario—. *Monsieur* Ben Raddle, su primo, ha debido recibir una carta invitándole a venir, lo mismo que usted.

—Entonces no hay que decir ha debido recibir, sino recibirá —declaró Summy Skim—. Porque Ben Raddle no se encuentra en Montreal en estos momentos.

—¿Volverá pronto? —preguntó el notario Snubbin.

—Dentro de tres o cuatro días.

—Cómo lo lamento.

—¿Tan urgente es la comunicación?

—En cierto modo sí —respondió el notario—. Pero a fin de cuentas le voy a poner al corriente y le ruego que ponga en conocimiento de *monsieur* Ben Raddle en cuanto regrese lo que me ha sido encargado comunicarles.

El notario se caló los lentes, hojeó algunos papeles esparcidos sobre la mesa, cogió una carta que sacó de un sobre y antes de leer el contenido dijo:

—*Monsieur* Raddle y usted, *monsieur* Skim, son los sobrinos de *monsieur* Josias Lacoste.

—En efecto, mi madre y la madre de Ben Raddle eran hermanas tuyas. Pero después de su muerte, hace siete u ocho años, perdimos toda relación con nuestro tío. Dejó Canadá por Europa. Nos separaron algunos intereses. Desde entonces no volvió a dar noticias; ignoramos lo que ha sido de él.

—Pues bien —respondió *monsieur* Snubbin—, me acaba de llegar la noticia de su fallecimiento, fechada el 25 de febrero último.

Aunque hacía mucho tiempo que se había roto toda relación entre *monsieur* Josias Lacoste y su familia, aquella información impresionó vivamente a Summy Skim. Su primo Ben Raddle y él mismo no tenían ya ni padre ni madre; y ambos, hijos únicos, estaban reducidos a ese parentesco entre primos hermanos estrechado aún más por una íntima amistad. Summy Skim bajó la cabeza, con los ojos húmedos, pensando que de toda la familia únicamente quedaban Ben Raddle y él. Por supuesto, en varias

ocasiones habían intentado averiguar lo que había sucedido con su tío, lamentando haber roto todos los lazos con él. Quizá esperaban incluso que el futuro les reservara volver a verle, y en aquel momento la muerte acababa de destruir esa esperanza.

Por otra parte, Josias Lacoste había sido siempre, por naturaleza, poco comunicativo, al mismo tiempo que poseía un espíritu aventurero. Hacía ya más de veinte años que había dejado Canadá para ir a hacer fortuna por el mundo. Soltero, poseía un modesto patrimonio que esperaba poder acrecentar mediante la especulación. ¿Se había realizado aquella esperanza? ¿No se habría arruinado, más bien, con aquel temperamento suyo que le llevaba a jugarse el todo por el todo? ¿Corresponderían a sus sobrinos, sus únicos herederos, algunas migajas de su herencia?... Es conveniente decir que Summy Skim y Ben Raddle no habían pensado nunca en ello y que, una vez muerto, no parecía que fueran a pensar en algo más que en el dolor que les causaba la pérdida de su último pariente.

El notario Snubbin dejó pues que su cliente reflexionara un momento, esperando que le planteara algunas cuestiones a las que se encontraba dispuesto a responder. Además, no ignoraba nada de aquella familia bien considerada en Montreal, ni tampoco que Summy Skim y Ben Raddle eran los últimos representantes de ella desde la muerte de Josias Lacoste. Ahora bien, como había sido a él a quien el gobernador de Klondike había hecho notificar el fallecimiento del «buscador» al cual pertenecía la parcela 129 de Forty Miles Creek, había invitado a los dos primos a que vinieran a su bufete para que tuvieran conocimiento de los derechos que heredaban del difunto.

—Notario Snubbin —preguntó Summy Skim—, la muerte de nuestro tío fue el 17 de febrero.

—El 17 de febrero, *monsieur* Skim.

—¿Hace por lo tanto veintinueve días?

—Veintinueve días, en efecto, ése es el tiempo que ha sido necesario para que me llegara la noticia.

—¿Quiere decir eso que nuestro tío estaba en Europa, en lo más profundo de Europa, en alguna comarca lejana? —prosiguió Summy Skim, convencido de que Josias Lacoste no había vuelto a poner los pies en América.

—En absoluto —respondió el notario.

Y le alargó una carta cuyos sellos llevaban el emblema de Canadá.

—Así pues —continuó Summy Skim—, estaba en Canadá sin que nosotros tuviéramos noticia de ello.

—Sí, en Canadá. Pero en la región más apartada del Dominio, casi en la frontera que separa nuestro país del territorio americano de Alaska, con la cual las comunicaciones son tan lentas como difíciles.

—Klondike, supongo, notario Snubbin.

—Sí, Klondike; su tío se había instalado allí hacía unos diez meses.

—Diez meses —repitió Summy Skim—. Y teniendo que cruzar América para ir a esa región minera no tuvo ni siquiera el pensamiento de acercarse a Montreal a estrechar la mano de sus sobrinos. ¡Hubiera sido la última oportunidad de verle!

Aquello afectó profundamente a Summy Skim.

—Qué le vamos a hacer —respondió el notario—. Sin duda Josias Lacoste tenía prisa por llegar a Klondike como tantos otros miles de sus semejantes, diría yo que enfermos, presos de esa fiebre del oro que ha cansado ya y que seguirá cansando a tantas víctimas. ¡De todos los lugares del mundo llega una invasión hacia los nuevos placeres! Después de Australia, California, después de California, Transvaal, después de Transvaal, Klondike, y después de Klondike, otros territorios auríferos, y así será hasta el día del Juicio... quiero decir del yacimiento final.

Entonces *monsieur* Snubbin dio a conocer la información que contenía la carta del gobernador. En efecto, había sido a principios del año 1897 cuando Josias Lacoste había puesto el pie en Dawson City, la capital de Klondike, con el equipo reglamentario del buscador de oro. Desde julio de 1896, después del descubrimiento de oro en el Gold Bottom, un afluente del río Hunter, el distrito de Klondike había llamado la atención. Al año siguiente, Josias Lacoste llegaba a los yacimientos hacia los que ya se estaban dirigiendo muchos mineros. Quería invertir en la adquisición de una parcela el poco dinero que le quedaba, convencido de que haría fortuna. Después de algunas informaciones, se convirtió en el propietario de la parcela 129, situada en Forty Miles Creek, un tributario del

Yukón, la gran arteria fluvial de Alaska y Canadá.

El notario Snubbin añadió después:

—Por otro lado no parece que esa parcela haya dado aún todo el beneficio que esperaba de ella *monsieur* Josias Lacoste. Sin embargo, no parece agotada y su tío hubiera podido obtener de ella los beneficios previstos. Pero ya sabe a qué peligros se exponen los desgraciados que emigran a aquella lejana comarca: los terribles fríos, las enfermedades endémicas, las miserias frente a las que sucumben tantos de ellos. ¡Y cuántos regresan más pobres de lo que fueron!

—¿Acaso ha sido la miseria lo que mató a nuestro tío? —preguntó Summy Skim.

—No —respondió el notario—. La carta no deja el menor resquicio de duda a ese respecto. Murió a consecuencia del tifus, tan temible en esos climas y que tantas víctimas se cobra. Afectado por los primeros gérmenes de la enfermedad, *monsieur* Lacoste abandonó la parcela y regresó a Dawson City y allí fue donde murió. Como sabían que procedía de Montreal, me informaron a mí de su fallecimiento para que se lo transmitiera a su familia.

Summy Skim se había recogido meditando. Trataba de imaginar cómo había podido ser la situación de su pariente en el curso de una explotación que, sin duda, no había sido fructuosa. ¿No había empleado en ello sus últimos recursos después de haber adquirido, quizá, una parcela a un precio exorbitante, como lo hacían demasiados buscadores imprudentes? ¿Habría muerto insolvente, incluso endeudado con los trabajadores que hubiera contratado? Después de esas reflexiones Summy Skim pudo decir al notario:

—Notario Snubbin, es posible que nuestro tío haya dejado tras de sí una situación muy deteriorada. Pues bien, y en nombre de mi primo Ben Raddle que no lo desmentirá, nunca dejaremos el apellido Lacoste en la infamia, es el apellido que llevaron nuestras madres, y si hay que hacer algún sacrificio lo haremos sin dudar. Es necesario, por lo tanto, establecer un inventario en el plazo más corto.

—¡Bien! Ahí le interrumpo, mi querido señor —respondió el notario—. Conociéndolo, no me extrañan en usted esos sentimientos. Pero pienso que no hay motivo para hablar de los sacrificios que usted menciona. Es probable que su tío haya muerto

sin dejar una fortuna. No olvidemos, sin embargo, que era propietario de esa parcela de Forty Miles Creek, y esa propiedad tiene un valor que puede permitir hacer frente a cualquier necesidad. Pero esa propiedad es ahora suya, indivisa con su primo Ben Raddle, ya que ustedes son los dos únicos parientes de *monsieur* Josias Lacos te en grado de herederos.

Sin embargo, el notario Snubbin convino en que había que actuar con cierta prudencia. Aquella herencia sólo había que aceptarla a beneficio de inventario. Se establecería el activo y el pasivo, y sólo entonces los herederos tomarían una decisión en lo referente al legado.

—Me ocuparé de este asunto, *monsieur* Skim —añadió—, y me procuraré las informaciones más seguras. A fin de cuentas, ¿quién sabe? ¡Una parcela es una parcela! Lo único que sabemos es que hasta ahora no ha producido nada, o casi nada, pero basta un golpe de pico afortunado para llenar de golpe el bolsillo, como dicen los buscadores.

—De acuerdo, *monsieur* Snubbin —respondió Summy Skim—. Si la parcela de nuestro tío tiene algún valor, nos apresuraremos a venderla en las mejores condiciones.

—Sin duda —replicó el notario—. Pero ¿está usted de acuerdo en eso con su primo?

—Cuento con ello —respondió Summy Skim—. No creo que a Ben Raddle le pueda venir nunca a la mente explotarla.

—¿Quién sabe, *monsieur* Skim? *Monsieur* Ben Raddle es ingeniero. Quizá le tiene si, por ejemplo, se enterara de que la parcela de su tío se halla situada sobre el buen filón.

—Le aseguro, notario Snubbin, que no irá a verlo. Además, tiene que regresar a Montreal dentro de dos o tres días. Le consultaremos sobre el tema, y entonces le rogaremos a usted que tome las medidas necesarias, ya sea para la venta de la parcela de Forty Miles Creek al mejor postor, ya sea, lo cual es posible y me lo temo, para satisfacer los compromisos de mi tío en el caso de que se hubiera endeudado en la operación.

Terminada la conversación, Summy Skim se despidió del notario, dejando para dos o tres días más tarde su próxima visita, y regresó a la casa de la calle Jacques-Cartier, que su primo y él compartían.

Summy Skim era hijo de padre anglosajón y de madre francocanadiense. Aquella antigua familia del país se remontaba a la época de la conquista de 1759. Establecida en el Bajo Canadá, en el distrito de Montreal, poseía una finca de bosques, tierras de labor y praderas, la cual constituía su principal fortuna.

De treinta y dos años de edad en aquel momento, de estatura superior a la media, una fisonomía agradable, y con la constitución robusta de hombre acostumbrado al aire libre del campo, ojos azul oscuro y barba rubia, Summy Skim presentaba el tipo tan peculiar y tan simpático del franco-canadiense que le venía por parte de madre. Vivía en la finca sin preocupaciones, en medio de aquel privilegiado distrito del Dominio. Su fortuna, sin ser considerable, le permitía satisfacer sus gustos, por lo demás, poco dispendiosos, y nunca sintió deseos o necesidad de aumentarla. Le gustaba la caza y podía entregarse a ella con toda libertad en las vastas llanuras del distrito y de los bosques pletóricos que ocupaban su mayor parte. Le gustaba la pesca, y tenía a su disposición toda la red hidrográfica de los tributarios y subtributarios del San Lorenzo, por no mencionar los amplios lagos, tan numerosos en las latitudes septentrionales de América.

La casa que poseían ambos primos, sin lujo, pero confortable, estaba situada en uno de los barrios más tranquilos de Montreal, fuera de los centros comerciales o industriales. Allí era donde los dos pasaban, no sin esperar impacientes el retorno del buen tiempo, esos inviernos tan rudos de Canadá, a pesar de estar el país en la misma latitud que el mediodía de Europa. Pero los terribles vientos que ninguna montaña detiene, las borrascas cargadas del frío de las regiones árticas irrumpen sin trabas con extraordinaria violencia.

Montreal, sede del gobierno desde 1843, hubiera podido ofrecer a Summy Skim la ocasión de participar en los asuntos públicos. Pero siendo muy independiente de carácter y mezclándose poco con la sociedad de altos funcionarios, había concebido un santo horror por la política. Además, se sometía con mucho gusto a la soberanía de Gran Bretaña, que era más aparente que efectiva. Nunca había tomado partido por ninguna de las partes en que se dividía el Dominio^[2]. Desdeñando el mundo oficial, era, en resumen, un filósofo al que le gustaba vivir sin ninguna suerte de ambición.

En su opinión, toda modificación acaecida a su existencia sólo

hubiera podido acarrearle problemas, preocupaciones y disminución del bienestar.

Es comprensible, por lo tanto, que este filósofo no pensara jamás en casarse y ni siquiera se le ocurriera hacerlo, aunque hubieran pasado ya treinta y dos años por encima de su cabeza. Quizá si su madre no hubiera desaparecido —ya se sabe cuánto agrada a las madres perpetuarse en sus nietos— le hubiera dado la satisfacción de proporcionarle una nuera. Pero en ese caso no cabía la menor duda al respecto, la mujer de Summy Skim hubiera compartido sus gustos. Entre las familias numerosas de Canadá, donde el número de hijos sobrepasa a menudo las dos docenas, hubiera sido posible encontrarle, ya fuera en la ciudad o en el campo, la heredera que le hubiera convenido y, en esas condiciones, la unión hubiera sido feliz. Pero la señora Skim había muerto hacía cinco años, tres años después que su marido, y si bien hacía mucho tiempo que pensaba en alguna unión para su hijo, éste no pensaba en ello jamás, y probablemente, ahora que la madre ya no estaba allí, la eventualidad matrimonial nunca se presentaría a su espíritu.

En cuanto la temperatura empezaba a suavizarse en aquel rudo clima, en cuanto el sol, más matinal, anunciaba el próximo retorno del buen tiempo, Summy Skim se preparaba a dejar su casa de la calle Jacques-Cartier, sin haber conseguido que su primo se decidiera a reanudar tan pronto la vida rural. Se iba entonces a la granja de Green Valley, a unas veinte millas al norte en el distrito de Montreal, en la margen izquierda del San Lorenzo. Allí volvía a encontrar la vida campestre, interrumpida por los rigores del invierno que helaba todos los cursos de agua y cubría toda la llanura de una espesa alfombra de nieve. Volvía a encontrarse entre sus granjeros, gente sana que hacía medio siglo que estaba al servicio de su familia. ¿Y cómo hubiera sido posible que no sintieran un afecto sincero multiplicado por una entrega a toda prueba a aquel propietario bueno, servicial, al que gustaba hacer favores, incluso si tenía que hacerlos personalmente? Así pues, no ahorran sus demostraciones de júbilo a su llegada, ni el sentimiento a la hora de su partida.

La finca de Green Valley rendía, entre años buenos y malos, unos veinte mil francos que se repartían los dos primos, ya que la propiedad estaba en indiviso, lo mismo que la casa de Montreal. El

cultivo se hacía a gran escala, ya que el suelo era fértil para forrajes y cereales, cuyo rendimiento se sumaba al de los magníficos bosques que todavía cubrían los territorios del Dominio, principalmente en su parte oriental. La granja comprendía un conjunto de construcciones bien dispuestas y bien mantenidas: cuadras, graneros, establos, gallineros, galpones, y poseía un material completo y muy moderno, como actualmente lo exigen las necesidades de la agricultura. En cuanto a la casa del propietario, consistía en un pabellón a la entrada de un vasto parque vallado, cubierto de hierba y sombreado de árboles, cuya sencillez no excluía la comodidad.

Tal era la vivienda en la que Summy Skim y Ben Raddle^[3] pasaban la estación cálida y que al menos el primero no hubiera deseado cambiar por ninguno de los castillos señoriales de los opulentos americanos. Por muy modesta que fuera, le bastaba, y no soñaba con agrandarla ni con embellecerla, satisfecho con lo que la naturaleza le proporcionaba. Allí transcurrían sus días, que pasaban en ejercicios cinegéticos, y las noches, siempre favorables para un buen sueño.

Por supuesto, y conviene insistir en ello, a Summy Skim le parecía ser lo suficientemente rico con la renta de sus tierras. Las explotaba con tanto método como inteligencia. Pero si bien no tenía la intención de dejar que su fortuna disminuyera, tampoco se preocupaba en modo alguno de acrecentarla, y por nada en el mundo se hubiera entregado a los negocios, tan variados en América, en el terreno de la especulación comercial o industrial, los ferrocarriles, los bancos, las minas, las sociedades marítimas y demás. ¡No! Aquel sabio tenía horror a todo lo que presentara algún riesgo o simplemente alguna eventualidad. Entregarse a sopesar las buenas o malas posibilidades, sentirse a la merced de hechos imposibles de prever o de impedir, despertarse por las mañanas con este pensamiento: «¿Soy más pobre o más rico que la víspera?». Aquello le hubiera parecido horrible, hubiera preferido no dormirse nunca o no despertarse jamás.

Ése era el marcado contraste entre los dos primos, ambos del mismo origen francocanadiense. No había la menor duda de que los dos habían nacido de dos hermanas y que corría por sus venas sangre francesa. Pero si el padre de Summy era de nacionalidad

anglosajona, el de Ben Raddle era de nacionalidad americana, y seguramente existe una diferencia entre un yanqui y un inglés, diferencia que se acentúa con el tiempo. Si Jonathan y John Bull son parientes, lo son únicamente en un grado lejano que ni siquiera es el grado de sucesión, y ese parentesco acabará por borrarse por entero, al parecer.

Por lo tanto, hay motivos para observar que, aunque estaban muy unidos y la idea de que algo pudiera separarlos en el futuro les resultara inimaginable, los dos primos no tenían ni los mismos gustos ni el mismo temperamento. Ben Raddle, menos alto de estatura, moreno de pelo y barba, dos años mayor que Skim, no contemplaba la vida desde el mismo ángulo que él. Mientras uno se contentaba con vivir como un buen propietario y vigilar sus cosechas, el otro se apasionaba por los avances industriales y científicos de su época. Había realizado estudios de ingeniería y había participado ya en alguna de aquellas obras prodigiosas en las que los americanos buscan superarse por la novedad de la concepción y por la audacia de la ejecución. Al mismo tiempo tenía la ambición de ser rico, muy rico, aprovechando aquellas ocasiones tan extraordinarias pero tan aleatorias que no son raras en Norteamérica, sobre todo la explotación de las riquezas minerales del suelo. Las fabulosas fortunas de los Gould, de los Astor, de los Varderbildt, de los Rockefeller y tantos otros que habían alcanzado los mil millones, sobreexcitaban su cerebro. Así, mientras que Summy Skim únicamente se desplazaba para sus frecuentes excursiones por Green Valley, Ben Raddle había recorrido los Estados Unidos, cruzado el Atlántico y visitado parte de Europa, sin haber convencido nunca a su primo para que se decidiera a acompañarlo. Recientemente había regresado de un viaje bastante largo a ultramar, y desde su regreso a Montreal, esperaba alguna ocasión, o más bien algún negocio enorme en el que pudiera colaborar. Summy Skim podía, por lo tanto, temer que su primo se dejara arrastrar por alguna de aquellas especulaciones que a él le horrorizaban.

Y por otra parte, hubiera sido un gran pesar si Ben Raddle y Summy Skim se hubieran visto obligados a separarse, porque se querían como dos hermanos, y si Ben Raddle lamentaba que Summy Skim no quisiera lanzarse con él a alguna empresa industrial,

Summy Skim no lamentaba menos que Ben Raddle no limitara su ambición a aumentar el valor de su propiedad de Green Valley, ya que ésta les aseguraba la independencia, y con la independencia, la libertad.

LOS DOS PRIMOS



De vuelta a casa, Summy Skim se ocupó de las gestiones a las que les obligaba la muerte de *monsieur* Josias Lacoste, de la esquila que había que enviar a los amigos de la familia y del luto que era conveniente llevar. No olvidó encargar un servicio religioso a la iglesia de su parroquia. Aquel servicio se celebraría por el descanso del alma del difunto, pero únicamente cuando Ben Raddle hubiera regresado de su viaje, porque tendría interés en asistir.

En cuanto a la resolución de los asuntos personales de su tío, y a la aceptación de aquella herencia que parecía reducirse a la propiedad de la parcela de Forty Miles Creek, ya habría tiempo de conversar muy seriamente sobre ello con el notario Snubbin cuando los dos primos se hubieran puesto de acuerdo sobre el tema. El notario tomó únicamente la precaución de enviar al gobernador de Klondike, a Dawson City, un telegrama informándole de que los herederos de Josias Lacoste darían a conocer próximamente en qué condiciones aceptaban aquella sucesión, y cuál era la situación financiera de su tío cuando se hubiera establecido un inventario.

Ben Raddle volvió a Montreal cinco días después, en la mañana del 21 de marzo, después de un mes de estancia en Nueva York. Allí había estudiado con otros ingenieros el gigantesco proyecto de echar un puente sobre el río Hudson, entre la metrópoli y Nueva Jersey, parejo al que establecía la comunicación entre Nueva York y

Brooklyn.

Hay que admitir de buen grado que el estudio de una obra de esta naturaleza no puede sino apasionar a un ingeniero. Por lo tanto, Ben Raddle se había aplicado a ello de todo corazón, llegando incluso a ofrecerse para entrar al servicio de la compañía Hudson-Bridge. Pero no parecía que fuera a emprenderse de inmediato la construcción del puente. Se hablaba mucho de ello en la prensa, y se estudiaba mucho el proyecto en los papeles. El invierno no había acabado, y en aquella latitud de los Estados Unidos se prolonga hasta mediados de abril. ¿Quién podría predecir si se vería el comienzo de las obras en verano? Por lo tanto, Ben Raddle decidió regresar.

Su ausencia le había parecido muy larga a Summy Skim, y también muy penosa. Cómo lamentaba no poder convertir a su primo a sus propias ideas, y hacerle compartir sus preocupaciones. Además, aquel asunto del Hudson-Bridge no dejaba de causarle la más viva inquietud. Si Ben Raddle tomaba parte en él, ¿no estaría obligado a permanecer mucho tiempo, años quizá, en Nueva York? Entonces Summy Skim se encontraría solo en la casa común, solo en la granja de Green Valley. Pero había intentado retener a Ben Raddle en vano. La diferencia de carácter entre los dos primos era tan marcada que ejercía muy poca influencia el uno sobre el otro.

En cuanto el ingeniero estuvo de regreso, su primo le comunicó la muerte de su tío Josias Lacoste. No le había informado antes enviándole una carta o un telegrama a Nueva York porque esperaba su llegada de un día para otro.

Aquella noticia afligió sinceramente a Ben Raddle, porque el tío Lacoste era lo único que le quedaba de toda la familia. Dio su aprobación a las medidas que su primo había tomado, en lo referente a la ceremonia fúnebre, y al día siguiente de su llegada ambos asistieron al oficio que se celebró en la iglesia de la parroquia.

Aquel mismo día Ben Raddle se puso al corriente de los negocios de su tío. Entonces se enteró de que Josias Lacoste había fallecido en Dawson City, dejando por toda fortuna la parcela 129 de Forty Miles Creek, en el territorio de Klondike.

Aquel nombre, de tanta resonancia en aquel tiempo, no podía dejar de excitar los instintos de un ingeniero. Por supuesto, ser

heredero de un yacimiento aurífero no podía dejar a Ben Raddle tan indiferente como a Summy Skim, y quizá vio en ello un negocio, que en lugar de liquidar, no harían mal en proseguir, contrariamente al punto de vista de su primo.

Sin embargo, Ben Raddle no quiso decir todavía nada. Con su costumbre de estudiar seriamente las cosas, decidió reflexionar antes de pronunciarse. Por otro lado, parece ser que le bastaron veinticuatro horas para sopesar el pro y el contra de la situación, porque a la mañana siguiente, desayunando con Summy Skim, que le encontró singularmente absorto, dijo:

—¿Y si habláramos un poco de Klondike?

—Ya que se trata de hablar sólo un poco, hablemos de ello, mi querido Ben.

—Un poco... o a lo mejor mucho, Summy.

—Dime lo que tengas que decirme, Ben.

—¿No te ha comunicado el notario los títulos de propiedad de esa parcela 129?

—No —respondió Summy Skim, aunque los había recibido—. Pensé que no me serviría de nada enterarme.

—Ése eres tú, Summy —replicó Ben Raddle—. Sin embargo, yo no contemplo este asunto con tanta indiferencia, y mi opinión es que merece que le prestemos atención y un estudio más profundo.

Al principio Summy Skim no respondió nada a esta confidencia, pero después de que su primo prosiguiera, dijo:

—Querido Ben, me parece que nuestra situación es muy sencilla: o bien esta herencia tiene algún valor, en cuyo caso la liquidaremos como mejor convenga a nuestros intereses, o bien no tiene ninguno, lo que resulta infinitamente más probable, porque nuestro tío no era hombre para enriquecerse, y no la aceptaremos.

—Eso sería lo más sensato, en efecto —declaró Ben Raddle—. Pero no hay por qué apresurarse. Con esos placeres pueden suceder tantas cosas... Parecen pobres, se les cree agotados, y de repente un golpe de pico puede producir una fortuna.

—Pues bien, querido Ben, eso es precisamente lo que tiene que saber la gente del negocio, los que actualmente están explotando los yacimientos de Klondike. Si la parcela de Forty Miles Creek vale algo, intentaremos liquidarla al mejor precio. Pero te repito que mucho me temo que nuestro tío se lanzara a algún mal negocio

cuyas consecuencias quizá recaigan sobre nosotros. No logró nada en su vida y no llegó a imaginar que haya dejado este mundo convertido en millonario.

—Eso es lo que queda por determinar —respondió Ben Raddle—. El oficio de buscador está lleno de sorpresas de ese tipo. Siempre se está en vísperas de descubrir una veta afortunada, y con esa palabra veta no me refiero a la suerte, sino a un filón aurífero en el que abunden las pepitas. En fin, ha habido buscadores de oro que no tienen motivos para quejarse.

—Sí —respondió Summy Skim—. ¡Uno de cada cien, y además a qué precio! ¡Y con qué fatigas! ¡Y se podría añadir que con qué miserias!

—En fin —prosiguió Ben Raddle—, no pienso quedarme en estas hipótesis, sino en verificar constataciones serias antes de tomar una decisión.

Summy Skim se percató perfectamente de a qué se refería su primo, y aunque le apenaba, sólo podía demostrar su asombro. Se limitó, pues, al tema, que le era conocido, y dijo:

—Amigo mío, ¿te parece que la fortuna que nos dejaron nuestros padres no basta? ¿No nos proporciona nuestro patrimonio independencia y bienestar? Si te hablo de este modo es porque me doy cuenta de que tú das a este asunto más importancia de la que yo le doy, y más de la que en mi opinión se merece, ¿y quién sabe los sinsabores que nos tiene reservados? Veamos, ¿no somos lo suficientemente ricos?

—Nunca se es bastante rico cuando se puede serlo más.

—A menos que no se sea demasiado, Ben, como algunos millonarios que tienen tantos problemas como millones, y que tienen más disgustos al conservarlos que los que padecieron adquiriéndolos.

—Vamos, vamos —respondió Ben Raddle—. Bonita cosa, esa filosofía, pero no hay que llevarla al exceso, y no me hagas decir lo que no he dicho. Yo no espero encontrar toneladas de oro en la parcela de nuestro tío Josías, pero repito que es prudente informarse.

—Nos informaremos, por supuesto, querido Ben, y quiera el cielo que en cuanto tengamos esa información no nos encontremos ante un asunto embarazoso al que tengamos que hacer frente por

respeto a nuestra familia. Quién sabe si allá, en la explotación 129, los gastos de adquisición, de instalación, de explotación, no han superado los medios de nuestro tío. En ese caso, he asegurado al notario Snubbin...

—Has hecho bien, Summy, y lo apruebo —respondió Ben Raddle sin dudar—. Ahora bien, eso lo sabremos después de que tengamos un conocimiento profundo del asunto. Conozco esos yacimientos de Klondike algo más que de oídas. He leído todo lo que se ha publicado sobre las riquezas de esos territorios, aunque la explotación no se remonta más allá de dos años. Después de Australia, después de California, después de África del Sur, todo el mundo creía que los últimos placeres del globo se habían agotado, y precisamente aquí, en esta parte de Norteamérica, en los confines de Alaska y el Dominio, el azar ha querido que se descubran placeres nuevos. Además parece que estas comarcas septentrionales de América son privilegiadas a ese respecto. No solamente existen minas de oro en Klondike, se han encontrado también en Ontario, en Michipicoten, en la Columbia Británica, como las de War Eagle, Standard, Sullivan Group, Alhabarca, Fern, Syndicate, Sans-Poel,

Caribú, Deer Trail, Georgie Reed, y muchas más cuyas acciones están en alza, sin hablar de las minas de plata, de cobre, de manganeso, de hierro, de carbón. Pero en lo referente a Klondike, piensa, Summy, en la extensión que ocupa esa región aurífera: doscientas cincuenta leguas de longitud por cuarenta de anchura, y no cito los yacimientos de Alaska, eso sólo en los territorios del Dominio. ¿No te parece un inmenso campo para los descubrimientos? El más vasto quizá que se haya reconocido sobre la superficie de la tierra, y quién sabe si no será por miles de millones y no sólo por millones como se cifrarán algún día los productos de esa región.

Ben Raddle hubiera podido hablar largo tiempo sobre el tema, y Summy Skim comprobó que lo conocía a fondo. Se limitó a decir:

—Vamos, Ben, se ve a las claras que te ha entrado la fiebre.

—¡Cómo! ¿La fiebre?

—Sí, la fiebre del oro, como a tantos otros, y eso no se cura con sulfato de quinina, porque no es una fiebre intermitente.

—Tranquilízate, querido Summy —respondió Ben Raddle riendo

—. Mi pulso no late más deprisa que de costumbre. No quisiera que te expusieras al contacto con un hombre febril.

—¿Yo? Estoy vacunado —respondió Summy Skim en el mismo tono—. No tengo nada que temer. Pero me apenaría que te lanzaras.

—Querido amigo, no se trata de lanzarse, se trata simplemente de estudiar un asunto, y en suma, sacar provecho si es posible hacerlo. Tú dices que nuestro tío no fue afortunado en sus especulaciones; lo creo, en efecto, y muy probablemente esa parcela de Forty Miles Creek le habrá producido más barro que pepitas. Es posible, pero quizá no disponía de los recursos necesarios para explotarlo, quizá no operaba con experiencia y método, como hubiera podido hacerlo...

—Un ingeniero ¿no es así, Ben?

—Sin duda, un ingeniero.

—¿Tú, por ejemplo?

—Yo, ciertamente —respondió Ben Raddle—. En todo caso ahora no se trata de eso. Antes de intentar deshacerse de esa parcela cuya propiedad nos corresponde por herencia, sería bueno, me confesarás, pedir alguna información en Klondike.

—En efecto, parece razonable —respondió Summy Skim—, aunque no me hago ninguna ilusión sobre el valor de esa 129.

—Eso sólo lo sabremos después de informarnos —replicó Ben Raddle—. Es posible que tengas razón, pero también es posible que te equivoques. En conclusión, vamos a dirigirnos al bufete del notario Snubbin y le encargaremos de todos los trámites. Pedirá a Dawson City que le envíen la información por correo, o mejor por telégrafo, y cuando sepamos a qué atenernos sobre el valor de esa parcela, veremos lo que conviene hacer.

La conversación concluyó ahí, y, en suma, Summy Skim no tenía nada que objetar a las proposiciones de su primo. Era natural informarse antes de tomar una decisión. Summy Skim no podía poner en duda que Ben Raddle era un hombre serio, inteligente, práctico. Pero no por eso dejaba de sentirse apenado e inquieto por ver con qué ardor contemplaba su primo el porvenir, con qué especie de avidez se arrojaba sobre aquella presa tan inopinadamente ofrecida a su ambición. ¿Lograría retenerle? Ciertamente, Summy Skim no se separaría de Ben Raddle. ¡En aquel

asunto sus intereses seguirían siendo comunes! Persistía en creer que pronto se arreglaría el asunto, y estaba deseando que los informes pedidos a Dawson City fueran de tal naturaleza que no dieran lugar a proseguir con ello. Pero también, qué idea, y qué mala idea, había tenido el tío Josias de ir a hacer fortuna a Klondike, donde quizás había encontrado la miseria y ciertamente la muerte.

Aquella tarde Ben Raddle se presentó en el bufete del notario, donde tomó conocimiento de los documentos enviados desde Dawson City.

Aquellos papeles establecían categóricamente la situación de la parcela 129, propiedad de Josias Lacoste, actualmente fallecido. La parcela ocupaba un emplazamiento de la orilla izquierda de Forty Miles Creek, en el distrito de Klondike. Aquel curso de agua era un afluente por la izquierda del gran río, el Yukón, que cruza toda Alaska después de haber regado los territorios occidentales del Dominio. Sus aguas, inglesas en su curso superior, se hacían americanas en el curso inferior, después de que aquella vasta región de Alaska fuera cedida por los rusos a los Estados Unidos.

Un plano permitía verificar con exactitud la situación de la parcela 129. Se encontraba a [...] ^[4] kilómetros de Fort Cudahy, un poblacho fundado en la orilla izquierda del Yukón por la Compañía de la bahía del Hudson.

Durante aquella conversación el notario Snubbin no tuvo que hacer ningún esfuerzo para comprender que el ingeniero tenía un punto de vista sobre el asunto totalmente diferente al de su coheredero. Ben Raddle estudió con el mayor cuidado los títulos de propiedad. No podía apartar la mirada del mapa a gran escala que tenía ante los ojos, y que comprendía el distrito de Klondike y la parte vecina de Alaska. Se remontaba con la imaginación a aquel Forty Miles Creek que cruzaba el meridiano ciento cuarenta y uno, escogido como línea de demarcación entre ambos países, y se detenía allí, cerca de la frontera, precisamente en el lugar donde estaban indicados los mojones de la parcela de Josias Lacoste. Contaba las otras parcelas establecidas en las dos orillas del Creek, cuya fuente se hallaba oculta en una de las regiones auríferas de Alaska. ¿Por qué no iban a verse éstas tan favorecidas como las del río Klondike, o las de sus afluentes, como el Bonanza, o

subafluentes, como el Victoria, Eldorado, y otros ríos, tan productivos, tan codiciados entonces por los mineros? Devoraba con la mirada aquella región maravillosa, cuya red hidrográfica acarreaba a profusión el precioso metal, el cual, a la tarifa de Dawson City, valía dos millones trescientos cuarenta y dos mil francos la tonelada.

Y cuando el notario Snubbin lo vio tan absorto en sus reflexiones que se olvidó de hablar, se creyó en la obligación de decirle:

—Señor Raddle, ¿puedo preguntarle si es su intención conservar y explotar el placer del difunto Josias Lacoste?

—Quizá —respondió Ben Raddle.

—Sin embargo, *monsieur* Skim...

—Summy no tiene que pronunciarse sobre ello, y yo mismo reservo mi opinión hasta el momento en que haya verificado si esos informes son exactos, o hasta que lo haya visto por mí mismo.

—¿Piensa, por lo tanto, emprender el largo viaje hasta Klondike? —preguntó el notario Snubbin moviendo la cabeza.

—¿Por qué no? Y piense lo que piense Summy, en mi opinión el asunto merece las molestias. Una vez en Dawson City saldremos de dudas. Aunque sólo fuera para vender la parcela, estará de acuerdo conmigo, notario Snubbin, en que para evaluar su valor lo mejor es haberla visitado.

—¿Lo cree absolutamente necesario? —observó el notario Snubbin.

—Indispensable —afirmó Ben Raddle—. Y además, no basta con querer vender, hay que poder encontrar un comprador.

—Si solamente es eso —respondió el notario—, se puede usted evitar la fatiga de ese viaje, *monsieur* Raddle.

—¿Por qué?

—Aquí tiene el telegrama que acabo de recibir hace una hora. Iba a enviárselo cuando tuve el honor de recibirle en mi bufete.

Dicho esto, el notario Snubbin tendió un telegrama a Ben Raddle, fechado hacía ocho días, el cual, después de haber sido llevado de Dawson City a Vancouver había llegado a Montreal por el tendido del Dominio.

Había un sindicato americano que poseía ya ocho parcelas en Klondike, cuya explotación estaba dirigida por el capitán Healy de la Anglo-American Transportation and Trading Co. (Chicago y

Dawson).

Aquel sindicato hacía una oferta de compra de la parcela 129 de Forty Miles Creek, por un valor de cinco mil dólares, que serían enviados a Montreal al recibo del telegrama de aceptación.

Ben Raddle había cogido el telegrama y lo leía con la misma atención con la que había leído los títulos de propiedad.

—Aquí tiene, *monsieur* Raddle, algo que le dispensará de hacer el viaje —observó el notario.

—No sé —respondió el ingeniero—. ¿Es correcto el precio que ofrecen? ¡Cinco mil dólares por una parcela en Klondike!

—No puedo responderle a ese respecto.

—Veamos, notario Snubbin, si ese sindicato ofrece cinco mil dólares por la 129, eso quiere decir que vale diez veces más y quizá cien veces más si se prosigue la explotación.

—Según ese precio, no parece que a su tío le haya ido muy bien, *monsieur* Raddle. Por lo tanto, queda por saber si en lugar de lanzarse a ese género de negocios tan aleatorios, no sería preferible ahorrarse todas las preocupaciones y cobrar los cinco mil dólares.

—No es esa mi opinión, notario Snubbin.

—Ya lo veo, pero quizá sea la de *monsieur* Summy Skim.

—No. Cuando se entere del contenido de este telegrama le haré ver mis razones. Es lo suficientemente inteligente para comprenderlas. Después, cuando le haya convencido de la necesidad de emprender el viaje, decidirá acompañarme.

—¿Él? —exclamó el notario Snubbin—, ¿el hombre más feliz y más independiente que ningún notario haya encontrado en el ejercicio de su profesión?

—Sí, ese feliz, ese independiente cuya fortuna e independencia pretendo duplicar. En suma, ¿qué arriesgamos? Siempre estaremos en condiciones de aceptar el precio ofrecido por ese sindicato.

—No importa, *monsieur* Raddle, creo que necesitará hacer buen uso de la elocuencia.

—No, únicamente de la razón. Deme ese telegrama, notario Snubbin. Se lo voy a comunicar a Summy y no se acabará el día sin que hayamos tomado una decisión.

—¿Conforme a su deseo?

—Así es, notario Snubbin, y tendremos que ponerlo en ejecución en el plazo más breve.

Como se puede apreciar, Ben Raddle hablaba en serio, y pensara lo que pensara el notario, Ben Raddle no dudaba de que llegaría a convencer a Summy Skim de aquel proyecto de viaje.

Después de abandonar el bufete, tomó el camino más corto, llegó a la casa de la calle Jacques-Cartier y subió enseguida a la habitación de su primo.

—Bien —preguntó éste—. Vienes de ver al notario Snubbin. ¿Hay alguna novedad?

—¿Alguna novedad? Sí, Summy, y también noticias.

—¿Buenas?

—Excelentes.

—¿Has examinado los títulos de propiedad?

—Están en regla, como esperábamos. En tanto que herederos de nuestro tío, somos propietarios de la parcela de Forty Miles Creek.

—¡Pues sí que con eso vamos a incrementar nuestra fortuna! —respondió riendo Summy Skim.

—Es probable —declaró el ingeniero—. Sin duda más de lo que piensas.

—¡Ah! ¿Y de qué novedad te has enterado para hablar así?

—Simplemente de lo que dice este telegrama que ha llegado esta mañana al bufete del notario Snubbin y que contiene una propuesta de compra de la parcela 129.

Summy Skim se enteró de en qué consistía la proposición de la Anglo-American Transportation and Trading Co.

—Perfecto —declaró—. Ni dudarlo. Vendamos nuestra parcela a esa amable sociedad lo más rápidamente posible.

—¿Por qué ceder al precio de cinco mil dólares lo que sin duda vale mucho más?

—Sin embargo, mi querido Ben...

—Pues bien, tu querido Ben te responde que los negocios no se tratan de ese modo, y que no hay nada como ver las cosas con tus propios ojos.

—¿Todavía estás con eso?

—¡Más que nunca! Reflexiona, Summy. Si nos hacen esa propuesta de compra es porque conocen el valor de la parcela, y que ese valor es infinitamente más elevado: hay otros placeres a lo largo de los ríos o en las montañas de Klondike.

—¿Tú qué sabes?

—Lo sé, Summy, y si una sociedad que ya tiene posesiones quiere comprar precisamente la 129, es porque tiene, no cinco mil razones para ofrecer cinco mil dólares, sino diez mil razones para ofrecer cien mil.

—La verdad, Ben, estás jugando con las cifras.

—Pero las cifras son la vida, querido, y me parece que tú no echas bastantes cuentas.

—No tengo facilidad para las matemáticas, Ben.

—¡No es cuestión de matemáticas, Summy! Créeme, lo que te digo es muy serio, y lo he madurado mucho. Si tenía alguna duda para ir a Dawson City, después de haber recibido este telegrama, estoy decidido a llevar la respuesta personalmente.

—¡Qué! ¿Quieres ir a Klondike?

—Es indispensable.

—¿Sin tener más información?

—Voy a informarme allí.

—¿Y me vas a dejar otra vez solo?

—No, me vas a acompañar.

—¿Yo?

—¡Tú!

—¡Nunca!

—Sí, porque el negocio nos concierne a ambos.

—Te daré todos los poderes.

—No, te llevo conmigo.

—Pero se trata de un viaje de dos mil leguas.

—Pongamos quinientas más.

—¿Y cuánto durará?

—Lo que tenga que durar..., si resulta que nuestro interés no está en vender la parcela sino en explotarla.

—¿Cómo, explotarla? —exclamó Summy Skim—. Pero entonces, será todo el año.

—Dos años, si es necesario.

—¡Dos años! ¡Dos años! —repitió Summy Skim.

—¿Y qué importa si cada mes aumenta nuestra fortuna? —declaró Ben Raddle.

—No, no —exclamó Summy Skim acurrucándose, hundiéndose en su butaca, como si estuviera bien resuelto a no dejarla nunca.

Entonces Ben Raddle hizo un último esfuerzo por convencerle.

Volvió a examinar el asunto en todas sus facetas. Le demostró con las razones más urgentes que su presencia era necesaria en la parcela de Forty Miles Creek, que no podía permitirse dudar, y concluyó añadiendo:

—En lo que a mí respecta, Summy, estoy decidido a partir hacia Dawson City, y no creo que te niegues a acompañarme.

Entonces, le tocó a Summy Skim hacer hincapié en los problemas que acarrearía aquel viaje en su vida. Antes de dos meses, tendrían que haber dejado Montreal para instalarse en Green Valley a fin de iniciar las partidas de caza y pesca.

—¡Bien! —replicó Ben Raddle—. En las llanuras y en los ríos de Klondike no falta la caza y la pesca. Pescarás y cazarás en un país nuevo que te reservará algunas sorpresas.

—Pero nuestros granjeros, nuestros buenos granjeros que nos esperan...

—¿Por qué tendrían que lamentar nuestra ausencia cuando vamos a volver lo bastante ricos como para construirles otras granjas y comprar todo el distrito? Además, Summy, hasta ahora has sido muy sedentario: hay que ver un poco de mundo.

—¡Eh! —dijo Summy Skim—. Si me viniera en gana, no me faltarían zonas para visitar en América y en Europa, y lo que es seguro es que no iría a hundirme en lo más recóndito de ese abominable Klondike.

—Te encantará, Summy, cuando hayas constatado por ti mismo que está sembrado de polvo de oro y empedrado de pepitas.

—Bien. Querido Ben —replicó Summy Skim—, me das miedo. Sí, me das miedo. Quieres embarcarte en un asunto en el que no vas a encontrar más que trabajos y desilusiones.

—Trabajos... quizás. Desilusiones... nunca.

—Empezando por esa maldita parcela, que sin duda no vale lo que un huerto de berzas o de patatas en Green Valley.

—Entonces ¿por qué esa compañía viene a ofrecernos de entrada varios miles de dólares?

—¡Y cuando pienso, Ben, que hay que ir a buscarlo a un país donde la temperatura desciende a cincuenta grados bajo cero!

—El frío es excelente. ¡Conserva!

Y finalmente, después de mil réplicas, Summy Skim tuvo que darse por vencido. ¡No! No dejaría que su primo fuera solo a

Klondike. Le acompañaría, aunque sólo fuera para hacerle volver lo más rápidamente posible.

Así pues, aquel día, se expidió un telegrama al capitán Healy, director del Anglo-American Transportation and Trading Co., Dawson City, Klondike, anunciando la próxima salida de los *messieurs* Ben Raddle y Summy Skim.

DE MONTREAL A VANCOUVER



Tomando el Canadian Pacific Railway, los turistas, comerciantes, emigrantes, buscadores de oro, pueden trasladarse directamente, sin cambiar de línea, sin salir del Dominio o de la Columbia Británica, de Montreal a Vancouver. Una vez desembarcados en esa metrópoli de la Columbia, no les queda más que escoger entre diferentes rutas: terrestres, fluviales o marítimas; entre diversos modos de transporte: barco, caballos, coches, e incluso a pie durante la mayor parte del recorrido.

Una vez tomada la decisión de partir, Summy Skim podía confiar en su primo Ben Raddle para todo lo concerniente a los detalles del viaje, adquisición del material, elección de las rutas; de todo ello se ocuparía probablemente aquel inteligente y ambicioso ingeniero, único promotor de la empresa, sobre quien también recaerían todas las responsabilidades, que él aceptaba.

Y, en primer lugar, Ben Raddle observó muy justamente que la salida no podía retrasarse más de quince días. Era importante que los herederos de Josias Lacoste se presentaran en Klondike antes de la entrada del verano, un verano, se entiende, que no calienta más allá de cuatro meses aquella región hiperbórea, situada casi en el límite del Círculo Polar ártico.

En efecto, cuando consultó el Código de leyes mineras canadienses que regía en el distrito del Yukón, leyó en el artículo 9

lo que sigue: «Toda parcela que haya permanecido sin trabajarse por un periodo de setenta y dos horas en época de campaña (definida ésta por el comisario), regresará al dominio público, salvo permiso especial del antedicho comisario».

Ahora bien, el comienzo de la época de campaña, a poco precoz que sea, solía darse en la segunda mitad de mayo. Por lo tanto, en esa época, si la explotación de la parcela 129 se detenía durante más de tres días, la propiedad de Josias Lacoste regresaría al Dominio, y muy probablemente el sindicato americano no desdeñaría adquirirla al Estado a un precio probablemente más ventajoso que el precio ofrecido a los dos herederos.

—Con eso comprenderás, Summy, que hay que impedir que se nos adelanten y que es urgente ponerse en marcha —declaró Ben Raddle.

—Comprendo todo lo que quieras que comprenda, querido amigo —respondió Summy Skim.

—Eso es, además, lo más razonable —añadió el ingeniero.

—No lo dudo, Ben, y no siento irme de Montreal lo más pronto posible si eso nos permite también regresar cuanto antes.

—No permaneceremos en Klondike más tiempo del necesario, Summy.

—De acuerdo, Ben. ¿Cuál es la fecha de salida?

—El día 2 de este mes —respondió Ben Raddle—, es decir dentro de quince días.

Con los brazos cruzados y la cabeza baja, Summy Skim sintió fuertes deseos de gritar: «¿Cómo? ¿Tan pronto?». Pero se calló porque no hubiera servido para nada. Habiendo aceptado, se había jurado a sí mismo que durante el viaje no se le escaparía ninguna recriminación, pasara lo que pasara.

Además, Ben Raddle actuaba sensatamente fijando el 2 de abril como fecha límite de salida, y mirando el itinerario, se lanzó a una serie de observaciones plagadas de cifras que manejaba con una incontestable competencia.

—De momento, Summy, no tenemos por qué escoger entre dos rutas para ir a Klondike —dijo—, porque sólo hay una. Quizá algún día pueda irse al Yukón tomando la ruta de Edmonton, de Fort Saint John, del Peace River, que cruza el nordeste de la Columbia pasando por el distrito de Cassiar.

—Una comarca donde abunda la caza, por lo que he oído decir —observó Summy Skim abandonándose a sus sueños cinegéticos—. De hecho, ¿por qué no tomar ese camino?

—Porque saliendo de Vancouver nos obligaría a hacer un recorrido de mil cuatrocientos kilómetros por tierra, después de haber hecho ochocientos por agua —respondió Ben Raddle^[5].

—¿Qué dirección piensas tomar entonces, Ben?

—Lo decidiremos a nuestra llegada a Vancouver, según las ventajas que podamos apreciar allí mismo. En cualquier caso, aquí están las cifras exactas que te sacarán de dudas en cuanto a la longitud del itinerario: de Montreal a Vancouver, se calculan cuatro mil seiscientos setenta y cinco millas, y de Vancouver a Dawson City, dos mil cuatrocientas ochenta y nueve.

—O sea, en total: cinco más nueve, catorce y nos llevamos una; ocho y ocho, dieciséis y nos llevamos una; siete y cuatro, once y nos llevamos una; cinco y dos siete; o sea, siete mil ciento sesenta y cuatro kilómetros —sumó Summy Skim.

—Exactamente, Summy.

—Pues bien, Ben, si volvemos con tantos kilos de oro como kilómetros habremos hecho...

—Eso ascendería la cotización actual del oro de dos mil trescientos cuarenta francos el kilo, a dieciséis millones setecientos sesenta y tres mil setecientos sesenta francos.

—Perfecto —replicó Summy Skim—, con eso sufragaríamos ampliamente todos nuestros gastos.

—¡Y por qué no! —respondió Ben Raddle^[6]—. El geógrafo John Muir afirmaba que Alaska produciría más oro que California, cuyo rendimiento sin embargo ha sido de cuatrocientos millones, sólo en el año 1861. ¿Y por qué no aportaría Klondike su buena contribución a los veinticinco mil millones de francos que forman la fortuna aurífera de nuestro globo?

—Tienes respuesta para todo, Ben.

—El futuro confirmará mis respuestas.

Summy Skim no dudaba de ello.

—Además —añadió—, no hace falta volver sobre lo convenido.

—En efecto —respondió Ben Raddle—. Es como si ya hubiéramos salido.

—Me gustaría más, Ben, que fuera como si ya hubiéramos

regresado.

—Sin embargo hay que empezar por ir, Summy, antes de regresar —respondió Ben Raddle.

—Es de una lógica perfecta, Ben. Y ahora pensemos en los preparativos. No se va a ese país inverosímil con una camisa de repuesto y dos pares de calcetines.

—No te inquietes por nada, Summy. Yo me encargo de todo y no tendrás más que subirte en el tren en Montreal y bajarte en Vancouver. En lo que respecta a nuestros preparativos, no serán los del emigrante que se lanza a la aventura en una comarca remota llevándose consigo un material considerable. El nuestro está todo allí. Lo encontraremos en la parcela 129 de Forty Miles Creek. Únicamente nos tendremos que preocupar de nuestro transporte.

—Pero eso es bastante —respondió Summy Skim—, y merece la pena que se tomen algunas precauciones, sobre todo contra el frío. ¡Brrrr! Se me están congelando hasta las uñas.

—Vamos, Summy, cuando lleguemos a Dawson City estaremos en pleno verano.

—Si pudiéramos regresar antes del invierno...

—Puedes estar tranquilo —respondió Ben Raddle—. No te faltará nada ni siquiera en invierno. Buena ropa, buenos alimentos... Volverás más gordo que al partir.

—¡Ah, no! No pido tanto —respondió Summy Skim, que había tomado la buena decisión de resignarse—. Te prevengo que con que engorde diez libras, me quedo.

—Bromea, Summy, bromea todo lo que quieras, pero ten confianza.

—Sí, de acuerdo, la confianza es obligatoria. El día 2 nos pondremos en marcha a título de buscadores de Eldorado, ¿no es así?

—Sí, el día 2 de abril; creo que me dará tiempo para todos nuestros preparativos.

—Pues bien, Ben, ya que me quedan quince días por delante, voy a pasarlos en el campo.

—De acuerdo —dijo Ben Raddle—, pero todavía no hace buen tiempo en Green Valley.

Summy hubiera podido responder que en cualquier caso el tiempo sería mejor que en Klondike. Además, aunque el invierno

aún no hubiera terminado, le daría mucho gusto encontrarse durante algunos días rodeado de sus granjeros, volver a ver sus campos, incluso blancos de nieve, los hermosos bosques cargados de escarcha, los ríos de los alrededores acorazados por el hielo y la masa solidificada de las presas en las orillas del San Lorenzo. Y cuando hace mucho frío, no le falta ocasión al cazador de abatir algunas piezas soberbias, de pelo o de pluma, sin hablar de las fieras: osos, pumas y demás, que merodean por los alrededores. Era como un adiós que Summy Skim quería dirigir a todos los habitantes de la región. Se iba para un viaje quizá de larga duración. ¿Quién podría predecir la fecha de su retorno?

—Deberías acompañarme, Ben —dijo.

—¿Qué dices? —respondió el ingeniero—. ¿Y quién se ocupará de los preparativos de la salida?

De ahí que, al día siguiente, Summy Skim tomara el ferrocarril hasta la estación de Green Valley, donde le esperaba un carruaje con un buen tiro de caballos; y por la tarde bajó a la granja.

Como puede imaginarse, a los granjeros les sorprendió bastante aquella visita, pero es de suponer que no estuvieran menos satisfechos que sorprendidos. Como siempre, a Summy Skim le emocionó la acogida afectuosa que recibió. Pero cuando los granjeros se enteraron del motivo de aquella temprana visita, cuando se enteraron de que el verano pasaría sin que su amo estuviera con ellos, no ocultaron el pesar que les causaba la noticia.

—Sí, amigos míos —dijo Summy Skim—. Ben Raddle y yo nos vamos a Klondike, un país que está en el quinto diablo y que el diablo tiene bajo su poder, y tan lejos, que se necesitan no menos de cuatro meses para ir y otros tantos para volver.

—¡Y todo eso con el objeto de reunir algunas pepitas! —dijo uno de los campesinos encogiéndose de hombros.

—Eso cuando se coge alguna —añadió un viejo filósofo sacudiendo la cabeza con aire poco animado.

—Y además hay que tener cuidado en no caer, porque no siempre puede uno levantarse —dijo Summy Skim—. Pero, qué le vamos a hacer, amigos míos. Es como una fiebre, o más bien una epidemia que de vez en cuando azota el mundo y provoca muchas víctimas.

—Pero ¿por qué va allí, amo? —preguntó la decana de la granja.

Entonces Summy Skim tuvo que explicar que su primo y él acababan de heredar una parcela tras la muerte de su tío Josias Lacoste y las razones por las que Ben Raddle estimaba que su presencia en Klondike era necesaria.

—Sí —volvió a decir el viejo—. Hemos oído hablar de lo que está pasando en la frontera del Dominio, y sobre todo de la miseria en la que sucumbe tanta pobre gente. En fin, *monsieur* Skim, que no hace falta que se quede usted allí, y en cuanto haya vendido su montón de barro, no tardará en regresar.

—Estad seguros de ello, amigos, pero aun suponiendo que las cosas vayan sobre ruedas, pasarán al menos cinco o seis meses antes de nuestro retorno, y el buen tiempo estará acabando. Voy a perder todo un verano.

—Y perdido el verano, el invierno será más triste —añadió una anciana que se persignó y dijo—: Dios le proteja, amo.

Después de pasar una semana en Green Valley, Summy Skim pensó que ya era tiempo de reunirse con Ben Raddle. Tenía que hacer algunos preparativos personalmente. Se despidió de aquella buena gente no sin gran emoción, una emoción bien compartida. ¡Y pensar que en algunas semanas el sol de abril se alzaría sobre Green Valley, y que de toda aquella nieve surgirían los primeros verdores de la primavera, y que sin aquel maldito viaje hubiera vuelto allí, como cada año, para instalarse en ese pabellón hasta el retorno de los primeros fríos del invierno! Había llegado a esperar incluso la llegada de una carta de Ben Raddle a Green Valley comunicándole que no proseguiría con sus proyectos. Pero aquella carta no había llegado. Nada había cambiado: la salida se efectuaría en la fecha fijada. Así pues, Summy Skim tuvo que hacer que lo condujeran a la estación el 31 de marzo por la mañana, para encontrarse en Montreal frente a su terrible primo. Plantado delante de él como un signo de interrogación, le preguntó:

—¿Nada nuevo?

—Nada, Summy, salvo que los preparativos han terminado.

—Así pues te has provisto.

—Todo, salvo los víveres que encontraremos en Vancouver —respondió Ben Raddle—. Solamente me he ocupado de la ropa. En cuanto a las armas, tú tienes las tuyas y yo tengo las mías. Son excelentes y estamos acostumbrados a ellas. Dos buenos fusiles y el

equipo completo del cazador. Pero como allí no es posible renovar el guardarropa, ya que todavía no se han abierto almacenes en la capital de Klondike, aquí están las prendas de vestir que cada uno de nosotros llevará por prudencia: cuatro camisas de franela, dos camisetas y calzones de lana, un jersey grueso de punto, un traje de pana, dos pares de pantalones de tela gruesa, dos pares de pantalones de tela para trabajar, un traje de tela azul, un chaquetón de cuero forrado de borrego y con capucha, un traje impermeable de marino con capucha de lo mismo, un abrigo de caucho, seis pares de calcetines ajustados y seis pares de calcetines de un número mayor, un par de manoplas forradas y guantes de cuero, un par de botas de caza claveteadas, dos pares de mocasines de caña, un par de raquetas, una docena de pañuelos, toallas...

—¡Eh! —exclamó Summy Skim levantando las manos al cielo—. Con eso tenemos para diez años.

—No, para dos años solamente.

—¡Solamente! ¡Ben! ¡Solamente es sencillamente espantoso! Veamos, sólo se trata de ir a Dawson City, ceder la parcela 129 y regresar a Montreal.

—Sin duda alguna, Summy, siempre y cuando nos den por la parcela 129 lo que vale.

—¿Y si no nos lo dan?

—Ya veremos, Summy.

En la imposibilidad de obtener otra respuesta, Summy Skim no insistió, y durante los dos días que precedieron a la salida vagabundó como un alma en pena de la casa de la calle Jacques-Cartier al bufete del notario Snubbin.

En resumen, el 2 de abril, por la mañana temprano, los dos primos se encontraban en la estación de Montreal, adonde su equipaje había sido ya transportado. En total no era demasiado voluminoso, y sólo se convertiría en un *impedimentum* verdaderamente molesto después de que lo completaran en Vancouver.

Los viajeros habrían podido sacar los billetes del vapor de Scagway antes de dejar Montreal si se hubieran dirigido a la compañía Canadian Pacific. Pero Ben Raddle no se había decidido aún sobre la mejor vía para llegar a Dawson City, ya fuera la que remonta el Yukón desde su desembocadura hasta la capital de

Klondike, ya fuera la que, partiendo de Scagway, cruza las montañas, las llanuras y los lagos de la Columbia Británica.

Al fin partieron los dos primos, uno arrastrando al otro, éste resignado, aquél lleno de confianza. Salvo esto, iban a viajar en las mejores condiciones. Ocupaban un vagón de primera clase de lo más confortable, y qué menos que querer estar completamente a gusto cuando se trata de un viaje de cuatro mil setecientos kilómetros, de seis días de duración, como el necesario para ir de Montreal a Vancouver.

Durante la primera parte del recorrido, el tren cruzó aquella parte del Dominio que comprende los variados distritos del este y del centro. Sólo después de haber pasado la región de los Grandes Lagos entraría en esta región menos poblada y a veces desierta, sobre todo en las proximidades de la Columbia. Además, era la primera vez que Summy Skim y el propio Ben Raddle tenían la oportunidad de visitar aquella parte de Norteamérica.

El tiempo era bueno, el aire vivo, el cielo velado por ligeras brumas. La columna del termómetro oscilaba en torno a los cero grados, con un aire seco y cortante cuando subía por encima de cero, y con breves precipitaciones de nieve cuando se encontraba por debajo.

Las blancas llanuras se extendían hasta perderse de vista, y en algunas semanas se volverían verdes, como los numerosos ríos que ahora se veían atrapados por los hielos. Grandes bandadas de pájaros adelantaban el tren, en dirección oeste, pasando con grandes movimientos de alas. A cada lado de la vía, sobre la capa de nieve, se podían ver huellas de animales, fieros o no, dibujándose hasta los bosques del horizonte. ¡Unas pistas fáciles de seguir que le hubieran conducido hasta unas buenas piezas! Eso puede dar una idea de la impaciencia y del arrepentimiento de Summy Skim, prisionero en aquel vagón, sin poder satisfacer sus instintos cinegéticos.

¡Pero no era momento de pensar en ir de caza, por supuesto! ¡Los únicos cazadores que había en aquel tren en dirección a Vancouver eran los cazadores de pepitas, y los perros que les acompañaban no estaban destinados a levantar perdices o liebres ni a perseguir corzos y osos! ¡No! Sus dueños, que los habían comprado en Montreal, únicamente tenían la intención de

utilizarlos para el arrastre de trineos, cuando tuvieran que cruzar la superficie solidificada de los lagos y de los cursos de agua en toda aquella parte de la Columbia Británica comprendida entre Scagway y el distrito de Klondike.

¿Había, pues, entre los viajeros que habían embarcado en Montreal o en las diversas estaciones del Canadian Pacific Railroad, emigrantes, tanto del campo como de la ciudad, que desafiaban las más espantosas miserias, el frío, la enfermedad, para ir a buscar fortuna en los barros del Yukón?

Sí, la fiebre del oro no había hecho más que empezar. No cesaban de llegar noticias anunciando el descubrimiento de numerosos yacimientos en Eldorado, Bonanza, Hunter, Bear, Gold Bottom, todos ellos afluentes del río Klondike, cuyo curso no es inferior a doscientos cuarenta kilómetros; se hablaba de parcelas en las cuales el buscador sacaba hasta quinientos francos de oro al día en sus bateas. Por ello, no dejaba de aumentar la llegada de emigrantes; se arrojaban sobre Klondike como se habían arrojado sobre Australia, California, Transvaal, y las compañías de transporte no daban abasto. Además, los que transportaba aquel tren no eran representantes de los sindicatos, de las sociedades organizadas con el apoyo de los grandes bancos americanos o europeos, cuyos agentes, provistos de excelente material, no tenían nada que temer, ya que eran avituallados sin cesar en vestimenta y víveres por los servicios especiales de dichas sociedades. No, allí sólo había pobre gente atrapada por todos los rigores de la existencia, gente expulsada de su país por la miseria, y a quien, preciso es decirlo, la esperanza de un golpe de pico afortunado había perturbado el cerebro. Además, si no pudieran trabajar por cuenta propia, podrían alquilar sus brazos a los propietarios de las parcelas, que a menudo tenían que parar la explotación por falta de obreros. Sin duda alguna, los salarios eran extremadamente elevados, alcanzando hasta setenta y ochenta francos al día. Pero también es verdad que el coste de la vida estaba por las nubes en el territorio de Klondike, y los objetos de primera necesidad se pagaban a veinte veces su precio en cualquier otra parte. Lo cierto es que solamente por azar se podía uno enriquecer rápidamente.

Mientras tanto, aquel tren de la Transcontinental Route, corría a todo vapor. Summy Skim y Ben Raddle no se podían quejar de falta

de comodidad en el curso de aquel largo viaje: disponían de un salón durante el día, y de un dormitorio para la noche, de un fumador donde podían fumar a gusto como en los mejores cafés de Montreal, de un comedor en el que la calidad del menú y del servicio no dejaba nada que desear y de un vagón cuarto de baño por si querían tomar un baño en ruta. Y sin embargo aquello no le impedía a Summy Skim echar de menos su pabellón de Green Valley.

En cuatro horas el tren llegó a Ottawa, capital del Dominio, que desde lo alto de una colina domina los alrededores, ciudad soberbia, *chief lumbering*, con la pretensión más o menos justificada de ocupar el centro del mundo.

Más allá, cerca de Carlton Junction, hubiera podido divisarse Toronto, su rival, que había sido capital del Dominio. Podría decirse que todas las metrópolis canadienses lo serán por turno.

Corriendo entonces directamente hacia el oeste, el tren llegó a la estación de Sudbury, donde la línea se divide en dos ramales, que cruzan una región enriquecida por la explotación de minas de níquel. Tomaron el ramal norte para rodear el lago Superior y llegar a Port Arthur, cerca de Fort William. En todas las estaciones del vasto lago —Heron-Bay, Schreiber—, la parada había sido lo bastante larga como para que los dos primos pudieran percatarse de su importancia marítima; más tarde, a través de Bonheur, Ignace, Eagle River, Rab Portage, cruzando una región rica en recursos mineros, llegaron a la importante ciudad de Winnipeg.

Allí, una parada de algunas horas le pareció demasiado corta a Summy Skim, deseoso de conservar algún recuerdo de aquel viaje. Sí, con gusto hubiera consagrado un día o dos para visitar aquella ciudad de cuarenta mil habitantes y las hermosas granjas de los alrededores, en el Western Canada, pero no se puede ir en contra de los horarios del ferrocarril. El tren recogió a sus viajeros, los cuales, en su mayor parte, no viajaban por viajar, sino para llegar a su destino cuanto antes y por el camino más corto. Aquella región, donde la línea une numerosas ciudades pequeñas como Portage la Prairie, Brandon, Ebrehorn, Broadview, importaba poco que estuviera notablemente cultivada, ni que poseyera inmensos *hunting grounds*, donde los búfalos pastaban a millares. Seguramente Summy Skim hubiera deseado más pasar seis meses allí que seis

semanas en Klondike.

—Pues si no hay búfalos en los alrededores de Dawson City —le repetía Ben Raddle—, lo tendrás que compensar cazando alces.

Además, aparecieron otros animales cuando el tren, después de pasar la región de Regina City, se dirigía hacia Crow New Pass, en las Montañas Rocosas, y cruzó los límites de la Columbia Británica —también un país rico en yacimientos de carbón—, tras haber permanecido unas horas en la estación de Calgary City.

De esta ciudad sale una ruta que a veces tomaban algunos emigrantes para ir a Klondike. Summy Skim hubiera preferido seguir aquella ruta de cazadores que cruza el distrito de Cassiar, tan célebre desde el punto de vista cinegético. Pasando por Edmonton, Fort Saint John, Peace River, Dease, Francis, Pelly, une el noreste de la Columbia con el Yukón. Pero al ser difícil y larga obliga al viajero a efectuar frecuentes avituallamientos en un recorrido que supera los dos mil kilómetros. Es cierto que esa comarca es particularmente aurífera; se puede lavar oro en casi todos sus cursos de agua; pero está desprovista de recursos y sólo será practicable el día en que el gobierno canadiense haya establecido albergues de etapa cada quince leguas.

Durante la travesía de las Rocosas los viajeros pudieron entrever el monte Stephen, Cathedral Peak, y en las curvas del ferrocarril que ascendía hacia soberbios parajes, particularmente los titanes de Selkirk, eternamente cubiertos con su capuchón de nieve, y glaciares hasta donde llegaba la vista. Y en medio de aquellas soledades reinaba el *silence of all life*, al que turbaban los relinchos de la locomotora.

Antes de dejar Montreal, Summy Skim se había procurado la guía, llamada *Short*, que publican los servicios de la compañía del Canadian Pacific Railway. Si bien no podía visitar todos los lugares célebres señalados en el libro, al menos podía leer sus descripciones. Además, confiaba en el redactor de aquella guía a la hora de escoger hotel en las diversas estaciones donde se detenían. No era raro que fueran de primera categoría, de notable comodidad y excelente cocina, lo que cambiaba un poco la monotonía del comedor del tren, como por ejemplo el Skyte-House de la estación Field, o el Glacier-House, desde donde hay una vista magnífica sobre el macizo de Selkirk.

Por lo demás, a medida que el tren avanzaba hacia el oeste, otras regiones se abrían ante él, no ya aquellas ricas tierras feraces a las que el trabajo arranca buenos rendimientos de un suelo que la producción todavía no ha agotado. ¡No! Éstos eran los territorios de Kootaway, los Golden Fields de Caribú, donde se encontró oro y donde todavía se encuentra en abundancia por toda la red hidrográfica que arrastra pepitas del precioso metal. Había incluso motivos para preguntarse por qué los buscadores no frecuentaban más un país al que no era difícil llegar, en lugar de afrontar las fatigas de un lejano viaje a Klondike, sin hablar de los excesivos gastos que exige.

A medida que el tren se alejaba cada vez más de Montreal y de Green Valley, Summy Skim se decía y se repetía a sí mismo: «En verdad, el tío Josias hubiera debido intentar hacer fortuna aquí en Caribú, ¡así ya habríamos llegado! En estos momentos ya conoceríamos el valor de su explotación, habríamos recibido el dinero en veinticuatro horas y nuestra ausencia no hubiera durado más de una semana».

Sí, en efecto, pero sin duda estaba escrito en el gran libro del destino que Summy Skim se aventuraría hasta el fondo de aquella aterradora región de Klondike y que hundiría sus pies en el barro de Forty Miles Creek.

El tren prosiguió, pues, hacia la frontera litoral de la Columbia, corriendo en sentido oblicuo hacia el sudoeste. Aquella parte del viaje de cuatro mil seiscientos setenta y cinco kilómetros no se vio marcada por ningún incidente, y seis días más tarde, los dos primos dejaban el vagón de la Canadian Pacific Railroad y ponían por fin pie en Vancouver.

VANCOUVER



La ciudad de Vancouver no se halla situada en la isla del mismo nombre que se extiende frente a la costa de la Columbia. Vancouver ocupa un punto de la lengua de tierra que se separa del continente y sólo es una metrópoli. La capital de la Columbia Británica, que está habitada por dieciséis mil almas, y se llama Victoria, se levanta en la costa sudeste de la isla, donde se halla también New Westminster, que cuenta con seis mil almas.

Vancouver fue fundada en el fondo de una rada abierta en el sinuoso estrecho de Juan de la Fuca, que se prolonga hacia el noroeste. Detrás de la rada asoma el campanario de una iglesia entre una espesa floresta de pinos y cedros lo bastante alta para ocultar las torres de una catedral.

Después de recorrer el paso meridional de la isla que en principio, en 1786 y 1789, llevó el nombre de los dos primeros ocupantes: el español Quadra y el inglés Vancouver; ese canal rodea las costas orientales y septentrionales bajo el nombre de George en el este y de Johnstone y Reine-Charlotte en el norte. Como puede apreciarse, el puerto de Vancouver es de fácil acceso a los barcos que vienen del Pacífico, tanto para los que bajan por el litoral canadiense, como para los que suben por el litoral de los Estados Unidos de América.

¿Tuvieron visión de futuro los fundadores de Vancouver? No se

podría dar una respuesta segura, aunque el descubrimiento de los yacimientos auríferos de Klondike proporciona actualmente a la ciudad una animación exuberante. Lo que sí que es cierto es que podría alojar una población de cien mil habitantes, y que la circulación aún sería fácil a través del damero de sus calles que se cruzan en ángulos rectos. Tiene iglesias, bancos, hoteles; está alumbrada por gas y electricidad; bebe de las fuentes situadas al norte de Burardi Inlet, y está comunicada por los puentes que cruzan el estuario de False Bay, al igual que goza de un parque de una superficie de trescientas ochenta hectáreas que se extiende en la península noroeste.

Siguiendo el consejo de la guía, al dejar la estación de ferrocarril, Summy Skim y Ben Raddle se hicieron conducir al Westminster Hotel, donde habían de permanecer hasta el día en que fuera posible salir hacia Klondike.

Lo difícil fue precisamente encontrar habitación en aquel hotel. En aquella época los viajeros, hasta mil doscientos emigrantes cada veinticuatro horas, acudían en trenes y paquebotes. No es difícil imaginar el provecho que obtenía la ciudad, y más especialmente aquella clase de ciudadanos que tiene por misión alojar y alimentar a los forasteros a precios inverosímiles. Sin duda, éstos permanecían el menor tiempo posible, tan grande era su prisa por llegar a los territorios cuyo oro les atraía como el imán atrae al hierro. Pero también tenía que existir la posibilidad de irse, y escaseaban las plazas en los numerosos vapores que subían hacia el norte después de hacer escala en diferentes puertos de México y de los Estados Unidos.

Hay algunos que van por el Pacífico a buscar la desembocadura del Yukón, en Saint Michel, en la costa occidental de Alaska, y remontan luego su curso hasta Dawson City, la capital de Klondike. Sin embargo, el destino de la mayoría es Victoria o Vancouver, desde donde, siguiendo la costa americana, llegan a Scagway o Dyea. ¿Cuál de aquellas dos rutas tomaría Ben Raddle? Ésa era la cuestión que el ingeniero acababa de resolver. Pero mientras tanto, Summy Skim y él tuvieron que instalarse lo mejor posible en una de las habitaciones del Vancouver Hotel, donde al menos no tuvieron quejas ni del servicio ni de la comida.

Además, en cuanto tomaron posesión de dicha habitación, la

primera pregunta que planteó Summy Skim fue la siguiente:

—¿Cuánto va a durar nuestra estancia en Vancouver, querido Ben?

—Alrededor de cuatro días —respondió Ben Raddle—. En esa fecha llegará el *Foot-ball*.

—Bien por el *Foot-ball* —respondió Summy Skim—. Pero ¿qué es eso del *Foot-ball*?

—Un vapor de la Canadian Pacific, que nos llevará hasta Scagway, en el que hoy mismo voy a reservar dos pasajes.

—Así pues, ¿ya has escogido entre las diferentes rutas que nos pueden conducir a Klondike, Ben?

—La decisión era clara, Summy, desde el momento en que no estaba decidido a ir a la desembocadura del Yukón y hacer una travesía de cuatro mil quinientos kilómetros. Por lo tanto, tomaremos la ruta que generalmente se toma, y siguiendo el litoral de la Columbia al abrigo de las islas, llegaremos a Scagway sin fatiga. En esta época del año el cauce del Yukón está todavía atrapado por los hielos, y no es raro que los navíos se vayan al garete en medio del deshielo, sin contar con que se pueden retrasar hasta mediados de julio. Por el contrario, el

Foot-ball

no tardará más de una semana en llegar a Scagway, incluso hasta Dyea. Es verdad que una vez desembarcados tendremos que franquear las pendientes bastante empinadas del Chilkoot o del White Pass. Pero a partir de allí, mitad por tierra, mitad por los lagos, llegaremos al Yukón que nos conducirá hasta Dawson City. Calculo, por lo tanto, que habremos llegado a nuestro destino a comienzos de junio, es decir, en la época favorable, y sólo tenemos que tener un poco de paciencia esperando al *Foot-ball*.

—¿De dónde viene ese paquebote de nombre tan deportivo? —preguntó Summy Skim.

—Precisamente de Scagway, porque está destinado al servicio regular entre esta ciudad y Vancouver. Se le espera para el 14 de este mes a más tardar.

—Entonces, Ben, ya que te parece lo más conveniente, quisiera estar ya a bordo del *Foot-ball*.

—¿Apruebas mi proyecto, Summy?

—Completamente, y puesto que nuestro destino es ir a Klondike,

confío en ti para que lleguemos en las mejores condiciones.

Por lo demás, los dos primos no se vieron demasiado atareados durante su estancia en Vancouver. No tenían que completar el equipo. Tampoco se trataba de adquirir el material necesario para la explotación de la parcela, porque el del tío Josias estaba a su disposición. Durante la travesía a bordo del

Foot-ball

, encontrarían la misma comodidad que habían gozado en el tren de la Canadian Pacific. Ben Raddle tendría que ocuparse más especialmente de los medios de transporte hasta Dawson City una vez llegados a Scagway, y procurarse una embarcación desmontable para navegar por los lagos, y conseguir un equipo de perros para arrastrar los trineos sobre las llanuras heladas. Por otra parte, ya vería si era conveniente tratar con algún jefe de porteadores que se encargara de conducirles a Dawson City, y que transportaran los víveres necesarios para un viaje de varias semanas en caso de que no fuera fácil procurárselos en camino. Evidentemente, aquello resultaría bastante costoso, pero bastaría con una o dos buenas pepitas para sufragar los gastos.

Había también que ponerse en regla con la aduana canadiense, que era bastante exigente, por no decir fisgona.

Por otra parte, la animación en la ciudad era tal, y tan grande era la afluencia de viajeros, que Summy Skim no se aburrió ni un instante. No hay nada tan curioso como la llegada de los trenes, tanto los que venían del este del Dominio como los que venían de los Estados Unidos. Nada resultaba tan interesante como ver desembarcar a los millares de pasajeros que traían los vapores hasta Vancouver. A la espera de su salida hacia Scagway o Saint Michel, cuánta gente vagabundeaba a lo largo de las calles, la mayor parte de ellos reducidos a acucillarse en cualquier rincón del puerto o bajo los maderos de los muelles inundados de luz eléctrica.

A la policía no le faltaba trabajo imponiendo orden y manteniendo la vigilancia en medio de aquella espesa multitud formada por toda clase de aventureros sin hogar ni patria, atraídos por la prodigiosa propaganda en favor de Klondike. A cada paso veían agentes vestidos con un oscuro uniforme de color de hoja muerta, listos para intervenir en alguna de las muchas peleas que amenazaban con acabar en derramamiento de sangre, porque los

mineros tienen la navaja fácil.

Ciertamente, aquellos agentes del orden cumplían su tarea, a menudo penosa y difícil, con todo el celo y todo el coraje que exigían unas funciones tan importantes en medio de un mundo de emigrantes en el que chocaban todas las clases sociales y más particularmente quizá la de los desclasados. Pero tal vez también aquellos policías pensaban que había menos peligro y más provecho en irse a lavar los lodos de los afluentes del Yukón. ¿Cómo podrían olvidar que, casi al comienzo de las explotaciones en Klondike, cinco agentes canadienses habían vuelto al país con doscientos mil dólares de beneficio? Por lo tanto, les era necesaria una gran fuerza de ánimo para no dejarse tentar como tantos otros.

Consultando su guía, varias veces le había impresionado a Summy Skim leer que, durante el invierno, la temperatura bajaba a menos cincuenta grados centígrados. Sin duda, pensaba, hay algo de exageración, aunque Dawson City se encuentre casi justamente en el Círculo Polar ártico. Sin embargo, lo que le hizo reflexionar fue ver en la tienda de un óptico en una calle de Vancouver varios termómetros con graduaciones hasta noventa grados bajo el punto de congelación.

«Es evidente —se dijo a sí mismo— que exageran. Los habitantes de Klondike se muestran orgullosos de sus fríos y demuestran cierta coquetería presumiendo de ellos».

Summy Skim entró en el óptico y le rogó que le enseñara varios termómetros para escoger.

El comerciante cogió diversos modelos del escaparate y se los ofreció. Todos estaban graduados, no siguiendo la escala de Fahrenheit, que sigue en uso en el Reino Unido, sino según la escala de centígrados que era la más corrientemente adoptada en el Dominio, todavía impregnado de costumbres francesas.

—¿Están bien ajustados estos termómetros? —preguntó Summy Skim.

—Por supuesto, caballero —respondió el óptico—. Creo que quedará satisfecho.

—En todo caso no estaré satisfecho el día que marquen setenta u ochenta grados bajo cero —declaró Summy Skim con el tono más serio posible.

—Bueno —dijo el comerciante—. Lo esencial es que sean

precisos.

—De acuerdo con usted, caballero. ¿Y sucede a menudo que la columna de mercurio baje hasta sesenta grados bajo cero?

—Frecuentemente, señor, e incluso más.

—¡Venga! —dijo Summy Skim—. Es difícil creer que, incluso en Klondike, un termómetro pueda caer tan bajo.

—¿Y por qué no? —respondió el comerciante con todo su orgullo—. ¿El caballero desea un instrumento graduado hasta ahí?

—Gracias, gracias —respondió Summy Skim—. Me conformaré con el que sólo está graduado hasta menos sesenta.

Después de todo, ¿para qué había hecho aquella adquisición?, hubiera debido preguntarse; cuando los ojos se congelan bajo los párpados enrojecidos por la brisa áspera del norte, cuando el aliento cae en forma de nieve alrededor de uno, cuando la sangre, medio congelada, está a punto de solidificarse en las venas, cuando no se puede tocar un objeto metálico sin dejar la piel de los dedos, cuando uno se congela delante de los fuegos más ardientes como si el mismo fuego hubiera perdido todo calor, no hay mucho interés en saber si la temperatura es de sesenta o de ochenta grados bajo cero, y no se necesita ningún termómetro para constatarlo.

Mientras tanto los días iban pasando, y Ben Raddle, cuyos preparativos habían concluido, no ocultaba su impaciencia esperando la llegada del

Foot-ball

. ¿Había sufrido el vapor algún retraso en alta mar? Se sabía que había zarpado de Scagway con fecha del 10 de abril. Ahora bien, como la travesía no duraba más allá de seis días, hubiera debido estar ya frente a Vancouver.

Cierto es que la escala sería breve, justo el tiempo de que embarcara el centenar de pasajeros que había reservado sus plazas por adelantado. No tenía que embarcar ni desembarcar carga alguna. Aquel paquebote no hacía transporte de mercancías, solamente transporte de emigrantes con sus bagajes. Tendría únicamente que limpiar las calderas, llenar los pañoles de carbón y aprovisionarse de agua dulce. Sería cuestión de veinticuatro horas, treinta y seis a lo más, y no había que temer de la lentitud de una travesía que se efectuaba a lo largo del litoral, la mayor parte del tiempo al abrigo de las islas.

En cuanto al avituallamiento en Dawson City, éste se efectuaba mediante vapores de mercancías, que transportaban harina, líquidos, carne en conserva, legumbres secas hasta Scagway, sin tomar viajeros a bordo. Además, se esperaban otros paquebotes, después del *Foot-ball*, que embarcarían a varios miles de emigrantes con destino a Klondike. Los hoteles y albergues de Vancouver no bastaban para alojarlos y familias enteras dormían al aire libre.

Por sus miserias presentes se podía juzgar las que les reservaba el porvenir, sin abrigo y con una temperatura aún más rigurosa.

Por otro lado, la mayoría de aquella pobre gente tampoco hallaba un acomodo más confortable a bordo de los paquebotes que los transportaban de Vancouver a Scagway, y después les esperaba el interminable, espantoso viaje de Scagway a Dawson City. A bordo, los camarotes de proa y de popa apenas llegaban para todos los pasajeros que podían pagarlos. La entrecubierta acogía a familias que se amontonaban para pasar aquellos seis o siete días de travesía durante los cuales tenían que cubrir ellos mismos sus necesidades. Incluso los había que aceptaban ser encerrados en la cala como animales, y aquello valía más que estar expuesto en el puente a todos los rigores atmosféricos, a las ráfagas heladas, a las tempestades de nieve, tan frecuentes en aquellos parajes cercanos al Círculo Polar.

En aquella época no sólo invadían Vancouver los emigrantes que acudían desde lo más recóndito del Viejo y del Nuevo Mundo. Había que contar también con los centenares de mineros que no querían pasar los fríos en los glaciares de Dawson City. Durante el invierno resultaba imposible proseguir la explotación de las parcelas; todos los trabajos quedaban forzosamente suspendidos cuando el suelo se cubría con diez o doce pies de nieve, y cuando había que romper con el pico y la piqueta aquellas espesas capas, heladas por un frío de cuarenta a cincuenta grados bajo cero, duras como el granito.

Asimismo, los buscadores que se lo podían permitir, aquéllos a quienes la suerte había favorecido de algún modo, preferían regresar a alguna de las ciudades de la Columbia. Tenían oro para gastarse y lo gastaban con una despreocupada prodigalidad, de la que es difícil hacerse idea. Tenían la convicción de que la fortuna no iba a abandonarlos, de que la próxima temporada sería

fructuosa, de que los nuevos yacimientos descubiertos a lo largo de los afluentes del Yukón y del Klondike pondrían entre sus manos montones de pepitas. A finales de abril o comienzos de mayo sería el momento de regresar a los placeres y recomenzar la campaña. Ellos eran los que tenían las mejores habitaciones de hotel para pasar los seis o siete meses de invierno, del mismo modo que ocupaban los mejores camarotes del paquebote para regresar a Scagway y volver a tomar la ruta del norte.

Summy Skim no tardó en constatar que entre aquella categoría de mineros figuraba la gente más violenta, más grosera, más alborotadora, los que se entregaban a todos los excesos en las casas de juego o en los casinos donde, con el dinero en la mano, hablaban como señores.

Veamos ahora las circunstancias en las que Summy Skim trabó conocimiento con uno de esos buscadores de reputación deplorable. Y, por desgracia, las relaciones empezaron en aquella ocasión, pero no iban a quedarse ahí, como el futuro demostrará.

El 15 de abril por la mañana, Summy Skim y Ben Raddle se paseaban por el muelle cuando oyeron los silbidos de una sirena de vapor.

—¿Es por fin el *Foot-ball*? —dijo el más impaciente de los dos primos.

—No lo creo —respondió el otro—, porque esos silbidos vienen del sur y el *Foot-ball* tiene que llegar por el norte.

Se trataba en efecto de un vapor que ganaba el puerto de Vancouver remontando el estrecho de Juan de la Fuca y, por consiguiente, no podía proceder de Scagway.

Sin embargo, Summy Skim y Ben Raddle se dirigieron hacia la punta del malecón en medio del numeroso público que siempre es atraído por la llegada de un navío. Además, iban a desembarcar unos centenares de pasajeros a la espera de poder sacar billete para uno de los vapores del servicio del norte.

Aquel paquebote era el *Smyth*, un navío de dos mil quinientas toneladas, que acababa de hacer todas las escalas de la costa americana desde el puerto mexicano de Acapulco. Después de dejar en Vancouver a sus pasajeros, regresaría a su puerto de salida, porque estaba particularmente dedicado al servicio del litoral. Sus pasajeros contribuían a engrosar el número de los que debían

escoger en Vancouver la ruta de Scagway o la ruta de Saint Michel para llegar a Klondike. Ciertamente el *Foot-ball* no bastaría para transportar a toda aquella gente, y la mayoría de los emigrantes con destino a Dawson City se verían obligados a esperar la llegada de otros vapores.

La verdad es que Summy Skim y Ben Raddle habrían preferido que la sirena cuyos silbidos iban acentuándose al entrar en la rada hubiera anunciado al *Foot-ball*. Pero aunque se tratara del *Smyth*, les pareció curioso asistir al desembarco.

Cuando el paquebote estuvo amarrado al pontón, vieron a uno de los pasajeros comportarse furiosamente para ser uno de los primeros en la pasarela del navío. Sin duda, tenía prisa por reservar su billete en el *Foot-ball*. Era un hombre de estatura elevada, brutal y vigoroso, de barba negra e hirsuta, con la tez curtida de los hombres del sur, la mirada dura, la expresión malvada, el talante antipático. Le acompañaba un segundo pasajero, de la misma nacionalidad, a juzgar por su apariencia, y que no parecía ni más paciente ni más sociable que él.

Sin duda, había otros con la misma prisa por desembarcar que ese pasajero imperioso y ruidoso. Pero hubiera sido difícil adelantarle cuando avanzaba a codazos hacia el pontón, sin tener en cuenta las advertencias del capitán y de los oficiales, apartando a sus vecinos, insultándolos con una voz ronca que acentuaba aún más la dureza de sus insultos, mitad en inglés, mitad en español.

—¡Eh! —exclamó Summy Skim—. Ése sí que no se puede decir que vaya a ser un compañero de viaje agradable si logra sacar pasaje en el *Foot-ball*

—Sólo son algunos días de travesía —respondió Ben Raddle—, y sabremos tenerlo apartado.

En aquel momento, un curioso que se encontraba cerca de los dos primos exclamó:

—¡Vaya! ¡Si es ese condenado de Hunter! ¡Pues bien, esta noche va a haber jaleo en los garitos si no se va hoy de Vancouver!

Summy Skim comprendió que Hunter era muy conocido, pero no para ventaja suya. Debía de tratarse de uno de esos aventureros que después de haber pasado la buena estación en Klondike, había

vuelto a su país esperando la época favorable para volver a empezar una nueva campaña.

En efecto, Hunter, uno de esos tipos violentos, de sangre americana mezclada con sangre española, regresaba de Texas, su lugar de origen. Aquel mundo tan diverso de los buscadores de oro le proporcionaba exactamente el medio que convenía a sus instintos de tunante, a sus costumbres odiosas, a sus pasiones brutales, a su gusto por la existencia irregular en la que todo se deja al azar. Efectivamente, llegaba aquel día a Vancouver con su compañero para esperar al

Foot-ball

. Pero enterándose de que el paquebote no aparecería antes de treinta y seis o cuarenta y ocho horas, hizo que le condujeran al Westminster Hotel, donde Summy Skim y Ben Raddle estaban alojados desde hacía seis días^[7].

Ciertamente no había motivos para felicitarse de que les fuera impuesta la presencia de tal sujeto. Pero harían todo lo posible por evitarlo, tanto durante su permanencia en el hotel como durante la travesía de Vancouver a Scagway.

Únicamente cuando Summy Skim preguntó quién era Hunter, obtuvo la siguiente respuesta:

—¡Eh! ¡Quién no lo conoce, tanto en Vancouver como en Dawson City!

—¿Es un propietario de parcela?

—Sí, una parcela que explota él mismo.

—¿Y dónde está situada esa parcela?

—En Forty Miles Creek.

—¿Qué número tiene?

—La 127.

—¡Vaya! —exclamó Summy Skim—. Nosotros tenemos la 129. Somos los vecinos de ese abominable tejano.

A la mañana siguiente, la llegada del *Foot-ball* fue señalada a la salida del estrecho de Reine-Charlotte, y tras veinticuatro horas de escala, se hizo a la mar la mañana del 17 de abril.

A BORDO DEL FOOT-BALL



El vapor *Foot-ball* desplazaba mil doscientas toneladas, y si no embarcaba más pasajeros que toneladas desplazaba, era porque el inspector de la navegación no había autorizado un número mayor. Además, la línea de flotación, indicada por el cero con una barra pintado en el casco, se encontraba por debajo de su nivel normal. En veinticuatro horas las grúas del muelle habían cargado a bordo un pesado material, un centenar de bueyes, caballos y asnos, una cincuentena de renos, varios centenares de perros destinados al arrastre de trineos a través de las regiones heladas.

Por cierto, es interesante observar que aquellos perros eran de raza San Bernardo y esquimal. La mayoría de ellos se compran en los mercados canadienses, donde su precio es menos elevado, incluso añadiendo el coste del transporte, es decir, cuarenta y cinco francos por ferrocarril entre Montreal y Vancouver, el mismo precio, por otro lado, que se paga entre Vancouver y Scagway.

En lo que respecta a los pasajeros del *Foot-ball*, éstos eran de todas las nacionalidades: ingleses, canadienses, franceses, noruegos, suecos, alemanes, australianos, americanos del sur y del norte, unos con familia y otros sin ella. Aunque por los camarotes de primera y de segunda era posible la separación en dos clases, la promiscuidad en cubierta, como puede comprenderse, era total. En lo referente a los camarotes ya se había duplicado el número de habitáculos,

cuatro en vez de dos. Y en cuanto al puente, éste presentaba el aspecto de un largo dormitorio con una serie de paneles instalados entre las bordas junto a los cuales se tendían las hamacas. En cubierta, la circulación era sumamente difícil, y las pobres gentes estaban apelotonadas en gran número entre las poleas y cangilones; porque el precio de un camarote era de treinta y cinco dólares. Es cierto que, a condición de poderse abrigar contra las frías ráfagas, los pasajeros podían salir del apuro, porque al resguardo de las islas no es de temer que haya mar gruesa entre Vancouver y Scagway.

Ben Raddle había podido reservar dos plazas por adelantado en uno de los camarotes de popa. Éste contenía una tercera plaza ocupada por un noruego llamado Boyen, propietario de una parcela en Bonanza, uno de los afluentes del río Klondike. Era un hombre apacible y suave, atrevido y prudente a la vez, de esa raza escandinava a la que pertenecen los Audrec y los Nansen. Oriundo de Cristianía, regresaba a Dawson City después de haber visitado durante el invierno su ciudad natal. En suma, un compañero de viaje poco molesto y poco comunicativo, hasta el punto de que Summy Skim sólo pudo intercambiar con él unas pocas palabras de cortesía.

Era una suerte para los dos primos que no hubieran tenido que compartir el camarote del tejano durante todo el viaje. Hunter y su compañero habían reservado uno de cuatro plazas aunque ellos sólo fueran dos. E incluso varios pasajeros que no habían podido encontrar sitio a bordo, habían rogado en vano a aquellos dos groseros personajes que les cedieran las dos plazas vacantes. De nada les habían valido sus ruegos, y en respuesta a su demanda, todo lo que habían obtenido había sido una brutal negativa.

Como puede apreciarse, aquel Hunter y aquel Malone —así se llamaba el otro— no regateaban los precios. Eran gente de gastarse todo lo que ganaban —y era mucho, en la explotación de su parcela—, como jugadores manirroto y degenerados, habituales de los garitos cuyo número tendía a ir creciendo en aquel ambiente equívoco de Dawson City. Como el *Foot-ball* poseía un salón de [...] y de póquer, sin duda pasarían en él largas horas. Por otro lado, la mayoría de los pasajeros no tenía ninguna gana de frecuentarlos, y tampoco ellos buscaban frecuentar a nadie.

Desde las seis de la mañana, después de haber salido del puerto

y de la bahía de Vancouver, el *Foot-ball* tomó el canal por rumbo para alcanzar la punta septentrional de la isla. A partir de aquel punto, sólo le quedaba remontar la línea de costa americana, al abrigo de las islas de la Reine-Charlotte y del Príncipe de Gales.

Además, los pasajeros de popa no debían salir de la cubierta que tenían asignada. El puente estaba obstaculizado por los establos donde se hallaban encerrados los animales, bueyes, caballos, asnos, renos, a los que no se podía dejar impunemente en libertad. Pero no sucedía lo mismo con toda aquella jauría de perros que circulaba aullando en medio de los grupos de segunda clase, hombres todavía jóvenes, pero marcados con los estigmas de la miseria, mujeres ya agotadas, rodeadas de niños enfermizos. Ésos emigraban no ya para explotar algún yacimiento por cuenta propia, sino para poner sus brazos al servicio de alguno de aquellos sindicatos que se disputaban sus salarios.

—En fin —dijo Summy Skim—, tú lo has querido, Ben, y por fin ya estamos camino de Eldorado. Después de todo, ya que ha sido necesario hacer este viaje, lo que he visto hasta aquí y lo que veré en el futuro es ciertamente curioso. Tendré ocasión de estudiar el mundo de los buscadores de oro, que no parece ser uno de los más recomendables.

—Sería difícil que no fuera así, mi querido Summy —respondió Ben Raddle—. Hay que tomarlo como es.

—A condición, sin embargo, de no pertenecer a él, Ben, y nosotros no pertenecemos a él ni perteneceremos nunca. Tú eres un caballero, y yo también, y hemos heredado una parcela llena de pepitas, de acuerdo, pero no conservaremos ni un metro cuadrado.

—De acuerdo —respondió Ben Raddle con un imperceptible movimiento de hombros que no tranquilizaba en absoluto a Summy Skim.

Éste respondió:

—Vamos a Klondike a vender la parcela de nuestro tío Josias aunque hubiera sido fácil realizar la venta sin efectuar el viaje. ¡Dios santo! Sólo pensar que habría podido compartir los instintos, las pasiones y las envidias de esta turba de aventureros...

—Ten cuidado, Summy —dijo Ben Raddle—, vas a citarme el *auri sacra fames*^[8].

—Y con razón, Ben —replicó Summy Skim—. Efectivamente,

habría podido compartir esa execrable sed de oro por la que siento un santo horror, y ese deseo desenfrenado de riqueza que hace desafiar tantas miserias. Eso no es trabajo, eso es un juego de azar. Es la carrera por conseguir el premio gordo, la gran pepita. Y cuando pienso que en lugar de navegar a bordo de este vapor en ruta hacia comarcas inverosímiles, yo debería estar en Montreal, haciendo los preparativos para pasar la estación del buen tiempo en las delicias de Green Valley.

—Habías prometido no recriminarme nada, Summy.

—Se acabó, Ben, es la última vez que pienso en...

—¿En llegar a Dawson City? —preguntó Ben Raddle no sin cierta ironía.

—En regresar, Ben, en regresar —respondió francamente Summy Skim.

Mientras el *Foot-ball* navegaba en el estrecho de la Reine-Charlotte sin alcanzar toda su velocidad, los pasajeros no se marearon. El movimiento de las olas apenas se hacía sentir. Pero cuando el paquebote sobrepasó el punto extremo de la isla de Vancouver, se vio expuesto al oleaje procedente de alta mar.

Era el recorrido más largo que tendría que realizar en aquellas condiciones hasta alcanzar la isla de la Reine-Charlotte, o sea, una distancia de [...] millas aproximadamente. Navegarían de nuevo en alta mar entre esa isla y la del Príncipe de Gales, cruzando la Dixon Entrance, pero durante [...] millas solamente. Más allá estaría al abrigo hasta el puerto de Scagway.

El tiempo era frío, la brisa áspera, el cielo nuboso con viento del oeste. Un oleaje muy fuerte batía las costas de la Columbia. Ráfagas donde se mezclaban el agua y la nieve azotaban con violencia. Es de imaginar lo que debían sufrir los emigrantes que no podían encontrar abrigo ni en cubierta ni en el puente. La mayoría estaba postrada por el mareo, ya que a la oscilación de las olas se había sumado el balanceo del barco, y hubiera sido imposible ir de proa a popa sin agarrarse al cordaje. Los animales también estaban afectados, y mezclados con los silbidos del viento, se oían mugidos, relinchos y rebuznos en un espantoso concierto del que es imposible hacerse idea. Y además, los perros corrían y se revolcaban por las pasarelas, porque era imposible mantenerlos encerrados o atados. Algunos de aquellos animales se arrojaban enfurecidos sobre los

pasajeros, les saltaban a la garganta intentando morderles. Fue necesario incluso que el contraamaestre eliminara algunos a tiros. Y aquello no dejó de provocar un gran desorden que al capitán y a sus oficiales les costó reprimir.

Es evidente que Summy Skim, cual decidido observador, desafiaba al mal tiempo y sólo regresaba a su cabina en las horas de descanso.

Además, ni él ni su primo se vieron afectados por el mareo, como tampoco su compañero de viaje, el impasible noruego Boyen, al que nada de lo que pasaba a bordo parecía afectar.

No sucedía lo mismo con el tejano Hunter y su camarada Malone. Desde el primer día consiguieron reunir una banda de jugadores y se instalaron alrededor de una mesa de *monte* y de *faro*, donde día y noche prorrumpían en gritos y provocaciones en toda su salvaje bestialidad.

Entre los pasajeros que habían llegado en el último tren de Montreal a Vancouver se encontraban dos que habían atraído la atención de Summy Skim.

Eran dos religiosas llegadas a Vancouver la víspera de zarpar, cuyas plazas habían sido previamente reservadas a bordo del *Football*. De treinta y dos años de edad la una, y de veinte la otra, francocanadienses de nacimiento, pertenecían a la congregación de las hermanas de la Misericordia, que las enviaba al hospital de Dawson City, cuya superiora reclamaba un aumento de personal.

Summy Skim no pudo impedir una emoción real al ver a aquellas dos hermanas que, obedeciendo la orden recibida en su convento de Montreal, se habían puesto inmediatamente en camino, y lo más seguro que sin preguntar nada ni vacilar. Y el viaje al que se exponían era peligroso; iban a verse mezcladas con el más abominable mundo de aventureros y desgraciados de todos los orígenes. ¡Qué sufrimientos tendrían que soportar durante aquel largo recorrido, y qué miserias les esperaban en Klondike, de donde quizá no regresarían nunca! Pero las sostenía el espíritu de caridad, y el espíritu de entrega las embriagaba. Su misión era socorrer a los desdichados y no fallarían en ella.

Y a bordo de aquel paquebote que las llevaba tan lejos, ya se entregaron a aliviar a la pobre gente sin distinción, prodigando sus cuidados a las mujeres y a los niños, privándose ellas mismas para

procurarles algún bienestar.

Hasta el cuarto día, el *Foot-ball* no entró al abrigo de la isla de la Princesse-Charlotte^[9]. A partir de entonces la navegación se efectuó en condiciones menos duras en unas aguas que ya no agitaban las olas procedentes de alta mar. Del lado del escarpado litoral se sucedían unos fiordos comparables a los de Noruega, que debían evocar innumerables recuerdos de su país al compañero de camarote de Summy Skim y Ben Raddle. En torno a esos fiordos se levantaban elevados acantilados, la mayoría de ellos boscosos, entre los cuales aparecían, si no pueblos, al menos aldeas de pescadores, y lo más frecuente alguna casita aislada, cuyos habitantes, de origen indio, vivían de la caza y de la pesca. Al paso del *Foot-ball* acudían a vender sus productos que encontraban fácilmente comprador.

Si detrás de los acantilados, a una distancia bastante considerable, las montañas recortaban sus crestas nevadas entre la niebla, por el lado de la isla de la Princesse-Charlotte, la mirada abarcaba amplias llanuras o espesos bosques blancos de escarcha. Aquí y allá se divisaban algunos grupos de cabañas en los bordes estrechos de las caletas, donde las barcas de pesca esperaban un viento favorable.

Después de haber rebasado la punta septentrional de la isla de la Princesse-Charlotte, el *Foot-ball* se vio de nuevo expuesto al oleaje de alta mar durante la travesía del Dixon Entrance, que cierra al norte la isla del Príncipe de Gales. Aquella travesía duró veinticuatro horas; pero como la brisa había saltado al nordeste y procedía de tierra, las sacudidas del barco y de las olas fueron menos violentas. Además, a partir de la isla del Príncipe de Gales, el paquebote estaría continuamente a cubierto por un rosario de islotes y por la península de Sitka hasta su llegada al puerto de Scagway. De marítima, la navegación se convertía en fluvial, por así decirlo.

Por otra parte, aquel nombre de Príncipe de Gales se aplica a todo un archipiélago bastante complicado, cuyas últimas puntas al norte se pierden en un laberinto de islotes. La isla principal tiene por capital el puerto de Shakan, situado en la costa oeste, en el cual los navíos pueden encontrar refugio contra las tempestades de alta mar.

Más allá se extiende la isla de Baranof, donde los rusos han

fundado el fuerte de Nuevo-Arkangel, cuya principal ciudad, Sitka, es también la capital de toda la provincia de Alaska. Y, en efecto, cuando el gobierno moscovita cedió Alaska a los Estados Unidos, Sitka no volvió al Dominio ni a la Columbia Británica, y según el tratado de 1867 pasó a ser posesión americana.

El primer puerto canadiense frente al que pasó el

Foot-ball

, fue Port-Simpson, en el litoral de la Columbia al fondo de la Dixon Entrance; pero no atracó allí ni en el puerto de Jackson, que se abre en la isla más meridional del grupo de las de Príncipe de Gales.

Además, si el paralelo cuarenta y nueve, forma el límite de los dos países un poco por debajo de Vancouver, todavía falta determinar claramente la longitud que debe separar Alaska del Dominio en los terrenos auríferos del norte. Y quién sabe si, en un futuro más o menos alejado, no será motivo de disputa entre el pabellón de Gran Bretaña y las cincuenta y una estrellas de los Estados Unidos de América.

El 24 de abril por la mañana, el *Foot-ball* vino a hacer escala en el puerto de Wrangel, situado en la desembocadura del Sikeen. La ciudad solamente contaba entonces con unas cuarenta casas y algunos aserraderos en actividad, un hotel, un casino y casas de juego que durante la estación no paraban.

En Wrangel desembarcaban los mineros deseosos de llegar a Klondike por la ruta de Telegraph Creek en lugar de la de los lagos que se extienden más allá de Scagway. Su distancia no baja de cuatrocientos treinta kilómetros, que han de ser franqueados en las más duras condiciones, menos onerosas, sin embargo. Así, una cincuentena de emigrantes abandonó el barco, resueltos a hacer frente a todos los peligros y fatigas a través de aquellas interminables llanuras de la Columbia septentrional.

A partir de Wrangel los pasos se fueron haciendo cada vez más estrechos y las revueltas cada vez más caprichosas, un verdadero laberinto de islas entre las cuales se iba deslizándose el vapor. Un holandés hubiera podido creer que se encontraba en medio de los dédalos de la Zelanda, pero hubiera regresado pronto a la espantosa verdad, al sentir silbar a su alrededor el viento helado procedente de las regiones polares, al contemplar todo aquel archipiélago todavía sepultado bajo una espesa capa de nieve, al escuchar el

rugido de las avalanchas que se precipitaban en los fiordos desde lo alto de los acantilados del litoral. Un ruso se hubiera creído menos sujeto de una ilusión, porque en aquel lugar se encontraba en el paralelo de San Petersburgo.

Cruzando frente a Mary's Island, próxima a Fort Simpson, el *Foot-ball*

dejó atrás el último puesto de aduanas americano. En Wrangel el paquebote se encontró en aguas canadienses, y si se ha dicho que algunos pasajeros habían bajado a tierra, no fue porque no se les hubiera avisado de que la ruta de los trineos era todavía impracticable.

En cuanto al paquebote, siguió remontando en dirección a Scagway a través de los pasos que se iban haciendo cada vez más estrechos, costearlo el continente cuyo relieve se acentuaba. Pasada la desembocadura del río Taker, vino a echar el ancla durante algunas horas en Juneau.

Entonces no era más que una aldea en vías de convertirse en pueblo, y luego en ciudad.

Al nombre de Juneau, que fue su fundador hacia 1882, conviene añadir el de Richard Harris, pues dos años antes, ambos habían descubierto los yacimientos de Silver Bow Bassin, de donde sacaron sesenta mil francos de oro en pepitas algunos meses después.

La primera invasión de mineros databa de aquella época, atraídos por la repercusión de ese descubrimiento y la explotación de los terrenos auríferos al norte de Telegraph Creek, que precedió a la de Klondike. Y a partir de aquel día, la mina de Treadwell, donde trabajaban doscientos cuarenta molinos de pilón, llegó a pulverizar hasta mil quinientas toneladas de cuarzo al día, y produjo dos millones quinientos mil francos, una mina que cien años de explotación no llegaría a agotar.

Y cuando Ben Raddle puso a Summy Skim al corriente del éxito obtenido en aquellos territorios, éste respondió:

—Pues bien, resulta enojoso que la parcela de nuestro tío Josias en lugar de estar situada en Forty Miles Creek no lo esté en el río Taku.

—¿Por qué?

—Porque no tendríamos necesidad de ir hasta Scagway.

Y aún, si sólo se hubiera tratado de llegar a Scagway, no habría

tenido motivos para quejarse. El *Foot-ball* llegaría al día siguiente. Pero a partir de allí comenzarían las verdaderas dificultades y muy probablemente también la miseria excesiva cuando hubiera que franquear los pasos de Chilkoot y alcanzar la orilla izquierda del Yukón por la ruta de los lagos.

Sin embargo, allí estaban todos aquellos pasajeros, impacientes por abandonar el *Foot-ball* para aventurarse en la región que regaba la gran arteria de Alaska. Únicamente pensaban en el futuro, pero no en las fatigas, las pruebas, los peligros, las decepciones, sino sólo en el espejismo que se dejaba entrever.

Al fin, después de Juneau, el paquebote remontó el canal de Lynn, que termina en Scagway para los navíos de cierto tonelaje, pero que los barcos de quilla plana pueden seguir remontando allende ese punto, durante dos leguas más hasta el pueblo de Dyea. Hacia el noroeste resplandecía el glaciar de Muir, que tiene una altura de doscientos cuarenta pies, y envía constantemente al Pacífico sus avalanchas. Algunas barcas, tripuladas por indígenas, escoltaban al

Foot-ball

que incluso remolcó a alguna de ellas.

Durante la última velada que pasaron a bordo, se organizó en la sala de juegos una formidable partida en la que varios de los que la habían frecuentado durante la travesía perdieron hasta el último dólar. No asombrará a nadie que los tejanos Hunter y Malone fueran de los más asiduos y de los más violentos. Además, los otros, cualquiera que fuera su nacionalidad, no valían más que ellos. Era la misma categoría de aventureros que podía encontrarse habitualmente en los garitos de Vancouver, Wrangel, Scagway y Dawson City.

Hasta entonces no parecía que la fortuna hubiera sido desfavorable a los dos tejanos. Desde que habían embarcado a bordo del

Foot-ball

, en el puerto de Acapulco, les habían tocado varios miles de dólares o de piastras por su buena suerte jugando al *monte* o al *faro*. Sin duda, esperaban que la suerte les seguiría siendo fiel durante la última velada que iban a pasar a bordo.

Sin embargo, no sucedió así en absoluto, y por el alboroto que se

oía procedente de la sala de juego, no se podía poner en duda de que era teatro de escenas deplorables. Resonaban los gritos, se oían invectivas groseras, y era posible que el capitán del *Foot-ball* se viera obligado a intervenir para restablecer el orden. Pero como hombre prudente y que sabía a qué atenerse con aquella gente, solamente intervendría en casos extremos. Si era necesario avisaría a la policía a su llegada a Scagway, y ella pondría de acuerdo a los adversarios arrestándolos si era necesario.

Eran las nueve de la noche cuando Summy Skim y Ben Raddle pensaron en regresar a su camarote. Al bajar se encontraron cerca de la sala de juegos, en la parte trasera del puente de máquinas.

De repente, la puerta de la sala se abrió con estrépito y una docena de pasajeros se precipitaron al puente.

Entre ellos se encontraba Hunter, quien en el culmen de la cólera, agarraba por el cuello a uno de los jugadores y vomitaba un torrente de injurias. Una discusión sobre una baza de *monte* había provocado aquella escena abominable que amenazaba con terminar en una pelea colectiva entre todos aquellos locos.

No parecía, además, que la mayoría estuviera de parte de Hunter, porque le cubrían de amenazas a las que él respondía con horribles invectivas. Podría suceder incluso que, a fin de cuentas, el disparo de los revólveres viniera a sumarse a aquellas vociferaciones furiosas.

En aquel momento Hunter, con un vigoroso golpe, se libró del grupo que le rodeaba y se arrojó hacia adelante de un salto.

Las dos religiosas, que se dirigían a cubierta, se cruzaron en su camino, y una de ellas, la de más edad, fue derribada sobre el puente.

Summy Skim, irritado, se precipitó hacia Hunter, mientras Ben Raddle ayudaba a levantarse a la hermana.

—Miserable —gritaba Summy Skim—, merecería...

Hunter se detuvo y estaba llevándose la mano a la cintura para sacar el cuchillo que llevaba en una funda cuando cambió de opinión y dijo a Summy Skim:

—¡Ah! Es usted, el canadiense, ya nos encontraremos allá, no pierde nada por esperar.

Y después, mientras que él regresaba a su camarote con su compañero Malone, la religiosa se acercó a Summy Skim:

—Caballero, le doy las gracias —dijo—. ¡Pero ese hombre no sabía lo que hacía, y tiene que perdonarlo como yo lo perdono!

SCAGWAY



Como todos los lugares de parada perdidos en medio de una región donde escasean los caminos y donde faltan los medios de transporte, Scagway al principio era solamente un campamento donde se detenían los primeros buscadores de oro. Pero en poco tiempo, aquella mezcla de cabañas fue reemplazada por un conjunto de casetas construidas con más regularidad, y después casas edificadas sobre unos terrenos cuyo valor aumentaba sin cesar. Y quién sabe si, en el futuro, aquellas ciudades creadas por la necesidad del momento no serían abandonadas, si aquella región no quedaría desierta cuando se hubieran agotado los yacimientos.

En efecto, no hay punto de comparación entre estos territorios y los de Australia, California o Transvaal. En esos países, después de la explotación de los placeres, los pueblos han podido convertirse en ciudades, incluso en metrópolis. A su alrededor, la región era habitable, el suelo productivo, y los negocios o la industria podían tomar una importancia real, y después de haber entregado sus tesoros metálicos, la tierra seguía remunerando a quien la trabajaba.

Pero aquí, en esta parte del Dominio, en la frontera de Alaska, casi en el límite del Círculo Polar, bajo un clima glacial, durante unos inviernos que duraban ocho meses, ¿qué esperar, e incluso qué hacer cuando se hubieran extraído las últimas pepitas de oro, en

una comarca sin recursos, medio esquilmada ya por los traficantes de pieles?

Es por lo tanto muy posible que aquellas ciudades, tan rápidamente fundadas, Scagway, Dawson City, donde en la actualidad no escasean ni la animación de los negocios, ni el movimiento de viajeros, perezcan poco a poco, cuando las minas de Klondike estén vacías, y éso aunque se formen sociedades financieras para establecer entre ellas comunicaciones más fáciles y que se esté hablando de tender un ferrocarril desde Wrangel hasta Dawson City.

Actualmente, Scagway rebosaba de emigrantes: los que desembarcaban de los paquebotes del Pacífico y los que llegaban por los ferrocarriles canadienses o de los Estados Unidos, todos con destino a los territorios de Klondike.

Cierto número de estos viajeros se hacían transportar hasta Dyea, pueblo situado al final del canal de Lynn. Pero los vapores no podían conducirlos con su material, porque la profundidad del canal no les hubiera permitido navegar aguas arriba de Scagway. Tomaban un billete a bordo de los barcos de quilla plana contruidos de manera que pudieran hacer las cinco millas que separan ambas ciudades, lo cual abreviaba la penosa ruta.

Además, en Scagway comenzaban las dificultades reales del viaje, después de la travesía relativamente [fácil]^[10] a bordo de aquellos paquebotes que hacían el servicio del litoral.

Y en primer lugar había que contar con las insoportables vejaciones procedentes de la aduana americana.

En efecto, más allá de Scagway, que pertenece al Dominio, hay una larga banda de treinta y dos kilómetros que es posesión americana. Así, los americanos, con el fin de impedir el comercio de cualquier tipo durante la travesía de esta banda, obligan a los viajeros a ser escoltados y a asumir los gastos de escolta, que son testarudamente reclamados y percibidos y que ascienden a un buen puñado de dólares.

Los dos primos habían escogido un hotel, y el escoger era posible, porque ya se habían abierto varios hoteles en Scagway. Ocuparon la misma habitación, a un precio superior a la del hotel de Vancouver, y se propusieron hacer todo lo que estuviera en sus manos para dejarla lo más rápidamente posible.

Se da por supuesto que muchos viajeros pululaban por aquel hotel, esperando su salida hacia Klondike. En el comedor se codeaban todas las nacionalidades. La comida no era más que pasable, pero ¿acaso aquellos emigrantes que durante varios meses estarían expuestos a tantas privaciones tenían derecho a quejarse?

Por lo demás, Summy Skim y Ben Raddle no tendrían ocasión de volver a encontrarse, durante su estancia en Scagway, con aquellos dos tejanos cuya proximidad habían evitado a bordo del *Foot-ball*. Hunter y Malone habían continuado hacia Klondike nada más llegar. Como regresaban al lugar de donde habían salido seis meses antes, tenían asegurados por adelantado los medios de transporte, y únicamente habían tenido que ponerse en camino con sus guías sin tener que cargarse con un material que se encontraba ya en la explotación de Forty Miles Creek.

—Por Dios —dijo Summy Skim—. No es poca suerte no tener a esa pareja de buitres como compañeros de viaje, y compadezco a los que tengan que hacer la ruta con ellos, a menos que se les parezcan, lo que resulta muy probable en este bonito mundo de los buscadores de oro.

—Sin duda —respondió Ben Raddle—, pero esos buitres que tú dices tienen la suerte de no haberse retrasado en Scagway, mientras que nosotros necesitaremos varios días.

—¡Eh! ¡Ya llegaremos, Ben, ya llegaremos! —exclamó Summy Skim—. Incluso una vez que hayamos llegado tendremos la perspectiva de volver a encontrar a esos dos granujas en la parcela 127, colindante con la 129. Agradable circunstancia. De modo que nos apresuraremos a vender la nuestra al mejor precio y tomar el camino de vuelta.

Si Summy Skim no tenía ya que preocuparse de los dos tejanos, no le sucedió lo mismo con las dos religiosas que habían desembarcado del

Foot-ball

. Ben Raddle y él mismo no habían podido pensar sin emoción, sin compasión, en los peligros y en las fatigas a las que estarían expuestas aquellas dos santas mujeres. ¿Y qué apoyo o qué socorro podrían encontrar, si lo necesitaban, en medio de aquella turba de emigrantes en quienes la envidia, la avidez, la pasión por el oro apagaban cualquier sentimiento de justicia y de honor? Ellas se

habían puesto en camino sin dudarle ni un instante, para tomar la larga ruta de Klondike, sembrada de cientos de cadáveres, y no retrocedían ante los peligros a los que el hombre más resuelto habría evitado enfrentarse.

A la mañana siguiente, Summy Skim y Ben Raddle tuvieron ocasión de encontrarse con aquellas hermanas de la Misericordia, mientras hacían las gestiones para sumarse a una caravana cuyos preparativos de salida estarían concluidos en algunos días. Aquella caravana sólo estaba compuesta de gentes miserables, incultas y groseras, ¡y ésa sería la compañía de las dos religiosas durante todo el recorrido de [...] kilómetros que separa Scagway de Dawson City a través de la región de los lagos!

En cuanto las vieron, los dos primos se dirigieron hacia ellas con la esperanza de poder serles útiles. Habían pasado la noche en una pequeña casa de religiosas de Scagway.

Summy Skim, pues, se acercó y, muy respetuosamente, les preguntó si después de las fatigas de la travesía no habían pensado en tomarse algún reposo.

—No podemos —respondió sor Marta, la de más edad.

—¿Van ustedes a Klondike? —preguntó Summy Skim.

—Sí, señor —respondió sor Marta—. En Dawson City hay muchos enfermos. La superiora del hospital nos espera, y desgraciadamente aún estamos lejos.

—¿De dónde vienen? —preguntó Ben Raddle.

—De Quebec —respondió sor Madeleine, la más joven.

—¿Supongo que regresarán allí cuando sus servicios ya no sean necesarios?

—Lo ignoramos, señor —respondió sor Marta—. Nos hemos ido porque nuestra superiora nos lo ha ordenado, y regresaremos cuando Dios quiera.

Aquello estaba dicho con tanta resignación, o mejor, con tanta confianza en la bondad divina, que Summy Skim y Ben Raddle se sintieron profundamente conmovidos. Después hablaron de aquella lejana ciudad de Dawson City, de las largas etapas a través de la región lacustre y de los territorios del Yukón, de las dificultades del transporte, de aquel penoso viaje en trineo sobre la nieve endurecida de las llanuras, sobre la superficie helada de los lagos. Cuando las religiosas llegaran a su destino, todos los impedimentos,

todas las dificultades serían olvidadas. Aquélla era su tarea, y tendrían la satisfacción del deber cumplido cualesquiera que fuesen las temibles epidemias y las peligrosas enfermedades que las religiosas tendrían que atender día y noche. Su vida pertenecía a los desgraciados, a los afligidos, a todos los que sufrían, y era necesario poder llegar a ellos en el hospital de Dawson City, cuya superiora había solicitado nuevas religiosas. Ésa era la razón por la cual sor Marta y sor Madeleine buscaban la manera de procurarse medios de transporte compatibles con los escasos recursos de que disponían.

—¿Son ustedes canadienses? —preguntó Summy Skim.

—Francocanadienses —respondió sor Marta—. Pero no tenemos familia, o más bien sólo tenemos a la gran familia de los desgraciados.

—Conocemos a las hermanas de la Misericordia —declaró Raddle—. Y sabemos cuáles son los servicios que han rendido y que rinden sin cesar en el mundo entero.

—Además —añadió Summy Skim—, nuestras compatriotas pueden disponer de nosotros si somos lo bastante afortunados para poder prestarles algún servicio.

—Se lo agradecemos mucho, *messieurs* —respondió sor Madeleine—, pero espero que podamos unirnos a la caravana que se dispone a salir hacia Klondike.

—¿Ustedes van a Dawson City, *messieurs*? —preguntó sor Marta.

—En efecto —respondió Summy Skim—. ¿Para qué hubiéramos venido hasta Scagway si no fuera para subir hasta Dawson City?

—¿Tienen ustedes la intención de permanecer allí durante toda la estación? —dijo sor Madeleine.

—¡Oh, no! —exclamó Summy Skim—. Solamente el tiempo de liquidar el asunto que nos llama allí, y eso puede ser cuestión de algunos días. Pero en fin, ya que vamos a tomar la ruta de Klondike, hermanas, en el caso de que no puedan ponerse de acuerdo con esa caravana, estamos a su disposición.

—Se lo agradecemos mucho, *messieurs* —respondió sor Marta—. Pase lo que pase nos volveremos a encontrar en Dawson City, donde nuestra superiora se sentirá feliz de recibir a unos compatriotas.

Desde su llegada a Scagway, Ben Raddle había estado ocupado asegurando su transporte hasta la capital de Klondike. Siguiendo el consejo que le habían dado en Montreal, se informó del paradero de

un tal Bill Stell, del que le habían dado todas las garantías y con el que contaba ponerse en contacto.

Bill Stell se encontraba precisamente en aquel momento en Scagway. Era un antiguo cazador de las praderas, de origen canadiense. Durante algunos años, Bill Stell había desempeñado las funciones de explorador y guía de las tropas del Dominio, con la total satisfacción de sus mandos, y había participado en las luchas mantenidas contra los indios. Se le tenía por un hombre de gran valor, de sangre fría y enérgico.

El Explorador desempeñaba actualmente el oficio de guía de los emigrantes que acudían o retornaban a Klondike atraídos por la llegada de la buena estación. No era solamente un guía, era también el jefe de las personas que trabajaban con él, y el propietario del material que un viaje tan difícil exigía, hombres para el servicio de los barcos que cruzaban los lagos, perros para acarrear los trineos por la superficie de las llanuras heladas que se extendían más allá de los pasos de Chilkoot, y al mismo tiempo proporcionaba los alimentos para la caravana organizada bajo su mando.

Precisamente porque contaba con poder utilizar los servicios de Bill Stell, Ben Raddle no había cargado un equipaje voluminoso al dejar Montreal. Sabía que el Explorador le proporcionaría todo lo que necesitara para llegar a Klondike, y no dudaba de que podrían entenderse a un precio conveniente para la ida y la vuelta.

Al día siguiente de su llegada a Scagway, cuando Ben Raddle se presentó en la casa de Bill Stell, le respondieron que el Explorador estaba ausente. Se había ido a conducir una caravana por el White Pass hasta el extremo del lago Benett; pero habían pasado ya diez días desde su salida, y no debía de tardar en volver. Si no se le habían presentado retrasos en el camino, o si no había sido requerido de nuevo por otros viajeros al salir del puerto, puede que estuviera en Scagway a partir del día siguiente.

Eso fue precisamente lo que sucedió, y a la mañana siguiente, cuando Ben Raddle volvió a la casa de Bill Stell pudo ponerse en contacto con él.

El Explorador era un hombre de unos cincuenta años, de estatura media, cuerpo de hierro, con una barba que empezaba a encanecerse en las mejillas, un áspero y grueso pelo cortado al rape y la mirada firme y penetrante. En su simpática fisonomía se leía

una perfecta honradez. Mientras desempeñaba su oficio de explorador con el ejército canadiense, había adquirido las más raras cualidades de circunspección, vigilancia y prudencia. No hubiera sido fácil engañarle, porque era reflexivo, metódico y lleno de recursos. Al mismo tiempo, era un filósofo a su manera y sabía tomar la vida por el buen lado, pues ¿no es cierto que siempre tiene sus lados buenos? Muy satisfecho de su oficio, nunca le había venido la ambición de imitar a los que conducía a los territorios auríferos, ¿acaso no sabía que la mayor parte sucumbía bajo las fatigas o regresaba de aquellos duros campos más miserables que antes?

Ben Raddle, pues, dio a conocer a Bill Stell su proyecto de salir hacia Dawson City en el plazo más corto. Si se dirigía a él era porque le habían informado en Montreal de que no podía encontrar mejor guía en Scagway.

—Bien, caballero —respondió el Explorador—, me pide que le transporte a Dawson City. Mi oficio es guiar a los viajeros, y poseo el personal y el material indispensables para ese viaje.

—Lo sé, Explorador —dijo Ben Raddle—. Y también sé que se puede confiar en usted.

—¿Cuenta con quedarse sólo algunas semanas en Dawson City? —preguntó Bill Stell.

—Lo más probable.

—¿Entonces no se trata de explotar una parcela?

—No, la que mi primo y yo poseemos nos ha tocado por herencia. Nos han hecho una propuesta de compra, pero antes de aceptarla hemos querido verificar su valor.

—Eso es prudente, *monsieur* Raddle, porque en esa clase de negocios se emplean toda clase de astucias para engañar a la gente; hay que ser desconfiado.

—Eso es lo que nos ha decidido a emprender el viaje hacia Klondike.

—¿Y regresarán a Montreal cuando hayan vendido su parcela?

—Ésa es nuestra intención, y después de habernos servido de guía a la ida, le pediremos que nos guíe a la vuelta, Explorador.

—Nos pondremos de acuerdo sobre ese tema —respondió Bill Stell—. Como no tengo por costumbre sobrecargar mis honorarios, éstas son las condiciones del trato, *monsieur* Raddle.

Se trataba en suma de un viaje cuya duración sería de treinta a treinta y cinco días, para el cual el Explorador suministraría los caballos o mulas, los arreos de los perros, los trineos, las barcas y las tiendas de campaña. Por otro lado, Summy Skim y Ben Raddle no iban cargados con todo ese material preciso de los buscadores que van a explotar una parcela. Bill Stell se encargaría de proporcionar lo necesario para el mantenimiento de la caravana, y bastaba con confiar en él en ese aspecto, porque conocía mejor que nadie las necesidades y exigencias del largo recorrido a través de aquellos territorios privados de recursos, sobre todo durante la estación invernal.

Haciendo cuentas, el precio del viaje quedó fijado en mil trescientos francos de Scagway a Dawson City, y en una suma parecida por el retorno de Dawson City a Scagway.

Ben Raddle sabía con quién hablaba, y hubiera sido impropio discutir las condiciones con un hombre tan concienzudo y tan honrado como el Explorador.

Además, en aquella época, los precios del transporte, aunque sólo fuera por franquear los pasos hasta la región de los lagos, eran bastante elevados debido a las dificultades de las dos rutas; cuatro o cinco centavos por libra de equipaje en una de ellas, y seis o siete centavos en la otra. De ahí se podía deducir que los requerimientos de Bill Stell eran aceptables.

—De acuerdo —dijo Ben Raddle—, y no olvide que deseamos ponernos en marcha en el plazo más breve.

—Cuarenta y ocho horas es todo lo que necesito —respondió el Explorador.

—¿Será necesario que vayamos hasta Dyea por barco? —preguntó Ben Raddle.

—Es inútil, ya que no llevan nada de material. Me parece preferible estar en Scagway hasta el momento de la salida y evitar ese desplazamiento de cinco o seis millas.

Ahora había que decidir qué camino seguiría la caravana para cruzar la parte montañosa que precedía a la región de los lagos, donde se acumulaban las mayores dificultades.

A las preguntas que Ben Raddle le hizo a ese respecto, Bill Stell respondió:

—Existen dos rutas, o mejor dicho, dos pistas, la del White Pass

y la del paso de Chilkoot. Una vez franqueados cualquiera de esos dos pasos, las caravanas sólo tienen que bajar hacia el lago Benett o el lago Lindeman.

—¿Y cuál de las dos tiene intención de tomar, Explorador?

—La de Chilkoot, que me permite alcanzar directamente la punta del lago Lindeman, después de haber hecho un alto en el Sheep Camp, que allí se encuentra y donde podremos albergarnos y avituallarnos. Además, en el lago Lindeman es donde me espera mi material, lo que me evita tener que traerlo a Scagway, y me ahorra el paso de la montaña.

—Como ya le he dicho, confiamos enteramente en su experiencia, y lo que usted decida, bien decidido estará —dijo Ben Raddle—. En lo que a nosotros nos concierne, estamos listos para salir en cuanto usted nos dé la señal.

—Dentro de dos días, como ya le he dicho —replicó Bill Stell—. Necesito ese tiempo para mis últimos preparativos, *monsieur* Raddle. Si salimos de madrugada, es muy posible que podamos hacer las cuatro leguas que separan Scagway de la cima del Chilkoot.

—¿A qué altura se encuentra la cumbre?

—Alrededor de tres mil pies —respondió el Explorador—, pero el paso es estrecho, sinuoso, y lo que hace más difícil cruzarlo es que en esta época está lleno de mineros, con sus carromatos y sus animales de tiro, sin hablar de la nieve que a veces lo obstruye.

—Sin embargo, usted lo prefiere al otro —observó Ben Raddle.

—Sí, por el motivo de que sólo tengo que bajar por la vertiente norte del Chilkoot para llegar al lago Lindeman.

Todo quedó resuelto con Bill Stell, y a Ben Raddle sólo le quedaba avisar a Summy Skim de que se preparara para dejar Scagway en cuarenta y ocho horas.

Eso fue lo que hizo aquel mismo día, declarando que era para ellos una suerte especialmente afortunada el haber tratado con el Explorador, que le inspiraba entera confianza y se encargaba de todo lo que exigía un viaje hecho en condiciones verdaderamente penosas. En cuanto al precio solicitado y aceptado, no tenía nada de excesivo, dado que la distancia entre Scagway y Dawson City no podía franquearse en menos de cinco semanas.

Summy Skim aprobó lo que había hecho su primo y se contentó con decir:

—Ya veo que las cosas van lo mejor posible, querido Ben. Pero me viene una idea que va a parecerse excelente, espero, y que no puede causarnos ninguna molestia.

—¿Cuál, Summy?

—Es la siguiente —prosiguió Summy Skim—. Se trata de las dos religiosas que desembarcaron al mismo tiempo que nosotros en Scagway. Las he vuelto a ver y me han dado mucha pena. No han podido llegar a un acuerdo con la otra caravana, que por otra parte no les convenía en absoluto, y ya no saben cómo hacer para llegar a Klondike. Pues bien, ¿por qué no les proponemos que vengan con nosotros bajo la dirección del Explorador?

—Es muy buena idea —respondió sin titubeos Ben Raddle.

—Sin duda, Ben, habrá algunos gastos suplementarios de transporte y alimentación.

—Los tomaremos a nuestro cargo, Summy, por supuesto. Únicamente, ¿tú crees que las hermanas aceptarán?

—Cómo no, Ben, que unas canadienses viajen con unos canadienses, ¿no te parece lo más indicado?

—Entendido. Vete a ver a sor Marta y a sor Madeleine, Summy, y que estén preparadas.

—¡Ah! ¡Esas buenas almas estarían listas para partir en una hora!

Ciertamente, la mejor circunstancia para las dos religiosas era realizar el viaje bajo la protección de sus compatriotas. No se encontrarían expuestas a la promiscuidad de las caravanas formadas por tanta gente sin referencias, llegada de todas las partes del mundo. No les faltaría ninguna atención y ninguna ayuda si llegaban a necesitarla en aquella larga ruta.

Por lo tanto, aquel mismo día, Summy Skim y Ben Raddle se presentaron ante las dos hermanas, que estaban buscando en vano el medio de conseguir alguna forma de transporte hacia Klondike. Sor Marta y sor Madeleine aceptaron con profunda emoción la propuesta que les hacían, y quisieron expresar todo su agradecimiento.

—No son ustedes las que tienen que agradecerlo, hermanas —dijo Summy Skim—. Lo tendrían que agradecer todos aquellos pobres enfermos que las están esperando y que tanto necesitan sus cuidados.

EL CHILKOOT



Bill Stell tenía razón al preferir el paso del Chilkoot al del White Pass. Es cierto que éste último podía tomarse saliendo de Scagway, mientras que el primero sólo empieza en Dyea. Por lo tanto, había que ir a aquella población que los emigrantes, cargados con un pesado material, alcanzan fácilmente en los barcos de quilla plana que sirven para remontar hasta el final el canal de Lynn.

Veamos a continuación lo que los viajeros tienen que hacer después de haber alcanzado el punto más elevado de los pasos: si han tomado el White Pass, les quedan por hacer alrededor de ocho leguas en deplorables condiciones para poder alcanzar el lago Benett. Si han tomado el paso del Chilkoot, no les quedan más que cuatro leguas por franquear antes de llegar al lago Linde man. Ese lago no mide más de veintitrés kilómetros, y desde su extremo superior por el río Caribú no hay más que tres kilómetros hasta la punta inferior del lago Benett.

Es cierto que el paso del Chilkoot es más duro de escalar que el White Pass, puesto que hay que salvar un talud casi vertical de mil pies. Pero eso sólo resulta molesto para los emigrantes que arrastran consigo una pesada impedimenta, y como bien sabemos, no era ése el caso de los dos canadienses a los que iba a guiar el Explorador. Más allá del Chilkoot encontrarían una ruta bastante bien conservada que conducía al lago Lindeman. Si hubieran tenido que

transportar consigo el material de minería, es probable que Bill Stell les hubiera aconsejado tomar el White Pass. Aquella primera parte del viaje a través de la barrera montañosa del territorio, si no evitaba grandes fatigas, al menos no ofrecía grandes dificultades.

En cuanto al número de emigrantes que se dirigía hacia la región de los lagos, tan considerable era en uno de los pasos como en el otro. Se contaban por millares aquellos que se arriesgaban a tales esfuerzos para alcanzar el Klondike al comienzo de la campaña de explotación.

Bill Stell dio la señal de partida en la mañana del 2 de mayo. Las hermanas Marta y Madeleine, Summy Skim y Ben Raddle, el Explorador y los seis hombres que tenía a su servicio tomaron la ruta del Chilkoot dejando Scagway. Dos trineos, tirados por mulas, debían ser suficientes para aquella parte del viaje que terminaba en el extremo sur del lago Lindeman donde Bill Stell había establecido su puesto principal. Aquel recorrido no se podía efectuar en menos de tres o cuatro días en las circunstancias más favorables.

Uno de los trineos estaba destinado a las dos religiosas, que ya se habían instalado en él, bien envueltas en mantas y pieles que las abrigan contra un viento extremadamente vivo. Por supuesto, jamás habían imaginado que su viaje sería de aquel modo, y reiteraban sus agradecimientos, que Summy Skim se obstinaba en no recibir. Ben Raddle y él se sentían felices de poder serles útiles facilitándoles el cumplimiento de su misión, y habían querido correr con los gastos suplementarios que se deberían abonar a Bill Stell.

Además, aquel hombre honrado no escondía la satisfacción que experimentaba de que las religiosas hubieran aceptado el ofrecimiento de sus compatriotas. ¿Acaso no era él también, como ellas y como ellos, de origen canadiense?

Por otra parte, el Explorador no había ocultado a sor Marta y a sor Madeleine la impaciencia con que se las esperaba en Dawson City. La superiora no daba abasto con las exigencias del servicio y varias religiosas se habían contagiado cuidando a los enfermos que diversas epidemias llevaban al hospital.

En efecto, las fiebres tifoideas, en especial, asolaban entonces la capital de Klondike. Las víctimas se contaban por centenas. Aquellos desdichados emigrantes, después de haber dejado a tantos

compañeros en las rutas de Scagway a Dawson City, eran presa de las epidemias que allí reinaban permanentemente.

«¡Qué país tan encantador, decididamente! —decía para sus adentros Summy Skim—. ¡Y eso que vamos de paso! Pero estas dos santas mujeres, que van a hacer frente sin dudarle a tantos peligros, y que quizá no vuelvan...».

Para aquella travesía del Chilkoot, cuyas pendientes eran tan abruptas, no les había parecido necesario llevar víveres. El Explorador conocía, si no hoteles, al menos albergues de lo más rudimentario donde se podrían alimentar y también recogerse para pasar la noche. Lo cierto es que se pagaba medio dólar por ocupar la tabla que servía de cama y un dólar por la comida, que invariablemente se componía de tocino y de pan ácimo. Además la caravana de Bill Stell no se vería reducida a aquel régimen cuando hubieran franqueado la región lacustre.

El tiempo era frío y la temperatura se mantenía a diez grados bajo cero, con un viento glacial. Pero al menos, una vez que cogían la pista, los trineos podían deslizarse suavemente sobre la nieve endurecida, no sin sufrimiento para el tiro, porque las pendientes eran empinadas. Así, mulas, perros, caballos, bueyes y renos perecían en gran número, y tanto el paso del Chilkoot como el White Pass se veían a menudo obstruidos por los cadáveres.

Dejando Scagway, el Explorador se dirigió hacia Dyea siguiendo la orilla oriental del canal de Lynn. Sus trineos, menos cargados que otros que subían hacia el macizo, hubieran podido adelantarlos fácilmente. Pero los atascos eran prodigiosos, con la ruta cortada por los que se retrasaban, con vehículos de todo tipo cruzados en medio, incluso volcados, con animales que se negaban a seguir avanzando a pesar de los golpes y los gritos, con el esfuerzo violento de unos por abrirse paso, y la violenta resistencia de los otros para oponerse a ello, con el material que había que descargar y volver a cargar en los vehículos obtenidos en Scagway, con las disputas y peleas donde se intercambiaban injurias y golpes a los que a veces se mezclaban las detonaciones de los revólveres. También sucedía a veces que los tiros de perros se enredaban, y los conductores pasaban largo tiempo separándolos entre los aullidos de aquellos animales medio salvajes. Y todo aquello en medio de las ráfagas de viento que asolan los estrechos desfiladeros del Chilkoot

y de White Pass, en medio de los torbellinos de nieve que en algunos instantes formaba una capa de varios pies de espesor.

Los barcos del canal de Lynn emplean generalmente una media hora en franquear la distancia que separa Scagway de Dyea. Por vía terrestre y a pesar de las dificultades de la progresión, se puede salvar esa distancia en dos horas. Así pues, antes del mediodía la caravana del Explorador había puesto pie en Dyea.

Por entonces Dyea sólo era una aglomeración de tiendas y algunas casuchas y cabañas dispersas al extremo del canal donde tiene lugar la descarga del material que el minero debe transportar al otro lado del macizo montañoso.

En aquel momento los viajeros que se apretujaban en aquel embrión de ciudad, al pie del paso del Chilkoot, se hubieran podido estimar en no menos de mil quinientos.

Bill Stell, con razón, no deseaba prolongar su parada en Dyea, ansioso de por aprovechar aquel tiempo frío, pero seco, que facilitaba el arrastre de los trineos. Lo mejor sería acometer el paso después de haber comido algo de forma que pudieran pasar la noche siguiente en el campamento de Sheep Camp.

A mediodía, el Explorador y sus compañeros se volvieron a poner en marcha; las hermanas volvieron a ocupar su lugar en el trineo. Ben Raddle y Summy Skim iban a pie. Les habría sido difícil no admirar los aspectos salvajes y grandiosos que se iban presentando a cada revuelta del desfiladero: aquellos macizos de pinos y abedules cubiertos de escarcha que se alzaban hasta la cresta del talud, aquellos torrentes que el frío no había podido congelar y que saltaban tumultuosamente hasta el fondo de unos abismos cuya profundidad escapaba a las miradas.

El Sheep Camp sólo distaba de Dyea cuatro leguas; por lo tanto, se podría franquear en algunas horas. Es cierto que el paso presentaba pendientes muy empinadas; las mulas, que solamente avanzaban al paso, se detenían con frecuencia, y para obligarlas a ponerse de nuevo en marcha, el conductor debía esforzarse.

Al tiempo que caminaban, Ben Raddle y Summy Skim conversaban con el Explorador, y a una cuestión que le plantearon, éste respondió:

—Cuento con llegar al Sheep Camp hacia las cinco o las seis, y allí nos instalaremos hasta la mañana.

—¿Encontraremos un alojamiento donde puedan encontrar reposo nuestras acompañantes? —preguntó Summy Skim.

—Lo hay —respondió Bill Stell—, porque el Sheep Camp es lugar de parada de los emigrantes.

—¿Pero no es de temer que esté lleno? —prosiguió Ben Raddle.

—No sería raro —afirmó el Explorador—. Además los albergues no son demasiado tentadores. Quizá sea mejor que levantemos las tiendas para pasar la noche en ellas.

—Caballeros —dijo sor Marta que había oído aquella conversación desde su trineo—. No queremos causarles molestias.

—¿Molestias, hermana? —respondió Summy Skim—. ¿En qué podrían molestarnos? ¿Acaso no tenemos dos tiendas? Una de ellas está reservada para ustedes; nosotros ocuparemos la otra.

—Y con nuestras dos pequeñas estufas que arderán hasta el amanecer no tendremos por qué temer el frío, aunque en estos momentos sea intenso —añadió Bill Stell.

—Gracias, caballeros —dijo sor Madeleine—, pero cuando convenga viajar de noche no queremos que lo impida nuestra presencia.

—Esté usted tranquila, hermana —declaró Summy Skim riendo—, puede tener por seguro que no les vamos a evitar a ustedes ni penalidades ni fatigas.

La caravana alcanzó el Sheep Camp hacia las seis. Al llegar, las mulas estaban casi reventadas. Se apresuraron a desengancharlas y la gente del Explorador se ocupó de echarles de comer.

Bill Stell tenía razón al decir que los albergues de aquella población estarían desprovistos de la más elemental comodidad. Apenas si se parecían a [...] donde la gente pobre se aloja por las noches. Además, no les hubiera resultado posible encontrar sitio. Por lo tanto, el Explorador hizo instalar las dos tiendas al abrigo de unos árboles, un poco en las afueras del Sheep Camp, de manera que no les turbara el tumulto de la muchedumbre.

En cuanto las tiendas estuvieron listas, transportaron a ellas las pieles y las mantas de los trineos; después encendieron las estufas. Aunque tuvieron que conformarse con carne fría, al menos no faltaron las bebidas calientes, té y café. Por fin, sor Marta y sor Madeleine, una vez que estuvieron a solas, se envolvieron en sus mantas la una junto a la otra, no sin haber rezado por sus generosos

y humanitarios compatriotas.

Bajo la segunda tienda la velada se prolongó más, en medio del humo de las pipas. Hicieron bien en poner las estufas al rojo vivo, pues aquella noche la temperatura descendió a diecisiete grados bajo cero.

Es fácil imaginar los sufrimientos que tuvieron que padecer aquellos emigrantes —quizá varios centenares— que no pudieron encontrar refugio en el poblado de Sheep Camp: mujeres, niños, muchos de ellos agotados al comienzo de un viaje cuyo final no llegarían a ver.

A la mañana siguiente, muy temprano, Bill Stell hizo recoger las tiendas. Más valía salir al amanecer, a fin de adelantarse a toda la muchedumbre en el paso del Chilkoot.

El tiempo seguía siendo el mismo, seco y frío, lo cual, aunque el termómetro bajara todavía más, resultaba preferible a los fuertes vientos y a los torbellinos de nieve, a las violentas tormentas tan temidas en las regiones altas de Norteamérica.

Sor Marta y sor Madeleine fueron las primeras en salir de la tienda, y transportaron su escaso equipaje al trineo. Después de una primera comida, o mejor dicho, de algunas tazas de café o de té bien caliente, cada uno se fue instalando en el lugar que le correspondía del trineo, y las mulas se pusieron en marcha bajo el látigo de los conductores.

La marcha no iba a ser más rápida que la víspera. La pendiente se iba acentuando a medida que el paso ascendía hacia la cumbre del macizo. Por lo tanto, el Explorador había hecho bien empleando una reata de mulas en lugar de perros. Éstos últimos se reservaban más bien a la bajada de los trineos cuando alcanzaban la vertiente opuesta para llegar a los lagos. No sobraban aquellas robustas mulas para tirar de los vehículos sobre aquel suelo desigual, rocoso, lleno de surcos, y que todavía sería más impracticable si se reblandeciera después de un ascenso de la temperatura.

Ben Raddle y su primo se encontraron mejor haciendo una parte del trayecto a pie, lo mismo que la víspera, y las religiosas, entumecidas por el frío, juzgaron oportuno imitarlos.

Seguía habiendo la misma muchedumbre hormigueante y tumultuosa, los mismos obstáculos que hacen tan penosa la pista del Chilkoot, las paradas forzosas y a veces largas, cuando un atasco de

trineos y de mulas cortaba la ruta. En varias ocasiones el Explorador y sus hombres se vieron obligados a actuar para abrirse paso.

Además, triste espectáculo, no sólo se veían cadáveres de animales arrojados aquí y allá al pie de los taludes. No era raro ver a algún pobre emigrante, muerto por el frío y la fatiga, abandonado bajo los árboles, al fondo de los precipicios, sin ni siquiera haber recibido sepultura. A menudo también, familias enteras, hombres y niños, incapaces de ir más lejos, yacían en el suelo helado sin que a nadie se le ocurriera ayudarles a levantarse. Entonces sor Marta y sor Madeleine, auxiliadas por sus compañeros, intentaban dar socorro a aquellos desgraciados y reanimarles con un poco de aguardiente de cierta reserva que llevaban en los trineos. ¿Qué más podía hacerse? O bien aquellos infortunados no habían tenido más remedio que efectuar a pie la ascensión del Chilkoot, o los animales que los llevaban se habían dispersado en el camino, o se morían de fatiga y de hambre. Ese caso no es de extrañar, tratándose de caballos, de mulas, de renos, a los que hay que proporcionar su ración habitual. Entre Scagway y la región de los lagos, el forraje alcanzaba un precio excesivo: cuatrocientos dólares los mil kilos de heno, trescientos dólares la tonelada de avena. Afortunadamente, las mulas del Explorador estaban en ese aspecto suficientemente provistas, y no era de temer que fuera a faltarles nada antes de que llegaran a la vertiente septentrional del macizo.

En realidad, de todos aquellos animales de tiro, los perros eran los que parecían tener mejor asegurada la comida. Al menos podían satisfacer el hambre devorando los cadáveres de los caballos y de las mulas que salpicaban el paso, los cuales se disputaban hasta los últimos restos aullando.

La ascensión continuaba, lenta y fatigosa. Había que detenerse dos o tres veces cada cuarto de hora para poder abrirse paso entre la muchedumbre. En algunos lugares, en los recodos muy cerrados, el paso era tan estrecho que con el material no se lograba franquearlo. Sucedió así precisamente con los barcos desmontables que transportaban los emigrantes, cuyas piezas principales excedían la anchura del sendero. De ahí la necesidad de descargar el trineo y de ir tirando de ellas una a una con los mulos y caballos. De ahí también una considerable pérdida de tiempo y el atasco de las mulas que seguían detrás.

Además, había lugares en que la pendiente era tan fuerte que el ángulo de inclinación superaba los cuarenta y cinco grados y los animales se negaban a subir. Sin embargo, estaban herrados con herraduras para hielo, y los ganchos dejaban profundas huellas en la nieve, manchada con gotas de sangre.

Hacia las cinco de la tarde, el Explorador mandó parar la caravana. Sus animales, extenuados, no hubieran podido dar un paso más, aunque su carga fuera relativamente ligera comparada con la de tantos otros. A la derecha del paso se abría una especie de hondonada donde los árboles resinosos crecían en gran número. Bajo sus copas, las tiendas encontrarían una protección que quizá les permitiera soportar las borrascas anunciadas por el ascenso de la temperatura.

Bill Stell conocía aquel lugar, donde había pasado la noche en más de una ocasión, y el campamento se organizó en las condiciones ordinarias.

—¿Teme usted que haya fuertes ráfagas? —le preguntó Ben Raddle.

—Sí, la noche será mala —respondió el Explorador—. Y todas las precauciones son pocas contra esas tempestades de nieve que entran por aquí como por un embudo.

—Pero gracias a la orientación de esta hondonada nos encontramos seguros —observó Summy Skim.

—Por eso escogí este sitio —respondió Bill Stell.

Había tenido razón al hacerlo. La tormenta, que comenzó sobre las siete de la tarde, se prolongó hasta las cinco de la madrugada y fue terrible. Venía acompañada de torbellinos de nieve que no permitían ver más allá de cinco pasos. Sólo con grandes esfuerzos se pudieron mantener las estufas encendidas, porque la fuerza del viento devolvía el humo al interior de las tiendas, y no era fácil renovar las provisiones de madera en aquel vendaval. Sin embargo, las tiendas resistieron; pero Summy Skim y Ben Raddle tuvieron que permanecer despiertos una parte de la noche, temiendo continuamente que fuera arrastrada aquélla en la que se encontraban las dos hermanas.

Eso es lo que sucedió a la mayoría de las tiendas que se habían instalado fuera de la hondonada, en los taludes, y cuando el día amaneció, se pudo estimar la importancia del desastre, porque una

parte de las mulas había roto sus ataduras y se había dispersado en todas direcciones, volcando los trineos, algunos de los cuales yacían en los precipicios que bordeaban la ruta, al fondo de los cuales rugían los torrentes, y ya no sería posible utilizar aquel material, de modo que las familias llorando suplicaban una ayuda y una asistencia que nadie estaba en condiciones de proporcionar.

—Pobre gente. Pobre gente —murmuraban las dos religiosas—. ¿Qué va a ser de ellos?

Pero el Explorador tenía prisa en abandonar aquel lugar y alcanzar la siguiente etapa hasta la cumbre del Chilkoot. Dio la orden de salida y la caravana reanudó lentamente la subida.

La borrasca había terminado al amanecer. Con la brusquedad característica que el termómetro constata en las regiones elevadas, y habiendo saltado el viento al cuadrante nordeste, la temperatura había caído a doce grados bajo cero.

Al estar cubierto de una espesa capa de nieve, el suelo adquirió al momento una dureza extrema. Aquella circunstancia podía facilitar el deslizamiento de los trineos, a condición de que las pendientes no fueran demasiado pronunciadas, y Bill Stell pudo dar seguridades a sus compañeros a este respecto.

Por otra parte, el aspecto de la región se había modificado. Durante tres o cuatro leguas los bosques desaparecían por completo. Más allá de los taludes se extendían las blancas llanuras cuya reverberación dañaba los ojos; hubiera sido todavía más insufrible si la nieve hubiera estado a punto de fundirse, lo que hace muy frecuentes los casos de oftalmia. Ésas son las ocasiones en que los viajeros que van provistos de anteojos azules se los calzan en la nariz. Los que no los tienen sólo pueden ennegrecerse los párpados y las cejas con tizones.

Eso es lo que hicieron Summy Skim y Ben Raddle siguiendo los consejos del Explorador. En cuanto a las hermanas, no tenían que temer los efectos de aquella reverberación si se bajaban el velo. Por otra parte, después de ocupar su lugar en el trineo no tuvieron que utilizar los ojos y permanecieron acurrucadas bajo las mantas.

La dos religiosas, más habituadas a prodigar cuidados que a recibirlos, se mostraban siempre muy agradecidas por las atenciones de sus compatriotas. Pero Summy Skim respondía siempre que no era por ellas, sino por los enfermos de Dawson City por lo que

deseaba que llegaran en buen estado a la capital de Klondike.

—Además, puede que sea necesario que Ben y yo tengamos que entrar en su hospital, y entonces estaremos seguros de que seremos bien cuidados —repetía—. Es puro egoísmo por nuestra parte.

En la tarde del 4 de mayo la caravana hizo alto en la cumbre del paso del Chilkoot, y el Explorador estableció allí su campamento. A la mañana siguiente se tomarían las medidas necesarias para efectuar la bajada por la vertiente septentrional del macizo.

En aquel lugar, la meseta se hallaba situada a una altura de [...] pies, altitud inferior a la del White Pass, estimada en [...] pies.

Es fácil imaginar la acumulación que se registraba en aquel lugar enteramente al descubierto y expuesto a todos los rigores de aquel clima. En ese momento lo ocupaban más de dos mil emigrantes. Allí se organizaban los *escondites* donde se mantenía al resguardo una parte del material. En efecto, la bajada sólo se efectuaba en medio de dificultades extremas, y era necesario proceder con pequeñas cargas para evitar las catástrofes. Entonces, toda aquella gente, a quien la visión de las parcelas auríferas de Klondike proporcionaba una energía y una tenacidad sobrenatural, después de haber bajado al pie de la montaña, volvía a subir a la cumbre para recuperar una segunda parte de material, la bajaba y volvía a subir de nuevo, una operación que se repetía quince o veinte veces, si era necesario, durante días interminables. Entonces los tiros de perros rendían servicios inapreciables para el arrastre de los trineos, aunque la mayor parte de los trineos eran reemplazados por pieles de buey que se deslizaban con mayor facilidad por la superficie endurecida de la pendiente. Pero en aquel momento los vientos del norte batían con toda su fuerza aquella vertiente del Chilkoot, y se luchaba contra ellos en medio de espantosos sufrimientos. Pero todos aquellos desgraciados veían abrirse ante sus pasos las llanuras de Klondike. Se decía que aquellos territorios [...] fortuna [...] decepciones^[11].

Bill Stell y su caravana no tenían por qué prolongar su estancia en aquella cumbre, ni tenían que preparar escondites, porque únicamente llevaban su equipaje, y después de haber llegado a la base del macizo no tendrían por qué volver a subir el paso. En cuanto hubieran puesto los pies en la llanura sólo les quedaba por franquear una distancia de algunas leguas para alcanzar por fin la

punta del lago Lindeman.

Así, desde el día siguiente, 6 de mayo, el Explorador recogería sus tiendas y sustituiría la reata de mulas de los trineos por el tiro de perros que uno de sus hombres tenía en reserva en la llanura.

Se tomaron las disposiciones de costumbre. Pero aquella última noche fue de las peores. La temperatura ascendió bruscamente y la tormenta se reanudó con mayor violencia. Aquella vez las tiendas no se encontraban al abrigo de una hondonada. Ni Sum my Skim, ni Ben Raddle, ni las dos religiosas pudieron instalarse en ellas. En varias ocasiones las ráfagas de viento arrancaron los palos, y hubo que replegarlas, sin lo cual hubieran sido arrastradas en medio de los torbellinos de nieve. No hubo más remedio que envolverse en las mantas y esperar filosóficamente el retorno del alba.

En verdad, pensaba Summy Skim, no era demasiada toda la filosofía de todos los filósofos antiguos y modernos para aceptar las abominaciones de tal viaje, sobre todo cuando nada obligaba a hacerlo.

En efecto, durante los raros momentos de calma, en medio de una oscuridad profunda y en ausencia de fuegos que por otro lado hubiera sido imposible mantener encendidos, estallaban gritos de dolor y terror y horribles imprecaciones. A los gemidos de los heridos que las ráfagas de viento hacían rodar por el suelo, se mezclaban los ladridos, los relinchos, los mugidos de los animales que corrían despavoridos por la meseta.

El día amaneció. Bill Stell dio la orden de salida. Los perros fueron atados a los trineos en los cuales nadie, por prudencia, tomó asiento. Solamente, siguiendo el consejo y el ejemplo del Explorador, después de haberse puesto tres pares de calcetines uno encima de otro, los dos primos se calzaron una especie de mocasines que facilitaban la marcha, e incluso la habrían acelerado, de no haber sido porque querían permanecer cerca de las dos hermanas, que no hubieran podido seguirles. Era tanto más necesario cuanto que en aquellas heladas pendientes era difícil prevenir las caídas.

Sin embargo, gracias a las precauciones que habían tomado, y gracias igualmente a la experiencia del Explorador, la bajada se efectuó sin accidentes, ya que no sin fatigas, y los dos trineos alcanzaron felizmente la llanura al final del paso del Chilkoot. El

tiempo había sido más favorable, el viento menos vivo después de haber pasado al este y el termómetro volvía a subir sin provocar un comienzo de deshielo que hubiera hecho más difícil la marcha.

Gran número de emigrantes se había reunido en un campamento a la salida del paso, a la espera de que llegara el material. El lugar era amplio y el atasco menos considerable que en la meseta superior. Alrededor se extendían los bosques, y las tiendas podían instalarse con toda seguridad.

Allí fue donde la caravana quiso pasar la noche. A la mañana siguiente, se puso en marcha siguiendo un camino en bastante buen estado, y después de haber franqueado una distancia de cuatro leguas, llegaba al mediodía cerca del extremo meridional del lago Lindeman.

EN EL LAGO LINDEMAN



a tarde de aquella jornada fue consagrada al descanso.

Además, era necesario efectuar algunos preparativos con vistas a la navegación a través de los lagos, de todo lo cual el Explorador se ocupó sin tardanza.

Lo cierto es que Summy Skim y Ben Raddle sólo podían felicitarse por haber tratado con aquel hombre tan prudente y tan versado en aquellos asuntos, tanto por ellos mismos como por sus compañeras de viaje.

El material de Bill Stell^[12] se encontraba en un extremo del lago Lindeman, en un campamento que ocupaba ya un millar de viajeros. Tenía allí su instalación principal, al abrigo de una colina. El establecimiento comprendía una casita de madera dividida en varias habitaciones bien cerradas, con la que colindaban los galpones donde se guardaban los trineos y otros vehículos de transporte. En la parte trasera estaban dispuestos los establos de los animales de tiro y las perreras de los perros de trineo necesarios para bajar el Chilkoot.

Aquel paso comenzaba ya a ser más frecuentado que el White Pass, aunque este último condujera directamente al lago Benett, evitando tener que atravesar el lago Lindeman. En este lago, ya estuviera congelado, ya estuvieran libres sus aguas de témpanos, el transporte de personal y de material se efectuaba en mejores

condiciones que sobre las extensas llanuras y a través de los espesos macizos que se alzan entre el extremo del White Pass y la orilla sur del lago Benett. El resultado de ello era que la etapa que el Explorador había escogido se hacía cada vez más importante. Así, con aquel género de transporte de Scagway a Dawson City podía hacer buenos negocios, sin duda más seguros que explotando los yacimientos de Klondike.

Además, Bill Stell no era el único que se dedicaba a aquel provechoso oficio. También otros ejercían la misma profesión, ya fuera en aquella etapa del lago Lindeman, ya fuera en la del lago Benett. Incluso puede decirse que con aquellos empresarios de origen canadiense o americano no bastaba, ya que los emigrantes acudían por millares en aquella época del año, con prisa por llegar a Dawson City al comienzo del periodo de explotación que normalmente se abría en las primeras semanas del mes de mayo.

Es verdad que muchos de aquellos emigrantes no recurrían ni al Explorador ni a sus colegas, por razones de economía. Pero entonces se veían obligados a llevar su material desde Scagway, a cargar sobre sus trineos las canoas desmontables de madera, incluso de chapa, y ya se ha podido ver cuáles eran las dificultades que se encontraban para cruzar con toda aquella impedimenta la cordillera del Chilkoot. Por el White Pass las dificultades no eran menores y tanto por un camino como por el otro, una buena parte de aquel material se perdía.

Sin embargo, había quienes recurrían a otro medio para evitar ya fuera la carga, ya el gasto. En lugar de llevar sus barcos hasta la orilla de los lagos, podían encontrar mayores ventajas haciéndolos construir allí o construyéndolos ellos mismos. En aquella región boscosa no faltaban materiales. Pero entonces se exponían a grandes retrasos: había que contar con el tiempo para talar los árboles, cortarlos en quillas o planchas, unirlos de forma sólida por que estarían expuestos a choques frecuentes y duros contra los bloques de hielo y contra las rocas. Alrededor del campamento se habían formado ya algunos talleres, funcionaban aserraderos y la construcción se activaba.

A la llegada de la caravana, Bill Stell fue recibido por su capataz, que vivía en la casa con algunos hombres, canadienses como él. Habitualmente trabajaban como pilotos para conducir los barcos de

lago en lago, hasta el curso del Yukón. Uno podía fiarse de su habilidad; conocían las necesidades de aquel tipo de navegación, difícil incluso cuando se había producido el deshielo.

Como el aire era muy vivo, Summy Skim, Ben Raddle y las religiosas se sintieron muy satisfechos de poder alojarse en la casa del Explorador, cuyas mejores habitaciones fueron puestas a su disposición. Entre el interior y el exterior de la casa, la diferencia de temperatura era de más de veinte grados centígrados. En cuanto a la estancia, no se prolongaría más allá de veinticuatro horas. Los barcos estaban listos para recibir los bagajes, y respecto a las provisiones, el embarque se haría en el lago Benett en las condiciones más favorables.

En primer lugar, sor Marta y sor Madeleine se retiraron a su pequeña habitación, caldeada con una estufa, y mientras las conducía allí, Summy Skim les aseguró que, en lo referente al viaje entre Scagway y Dawson City, lo más duro ya había pasado.

Pero cuando regresó a la sala común, el Explorador, que lo había oído, se sintió en la obligación de decirle:

—Sí, lo más fuerte de la fatiga ya ha pasado, pero no el tiempo, porque todavía nos quedan varios centenares de leguas por recorrer antes de llegar a Klondike.

—Ya lo sé, mi querido Bill —respondió Summy Skim—, pero tengo razones para pensar que esta segunda parte del viaje se efectuará sin peligro ni fatigas.

—Y en eso usted se equivoca, *monsieur* Skim —respondió el Explorador.

—Sin embargo, basta con dejarse llevar por la corriente de los lagos, los torrentes y los ríos.

—Sin duda alguna, pero aún estamos lejos de que el invierno haya terminado. Cuando se produzca el deshielo nuestro barco estará muy expuesto a los témpanos que van a la deriva, y en más de una ocasión nos veremos obligados a efectuar transportes penosos.

—Decididamente todavía queda mucho por hacer para que el turismo pueda viajar confortablemente por estos territorios del Dominio —replicó Summy Skim—. Incluso pienso que eso nunca llegará.

—¿Y por qué no? —replicó Ben Raddle—. Se ha hablado ya de

tender un ferrocarril. ¿No van a empezar las obras del ferrocarril entre Scagway y el lago Benett, que se prolongará más tarde hasta Fort Selkirk? Un trayecto de cinco horas hasta el lago, con tres trenes diarios, el billete a cincuenta francos y la tonelada de mercancía a treinta francos. El ingeniero Hawkins va a emplear a dos mil hombres en esas obras, y se les pagará a razón de un franco cincuenta la hora.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Summy Skim—. Ya sabía yo que siempre estás perfectamente informado, querido Ben. Pero olvidas una cosa, algo que los ingenieros olvidan también, y es que el Klondike se habrá vaciado de todo su oro antes de que el ferrocarril esté terminado, y cuando no queden yacimientos, ni mineros, ni tráfico, el país quedará abandonado.

—Vamos —respondió Ben Raddle—. ¿Es ésa también su opinión, Bill Stell?

El Explorador se contentó con mover la cabeza sin responder nada.

A otra pregunta formulada por Ben Raddle, extendió un mapa trazado de manera bastante grosera de todo el territorio recorrido por el Yukón, desde la región de los lagos hasta la frontera con Alaska, más allá de Klondike.

—En primer lugar —dijo—, éste es el lago Lindeman, que se extiende al pie del Chilkoot, y que tendremos que navegar en toda su longitud.

—¿Cuánto mide? —preguntó Summy Skim.

—Dos leguas solamente —respondió el Explorador—. Eso lleva poco tiempo cuando la superficie está uniformemente helada o cuando está enteramente libre de hielo.

—¿Y después? —dijo Ben Raddle.

—Después tendremos que acarrear el barco y el equipaje durante muchas leguas hasta el lago Benett. En esto, una vez más, la duración depende de la temperatura, y ya hemos visto todo lo que puede variar de un día para otro.

—En efecto —confirmó Ben Raddle—. Según el viento sople del norte o del sur puede haber diferencias de quince o veinte grados.

—En suma —añadió Bill Stell—, es preferible un frío seco que solidifique la nieve del suelo, porque entonces podemos deslizar el barco como un trineo, y con un buen tiro de perros nos bastará.

—Bien —dijo Summy Skim—. Supongamos que hemos llegado al lago Benett.

—Sí —respondió el Explorador—. De norte a sur su longitud es de una docena de leguas. Pero hay que contar al menos tres días para recorrerlo, debido a las paradas que serán necesarias. Además, sus aguas todavía no están libres de hielo.

—¿Y al llegar al otro lado tendremos que volver a acarrear las cosas? —preguntó Summy Skim consultando el mapa.

—No, el río Caribú, de una legua de longitud, comunica el lago Benett con el lago Tagish, el cual se extiende sobre siete u ocho leguas y da acceso al lago Marsh, que tiene una longitud aproximadamente igual. Es cierto que después de dejar ese lago hay que seguir los meandros de un río durante una decena de leguas, y en su recorrido se encuentran los rápidos de White Horse, que se extienden por espacio de una legua y son muy difíciles de franquear y a veces muy peligrosos. Después se llega a la confluencia del río Tahkeena que nos conducirá hasta el lago Labarge. Ahora bien, es durante este último trayecto cuando pueden producirse los mayores retrasos, al intentar entrar en los rápidos de White Horse. En alguna ocasión me he visto detenido durante más de una semana aguas arriba del lago Labarge.

—¿Y no es navegable ese lago? —preguntó Ben Raddle.

—Perfectamente navegable en sus trece leguas —respondió Bill Stell—. Pero no es bueno que nos pille en él el deshielo, porque sería un milagro que un barco pudiera evitar que le aplastaran los témpanos de hielo a la deriva hacia el río Lewis. Por ello es preferible sacar el barco a tierra, mientras persista el frío.

—Es mucho más largo —observó Summy Skim.

—Es mucho más seguro —replicó el Explorador—. Y hablo por experiencia propia, porque más de una vez me he visto atrapado en medio del deshielo y llegué a pensar que nadie saldría vivo.

—Cuando hayamos llegado al lago Labarge veremos lo que conviene hacer —declaró Ben Raddle.

—Oh, no creo que tengamos problemas —respondió Bill Stell—. No parece que la primavera vaya a ser demasiado precoz este año.

—¿En qué lo ve usted? —preguntó Summy Skim.

—En la ausencia de animales de pluma, perdices de las praderas, gallinazas y demás.

—Es algo muy lamentable —respondió Summy Skim—. Hubiera tenido ocasión de disparar algunos cartuchos.

—Habrá tiempo para todo —respondió el Explorador—. Pensemos primero en salir de esta región de los lagos. Después de haberla cruzado, cuando bajemos en nuestro barco entre las orillas del Lewis y del Yukón, usted podrá, *monsieur* Skim, disparar todo lo que quiera si se ve algo de caza.

—¡No me privaré de ello, Bill, aunque sólo sea para reponer nuestras provisiones!

—Explorador —preguntó en aquel momento Ben Raddle—. Entonces, salvo algunos tramos en los que tendremos que transportarlo, nuestro barco nos conducirá hasta Dawson City.

—Directamente, *monsieur* Ben Raddle, y puestos a escoger, por donde más fácil resulta el viaje es por vía fluvial.

—¿Qué distancia hay entre el lago Labarge y el Klondike, tanto por el río Lewis como por el Yukón? —preguntó Ben Raddle.

—Alrededor de ciento cincuenta leguas, teniendo en cuenta los rodeos.

—Ya veo que todavía no hemos llegado —declaró Summy Skim.

—Ciertamente no —respondió el Explorador—. Y cuando hayamos alcanzado el Lewis en el extremo norte del lago todavía no habremos hecho más que la mitad de la ruta, como lo indica este mapa.

—Pero tengo razones para pensar que ya no encontraremos dificultades tan grandes como en el paso de Chilkoot —observó Ben Raddle.

—Y se puede afirmar incluso que en cinco o seis semanas, cuando los cursos de agua estén libres, el viaje se podrá hacer sin grandes esfuerzos —declaró Bill Stell—. Pero a comienzos de mayo, como la estación no está muy avanzada, su duración será más prolongada.

—¿Puede darnos una estimación, aunque sea en circunstancias favorables? —preguntó Summy Skim.

—No, ni siquiera con margen de error de quince días —respondió el Explorador—. He visto a viajeros que han ido de Scagway a Dawson City en tres semanas, y otros que han tardado en hacerlo no menos de dos meses. Como ya he repetido, eso depende de la época en que se haga la ruta.

—Espero haber llegado a Klondike la primera semana de junio —dijo Ben Raddle.

—Así lo espero yo también —respondió Bill Stell—, pero no quiero asegurarlo.

—Pues bien, en previsión de ese largo viaje, recuperemos fuerzas —replicó Summy Skim—. Y ya que tenemos ocasión de pasar una buena noche aquí, en la etapa del lago Lindeman, vayamos a dormir.

Y, en efecto, aquélla fue una de las mejores noches que los dos primos pasaron desde que habían salido de Vancouver. Las estufas, generosamente alimentadas, mantenían una elevada temperatura en la casita, bien abrigada y bien cerrada.

A la mañana siguiente, 8 de mayo, sor Marta y sor Madeleine fueron las primeras que aparecieron en la sala común. Se ocuparon de preparar el café para que Summy Skim y Ben Raddle pudieran encontrar dos tazones bien calientes encima de la mesa. Aquél sería el único alimento que tomarían antes de embarcarse con el Explorador y sus compañeros para la travesía del lago Lindeman.

Además, la salida no se anunciaba para antes de las nueve. Bill Stell contaba con que sería bastante media jornada para alcanzar el extremo del lago, y después la etapa del lago Benett, donde pasarían la noche siguiente en condiciones más o menos parecidas.

Lo mejor era confiar en él en todo lo referente a un viaje del que tenía amplia experiencia, y habiendo observado su modo de trabajo, los dos primos estaban de acuerdo en dejarle actuar a su manera.

Si en el interior de la casa la temperatura se elevaba por encima de los siete grados sobre cero, el termómetro en el exterior marcaba quince bajo cero. Aquella diferencia exigía que se tomaran ciertas precauciones indispensables.

Así pues, Summy Skim, después de compartir con las religiosas el desayuno matutino, las incitó a que se cubrieran con ropa bien caliente en el barco que iba a ser arrastrado sobre la superficie del lago por el tiro de perros.

—No nos faltan mantas —dijo—. El frío no perdona a las hermanas de la Misericordia ni a los demás viajeros. Tienen que envolverse con pieles de la cabeza a los pies, lo permita o no la regla de su orden.

—No está prohibido —respondió sonriendo sor Madeleine.

—Mejor —respondió Summy Skim—. Pero lo que está prohibido es exponerse inútilmente, y contamos con que ustedes, hermanas, sabrán tomar en Dawson City todas las precauciones que exige este clima abominable, donde llega a haber temperaturas de cincuenta grados bajo cero.

—En invierno —observó Ben Raddle.

—Sí, en invierno —replicó Summy Skim—. ¡Sólo faltaría que fuera en verano! Y ahora, sor Marta, y usted, sor Madeleine, envuélvanse bien y... ¡en marcha!

Eran las nueve cuando se dio la orden de salida. Los hombres que habían acompañado al Explorador desde Scagway debían seguirlo hasta Klondike. Su servicio era muy útil para conducir el barco transformado en trineo, esperando a que pudiera navegar por los lagos y bajar por la corriente del Lewis y del Yukón.

En cuanto a los perros, eran de aquella raza tan asombrosamente aclimatada a la región. Aquellos animales, desprovistos de pelo en las patas, son por ello más aptos para correr sobre la nieve sin tropezar. Pero aunque se hubieran aclimatado no hay que pensar que no seguían siendo salvajes. Lo cierto es que parecían tan salvajes como lobos o zorros. Así, sus dueños no los gobiernan precisamente con caricias o golosinas.

Entre el personal de Bill Stell se encontraba ahora un piloto al que le sería reservada la dirección del barco durante la navegación.

Era un indio de Klondike, llamado Neluto, muy al corriente de su oficio y que conocía bien las dificultades que presenta la travesía de los lagos, de los rápidos y de los ríos. Hacía nueve años que el Explorador lo tenía empleado en calidad de piloto, y se podía confiar en su habilidad.

Neluto, de unos cuarenta años de edad, fuerte, habilidoso, infatigable andarín, contrastaba con los indios de aquellos territorios, como observó Summy Skim.

En efecto, los indígenas de la alta Columbia, como los de Alaska, son generalmente feos, mal formados, de hombros estrechos y cuerpo flaco; pertenecen a una raza que tiende a desaparecer. No son en absoluto esquimales, aunque tengan la misma tez oscura de las tribus hiperbóreas, pero lo que contribuye a acentuar su parecido son los cabellos aceitosos, largos y flotantes, que dejan caer sobre sus hombros.

No cabía la menor duda de que Neluto salía ganando con un oficio que le mantenía en constante contacto con los extranjeros, aunque éstos, evidentemente, no fueran siempre de primera calidad desde la invasión de Klondike por los emigrantes de toda procedencia. Además, antes de ser contratado entre el personal del Explorador, había estado al servicio de la Compañía de la bahía del Hudson, sirviendo de guía a los tramperos a través de aquellos vastos territorios. Conocía perfectamente el país por haberlo recorrido en todos los sentidos, incluso una parte de la región allende Dawson City, bajando el curso del Yukón hasta el límite del Círculo Polar.

Neluto, poco comunicativo en general, sabía bastante inglés como para comprender y hacerse comprender. Además, fuera de las cosas relativas a su oficio, no hablaba en absoluto, y como habitualmente se dice, había que arrancarle las palabras de la boca. No sería de él de quien Summy Skim y Ben Raddle aprenderían gran cosa respecto a la explotación de las parcelas de las regiones auríferas.

Sin embargo, aquel hombre, muy acostumbrado al clima de Klondike, podía ser provechosamente interrogado sobre el asunto. Así pues, Ben Raddle le preguntó en primer lugar lo que pensaba del tiempo y si creía que el deshielo de los lagos estaba próximo.

Al ver que no se decidía a responder, sin duda porque la pregunta venía de un extranjero, Bill Stell intervino y repitió la cuestión.

Neluto declaró entonces que, en su opinión, el final de los grandes fríos no tardaría más allá de una quincena de días, y que no había motivos para prever antes el deshielo.

De aquella afirmación había que sacar necesariamente la conclusión de que el barco no podría encontrar aguas libres al comienzo del viaje, a menos que se produjera un brusco cambio en el estado atmosférico, lo cual no era raro en aquellas altas latitudes.

En todo caso, lo que efectuarían por la superficie del lago Lindeman no sería una navegación, sino un arrastre. Sin embargo, las religiosas podrían acomodarse en el barco, que se deslizaría sobre uno de sus flancos, y los hombres seguirían a pie.

Se dio la salida después de haber excitado el tiro de perros con la voz y el látigo, porque parecían poco dispuestos a ponerse en

marcha. Además, el lago estaba animado por el ir y venir de la muchedumbre, varios centenares de emigrantes, escoltando todo tipo de vehículos.

Como el hielo presentaba un plano bastante uniforme, Ben Raddle y Summy Skim se habían calzado sus mocasines, y si no hubiera sido por la obligación de no alejarse del barco, hubieran podido realizar aquella travesía del lago en media hora. Pero más valía que la caravana no se separara y permaneciera constantemente bajo la dirección del Explorador.

El tiempo estaba en calma; la áspera brisa de la jornada precedente había cedido y tenía tendencia a girar hacia el sur. Sin embargo, el frío era vivo, unos diez grados bajo cero, una circunstancia favorable, en suma, muy propicia para la marcha, que tan penosa se hacía con tormentas de nieve.

Aun así, el camino no fue rápido, y además, las religiosas prefirieron hacer a pie una parte del trayecto. En algunas partes el hielo estaba tan irregular y el barco sufría tales choques que resultaba difícil mantenerse en él y corría el riesgo de volcarse.

En resumen, los ocho kilómetros del lago Lindeman no pudieron ser recorridos antes de las once de la mañana. Como la distancia que le separa del lago Benett no es más que de media legua, se necesitaba alrededor de una hora más. Por lo tanto, el Explorador y la caravana hicieron alto a mediodía en la etapa del extremo meridional del lago.

DEL LAGO BENETT A DAWSON CITY



El lago Bennett, uno de los más vastos de aquella región, se extiende sobre una longitud de diez leguas de norte a sur.

Si hubiera barcos de vapor para transportar a los emigrantes hasta los rápidos de White Horse —se hablaba de establecer un servicio—, y si después de acarrear sus enseres a pie más allá de los rápidos otros barcos de vapor los depositaran en el extremo septentrional del lago Labarge, se les evitarían muchas de las miserias, fatigas y sufrimientos que han de pasar antes de alcanzar el río Lewis, que se convierte en el Yukón después de Fort Selkirk. Es cierto que esos transportes sólo se podrían efectuar después del deshielo, cuando lagos y ríos se vieran libres de esa flotilla de témpanos que a veces sigue bajando la corriente hasta los últimos días de mayo. A continuación quedaría por franquear la distancia que hay desde allí hasta Dawson City, que todavía es larga, pues se estima que sobrepasa las ciento veinte o ciento treinta leguas.

En cualquier caso, en aquella época, no existía el servicio de vapores ni sobre los lagos ni sobre el río Lewis. Era un proyecto, únicamente, lo mismo que aquel ferrocarril que debía tener su punto de salida en Scagway, y, por lo tanto, los emigrantes tenían que resignarse a efectuar un viaje de lo más penoso.

Evidentemente, cuando Klondike hubiera sido excavado y vaciado hasta sus yacimientos más ocultos, aquella muchedumbre

de mineros abandonaría el país para no volver jamás. Pero quizá pasaría medio siglo hasta que la piqueta hubiera arrancado la última pepita.

En aquella etapa del lago Benett, el atasco era tan considerable como en el Sheep Camp del paso del Chilkoot y en la del lago Lindeman. Varios miles de emigrantes la ocupaban esperando la ocasión de proseguir su camino. En todas partes se alzaban tiendas, que no tardarían en ser reemplazadas por cabañas y casas si el éxodo hacia Klondike se prolongaba aún durante algunos años.

En aquel embrión de aldea, que se convertiría en pueblo y en ciudad, ya había albergues, que se transformarían en hoteles. ¿Acaso no lo eran ya por los precios excesivos que pedían por el alojamiento y la alimentación, a pesar de la absoluta falta de comodidades? Además, la etapa estaba dotada con un puesto de policía, y las orillas del lago, muy boscosas, estaban ocupadas en diversos puntos por los aserraderos y carpinterías de ribera, que tenían una actividad febril.

Conviene añadir que los policías no se dedicaban exclusivamente al servicio de la etapa. El gobernador del Dominio los repartía por todo el territorio. Sus funciones eran a menudo peligrosas en medio de aquellos aventureros esparcidos por toda la región, y apenas eran suficientes para garantizar el orden y la tranquilidad en los caminos de Klondike.

El indio Neluto no se había equivocado en su previsión del tiempo. Por la tarde se produjo un brusco cambio en el estado atmosférico. Cuando el viento cambió a sur, el termómetro subió por encima de cero grados centígrados, síntomas que no permitían la menor duda. Había razones para creer que la estación fría llegaba a su fin, y que el deshielo definitivo provocaría una brusca ruptura de los témpanos y dejaría libre la navegación sobre la superficie de los lagos y los cursos de agua.

Por añadidura, el lago Benett ya no estaba congelado en toda su extensión en aquella primera semana de mayo. Entre los *ice fields* o campos de hielo, se abrían canales por los que podía avanzar un barco y, a condición de prolongar el recorrido, llegar a su destino. Sin duda se multiplicarían por dos los cuarenta kilómetros que el lago medía en su mayor longitud; pero de ese modo se evitaría el transporte del equipaje por tierra, y se ganaría tiempo efectuando la

navegación ya fuera a remo, ya fuera a vela. En cualquier caso, la travesía ocasionaría menos fatigas.

La temperatura volvió a subir durante la tarde; el deshielo se intensificó; algunos témpanos empezaban a derivar hacia el norte. Por lo tanto, y a menos que volviera a arreciar el frío la noche siguiente, el Explorador podría alcanzar el extremo septentrional del lago sin dificultades.

Summy Skim, Ben Raddle y las hermanas de la Misericordia pudieron encontrar refugio en una de las casetas de la etapa hasta la mañana siguiente. Si bien no estuvieron tan convenientemente alojados como lo habían estado la víspera en la del Explorador, al menos no tuvieron que soportar la promiscuidad del campamento.

El termómetro no bajó durante la noche, y al amanecer del 9 de mayo, Bill Stell constató que la navegación se podría efectuar en condiciones bastante favorables. El viento soplaba del sur sin dar muestras de que fuera a refrescar; las nubes estaban inmóviles en las zonas altas del cielo, y la brisa, si seguía persistiendo, permitiría emplear las velas con viento de popa.

El Explorador se había encargado de tener listo el barco desde el amanecer y de embarcar el equipaje y las provisiones. Neluto y los cuatro canadienses que formaban su tripulación habitual cuando transportaba viajeros de Scagway a Dawson City le ayudaron en esa tarea.

Cuando los dos primos se reunieron con él en la orilla:

—Dígame —preguntó Summy Skim—, ¿qué piensa usted del tiempo? ¿Se han acabado los fríos invernales de Klondike?

—No quisiera pronunciarme de forma absoluta —respondió el Explorador—, pero me parece, en efecto, que los lagos y los ríos no tardarán en estar libres de hielo. Además, siguiendo los canales, aunqueuviéramos que emplear más tiempo, nuestro barco...

—No tendrá que abandonar su elemento natural —concluyó Summy Skim—, y a lo mejor...

—¿Qué piensa Neluto? —preguntó a su vez Ben Raddle.

—Es de la misma opinión que yo —respondió el Explorador.

—¿No hay que temer a los témpanos a la deriva?

—Nuestro piloto es hábil y tomará todas las precauciones para evitarlos —respondió Bill Stell—. Además la embarcación es sólida, ya lo hemos probado navegando en pleno deshielo, y en caso de

peligro se puede encontrar fácilmente refugio en las orillas.

—Si hay que desembarcar se añadirán grandes fatigas —observó Summy Skim—, y sería de desear que pudiéramos evitárselas a nuestras compañeras de viaje.

—Haremos todo lo posible en ese sentido, *monsieur* Skim —respondió el Explorador—. En suma, vale más no tener que acarrear el barco durante una decena de leguas, porque eso nos llevaría más de una semana.

Entonces, llamando a Neluto que acababa de bajar a la orilla, le dijo:

—Neluto, ¿qué piensas del deshielo?

—Hace dos días que los primeros témpanos han empezado a flotar a la deriva —respondió el piloto—. Eso demuestra que en la parte alta del lago debe estar deshelandose.

—¿Y la brisa?

—Se ha levantado dos horas antes del amanecer, y nos es favorable.

—Pero ¿duraré?

Neluto se dio la vuelta y recorrió con la mirada el horizonte sur que cerraba a una legua de allí el macizo de Chilkoot. Apenas pasaban nubes en esa dirección y una ligera bruma se deslizaba por la ladera de la montaña.

Después de extender la mano hacia allí, el piloto respondió:

—Creo que la brisa durará hasta la tarde.

—¿Y mañana? —preguntó Ben Raddle.

—Mañana... Ya veremos —respondió simplemente Neluto.

—Embarquémonos —ordenó Bill Stell, y las dos hermanas se sumaron a ellos instantes después.

El barco del Explorador era una especie de chalupa, o más bien una barcaza de treinta y cinco pies de eslora. Una toldilla ocupaba la popa, bajo la cual dos o tres personas podían encontrar refugio en caso de tormenta o de chubascos, ya fuera de día o de noche. La embarcación, de quilla plana y por lo tanto con el mínimo calado posible, medía seis pies de ancho, lo que le permitía llevar una gran vela. Cortada como la vela de mesana de los barcos de pesca, se amarraba a la punta de proa y se izaba hasta lo alto de un mastelerillo de unos quince pies de envergadura. En caso de mal tiempo, aquel mastelerillo podía desprenderse fácilmente de su

base, se lo tumbaba sobre los bancos y el barco podía avanzar a remo.

Dada la disposición de la vela y la forma de la quilla, aquella embarcación no hubiera podido avanzar con el viento en contra. Pero navegando a un largo, todavía podía alcanzar cierta velocidad. Ahora bien, debido a las sinuosidades de los canales abiertos entre los campos de hielo, sucedía a menudo que el piloto se encontrara con vientos de proa. Entonces, después de recoger la vela y tumbar el mástil, se encajaban los remos que, manejados por los brazos robustos de los cuatro canadienses, permitían avanzar de manera más favorable.

Por otra parte, el lago Benett no posee una superficie considerable, y no puede compararse con esos auténticos mares interiores del norte de América, donde se desencadenan tempestades de incomparable violencia. Las altas regiones del Dominio y de Alaska, lo mismo que las de la bahía del Hudson, no están abrigadas por altas montañas contra las corrientes polares, y a menudo se ven agitadas por tormentas que levantan las aguas del lago en olas monstruosas. Se comprenderá entonces que una embarcación poco marinera no pueda resistirlo y llegue a encontrarse, en ocasiones, a punto de naufragar si no encuentra a tiempo algún fondeadero.

A las ocho, los preparativos estaban terminados y el equipaje se encontraba a bordo. El Explorador transportaba una reserva de víveres, carne en conserva, galletas, té, café, un tonelillo de aguardiente y una provisión de carbón para el hornillo instalado en la proa. Además, se podía contar con el producto de la pesca, porque en aquellas aguas abundaban los peces, y también la caza, como las perdices y gallinazas que frecuentaban las orillas del lago.

El Explorador estaba en regla con la aduana, que es muy exigente y no deja de ocasionar algunas molestias a los viajeros. Así pues, pudo arrancar enseguida. Y el barco, izadas sus velas, dejó la orilla.

El piloto Neluto se puso al timón, delante del cual se habían sentado las dos religiosas. Summy Skim y Ben Raddle se habían instalado a babor al lado de Bill Stell. Cuatro hombres instalados en proa iban apartando los témpanos de hielo con ayuda de unos garfios. El barco se deslizaba por un canal bastante ancho, y con

una orientación que le permitió avanzar con el viento en popa durante media legua más o menos. Pero enseguida hubo que orientar la vela medio cuadrante hacia al oeste, de modo que la marcha se hizo más lenta.

La principal ocupación de piloto era evitar los témpanos que flotaban a la deriva aguas abajo, ya que un choque les podría causar graves averías. No siempre resultaba fácil, porque un gran número de embarcaciones se había aventurado por los canales. Aprovechando el deshielo y el viento favorable, varios centenares habían empezado a salir de la etapa del lago Benett desde el alba.

En medio de aquella flotilla a menudo era difícil evitar los abordajes. Y cuando se producían aquellos choques se oían por todas partes gritos, injurias y amenazas, sin hablar de los golpes intercambiados de barco a barco.

Ben Raddle y Summy Skim observaban con curiosidad la orilla derecha del lago, a la que se iban aproximando. En la arena de la ribera, crecían arbustos de aliagas amarillas y por detrás de ellos se alzaban las masas forestales blancas por una nieve que la brisa no lograba hacer caer. También estaban allí en funcionamiento los aserraderos mecánicos, cuyo vapor flotaba por encima de los tejados fabricados con cortezas de árbol y de donde salían chirridos metálicos.

También se veían cabañas diseminadas por las márgenes, a veces una aldea de chozas de indios dedicados a la pesca y cuyas canoas, sacadas a la arena, esperaban a que se pudiera navegar libremente por el lago.

En último plano, en la última perspectiva del horizonte, se dibujaban algunos picos desnudos que no protegían suficientemente el territorio contra las corrientes heladas del norte.

El viento —que, por otro lado, tendía a disminuir— no había disuelto las brumas que desde por la mañana se habían ido acumulando hacia el sur. El sol no había logrado atravesarlas y había razones para temer que cayeran sobre la superficie del agua. Navegar en aquellas condiciones, en medio de los hielos a la deriva, era casi imposible. En ese caso, lo mejor que se podía hacer era acercarse a algún punto de la orilla y fondear hasta que el tiempo cambiara de nuevo.

Por la tarde el barco se cruzó con una embarcación de la policía

que circulaba entre los canales y cuya principal tarea, con demasiada frecuencia, era intervenir en las peleas.

El Explorador conocía al jefe de aquella embarcación e intercambiaron la siguiente conversación:

—No deja de llegar gente desde Scagway, de paso hacia Klondike.

—Sí —respondió el canadiense—, más de lo que sería necesario.

—Y más que llegarán.

—¡Seguro! ¿Cuántos se estima que han cruzado el lago Benett?

—Alrededor de quince mil.

—Y aún no se ha acabado.

—Lejos de ello.

—¿Se sabe si ha comenzado el deshielo aguas abajo?

—Eso dicen.

—Por lo tanto se puede llegar al Yukón navegando.

—Sí, si el frío no vuelve.

—¿Podemos esperar que así sea?

—Podemos esperararlo.

—Gracias.

—Buen viaje.

Aunque no encontraron grandes problemas en el lago Benett, el tiempo era tan calmo que a Bill Stell no le fue posible acelerar la marcha, y tras fondear dos noches, sólo alcanzó su extremo en la tarde del 10 de mayo.

En aquel lugar nacía el torrente, o más bien el canal, Caribú, que desembocaba en el lago Tagish, a menos de una legua de allí.

La salida tendría lugar a la mañana siguiente, después de parar por la noche. No había motivos para establecer un campamento; el barco bastaría para el Explorador y sus pasajeros.

Summy Skim quiso aprovechar las últimas horas del día y fue a cazar perdices y gallinazas de plumaje verde pálido en los campos vecinos. Regresó con varias parejas y bastantes patos. Abundaban en aquella región lacustre y hubieran podido avituallarse para todo el viaje. Si Summy Skim era buen cazador, Bill Stell, que se había sumado a él, no le iba a la zaga. Hicieron un fuego con madera seca en la orilla, y aquella caza, asada en las brasas de un fuego chispeante, fue declarada excelente.

El lago Tagish, de siete leguas y media de largo, se encuentra

unido al lago Marsh por una estrecha cortada que el deshielo había obstruido durante la noche. Antes de esperar a que quedara libre, el Explorador prefirió acarrear el barco durante media legua después de haber alquilado un tiro de mulas. De aquella manera, ese mismo día pudo reanudar la navegación por entre los canales del lago Marsh.

Llegados a ese punto, Bill Stell y sus compañeros se encontraban todavía a ciento sesenta y dos kilómetros, aunque habían salido de Scagway hacía unos diez días.

Necesitarían por lo menos cuarenta y ocho horas para cruzar el lago Marsh, aunque no tuviera más de siete u ocho leguas de largo. El viento, en efecto, había cambiado a norte y, sin ser demasiado vivo, sería, sin embargo, contrario. Se hacía imposible servirse de la vela y no había que contar con un avance rápido utilizando los remos.

Las orillas este y oeste del lago no dejaron de verse durante toda la navegación porque no tiene más de tres kilómetros de ancho. Se encontraba encajonado entre colinas bastante pintorescas, blancas de nieve y escarcha. La flotilla de barcos parecía menos numerosa que en el lago Benett porque cierto número de embarcaciones habían quedado rezagadas debido a las dificultades.

La parada se estableció en el extremo del lago Marsh en la tarde del 13 de mayo y después de consultar el mapa Ben Raddle dijo al Explorador:

—Sólo nos queda un lago por cruzar, ¿es el último de la región?

—Sí, *monsieur* Raddle —dijo Bill Stell—, es el lago Labarge. Pero en esta parte del viaje es cuando los problemas son mayores.

—Sin embargo, Explorador, ¿no tendremos que acarrear nuestro barco por el río Lewis, que une los dos lagos y se dirige más allá, hacia el norte?

—No por el río, pero sí por tierra —respondió Bill Stell—, si no es posible franquear los rápidos de White Horse sin porteadores. Ahora bien, se trata de un paso muy peligroso y más de un barco se ha perdido con hombres y bienes.

Aquellos rápidos constituyen, en efecto, el peligro más serio para la navegación entre Scagway y Dawson City. Cubren tres kilómetros y medio de los ochenta y cinco que separan el lago Marsh del lago Labarge, y en esa corta distancia, la diferencia de nivel entre las

aguas no baja de treinta y dos pies. Además, el curso está sembrado de arrecifes contra los cuales se precipitan inevitablemente las embarcaciones empujadas por la corriente.

—¿No se puede avanzar por las riberas? —preguntó Sum my Skim.

—Son impracticables —respondió el Explorador—. Pero se trabaja para construir una especie de tranvía que permita transportar los barcos cargados aguas abajo de los rápidos.

—Si se trabaja en la construcción de ese tranvía —repuso Summy Skim—, es que ¿todavía no está terminado, Explorador?

—No, aunque hay centenares de obreros trabajando en ello.

—Y ya verá, mi buen Bill, como tampoco estará terminado para nuestro regreso.

—A menos que ustedes permanezcan en Klondike más tiempo del que imaginan —respondió Bill Stell—. Siempre se sabe cuándo se va, pero nunca se sabe cuándo se vuelve.

—Ya estás oyendo, Ben —dijo Summy Skim dirigiéndose a su primo.

Éste no intentó responderle.

En la tarde del día siguiente, 15 de mayo, el barco llegó a los rápidos de White Horse río abajo. No era el único en aventurarse en aquel paso peligroso. Le seguían otras embarcaciones, ¡y cuántas de ellas no se encontrarían de nuevo aguas abajo!

Como se comprenderá fácilmente, los pilotos que trabajaban en el servicio de los rápidos de White Horse exigían un precio elevado por franquear aquellos tres kilómetros. Como tal precio es de ciento cincuenta francos, hacen jugosos beneficios y no piensan en absoluto abandonar tan lucrativo oficio para convertirse en mineros.

A menudo es necesario, antes de lanzarse a la corriente, descargar los barcos de una parte de su carga que más tarde se vuelve a embarcar. Aligerados de ese modo, los barcos pueden ser dirigidos entre los arrecifes con mayor seguridad.

Pero el Explorador, cuya embarcación no se hallaba sobrecargada de material pesado, no juzgó que fuera imprescindible tomar aquella medida y Neluto compartió su opinión. Además, los dos conocían perfectamente los pasos.

—No tengan ustedes miedo —aconsejó el Explorador a las dos

religiosas.

—Confiamos en usted —respondió sor Marta.

En aquel lugar la velocidad de la corriente es de cinco leguas por hora. Por lo tanto, bastaría con un lapso de tiempo muy corto para bajar los tres kilómetros. Pero hay que efectuar tantas vueltas entre las rocas de basalto caprichosamente sembradas entre ambas orillas, y para evitar los témpanos, especies de arrecifes móviles cuyo choque astillaría la más sólida de las embarcaciones, que la duración del trayecto se ve extraordinariamente prolongada. En varias ocasiones, el barco, apoyado en los remos, tuvo que virar enteramente para evitar un abordaje, ya fuera con un témpano o con una canoa, y la habilidad de Neluto los sacó de más de un aprieto.

—¡Atención! ¡Atención! —gritó el Explorador cuando el barco había recorrido ya las tres cuartas partes del paso.

En efecto, era importante sujetarse bien a los bancos para no salir despedido por la borda. El último salto de aquellos rápidos era el más temible y donde se producían numerosas catástrofes. Pero Neluto tenía el ojo preciso y la mano segura, una sangre fría imperturbable, y el Explorador sabía que se podía confiar en él.

No pudo evitar algunos golpes de agua al pasar por aquel vertiginoso rabión, pero los hombres se apresuraron a achicar aquella sobrecarga, y el barco salió del salto sin desperfectos.

Los dos primos habían experimentado cierta emoción cuando la embarcación se lanzó, por así decirlo, al vacío. En cuanto a las hermanas, éstas habían hecho la señal de la cruz y habían cerrado los ojos.

—Ahora, Bill, lo más duro ya está hecho —exclamó Summy Skim.

—No me cabe la menor duda —añadió Ben Raddle.

—En efecto, *messieurs* —declaró el Explorador—. Ya sólo nos queda por atravesar el lago Labarge y seguir el río Lewis durante ciento sesenta leguas más o menos, aparte de uno o dos pasos algo difíciles que no se pueden comparar con el de White Horse.

—Ya lo han oído, hermanas, ya no quedan más que ciento sesenta leguas, o sea que es como si ya hubiéramos llegado y ya no tuvieran ustedes nada que temer —repitió riendo Summy Skim.

—Por ustedes —respondió sor Madeleine—. Porque al regreso

tendrán que remontar estos rápidos, lo que será aún más difícil.

—Tiene usted razón, hermana —replicó Summy Skim—. Decididamente haríamos mejor en no volver.

—A menos que el tranvía esté ya en condiciones de funcionar —observó Ben Raddle.

—Eso es, Ben, basta con que esperemos un año o dos.

Pero lo más ventajoso, lo que realmente haría más fácil el viaje sería el ferrocarril que se hablaba de construir entre Scagway y los rápidos de White Horse, y desde los rápidos de White Horse hasta Dawson City. Entonces ya no habría que navegar por los lagos ni acarrear nada en ningún tramo de la ruta. Se emplearían menos días que semanas se emplean actualmente para ir de Chilkoot a Klondike. Pero ¿sabía alguien cuándo se empezarían a ejecutar aquellos proyectos, o incluso si serían ejecutados alguna vez?

La caravana del Explorador se encontraba a trescientos cinco kilómetros de Scagway cuando alcanzó el extremo inferior del lago Labarge en la tarde del 16 de mayo.

Después de conversar con Neluto, Bill Stell decidió hacer una parada de veinticuatro horas en aquella etapa. El viento soplabá con violencia del cuadrante norte. El piloto no deseaba intentar la travesía del lago en aquellas condiciones, temiendo que descargara una fuerte tormenta. Además, ni siquiera a fuerza de remos, hubiera podido el barco adentrarse en las aguas, tanto más cuanto que la deriva de los témpanos había sido detenida por el viento y que éstos remontaban hacia la parte sur del lago. Incluso podía volver a formarse el hielo, porque la temperatura descendía y el termómetro ya marcaba dos grados bajo cero.

Aquella etapa, creada según el mismo modelo y por las mismas necesidades que las de los lagos Lindeman y Benett, comprendía ya un centenar de casas y cabañas. Una de aquellas casas ostentaba el nombre de hotel, con unos precios excesivos, por supuesto, y sin la menor comodidad. Pero Summy Skim, Ben Raddle y las religiosas encontraron habitaciones libres.

Por la noche, los dos primos y Bill Stell se reunieron en la sala de la planta baja del hotel y conversaron sobre la duración probable del viaje.

—Después de cruzar el lago Labarge —dijo el Explorador—, no se pueden hacer más de cuatro o cinco leguas al día bajando el río

Lewis. Lo que quiere decir que, como aún estamos a ciento sesenta leguas de Dawson City, no creo que podamos llegar antes de la primera semana de junio.

—¿No navegaremos de noche? —preguntó Ben Raddle.

—Sería imprudente porque el río Lewis está lleno de témpanos —respondió Bill Stell—, y Neluto no querrá correr riesgos.

—Entonces, fondearemos en alguna de las orillas —observó Summy Skim.

—Sí, *monsieur* Skim, y además hay caza por los alrededores, tendrá tiempo para llenar su macuto.

—No dejaré de gastar algunos cartuchos, Explorador.

—Y estoy seguro de que no fallará el tiro.

—Pero ¿no es demasiado tarde llegar en la primera semana de junio para explotar las parcelas? —observó Ben Raddle.

—No, *monsieur* Raddle —respondió el Explorador—. ¡Piense en esos miles de emigrantes que hemos dejado atrás y que llegarán bastante después que nosotros! No es posible empezar la explotación de los placeres hasta mediados de junio, cuando el suelo se haya deshelado completamente.

—Además, poco nos importa —añadió Summy Skim—. No vamos allí para hacer prospecciones en la parcela 129, sino para venderla al mejor precio. Y admitiendo que el asunto nos retenga hasta julio, tendremos tiempo de regresar a Montreal antes del invierno.

El lago Labarge, que tiene unos cincuenta kilómetros de longitud, está compuesto de dos partes que se unen formando un codo en el lugar mismo donde nace el río Lewis, que fluye en dirección norte. Habiendo salido en la mañana del día 18 de mayo, el barco empleó cuarenta y ocho horas en atravesar aquella primera parte del lago.

Por lo tanto, en la tarde del 20 de mayo, hacia las cinco, el Explorador y sus compañeros, después de haber soportado fuertes ráfagas de viento, alcanzaron el curso del río Lewis, que se desvía hacia Fort Selkirk en dirección nordeste. A la mañana siguiente, el barco se aventuró entre los témpanos, manteniéndose en la medida de lo posible en el centro del río, donde la corriente dejaba libre el paso.

Por la tarde, hacia las cinco, el Explorador dio órdenes de

acercarse a la orilla derecha, cerca de la cual contaba con pasar la noche. Summy Skim desembarcó al momento. Poco después se escucharon varios disparos y una pareja de patos y gallinazas permitieron economizar las conservas a la hora de la cena.

Además, aquellas paradas de noche que Bill Stell imponía, también las hacían las demás embarcaciones que bajaban el curso del río Lewis y en las orillas se encendían fuegos de campamento.

A partir de aquel día la cuestión del deshielo pareció enteramente resuelta. El termómetro se mantenía a cinco o seis grados sobre cero bajo la influencia de los vientos del sur. Por lo tanto no había que temer que el río se helara de nuevo. Los emigrantes no tenían que preocuparse ni de arrastres ni de acarreos. Probablemente los lagos Lindeman, Benett, Tagish, Marsh y Labarge ya se encontraban libres y la corriente arrastraría rápidamente los témpanos.

Durante aquellas paradas nocturnas no había por qué temer el ataque de las fieras. No se había detectado la presencia de osos en los alrededores del río Lewis. Por lo tanto Summy Skim, lamentándolo quizá, no tuvo [la ocasión]^[13] de abatir ninguno de esos formidables plantígrados. Pero, en cambio, había que defenderse contra los mosquitos que invadían las orillas a millares, y apenas se lograba evitar sus picaduras, tan dolorosas como molestas, manteniendo encendido el fuego toda la noche.

Después de haber bajado el río Lewis cerca de cincuenta kilómetros, el Explorador y sus compañeros llegaron a la vista del río Hootalinga en la tarde del día 23, y a la mañana siguiente a la altura del Big Salmon, tributarios ambos del Lewis. Tuvieron ocasión de observar hasta qué punto las aguas azules de este último se enturbiaban al mezclarse con las de sus afluentes. Al día siguiente el barco pasaba ante la desembocadura del río Walsh, abandonado ahora por los mineros, aunque anteriormente hubiera producido diez centavos por batea, y del que ahora se decía que tenía todos los bolsillos vacíos. Después le llegó el turno al Cassiar, un banco de arena que emerge en las aguas bajas, donde algunos buscadores habían cosechado en un mes hasta treinta mil francos de oro, y donde todavía se recogían algunos granos del precioso polvo.

El viaje prosiguió con alternancia de buen y mal tiempo, sin que hubiera que sufrir demasiado el frío. El barco navegaba en

ocasiones a remo y otras veces a vela, e incluso en ciertos pasos muy sinuosos los hombres tuvieron que remolcarlo con sogas. Pero había que ir con cuidado al caminar por las orillas bordeadas de altos acantilados, pues se desprendían a veces enormes avalanchas.

El 30 de mayo habían recorrido, en condiciones bastante favorables, la mayor parte del río Lewis, que pronto se convertiría en el Yukón. La caravana se encontraba entonces a unas sesenta leguas del lago Labarge. Hubo que salvar, no sin dificultades, los rápidos de Five Fingers. En aquel lugar, el río se ve obstaculizado por cinco islotes que provocan amplios remolinos e incluso desniveles de los que el piloto debe desconfiar. Siguiendo la opinión de Neluto, pareció conveniente desembarcar, porque la crecida de las aguas hacía el curso casi torrencial. Pero después de haber salvado aquellos rápidos y, algunos kilómetros aguas abajo, los del Rink, tanto los pasajeros como las pasajeras, volvieron a ocupar sus lugares en el barco, que ya no encontraría ningún obstáculo serio antes de llegar a Fort Selkirk, a una distancia todavía de unas veinte leguas.

El 31 de mayo el Explorador consiguió establecer su campamento en Turenne, que ocupaba un acantilado completamente sembrado de las primeras flores, anémonas, crocos y enebros perfumados. Numerosos emigrantes habían levantado allí sus tiendas. El barco necesitaba algunas reparaciones y permanecieron allí veinticuatro horas. Summy Skim pudo entregarse a su pasatiempo favorito. Abundaba la caza, particularmente los zorzales, y hubiera podido cazar toda la noche porque en aquella latitud y en aquella época del año la oscuridad no es total entre la puesta y la salida del sol.

Durante los dos días siguientes, el barco bajó rápidamente el río gracias a una corriente de tres leguas por hora. El 2 de junio, por la mañana, después de haber pasado por el laberinto de las islas Myersall, se acercaron a la orilla izquierda para fondear al pie de Fort Selkirk.

Aquel fuerte había sido edificado en 1848 para el servicio de los agentes de la bahía del Hudson; pero los indios lo derribaron en 1852 y actualmente lo que había sido un fuerte no era más que un bazar suficientemente abastecido. Rodeado de chozas de indios y de tiendas de emigrantes, cubre una meseta de la gran arteria que

recibe a partir de allí el nombre de Yukón, y se ve aumentado con las aguas del río Pelly, su principal tributario por la orilla derecha.

El Explorador tuvo la ocasión de aprovisionarse de nuevo en Fort Selkirk, y encontró todo lo que necesitaba, a precios excesivos ciertamente, porque en cualquier albergue se paga tres dólares por una comida de lo más rudimentario.

Después de una pausa de veinticuatro horas, el barco se dejó llevar de nuevo por la corriente del Yukón en la mañana del 3 de junio. El tiempo era incierto, con lluvias y claros; pero ya no había que temer los grandes fríos, y la temperatura se acercaba a los diez grados por encima de cero.

El Explorador pasó sin detenerse por la desembocadura del río Stewart, que ya comenzaba a atraer a cierto número de buscadores de oro, y las parcelas se multiplicaban a lo largo de su curso, que se extiende hacia el este con una longitud de trescientos kilómetros. Después el barco se detuvo medio día en Ogilvia, en la orilla derecha del Yukón.

Aguas abajo, el río presentaba ya una gran anchura y las embarcaciones podían circular libremente en medio de los numerosos témpanos que derivaban en dirección norte.

Después de haber dejado atrás las desembocaduras del río Indian y del Sixty Miles, que se abren una enfrente de la otra, a cuarenta y ocho kilómetros de Dawson City, y después de haber sobrepasado por la derecha la del Baker Creek, el Explorador y sus compañeros pudieron poner pie en tierra en la capital de Klondike en la tarde del 6 de junio.

KLONDIKE



La porción de Norteamérica conocida con el nombre de Alaska es una vasta región bañada simultáneamente por las aguas de dos océanos, el Ártico y el Pacífico. No se estima por debajo de mil quinientos kilómetros cuadrados la extensión de ese territorio que el imperio ruso cedió a los americanos tanto por simpatía hacia la Unión como, según se dice, por antipatía hacia la Gran Bretaña. En todo caso, hubiera sido difícil que aquella comarca no acabara siendo americana y no hubiera servido para ampliar el Dominio y los territorios de la Columbia Británica. Además, quizá el futuro justifique la famosa doctrina de Monroe: América para los americanos.

Dejando aparte los yacimientos auríferos que posee, ¿se podrá obtener otro provecho de ese territorio mitad Canadá, mitad Alaska, bañado por el río Yukón, un territorio que en parte se sitúa más allá del Círculo Polar y cuyo suelo no es favorable a ninguna actividad humana? Es poco probable.

Sin embargo, no hay que olvidar que, añadiéndole las islas Baranof, Almirantazgo, Príncipe de Gales, que pertenecen a Alaska, así como el archipiélago de las Aleutianas, esa región posee un litoral de trece mil kilómetros, en el cual hay numerosos puertos aptos como escala de los navíos que frecuentan aquellos parajes tempestuosos, desde Sitka, la capital de Alaska, hasta Saint Michel,

situada en la desembocadura del Yukón, uno de los ríos más caudalosos del Nuevo Mundo.

Descubierta por los rusos en 1730, y explorada en 1741, cuando la población total no superaba los treinta y tres mil habitantes, la mayoría de origen indio, la región se encuentra actualmente invadida por una muchedumbre de mineros y emigrantes, que empezaron a llegar hace algunos años, atraídos por el descubrimiento de oro en Klondike.

Para establecer la línea divisoria entre Alaska y la potencia del Dominio, se escogió el meridiano ciento cuarenta y uno que parte del monte Saint Elie, de cinco mil ochocientos veintidós metros de altura, y que llega al océano Ártico. Pero quizá no se ha establecido de una manera tan precisa en lo relativo al límite meridional que se desvía y recurva de forma que envuelve las islas costeras.

Si se echa un vistazo a un mapa de Alaska se puede observar que la mayor parte de su extensión es llana. El sistema orográfico sólo se acusa en el sur. Allí comienza la cadena de montañas que se extiende a través de la Columbia hacia California con el nombre de Cascade Range.

Pero lo que atrae particularmente la atención es el curso de río Yukón. Después de haber bañado el Dominio en su curso hasta Fort Cudahy, en el norte, después de haberlo surcado con sus afluentes y subafluentes, inmensa red hidrográfica donde se cruzan el Pelly, el Big Salmon, el Hootalinga, el Stewart, el Sixty Miles, el Forty Miles Creek, el Indian, el Klondike, ese magnífico río describe una curva hasta Fort Yukon para volver a bajar hacia el sudeste y verter sus últimas aguas en Saint Michel, en la cuenca del mar de Bering.

En resumen, el Yukón es el río del oro por excelencia. Con sus tributarios recorre los más ricos yacimientos de Alaska y del Dominio, ¡y cuántas pepitas flotarían en su superficie, si las pepitas pudieran flotar!

El Yukón es superior al Padre de las Aguas, al propio Mississippi. ¡Arrastra un caudal que supera los veintitrés mil metros cúbicos por segundo, y su curso se extiende sobre dos mil doscientos noventa kilómetros a través de una cuenca cuya superficie comprende un millón de kilómetros cuadrados!^[14]

Aunque los territorios que recorre no son aptos para el cultivo, el área forestal es muy considerable. Está formada especialmente

por impenetrables bosques de cedro amarillo, donde el mundo entero podría abastecerse si sus bosques se agotaran. En cuanto a la fauna, sus principales representantes son el oso negro, el alce, el caribú, la cabra montesa, la gamuza blanca de pelo largo, y las aves se despliegan por miríadas: cercetas, gallinazas, zorzales, perdices de las nieves y patos en un número tan elevado que hubieran bastado para la alimentación de la población indígena en tiempos del descubrimiento.

Las aguas que bañan ese inmenso perímetro de costa no son menos ricas en mamíferos marinos y en peces de todas las especies. Uno de ellos, el arenque de Alaska, está tan impregnado de aceite que se le puede encender como una vela, de ahí el nombre de pez vela que le han dado los americanos.

Pero las riquezas auríferas de esa comarca superan aun todas las demás, y es posible que su rendimiento sea superior al de Australia, al de California y al de las minas de África meridional.

Los primeros yacimientos de Klondike fueron descubiertos en 1864.

En aquella época, el reverendo MacDonald encontró tanto oro en un pequeño río cercano al Yukón que se podía recoger con cuchara.

En 1882, un equipo de antiguos mineros de California, y entre ellos los hermanos Boswell, se aventuraron por las sendas del Chilkoot y explotaron regularmente los primeros placeres.

En 1885, los mineros especialistas en lavar las arenas auríferas del Lewis-Yukón descubrieron los yacimientos de Forty Miles Creek, río abajo del lugar que más tarde sería ocupado por Dawson City, en la línea que por convención separa Alaska del Dominio. Dos años después habían extraído más de seiscientos mil francos de oro, el mismo año en que el gobierno canadiense procedía a una delimitación de la frontera.

En 1892, la North American Trading and Transportation Co. de Chicago funda la población de Fort Cudahy, cerca de la desembocadura del Forty Miles Creek en el Yukón, que pronto sería defendida por el fuerte Constantine, construido dos años después. Y sin abandonar su trabajo, trece sargentos, cuatro suboficiales y tres oficiales, recogieron por encima de mil quinientos francos en las parcelas del río Sixty Miles, un poco más arriba de Dawson City.

Fue como si se hubiera dado el pistoletazo de salida, porque los mineros empezaron a acudir de todas partes. En 1895, más de mil canadienses, principalmente franceses, cruzaban el Chilkoot y se desperdigaban por los territorios próximos al río.

Pero fue en 1896 cuando se divulgó la clamorosa noticia: se había descubierto Eldorado, un afluente del Bonanza, que a su vez es un afluente del río Klondike, que a su vez es un afluente del Yukón. Los buscadores de oro se precipitaron en masa sobre esa comarca. En Dawson City, los solares urbanos que se vendían a veinticinco francos pronto subieron a ciento cincuenta mil, y el gobierno de Ottawa pronto la reconoció como capital, en junio de 1898.

La región propiamente llamada Klondike es sólo un distrito del Dominio. Por lo tanto, pertenece a esa vasta porción inglesa del Canadá, como parte de la Columbia Británica. El meridiano ciento cuarenta y uno, que traza la línea de frontera entre Alaska, ya americana, y las posesiones de Gran Bretaña, forma el límite occidental del distrito.

El río Klondike, afluente del Yukón, con un curso de ciento cuarenta kilómetros por el este, marca su frontera por el norte y viene a morir en la misma Dawson City, a la que divide en dos partes desiguales.

Al oeste, el Yukón corta el meridiano a [...] kilómetros de allí, algo al nordeste de la capital, después de haber recibido por su margen izquierda al río Stewart, al río Indian y al Baker Creek, y también a aquel famoso río Bonanza que a su vez recibe a El dorado.

Al este limita con la porción del Dominio en la que aparecen las primeras ramificaciones de las Montañas Rocosas, en la superficie de los territorios que el Mackenzie cruza de norte a sur.

El centro del distrito presenta altas colinas, la principal de las cuales es el Dôme, descubierto en junio de 1897. Son los únicos relieves de ese suelo generalmente llano, en el que se despliega la red hidrográfica que vierte en la cuenca del Yukón. Puede juzgarse su importancia por el número de sus tributarios directos: el río Klondike, alimentado por el Too Much Gold, el Hunker, cuya fuente se encuentra en las entrañas del Dôme, el Bear, el Awigley, el Bonanza, el Bryant, el Swadish, el Montana, el Baker Creek, el

Westfield, el Geneenee, el Montecristo, el Insley, el Sixty Miles, el Indian, todos ellos cursos de agua que arrastran oro, y sobre los cuales hay ya centenares de parcelas en explotación.

Pero el territorio aurífero por excelencia es el que bañan el Bonanza, que surge de los peñascos del Cormack, y sus múltiples afluentes: Eldorado, Queen, Boulder, American, Pure Gold, Cripple, Tail, etcétera.

Resulta, por lo tanto, explicable que los buscadores de oro se hayan precipitado en masa sobre un territorio en el que se multiplican los ríos y los torrentes, enteramente libres de hielo durante los tres o cuatro meses de la buena estación, y sobre unos yacimientos fabulosos y relativamente fáciles de explotar. Se puede observar incluso que su número aumenta de año en año, a pesar de las fatigas, de las miserias y sinsabores de la parte del viaje comprendida entre Scagway y la capital del Klondike.

En el lugar mismo en que el río de ese nombre se vierte en el Yukón no existía hasta hace unos años más que una marisma que a menudo quedaba sumergido en la época de las crecidas. Sólo estaba habitado por algunas chozas de indios, esas isbas construidas según el modelo ruso donde vivían miserablemente las familias indígenas.

Allí mismo fue fundada Dawson City, que ya cuenta con dieciocho mil habitantes.

Leduc, fundador de la ciudad, canadiense de origen, la dividió en primer lugar en solares por los que solamente pedía veinticinco francos y que ahora se compran a precios que varían entre cincuenta y doscientos mil francos.

Si los primeros yacimientos de Klondike no parece que vayan a agotarse próximamente, si se siguen descubriendo otros placeres en la cuenca del gran río, si llegan a contarse algún día las parcelas por millares, ¿por qué no pensar que Dawson City podría convertirse en una metrópoli como Vancouver, de la Columbia Británica, o como Sacramento, en la California americana?

La ciudad se vio amenazada de desaparición desde sus primeros momentos bajo las inundaciones de las marismas que ocupaba. El Klondike la separa en dos barrios situados en la orilla derecha del Yukón, y en la época del deshielo, la abundancia de aguas es tal que se puede temer lo peor.

Fue necesario, por lo tanto, construir sólidos diques para

protegerse contra aquellas inundaciones que, por otro lado, únicamente se producían durante un periodo muy corto. En efecto, durante el verano, con el estiaje, las aguas del Klondike bajan hasta tal punto que los viajeros pueden cruzar a pie de una orilla a la otra.

Como se puede observar, los comienzos de la nueva ciudad fueron difíciles, lo cual no impidió que su número de habitantes creciera de forma considerable.

Por añadidura, y como bien sabemos, Ben Raddle conocía a fondo la historia del distrito; se había puesto al corriente de todos los descubrimientos desde hacía años. Sabía cuál había sido la progresión constante del rendimiento de los placeres y los golpes de suerte que se habían producido. No cabía la menor duda de que había venido a Klondike para tomar posesión de la parcela de Forty Miles Creek, estimar su valor y venderla al mejor precio. Pero Summy Skim se daba perfecta cuenta de que Ben Raddle, a medida que se iban acercando a Dawson City, se interesaba más de lo que él hubiera deseado en los trabajos de los mineros, y temía que sintiera la tentación de participar en ellos. Lo cierto es que él se opondría y no dejaría que su primo se aventurase en tales empresas, ni permitiría que se instalara en aquel país de oro y de miseria.

En aquella época, el distrito contaba más de ocho mil parcelas numeradas desde la desembocadura de los afluentes y de los subafluentes del Yukón hasta sus fuentes. Los lotes eran de quinientos pies cuadrados o de doscientos cincuenta después de la modificación introducida por la ley de 1896.

Hay que señalar que el entusiasmo de los buscadores y la preferencia de los sindicatos se centraban siempre en los yacimientos del Bonanza y de sus tributarios, así como en las montañas de altura media de la orilla izquierda. ¿No fue acaso en aquel suelo privilegiado donde George MacCormack vendió varias parcelas de veinticuatro pies de longitud por catorce de anchura, de las que se extrajeron pepitas por valor de ocho mil dólares, es decir cuarenta mil francos, en menos de tres meses?

¿O no es verdad que la riqueza del Eldorado es tal que, según el catastro de Ogilvia, la media de rendimiento de cada batea de lavado oscila entre veinticinco y treinta francos? De donde se puede deducir la conclusión lógica de que, si como todo lo da a entender

la veta tiene treinta pies de anchura, quinientos de longitud y cinco de espesor, producirá hasta veinte millones de francos.

Así pues, desde aquella época, las sociedades y sindicatos intentaban adquirir parcelas y se las disputaban a los más altos precios. Es difícil incluso prever hasta qué valor subirán las ofertas en el caso de aquellos placeres en los que las bateas recogen entre mil quinientos y cuatro mil francos de oro purísimo, cuyo valor en el mercado de Dawson City es de quince a dieciséis dólares la onza.

Era verdaderamente lamentable —o al menos eso es lo que debía de decirse a sí mismo Ben Raddle, si bien Summy Skim no pensaba en ello en absoluto—, que la herencia recibida del tío Josias no se hubiera encontrado situada en una de aquellas parcelas del Bonanza, en lugar de hallarse en la región de Forty Miles Creek, del otro lado del Yukón. Ya fuera que decidieran explotarla, ya fuera que quisieran venderla, el beneficio habría sido más considerable. Se puede suponer incluso que las ofertas que habrían hecho a los herederos hubieran sido tales que Ben Raddle no hubiera emprendido el viaje a Klondike. Summy Skim se encontraría entonces de vacaciones en su granja de Green Valley en lugar de estar pateando las calles de aquella capital en cuyo barro quizá se encontraban partículas del precioso metal.

Es cierto que seguían en pie las propuestas realizadas por el sindicato respecto a la parcela 129 de Forty Miles Creek, a menos que, faltas de respuesta, hubieran caducado.

Después de todo, Ben Raddle había venido para ver, y ya vería lo que hacía. Aunque la 129 no hubiera producido nunca pepitas de tres mil francos —y la más gorda que se encontró en Klondike alcanzó ese valor—, no por eso estaba agotada, ya que se habían recibido ofertas de compra. Los sindicatos americanos o británicos no tratan ese género de negocios a ciegas. En todo caso, incluso ateniéndose a las peores posibilidades, los dos primos obtendrían lo bastante para sufragar su viaje.

Además, Ben Raddle sabía que ya se hablaba de nuevos descubrimientos en el río Hunter, un afluente del río Klondike, cuya desembocadura se encuentra a veintitrés kilómetros de Dawson City; un curso de agua de siete leguas entre montañas de mil quinientos pies de altitud, ricas en yacimientos de oro más puro que el hallado en Eldorado. Se hablaba también de un afluente del Gold

Bottom, donde, según el informe de Ogilvia, existía un filón de cuarzo aurífero que producía hasta mil dólares por tonelada.

Los periódicos llamaban también la atención sobre el río Bear, un afluente del río Klondike, a cuatro leguas solamente de Dawson City. Había sido dividido en una quincena de lotes en un curso de once kilómetros, y su explotación durante la última campaña había producido jugosos beneficios. Se había corrido la voz de que sus parcelas eran superiores a las del Bonanza, porque al estar dispuestas de forma más regular podían ser trabajadas con mayor facilidad.

Sin duda, Ben Raddle se decía a sí mismo que quizá tendría que mirar hacia ese lado si no había nada que hacer en la parcela 129.

En cuanto a Summy Skim, repetía a veces:

—¡Todo esto es perfecto! ¡Está muy bien lo del río Bonanza, lo del Eldorado, el Bear, el Hunter, el Gold Bottom! Pero para nosotros se trata del Forty Miles Creek, y yo no oigo hablar del Forty Miles Creek más que si no existiera.

Sin embargo existía, y el mapa de Ben Raddle indicaba claramente que era un tributario del Yukón aguas arriba de Dawson City.

La verdad es que hubiera sido una mala suerte deplorable que aquel Forty Miles Creek no aportara su parte correspondiente al rendimiento aurífero de Klondike, el cual, según el informe de MacDonald, había producido por encima de cien millones de francos en la campaña comprendida entre mayo y septiembre del año 1898.

¿Y cómo hubiera podido dudar Ben Raddle, ya que no Summy Skim, de la riqueza de aquel distrito, cuya reputación no podía ser falsa, y que había provocado, no sin razón y a pesar de las fatigas del viaje, una afluencia cada vez más considerable de mineros del mundo entero? ¿No se habían hallado en 1896 siete millones quinientos mil francos en pepitas, y en 1897 doce millones quinientos mil francos? En resumen, por muy numerosos que fueran los emigrantes, tenían para repartirse los doscientos cincuenta millones de francos en los que Ogilvia había evaluado la riqueza de Klondike. Ciertamente los millonarios serían un número pequeño, un número muy pequeño, pero eso no desmentía que de las entrañas de aquella tierra surgieran torrentes de oro.

Era también de observar que el territorio de Klondike no era el único de la región que estaba surcado por vetas auríferas. Ya se sabía que existían en otras partes, no solamente en la superficie del Dominio, sino del otro lado del Yukón, en el inmenso territorio de Alaska, algunas de cuyas regiones no habían sido suficientemente exploradas. Incluso en la orilla derecha del gran río, en la parte canadiense, en la frontera meridional de Klondike, se hablaba del curso del río Indian, cuyos yacimientos harían competencia a los del distrito. ¿No había ya, de hecho, mineros trabajando en la explotación de trescientas parcelas en la confluencia del Sulphor y del Dominio, los dos torrentes que formaban aquel río? ¿No había, acaso, en aquellos momentos más de dos mil quinientos hombres lavando bateas de trescientos a cuatrocientos francos?

Finalmente, no sólo los afluentes de la orilla derecha del Yukón arrastraban pajuelas o hacían rodar pepitas de oro. Los mineros se precipitaban ahora hacia los afluentes de la orilla izquierda. Se habían numerado parcelas en el río Sixty Miles, en el Geneenee, en el Westfield, el Swadish, que estaban divididos ya en más de seiscientos ochenta lotes, y finalmente el Forty Miles Creek, porque a pesar de lo que pensara Summy Skim, tal río existía, y la parcela del tío Josias era efectivamente la 129, como muy bien lo indicaba el telegrama que había recibido Snubbin, el notario de Montreal.

Además, en la parte de Klondike comprendida entre el río Indian y el Inoley, otro afluente del Yukón, se encuentra todavía una superficie inexplorada en la que los mineros no tardarán en descubrir nuevas riquezas.

Por añadidura, basta echar un vistazo a un mapa del Dominio para observar que otras regiones auríferas, además de Klondike, se encuentran ya indicadas. Son las cercanas al macizo de Chilkoot, regado por la corriente del Pelly antes de desembocar en el Yukón, como por ejemplo las regiones del monte Cassiar al norte de Telegraph Creek y al sur del campamento minero de Centreville.

Pero hay que constatar igualmente que esas regiones son todavía más numerosas en el territorio de Alaska, donde se puede estar seguro de que los americanos, nuevos dueños de Alaska, no las dejarán improductivas: son las regiones al sur del gran río, tales como las de Circle City, las de Rampar City, las de los montes Tanana, al norte, la de Fort Yukon, y finalmente, más arriba del

Círculo Polar, toda una vasta comarca regada por los ríos Nootok y Colville, cuyo cabo Hope se adentra en el océano Ártico.

Cuando Ben Raddle hacía espejear aquellos futuros tesoros ante los ojos de Summy Skim, éste se limitaba a responder sonriendo:

—¡Decididamente, la región que cruza el Yukón es una región bendecida por los dioses! ¡Y pensar que poseemos una pequeña parte de ella! ¡Y que mi única preocupación es que nos deshagamos de una vez de la herencia del tío Josias!

EN DAWSON CITY



—na aglomeración de chozas, de isbas, de tiendas, una especie de campamento levantado en una marisma, amenazado permanentemente por las crecidas del Yukón y del Klondike, con calles tan irregulares como embarradas, con hoyos a cada paso; no una ciudad, sino algo así como una vasta perrera, todo lo más, adecuada para ser habitada por millares de perros que ladran día y noche; jeso es lo que usted creía que era Dawson City, *monsieur* Skim! Pero la ciudad se ha transformado a ojos vistas, gracias a los incendios que han ido despejando el terreno. Cuenta con iglesias católicas y protestantes, tiene bancos y hoteles, va a tener su Teatro Mascott, y pronto tendrá también un gran teatro de la ópera en el que podrán acomodarse dos mil dawsonianos, etcétera, y no puede usted imaginarse lo que se sobreentiende con este etcétera.

Así hablaba el doctor Pilcox, un anglocanadiense redondo, de unos cuarenta años de edad, vigoroso, activo, avisado, con una salud inquebrantable y una constitución que no dejaba resquicio a ninguna enfermedad, que parecía gozar de una increíble inmunidad frente a todas ellas. Había venido un año antes a instalarse en aquella ciudad tan favorable al ejercicio de su profesión, ya que parecía que en ella se hubieran dado cita las epidemias, sin hablar de aquella fiebre endémica del oro contra la cual ni siquiera él mismo estaba vacunado, como tampoco el propio Summy Skim.

Además de médico, el doctor Pilcox era cirujano, boticario y dentista. Como no sólo era famosa su habilidad, sino también su gran entrega, la clientela acudía numerosa a la comfortable casa donde vivía, en Front Street, una de las calles principales de Dawson City.

Cabe mencionar igualmente que el doctor Pilcox había sido nombrado médico jefe del hospital cuya superiora esperaba la llegada de las dos hermanas de la Misericordia.

Bill Stell conocía desde hacía mucho tiempo al doctor Pilcox, porque había tenido relación con él cuando servía en las avanzadillas del ejército canadiense. Siempre se lo había recomendado a las familias de emigrantes que él conducía de Scagway a Klondike. Por lo tanto, nada más natural que pensara en poner a Ben Raddle y a Summy Skim en contacto con un personaje de tan alta estima, cuyo celo igualaba a su filantropía. ¿Dónde hubieran podido encontrar a alguien más al corriente de lo que sucedía en el país que aquel doctor, confidente de tantas fortunas e infortunios? Si alguien estaba capacitado para dar un buen consejo lo mismo que para ofrecer una buena consulta o un buen remedio, ese alguien era ciertamente aquel hombre excelente. Además, en medio de la temible excitación de la ciudad, cuando llegaba la noticia de algún descubrimiento, siempre sabía conservar la sangre fría, permaneciendo fiel a su profesión, sin tener jamás la tentación de lanzarse a buscar oro por su propia cuenta.

Así pues, el doctor Pilcox se sentía orgulloso de su ciudad, y no lo ocultó en absoluto desde la primera visita que le hizo Summy Skim.

—Sí —repetía—, la ciudad ya es digna del nombre de capital de Klondike que el gobierno le ha otorgado.

—Pero me parece que apenas está edificada —observó Summy Skim.

—Si aún no lo está completamente, pronto lo estará, porque el número de habitantes crece de día en día.

—¿Con cuántos cuenta actualmente? —preguntó Summy Skim.

—Con más de veinte mil, caballero.

—Que quizá sólo están de paso.

—Discúlpeme, son los que se han establecido con sus familias y no tienen intención de abandonarla, como yo mismo.

—Sin embargo —observó Summy Skim, que se divertía pinchando al excelente doctor—, no veo en Dawson City nada de lo que habitualmente es característico en una capital.

—¡Qué dice usted! —exclamó el doctor Pilcox hinchándose, lo que le hacía parecer más redondo aún de lo que era—. ¡Ésta es la residencia del comisario general de los territorios del Yukón, el mayor James Walsh, y de toda una jerarquía de funcionarios como no la encontrará usted en las ciudades de Columbia y del Dominio!

—¿Quiénes, doctor?

—Un juez del Tribunal Supremo, *monsieur* MacGuire, un comisario del oro, *monsieur* Th. Faucett, caballero, un comisario de las Tierras de la Corona, *monsieur* Wade, un cónsul de los Estados Unidos de América, un agente consular francés...

—En efecto —respondió Summy Skim—. Se trata de altos cargos de la administración. Pero en lo que respecta al comercio...

—Ya tenemos dos bancos —respondió el doctor—. El Canadian Bank of Commerce de Toronto, que dirige *monsieur* H. T. Wills y el Bank of British North America.

—¿Y las iglesias?

—Dawson City cuenta con tres, *monsieur* Skim, una iglesia católica atendida por el padre jesuita Judge y el diácono Desmarais, una iglesia protestante y una anglicana.

—Eso es perfecto, doctor, en lo que concierne a la salvación de sus habitantes. Pero en lo referente a la seguridad pública...

—¿Qué le parece, *monsieur* Skim, un comandante en jefe de la policía montada, el capitán Stearns, canadiense de origen francés, y el capitán Harper, a la cabeza del servicio postal, con unos sesenta hombres cada uno bajo su mando?

—Lo que digo, doctor, es que esa escuadra de policías es quizá insuficiente, dado que la población dawsoniana aumenta de día en día —respondió Summy Skim.

—Pues bien, aumentaremos la policía también según las necesidades. El gobierno del Dominio no escatimará nada para garantizar la seguridad de los habitantes de la capital de Klondike.

Habría que haber oído al doctor pronunciar estas palabras: ¡Capital de Klondike!

Summy Skim prosiguió:

—Después de todo parece que Dawson City estuviera destinada

a desaparecer, cuando se hayan agotado los yacimientos del distrito.

—¡Agotados... los yacimientos de Klondike! —exclamó el doctor Pilcox—. ¡Si esos yacimientos son inagotables, *monsieur* Skim! ¡Cada día se descubren nuevos placeres a lo largo de los torrentes! ¡Cada día se explotan nuevas parcelas! ¡Y no sé yo si hay alguna ciudad en el mundo a la que se le pueda asegurar una existencia más larga que a la capital de Klondike!

Summy Skim no quiso proseguir una conversación completamente inútil en cualquier caso. ¡Qué le importaba a él que Dawson City viviera dos años o dos mil, ya que no tenía que pasar allí más que una quincena de días!

Sin embargo, por muy inagotable que fuera aquel suelo según el doctor, acabaría por agotarse, y no resultaba admisible que la ciudad sobreviviera cuando ya no tuviera ninguna razón de existir, y en condiciones de habitabilidad detestables, en el límite del Círculo Polar. Pero ya que el doctor le auguraba una vitalidad mayor que a cualquier otra ciudad del Dominio, Quebec, Ottawa o Montreal, no había por qué llevarle la contraria. Lo importante para Ben Raddle y Summy Skim era que Dawson City tenía hotel.

Había al menos tres, el Yukón Hotel, el Klondike Hotel y el Northern Hotel, y fue en éste último donde los dos primos pudieron conseguir una habitación.

Además, a poco que los mineros siguieran afluyendo a Dawson City, los propietarios de aquellos hoteles seguirían amasando fortunas. Una habitación se pagaba a siete dólares diarios; una comida costaba tres; el servicio, un dólar al día; un dólar también costaba cortarse el pelo y uno y medio afeitarse.

—Afortunadamente no tenemos costumbre de afeitarnos —observó Summy Skim—. En cuanto al pelo, esperaremos para cortárnoslo cuando hayamos regresado a Montreal.

Nadie se asombrará, por lo tanto, de que, según las cifras citadas, todo estuviera por las nubes en la capital de Klondike. Quien no se hace rico rápidamente por algún golpe de suerte, puede estar casi seguro de que se arruinaría en breve. Se puede uno hacer una idea consultando los precios en las gacetas mensuales del mercado de Dawson City: el azúcar vale entre un franco cincuenta y dos francos la libra; el tocino salado un franco veinticinco; la carne

en conserva dos francos; un vaso de leche dos francos cincuenta; la harina de maíz y de avena un franco veinticinco; el arroz, las alubias y las patatas un franco veinticinco; las patatas secas tres francos; las cebollas tres francos setenta y cinco; la mantequilla cinco francos; los huevos doce francos cincuenta la docena; la miel tres francos cincuenta; el café y el té entre cinco y doce francos; la sal un franco; la pimienta cinco francos; el tabaco doce francos cincuenta; las naranjas tres francos las cinco unidades y los limones veinticinco francos la docena; la carne de buey seis francos cincuenta, la de cordero cinco francos, la de alce cinco francos, el pescado dos francos cincuenta. En cuanto a los baños corrientes, se pagaban a doce francos cincuenta, y los baños rusos a ciento sesenta francos. Por lo tanto, Summy Skim se contentaría con los baños corrientes.

En aquella época Dawson City se extendía sobre una longitud de dos kilómetros, bordeando la orilla derecha del Yukón. De dicha orilla a las colinas más cercanas había una distancia de mil doscientos metros. Su superficie abarcaba ochenta y ocho hectáreas. Se hallaba dividida en dos barrios, separados por el curso del río Klondike que desembocaba allí en el gran río. Contaba con siete avenidas y cinco calles que se cortaban en ángulo recto, siendo Front Street la más cercana al río. Aquellas calles tenían aceras de madera, y cuando no las surcaban los trineos durante los largos meses de invierno, grandes carruajes y pesadas carretas de ruedas macizas las recorrían con gran estrépito entre la multitud de perros.

Alrededor de Dawson City había gran número de huertas, en las que se cultivaban nabos, coles, rábanos, lechugas, etcétera, que no hubieran bastado para satisfacer las necesidades de los habitantes, y había que contar con las legumbres que llegaban del Dominio, de Columbia o de los Estados Unidos. En cuanto a la carne en conserva, los embutidos y la caza, los barcos frigoríficos la traían después del deshielo, remontando el Yukón desde Saint Michel hasta Dawson City siguiendo un recorrido de [...]. A partir de la primera semana de junio, los yukoneros aparecían aguas abajo, y el muelle se llenaba con el silbido de las sirenas.

Por supuesto, el día de su llegada las dos religiosas fueron conducidas al hospital que dependía de la iglesia católica. Fueron recibidas con todas las atenciones por la superiora, que no escatimó

los agradecimientos a Summy Skim, a Ben Raddle y al Explorador por la ayuda prestada y el cuidado con que habían atendido a sor Marta y a sor Madeleine durante el viaje.

La acogida que les dispensó el doctor Pilcox no fue menos enternecedora, y lo cierto es que su presencia era muy necesaria, porque el personal del hospital no daba abasto.

En efecto, como consecuencia de los rigores del invierno, las salas se hallaban repletas y sería difícil imaginar a qué estado habían reducido a toda aquella pobre gente llegada de tan lejos la fatiga, el frío y la miseria. En aquel momento, en Dawson City, había epidemias de escorbuto, diarreas, meningitis y fiebres tifoideas. Las estadísticas de defunciones crecían día a día, y por las calles pasaban incensantemente los carruajes fúnebres arrastrados por perros que conducían al cementerio a tantos desgraciados a los que esperaba una tumba banal, cavada en las entrañas de aquel suelo aurífero.

Sin embargo, a pesar de aquel lamentable espectáculo, los habitantes de Dawson City, o al menos todos los mineros de paso, no dudaban en entregarse a los más excesivos placeres. En los casinos y en las salas de juego convivían aquellos que llegaban por primera vez a los yacimientos y los que volvían a ellos para rehacer sus ganancias, consumidas en pocos meses. Viendo a la muchedumbre amontonarse en los restaurantes y en los bares, uno no se hubiera imaginado que una epidemia devoraba la ciudad, ni que junto a un centenar de jueguistas, jugadores y aventureros de sólida constitución, hubiera tantos miserables sin hogar ni refugio: familias enteras, hombres, mujeres y niños, que la enfermedad detenía en el umbral de aquella ciudad y que no podían proseguir más allá.

Además, a todas aquellas gentes ávidas de placeres violentos y de emociones continuas, se las veía frecuentar el Folies Bergère, el Monte Carlo, el Dominio, el Eldorado, y no podría decirse que de la noche a la mañana, porque en aquella época del año, en las proximidades del solsticio, no había ni día ni noche. Allí se jugaba al póquer, al subastado, a la ruleta... Sobre el tapete verde se arriesgaban, no ya guineas o piastras, sino pepitas y polvo de oro, en medio de un tumulto de gritos, provocaciones, agresiones, e incluso a veces detonaciones de revólver; escenas abominables que

la policía se veía impotente para reprimir y en las cuales tipos de las características de Hunter o Malone representaban los primeros papeles.

Por otra parte, los restaurantes estaban abiertos día y noche; se podía cenar a cualquier hora; se servían pollos a veinte dólares la pieza, piñas a diez dólares, huevos frescos a quince dólares la docena; se bebía vino a veinte dólares la botella, y el *whisky* costaba [...]; se fumaban puros a tres francos cincuenta. Tres o cuatro veces por semana los prospectores regresaban de las parcelas vecinas, y arriesgaban en aquellas salas de juego todo lo que habían lavado en el barro del río Bonanza y sus tributarios.

Era una espectáculo triste, desolador, donde se exhibían los vicios más deplorables de la naturaleza humana, y lo poco que Summy Skim pudo observar a su llegada a Dawson City únicamente sirvió para acrecentar su disgusto hacia aquel mundo de aventureros.

Pero probablemente no tendría ocasión de estudiarlo más a fondo. Seguía contando con que su estancia en Klondike sería de corta duración, y además, Ben Raddle no era hombre a quien le gustara perder el tiempo.

—Ante todo nuestros negocios —dijo—. Y ya que el sindicato nos ha ofrecido comprar la parcela 129 de Forty Miles Creek, lo primero que vamos a hacer es recorrerla.

—Cuando quieras —respondió Summy Skim.

—¿Está muy lejos de Dawson City el Forty Miles Creek? —preguntó Ben Raddle.

—Nunca he ido hasta allí —respondió el Explorador—. Pero según el mapa ese arroyo se vierte en el Yukón en Fort Reliance, al nordeste de Dawson City.

—Entonces, según el número que lleva, no creo que la parcela del tío Josias esté muy lejos —observó Summy Skim.

—No puede ser mucho más de treinta leguas —respondió el Explorador—, porque a esa distancia se halla la frontera entre Alaska y el Dominio, y la parcela 129 está en territorio canadiense.

—Nos pondremos en marcha mañana —declaró Ben Raddle.

—De acuerdo —respondió su primo—, pero antes de tener alguna certeza sobre el valor de la parcela 129, ¿no valdría más averiguar si la oferta que nos hizo el sindicato sigue en pie? —dijo

Summy Skim.

—Está bien —respondió Ben Raddle—. En una hora lo habremos averiguado.

—En efecto —añadió Bill Stell—. Voy a indicarles donde se encuentran las oficinas del capitán Healy de la Anglo-American Transportation and Trading Co., que están en Front Street.

Después de tomar esta resolución los dos primos dejaron el Northern Hotel por la tarde y se dirigieron siguiendo al Explorador hacia la casa que ocupaba el sindicato de Chicago.

En el barrio había una gran muchedumbre. El vapor del Yukón acababa de desembarcar a gran número de emigrantes. Esperando la hora de repartirse por los diversos afluentes, hormigueaban por la ciudad, unos para explotar los yacimientos que les pertenecían, otros para alquilar sus brazos a precios bastante elevados. Front Street se hallaba más abarrotada que las otras calles, porque las principales agencias tenían allí su sede. Al mismo tiempo, con la muchedumbre humana se mezclaba la muchedumbre canina. A cada paso, se encontraba uno enredado con aquellos animales, lo menos domesticados que se pueda nadie imaginar, cuyos aullidos desgarraban los oídos.

—¡Pero si Dawson City es una ciudad de perros! —repetía Summy Skim—. ¡Y su alcalde debe de ser un gran danés!

Sin embargo, Ben Raddle y Summy Skim, no sin amenazas e insultos, consiguieron subir por Front Street hasta las oficinas del sindicato, ante cuya puerta les dejó el Explorador con quien volverían a encontrarse en el Northern Hotel.

Fueron recibidos por el subdirector, *monsieur* William Broll, al que dieron a conocer el objeto de su visita.

—¡Ah! ¡Muy bien! —respondió *monsieur* Broll—. ¿Ustedes son los *messieurs* Raddle y Skim de Montreal? Encantado de recibirles.

—El gusto es nuestro —respondió Summy Skim.

—¿Los herederos de Josias Lacoste, propietario de la parcela 129?

—Precisamente —declaró Ben Raddle.

—¿Espero que esa parcela no haya desaparecido desde que emprendimos este viaje interminable? —preguntó Summy Skim.

—No, *messieurs*, no —respondió *monsieur* William Broll—. Pueden estar seguros de que se encuentra en el lugar que se le

asigna en el catastro, en la frontera de los dos estados, que no ha sido todavía exactamente determinada.

¿Qué significaba aquella frase inesperada? ¿Por qué razón la línea fronteriza entre Alaska y Canadá tenía algo que ver con la parcela 129? ¿No fue en vida *monsieur* Josias Lacoste su legítimo propietario, y no había pasado a manos de sus herederos naturales no menos legítimamente, por muchas reclamaciones que se pudieran hacer sobre el trazado de la frontera?

—Caballero —replicó entonces Ben Raddle—. Nos avisaron en Montreal que el sindicato que dirige el capitán Healy nos proponía adquirir la parcela 129 de Forty Miles Creek.

—En efecto, *monsieur* Raddle.

—Mi coheredero y yo hemos venido por esa razón, con el fin de cerciorarnos del valor de la parcela, y deseamos saber si la oferta del sindicato se mantiene.

—Sí y no —respondió *monsieur* Broll.

—¡Sí y no! —exclamó Summy Skim.

—Le ruego, caballero, que nos explique la razón de ése sí y no —replicó Ben Raddle.

—Es muy sencillo, *messieurs* —respondió el subdirector—. Es sí en el caso de que la localización de esa parcela se halle establecida de una manera, y es no si se halla establecida de otra.

Decididamente aquello tendría que ser aclarado, pero antes de esperar cualquier explicación Summy Skim exclamó:

—De cualquier modo que sea, *monsieur* Josias Lacoste era el propietario de la parcela, y nosotros lo somos en su lugar y con derecho, porque su herencia nos pertenece.

En apoyo de aquella declaración Ben Raddle sacó de su cartera los títulos que establecían su derecho de propiedad sobre la parcela 129 de Forty Miles Creek.

—Caballeros —prosiguió el subdirector—, esos títulos de propiedad están en regla y yo no tengo motivos para dudarlo, pero, les repito, ésa no es la cuestión. Nuestro sindicato les ha hecho llegar algunas propuestas relativas a la compra de la parcela de *monsieur* Josias Lacoste, y a la pregunta que ustedes me hacen sobre si esas propuestas se mantienen, sólo puedo responder que...

—Es decir, que no nos responden —replicó Summy Skim que comenzaba a irritarse, sobretodo al observar la actitud algo burlona

de *monsieur* Broll, quien no le agradaba nada.

—Señor subdirector —repuso Ben Raddle—, su telegrama ofreciéndose a comprar la parcela de Josias Lacoste llegó a Montreal el 22 de marzo. Hoy estamos a 7 de junio. Han pasado más de dos meses. Le pregunto qué es lo que ha pasado en ese intervalo de tiempo para que usted no esté en condiciones de darnos una respuesta formal.

—Habla usted de esa parcela como si su situación no estuviera exactamente determinada —añadió Summy Skim—. Me gustaría saber si se encuentra donde siempre se ha encontrado.

—Por supuesto, caballeros —respondió *monsieur* Broll—. Pero se halla en un punto de la frontera a caballo entre el Dominio, que es británico, y Alaska, que es territorio americano.

—Se halla del lado canadiense —replicó vivamente Ben Raddle.

—Sí, siempre y cuando el límite entre los dos estados esté bien determinado —declaró el subdirector—, pero el caso es que no lo está. Ahora bien, como el sindicato, que es canadiense, sólo puede explotar los yacimientos de origen canadiense, no he podido darles una respuesta afirmativa.

—¿Así que esa frontera es hoy motivo de disputa entre Estados Unidos y Gran Bretaña? —preguntó Ben Raddle.

—Exactamente, *messieurs* —replicó *monsieur* Broll.

—Creía que se había elegido el meridiano ciento cuarenta y uno como línea de separación —dijo Ben Raddle.

—En efecto, *messieurs*, así fue escogido y con razón desde 1867, época en que Rusia cedió Alaska a los Estados Unidos de América, y siempre ha quedado convenido que ese meridiano fuera la frontera.

—Pues bien, creo que los meridianos no cambian de lugar ni siquiera en el Nuevo Mundo —replicó Summy Skim—. Ese meridiano ciento cuarenta y uno no puede haber retrocedido ni al este ni al oeste.

—No, pero al parecer no está donde debería estar —repuso *monsieur* William Broll—. Desde hace dos meses se han levantado serias protestas sobre ese asunto, y es muy posible que haya que llevar el meridiano algo más hacia el oeste.

—¿Cuántas leguas? —preguntó Summy Skim.

—Unos centenares de metros solamente —declaró el subdirector.

—¡Y se discute por tan poco! —exclamó Summy Skim.

—Y con razón —replicó el subdirector—. Lo que es americano debe seguir siendo americano, y lo que es canadiense debe seguir siendo canadiense.

—¿Cuál de los dos estados ha reclamado? —preguntó Ben Raddle.

—América —respondió *monsieur* Broll—. Reivindica una banda de terreno hacia el este que, a su vez, el Dominio reivindica hacia el oeste.

—¿Y a nosotros qué nos importan esas discusiones? —exclamó Summy Skim.

—Eso supone que si América gana, una parte de las parcelas de Forty Miles Creek será americana —respondió el subdirector.

—¿Y la 129 está entre ellas?

—Usted lo ha dicho —respondió *monsieur* Broll—. Y en esas condiciones el sindicato retiraría su oferta de adquisición.

Aquella vez la respuesta era formal.

—¿Pero se han comenzado al menos los trabajos relativos a esa rectificación de frontera? —preguntó Ben Raddle.

—Sí *messieurs*, y la triangulación se lleva a cabo con una notable precisión.

En suma, si no se trataba más que de una estrecha banda de terreno a lo largo de aquel meridiano ciento cuarenta y uno, y si las reclamaciones por parte de los dos estados se hacían más insistentes, era porque el terreno disputado era aurífero, y quién sabía si aquella larga banda entre el monte Saint Elie al sur y el océano Ártico al norte no contenía alguna rica veta, que tanto los Estados de la Unión como el Dominio sabrían aprovecharla.

—En fin, concluyendo, *monsieur* Broll, ¿mantiene su oferta el sindicato si la parcela 129 se encuentra al este de la frontera? —preguntó Ben Raddle.

—En efecto.

—Y si, al contrario, queda en el oeste tendremos que renunciar a tratar con ustedes.

—En efecto.

—Pues bien, nos dirigiremos a otros, y si nuestra parcela se ve transportada a suelo americano la cambiaremos por dólares en vez de cambiarla por libras —declaró Summy Skim.

La conversación concluyó con aquella respuesta de Summy Skim, y los dos primos regresaron al Northern Hotel.

Encontraron al Explorador y le pusieron al corriente.

—En cualquier caso harían bien, *messieurs*, en ir a Forty Miles Creek lo antes posible —les aconsejó.

—Ésa es nuestra intención, y nos pondremos en marcha mañana mismo —dijo Ben Raddle.

—Además, parece que los trabajos de rectificación de frontera han comenzado —añadió Summy Skim riendo—, y tengo curiosidad por ver si llegan a término. ¡Un meridiano debe ser muy pesado de cambiar de lugar!

—Sí, ya lo verán —replicó Bill Stell—. Y también verán que la parcela 127, colindante con la 129, tiene por propietario a un sujeto al que habrá que vigilar.

—Sí, ese tejano, Hunter —dijo Summy Skim.

—Su amigo Malone y él —prosiguió el Explorador—. Ambos explotan esa parcela 127, que les pertenece, pero como no tienen intención de venderla, poco les importa que quede situada del lado del territorio de la Unión o del Dominio.

—Espero que no entremos en relación con tan groseros personajes —añadió Ben Raddle.

—Sería lo mejor —afirmó el Explorador.

—Y usted Bill, ¿qué va a hacer? —preguntó Summy Skim—. Regresaré a Scagway para conducir otra caravana hasta Dawson City.

—¿Cuánto tiempo estará ausente?

—Alrededor de dos meses.

—Contamos con usted para nuestro regreso.

—De acuerdo, *messieurs*. Pero, por su parte, no pierdan el tiempo si quieren dejar Klondike antes del invierno.

DE DAWSON CITY A LA FRONTERA



En realidad, Ben Raddle y Summy Skim no tenían un día que perder para liquidar el asunto. En aquellas altas latitudes, los fríos árticos llegaban rápidamente. Comenzaba la segunda semana de junio. Antes de finales de agosto llegaba la época en que los hielos comienzan a obstaculizar de nuevo los lagos y los arroyos, y las ventiscas y borrascas envuelven el espacio. En aquella región de Klondike la buena estación no duraba más allá de dos meses, y además, en lo referente a los dos primos, había que descontar el tiempo necesario para regresar de Dawson City a Scagway por la región lacustre o, si decidían cambiar de itinerario, de Dawson City a Saint Michel, bajando por el río Yukón hasta su desembocadura.

Al día siguiente de su llegada, Ben Raddle y Summy Skim dieron por terminados los preparativos en previsión de que la estancia en la parcela 129 tuviera que prolongarse y de que no pudieran procurarse en Fort Reliance lo que necesitaran.

Por otro lado, no se trataba de adquirir ni transportar material, pues allí encontrarían el de Josias Lacoste, ni tampoco de contratar mano de obra, ya que su intención no era explotar la parcela de Forty Miles Creek.

Sin embargo, pareció oportuno tomar un guía que conociera bien el país. Ahora bien, como el Explorador había encontrado en Dawson City a otro de sus pilotos, ofreció poner a Neluto a

disposición de Ben Raddle hasta que él regresara. El indio asintió, y como lo habían visto trabajar, sabían lo que valía, aunque no se hubiera hecho más comunicativo. Hubiera sido difícil seleccionar a alguien mejor para aquel viaje, y los dos primos agradecieron a Bill Stell su amabilidad.

Por lo tanto, lo único que tuvieron que hacer fue procurarse víveres, sin mirar el precio, que naturalmente fue muy elevado. Pero no encontraron demasiadas dificultades para avituallarse de carne fresca o en salazón, cerdo, tocino, harina, legumbres secas, té, café, ginebra y *whisky*, para un periodo de quince días.

En cuanto al vehículo de transporte, Ben Raddle escogió un carruaje en lugar del trineo que suele ir tirado por perros, incluso cuando el hielo y la nieve han desaparecido. Además, en aquellos momentos, esos animales estaban tan caros que se pagaban hasta mil quinientos y dos mil francos por cabeza.

Antes de dejar Dawson City, el Explorador se ocupó de encontrarles un carruaje en el que se pudieran acomodar tres personas y cupieran las provisiones.

Aquella tartana de dos ruedas, provista de una capota de cuero que podía alzarse o quitarse, sólidamente ajustada para resistir los baches y los choques, fue adquirida por mil trescientos cincuenta francos, y el caballo que tiraría de ella, un animal vigoroso, costó setecientos. No había por qué preocuparse de su alimentación, porque en esa estación, los pastizales se sucedían a lo largo de la ruta, y en aquellas condiciones, un tiro de caballos era más fácil de alimentar que uno de perros.

En cuanto a los utensilios, Neluto indicó lo que era indispensable llevar, y Ben Raddle pudo estar seguro de que no faltaría nada para el viaje.

Mientras tanto, Summy Skim se entretenía deambulando filosóficamente por las calles de Dawson City, examinando los almacenes, tomando nota de los precios de los artículos de consumo o de los objetos manufacturados. Y, en suma, era feliz de que su primo y él hubieran podido aprovisionarse en los comercios de Montreal.

Y así le habló a Ben Raddle:

—¿Sabes, Ben, lo que cuesta un par de zapatos en la capital de Klondike?

—No, Summy.

—Entre cincuenta y ochenta francos. ¿Y un par de medias?

—Tampoco lo sé.

—Diez francos. ¿Y los calcetines de lana?

—Pongamos que veinte francos.

—¡No, veinticinco! ¿Y los tirantes?

—Podemos prescindir de ellos, Summy.

—Y hacemos bien. Valen dieciocho francos.

—Prescindiremos, pues.

—¿Y las ligas de mujer?

—Me es indiferente, Summy.

—¡Cuarenta francos, y novecientos francos una falda de sastre hecha a medida! Decididamente, en este país inverosímil se gana mucho estando soltero.

—Seguiremos solteros —respondió Ben Raddle—, a menos que tú no tengas la intención de casarte con alguna opulenta heredera.

—Y no faltan, Ben, ni tampoco las aventureras que tienen parcelas en el río Bonanza o en el Eldorado. Pero en fin, me fui de Montreal soltero y regresaré soltero. ¡Ah, Montreal! ¡Montreal! ¡Qué lejos estamos, Ben!

—¡Qué le vamos a hacer, Summy! —respondió Ben Raddle no sin cierta ironía—. La distancia que separa Montreal de Dawson City es la misma que la que separa Dawson City de Montreal.

—Ya me lo imaginaba —replicó Summy Skim—, pero eso no quiere decir que sea corta.

Por supuesto, Summy Skim no dejó de ir de visita al hospital. Las hermanas le deparaban una acogida cordial, y él, por su parte, experimentaba un sentimiento de admiración viéndolas cumplir su trabajo.

En cuanto al doctor Pilcox, conversaba gustoso con Summy Skim y no cesaba de darle ánimos al mismo tiempo que consejos, alabándole sin cesar las bellezas de aquel admirable Klondike.

—¡Le acabará gustando, le acabará gustando! —repetía—. ¡Y si pudiera verlo durante el invierno!

—Espero no tener esa suerte, doctor.

—¡Nunca se sabe! ¡Nunca se sabe!

Es cierto que Summy Skim no podía tomar esta respuesta en serio y no lo hacía.

La tartana se encontraba, lista, delante de la puerta del Northern Hotel, desde las cinco de la mañana del día 9 de aquel mes de junio. Se habían cargado previamente las provisiones, así como el pequeño material de acampada. Neluto debía guiarla y estaba ya en el pescante.

—No olvidemos nada —dijo Ben Raddle antes de partir—. Y sobre todo no olvidemos que tenemos que estar de regreso en Montreal dentro de dos meses.

La distancia entre Dawson City y la frontera, tal como se hallaba establecida entonces, era de ciento cuarenta y seis kilómetros. Así que, como la parcela 129 del Forty Miles Creek estaba lindando con esa frontera, se necesitarían al menos tres días para llegar allí, a razón de una docena de leguas por jornada.

Veamos cómo pensaba Neluto organizar las etapas de modo que el caballo no se cansara demasiado. Habría dos etapas diarias: la primera de seis a once de la mañana, seguida de una parada de dos horas; la segunda desde la una a las seis, después de la cual se instalaría el campamento para pasar la noche. No se podía pedir más en aquella comarca de terreno desigual, que seguía el curso del torrente.

En cuanto al campamento, lo único que había que hacer era levantar la tienda al abrigo de los árboles, si Ben Raddle y su primo no encontraban una habitación en algún albergue de la ruta entre Dawson City y Fort Reliance, y después entre Fort Reliance y la frontera.

Las dos primeras etapas se hicieron en condiciones bastante favorables, el tiempo era bueno, la temperatura de unos diez grados sobre cero, una ligera brisa soplabla del este y las nubes altas no amenazaban lluvia. El país era accidentado, cortado por ríos que corrían hacia el Yukón o que desembocaban en sus tributarios de la orilla izquierda, unos en dirección norte, hacia Forty Miles Creek, otros en dirección sur, hacia el río Sixty Miles. Las colinas que bordeaban el curso del río no sobrepasaban los mil pies de altura; en las praderas vecinas y en los taludes de los barrancos se multiplicaban las flores primaverales, anémonas, crocos, enebros. En cuanto a los árboles: álamos, abedules, pinos y espinos se agrupaban en profundos macizos.

Le habían asegurado a Summy Skim que no faltaría la caza en el

camino, incluso que los osos frecuentaban a menudo aquella parte de Klondike. Ben Raddle y él no se habían olvidado de llevar consigo sus fusiles de caza. Pero no se les presentó la ocasión de utilizarlos contra los plantígrados.

Por otro lado, la comarca no estaba desierta. Se encontraban centenares de mineros empleados en las parcelas de las colinas, cuya superficie se hallaba restringida a doscientos pies. Aquellas parcelas eran a menudo muy productivas, como las del río Bonanza que producían hasta mil francos por día y hombre.

Por la tarde la tartana llegó a Fort Reliance, una población que está muy animada en esa época, situada en la orilla derecha del Yukón, en el lugar donde el río forma un codo antes de cambiar su curso hacia el noroeste.

Fort Reliance, lo mismo que Fort Selkirk, Fort Norman, Fort Simpson, Fort Providence, Fort Resolution, Fort Good-Hope, Fort Macpherson, Fort Chipewyan, Fort Vermillion, Fort Wrangel, en territorio canadiense, Fort Yukon, Fort Hamlin, Fort Kenay, Fort Morton, Fort Get Here, en territorio de Alaska, habían sido fundados por la Compañía de la bahía del Hudson para la explotación de aquel país rico en pieles y para su defensa contra las tribus de indios. Pero la mayoría, entre otros Fort Selkirk y Fort Yukon, ya no cumplían la función para la que habían sido creados. Desde el descubrimiento de las minas de oro de Klondike se habían convertido en depósitos de aprovisionamiento. Pero Ben Raddle había hecho bien aprovisionándose en Dawson City, porque en Fort Reliance la adquisición de objetos de consumo y productos manufacturados le hubiera costado una suma muy superior.

Los dos primos trabaron conocimiento en Fort Reliance con el comisario general de los territorios del Yukón, que se encontraba en visita de inspección. Se presentaron a él recomendados por ciertos cargos oficiales de Montreal, y en aquel país, lleno de forasteros, esas referencias son más útiles que en cualquier otro sitio. La acogida que recibieron por parte del mayor James Walsh fue extremadamente cordial, y ellos le expresaron su gratitud.

Era un hombre de unos cincuenta años de edad, excelente administrador, instalado desde hacía dos años en aquel distrito. Había sido enviado por el gobernador del Dominio en la época en que los yacimientos auríferos se veían asediados por aquellos

millares de emigrantes cuyo éxodo no parecía que se fuera a terminar en breve plazo.

La tarea no era fácil. Cada día surgían todo tipo de dificultades a la hora de atribuir las concesiones a los particulares o a los sindicatos, de realizar la parcelación de los lotes, de cobrar los impuestos, de mantener el orden en una región que los indios no se resignaban a ver invadida sin protestas e incluso, a veces, sin resistencia.

A todos aquellos problemas provocados por el descubrimiento de nuevos placeres se añadía la discusión a propósito del tema del meridiano ciento cuarenta y uno, que exigía nuevas labores de triangulación. Ése era precisamente el asunto que motivaba la presencia del mayor James Walsh en el oeste de Klondike.

Al escucharlo se veía que aquella rectificación presentaba algunas dificultades, aunque su solución fuera una solución matemática, es decir, lo más exacta del mundo. El meridiano ciento cuarenta y uno sólo podía estar en el lugar que le correspondía.

—Pero ¿quién ha planteado esta cuestión, *monsieur* Walsh? —preguntó Ben Raddle.

—Los americanos —respondió el comisario—. Pretenden que la operación, que se hizo en los tiempos en que Alaska todavía pertenecía a los rusos, no se había llevado a cabo con la exactitud necesaria. Según ellos, la frontera representada por el meridiano ciento cuarenta y uno debería desplazarse más al este, lo que entregaría a los Estados Unidos la mayoría de las parcelas establecidas en los afluentes de la orilla izquierda del Yukón.

—Y entre otras, la parcela 129 que hemos recibido en herencia de nuestro tío Josias Lacoste —añadió Summy Skim.

—En efecto, *messieurs*.

—Además, el sindicato que nos había hecho una propuesta de compra se niega a proceder a la misma hasta que la situación no se haya aclarado —dijo Ben Raddle.

—Lo sé, *messieurs* —respondió el comisario—, y comprendo que eso les enoje.

—Pero ¿hay razones para pensar, *monsieur* Walsh, que los trabajos de rectificación concluirán pronto? —prosiguió Summy Skim.

—Lo único que puedo responderles es que la comisión nombrada

ad hoc se ha puesto manos a la obra hace varias semanas, y esperamos que la frontera entre los dos estados quede determinada definitivamente antes del invierno —declaró *monsieur* Walsh.

—¿Y en su opinión, *monsieur* Walsh, hay motivos para creer que se había cometido un error y que era necesario proceder a esta rectificación? —preguntó Ben Raddle.

—No, *messieurs*. Y según las informaciones que obran en mi poder, todo esto me parece una turbia querella con la que los sindicatos de la Unión pretenden provocar al gobierno del Dominio.

—Y esto nos costará prolongar nuestra estancia en Klondike más tiempo del que nosotros pensábamos —añadió Summy Skim.

—Sí, *messieurs* —respondió *monsieur* Walsh—. Yo haré todo lo que esté al alcance de mi mano para que la comisión active su trabajo. Pero hay que confesar que a veces la mala voluntad de algunos propietarios de las parcelas vecinas a la frontera los entorpece. Está, sobre todo, el caso de la parcela 127.

—¡Junto a la nuestra! —exclamó Summy Skim.

—En efecto.

—Un tejano llamado Hunter.

—Precisamente. ¿Han oído ustedes hablar de él?

—Algo más que eso, comisario, hemos oído hablar a ese grosero personaje cuando desembarcamos en Vancouver.

—Ya veo que lo conocen. Es un individuo violento y brutal, que va acompañado por un tal Malone, también tejano, y que según dicen no vale más que él.

—¿Y ese Hunter es uno de los que han reclamado la rectificación de la frontera, *monsieur* Walsh? —preguntó Ben Raddle.

—En efecto, *monsieur* Raddle. Para evitar la autoridad del Dominio quiere que su parcela se encuentre en tierra americana. Por eso ha exacerbado los ánimos de todos los propietarios de los yacimientos comprendidos entre la orilla izquierda del Yukón y la frontera actual. Llevándola a la orilla de ese río toda esa banda de tierra pertenecería a la Unión, y un ciudadano de Texas se encontraría entonces en su propio país. Pero, como les repito, me extrañaría que los americanos se salieran con la suya, y ese Hunter no logrará nada con sus artimañas. Sin embargo, les aconsejo, si les es posible, que no mantengan relación con aventureros de esa especie, con los cuales mis fuerzas de policía ya han tenido que

solventar algunos problemas.

—No tema nada a ese respecto, comisario —respondió Summy Skim—. No hemos venido a Klondike para lavar barro en la parcela 129, sino para venderla, y en cuanto lo hayamos hecho volveremos a tomar el camino del Chilkoot y después el ferrocarril de Vancouver a Montreal.

—Pues bien, *messieurs*, no me queda más que desearles buen viaje hasta Forty Miles Creek —respondió el comisario—. Y si puedo serles útil en algo, pueden contar conmigo.

—Se lo agradecemos, *monsieur* Walsh —dijo Ben Raddle.

—Y si usted pudiera acelerar el asunto del meridiano ciento cuarenta y uno con algún telegrama... —añadió Summy Skim.

—¡Desgraciadamente eso no depende de mí! —respondió *monsieur* Walsh.

A continuación se despidieron del comisario, que debía regresar a Dawson City, mientras que los dos primos se dirigían hacia el oeste.

A la mañana siguiente la tartana se puso en camino. Casi todo el tiempo Neluto fue siguiendo la orilla izquierda del Yukón, después de haber cruzado el río en un transbordador.

El cielo no estaba tan despejado como la víspera. El viento de noroeste provocó fuertes chubascos. Pero guarecidos bajo la capota, los dos primos no sufrieron demasiado.

Neluto no obligaba al caballo a ir más deprisa, porque quería, no sin motivo, economizar sus fuerzas. El suelo se iba haciendo muy accidentado. Los baches, vaciados del hielo que los llenaba desde hacía meses, provocaban golpes que era muy difícil evitar, y quizá había más razones para preocuparse por el vehículo que por el tiro.

Era una región forestal, donde seguía habiendo pinos, abedules, chopos y álamos. Los mineros tendrían todavía madera por mucho tiempo, tanto para su utilización personal como para la explotación de las parcelas. Además, aquella parte del distrito no sólo contaba con yacimientos de oro, sino también de carbón. A seis kilómetros aguas arriba de Fort Cudahy, a orillas del Coalcreek, y a trece kilómetros más allá de éste, a orillas del Cliffecreek, y más lejos aún, a diecinueve kilómetros, en el Flatecreek, se descubrieron yacimientos de excelente hulla que no deja más del cinco por ciento de residuos de ceniza. Anteriormente se había hallado hulla en la

cuenca del río Five Fingers, y esta hulla sustituirá ventajosamente a la madera que queman los vapores a razón de una tonelada por hora, incluso los de potencia media. Quizá aquí resida una nueva oportunidad de vitalidad para el distrito, si después de agotarse todos sus filones de oro, los mineros se sintieran atraídos por la explotación de sus minas de carbón.

Al atardecer de aquella jornada, al final de la segunda etapa, que había sido especialmente fatigosa, Neluto y sus compañeros llegaron a Fort Cudahy, en la orilla izquierda del Yukón, donde tenían intención de pasar la noche en algún albergue, si lo encontraban preferible a la tienda.

Fort Cudahy había sido fundado en 1892 por la North American Trading and Transportation Co. de Chicago, que quería arrebatarse a la Alaska Commercial el beneficio del avituallamiento de los territorios auríferos del Yukón. La población, defendida, como ya ha sido mencionado, por el fuerte Constantine, se levantó en la misma desembocadura del Forty Miles Creek.

Al mismo tiempo dieron cuenta de que los placeres de aquella región eran muy productivos; placeres como los del Morse, o del Davis, pequeños tributarios del Forty Miles Creek en territorio americano, y el Miller Creek, un afluente del río Sixty Miles. Algunos podían compararse en lo que a su rendimiento se refiere con los del curso inferior del Bonanza.

Eran las seis de la tarde cuando la tartana concluyó su segunda etapa en Fort Cudahy, y los dos primos se pusieron a buscar un albergue para pasar la noche.

El jefe de la guarnición de la policía montada les indicó, sin recomendárselo, una especie de albergue. Este oficial de policía residía habitualmente en aquella población, y extendía su radio de acción por toda la parte del territorio comprendida entre la frontera y la orilla izquierda del gran río.

Ben Raddle y Summy Skim, deseosos de tomarse algunas horas de descanso en una cama cualquiera, no se mostraron demasiado exquisitos ni en lo referente a la comodidad ni en lo referente al precio, y la noche transcurrió sin pena ni gloria.

Al salir de Fort Cudahy, el Yukón sigue girando hacia el noroeste hasta el punto donde corta el meridiano ciento cuarenta y uno, tal como aparecía dibujado entonces en los mapas. En cuanto al Forty

Miles Creek, que tiene cuarenta millas de largo, como su propio nombre indica, gira oblicuamente aguas arriba hacia el sudoeste, siguiendo un curso muy sinuoso, a través de una región donde se suceden los bosques y las colinas. Hasta la frontera, su longitud aproximada es de setenta kilómetros más o menos, de los cuales treinta se hallan en territorio británico y cuarenta en territorio americano. Por lo tanto, cruza el meridiano que en aquel momento se hallaba en disputa, como también lo hacen el Yukón, el Sixty Miles y otros torrentes que el río recibe por su orilla izquierda.

Partiendo de madrugada, Neluto calculaba llegar al anochecer al emplazamiento donde estaba situada la parcela de Josias La coste. Había que dar al caballo alimento sano y abundante, aunque aquellos dos días de marcha no parecían haberle fatigado demasiado.

Si se necesitaba un esfuerzo suplementario, se podía contar con él, y además el vigoroso animal tendría todo el tiempo que quisiera para descansar mientras los dos primos permanecieran en la parcela 129.

Ben Raddle y Summy Skim dejaron el albergue a las tres de la mañana, y el sol ya estaba bastante alto. En una decena de días sería ya el solsticio, y sólo desaparecería apenas unos instantes en el horizonte norte.

La tartana seguía la orilla izquierda del Forty Miles Creek, una orilla muy sinuosa y a veces encajonada entre colinas separadas por gargantas profundas. El país estaba lejos de estar desierto. Por todas partes se veía la actividad de las parcelas fluviales y de las parcelas de montaña. A cada revuelta, en cada abertura de los barrancos se levantaban postes que delimitaban los placeres, cuyos números aparecían con grandes cifras. El material no era muy complicado: escasas máquinas movidas a fuerza de brazos o con la derivación de algún arroyo. La mayoría de los prospectores, ya fueran ellos mismos o sus obreros, sacaban el barro de los pozos que habían excavado en la parcela y trabajaban con bateas o escudillas. Todo ello se hacía casi en silencio, de no ser por las ruidosas demostraciones y los gritos de alegría que se escapaban a los mineros que recogían alguna pepita de valor.

La primera parada se prolongó desde las diez de la mañana a mediodía, porque el caballo, algo fatigado, necesitó ese tiempo de

descanso, y se le dejó libre para que pastara en un prado vecino. Ben Raddle y Summy Skim pudieron fumar sus pipas después de haber almorzado algunas conservas y galletas y concluir con unas tazas de café.

Neluto dio la orden de ponerse en marcha poco después de mediodía, y condujo con tanta rapidez el tiro de la tartana que hacia las siete de la tarde alcanzaban la parcela 129.

Sus nuevos propietarios habían salido de Montreal el 2 de abril, y habían llegado al término de su viaje en menos de dos meses y medio, el 11 de junio.

LA PARCELA 129



En aquel lugar, el Forty Miles Creek formaba una ligera curva, de manera que ofrecía su parte convexa hacia el este. En esta curvatura, que medía alrededor de cuatrocientos metros, se sucedían cierto número de parcelas separadas por postes, conforme a las normas de la ley minera del distrito, que reza así: «Toda persona mayor de dieciocho años, en posesión de un permiso especial de caza, pesca y minería, debidamente actualizado mediante el pago de diez dólares, tiene derecho a ocupar una parcela de doscientos cincuenta pies a lo largo del arroyo, siempre que la anchura del paralelogramo no sobrepase mil pies de una orilla a otra, trazando una línea horizontal de tres pies por encima del nivel de las aguas».

La parcela 129, propiedad de Josias Lacoste, la más alejada río arriba en el territorio de Klondike, se conformaba a esta ley. Se hallaba en la frontera alasko-canadiense, entre dos postes, uno de los cuales llevaba su número y el otro la fecha de la concesión.

La parcela sólo se extendía en la orilla derecha del arroyo, como sucede con todas aquéllas denominadas placeres de parcelas fluviales.

Como se puede apreciar, el límite occidental de la parcela 129 lo formaba la frontera, y si los comisarios decidían desplazar ésta hacia el este, la parcela ya no pertenecería al territorio del Dominio.

Por lo tanto, era de la mayor importancia que los trabajos de rectificación fueran concluidos, fijando de manera definitiva la situación del meridiano ciento cuarenta y uno. Y eso no sólo interesaba a la parcela de Josias Lacoste, sino a todas las que limitaban con la frontera en toda aquella parte de Klondike.

Más allá de la parcela 129, hacia el norte, en el espacio comprendido entre dos colinas bastante elevadas, se extendía una verde pradera rodeada de grupos de abedules y álamos. Por lo demás, las aguas del Forty Miles Creek, en aquel momento con un caudal medio, corrían veloces a través de un valle enmarcado por las alturas. En muchos lugares se podían ver las casitas, cabañas o chozas de los prospectores, y en un espacio de dos a tres kilómetros se podían contar varios centenares de trabajadores.

Del otro lado de la frontera, en territorio americano, se encuentran instalaciones parecidas. Únicamente aguas arriba se ensanchaba el valle. Por otra parte, además de las parcelas fluviales, se veían numerosas parcelas de montaña, cuya concesión abarca una extensión que puede superar los doscientos cincuenta pies, pero sin llegar a una milla.

Ben Raddle y Summy Skim no ignoraban que la parcela 129 limitaba con la 127, separadas ambas por el meridiano cuya rectificación solicitaban los dos países. Aquella parcela 127 era propiedad del tejano Hunter, que la explotaba desde hacía un año y acababa de empezar su segunda campaña. A los dos primos no les cabía la menor duda, conociendo a su vecino, de que había habido discusiones entre éste y Josias Lacoste.

En cuanto a la parcela 129, evidentemente había sido dada de alta de forma legal cuando Josias Lacoste había tomado posesión de ella, conforme a las normas en vigor. Se había hecho la declaración de descubrimiento, aceptada por el Estado y registrada en el plazo legal en las oficinas del comisario de minas del Dominio, previo pago de una suma anual de setenta y cinco francos. Además, debía percibirse una regalía del diez por ciento del oro extraído, bajo pena de expropiación en caso de fraude con respecto al rendimiento del placer. Finalmente, Josias Lacoste no había infringido la ley según la cual toda parcela que permaneciera sin ser explotada durante setenta y dos horas en el curso de la buena estación revertía al dominio público. No había habido interrupción de los trabajos

más que después de su muerte, en espera de que los herederos tomaran posesión de la herencia.

La explotación emprendida por Josias Lacoste había durado dieciocho meses, y en total no había producido grandes beneficios. Los gastos de las primeras obras, el personal contratado, el transporte, etcétera fueron bastante elevados. Incluso hubo una repentina crecida del Forty Miles Creek que ocasionó graves destrozos que dieron al traste con las obras. En resumen, el propietario de la parcela 129 apenas había cubierto gastos cuando le sorprendió la muerte.

Pero como es sabido, en asuntos tan aleatorios, no hay prospector que pierda enteramente la esperanza, y que no crea continuamente hallarse en vísperas de encontrar una veta rica, descubrir pepitas de gran valor, o lavar bateas de mil a cuatro mil francos.

A la larga, Josias Lacoste quizás hubiera acabado triunfando, aunque dispusiera de un material más bien restringido. No utilizaba el sistema de los *rockers* y se limitaba a cavar pozos, de quince a veinte pies de profundidad, en una capa aurífera que podía medir de cinco a seis pies de espesor medio.

Todas las informaciones relativas a la explotación de la parcela fueron proporcionadas por el capataz al servicio de Josias Lacoste. Desde que las obras habían cesado y se había despedido al personal, se había quedado como guardián, a la espera de que se reanudara la explotación, ya fuera por cuenta de los herederos o por cuenta de los nuevos propietarios.

El capataz se llamaba Lorique. Era un canadiense de origen francés, de unos cuarenta años. Muy versado en el oficio minero, había trabajado durante varios años en los yacimientos auríferos de California y de la Columbia Británica, antes de trasladarse a los territorios del Yukón. Nadie mejor que él hubiera podido suministrar a Ben Raddle datos más exactos sobre el estado actual de la parcela 129, sobre los beneficios obtenidos y por obtener y sobre su valor real.

En primer lugar, Lorique se ocupó de alojar de la manera más conveniente posible a Ben Raddle y a Summy Skim, que con toda probabilidad tendrían que pasar varios días en Forty Miles Creek. Con preferencia a la tienda, aceptaron una habitación de lo más

modesto, pero limpia al menos, en la casita que Josias Lacoste había construido para su capataz y para él. Edificada a la entrada del barranco, en medio de un bosquecillo de abedules y de álamos, ofrecía abrigo suficiente en aquella época del año en que no había que temer el mal tiempo. Durante el invierno, es decir siete u ocho de los doce meses del año, estaba cerrada. Entonces, una vez despedido el personal, Josias Lacoste y Lorique regresaban a Dawson City, donde esperaban a que se pudieran reanudar los trabajos.

En aquel momento, mientras que los mineros y los obreros de las demás parcelas no paraban de día ni de noche, la parcela 129 llevaba abandonada cuatro meses, fecha de la muerte de su propietario.

En lo referente a la alimentación, el capataz no tendría problemas para cubrir las necesidades de sus huéspedes. En aquella parte de la región, como en todo Klondike, existían compañías de avituallamiento. Se organizaban en Dawson City, donde se aprovisionaban mediante los yukoneros del gran río, y servían a continuación a los placeres, no sin obtener grandes beneficios, dado el precio alcanzado por los diversos artículos de consumo y el número de trabajadores empleados en el distrito.

A la mañana siguiente de su llegada a Forty Miles Creek, Ben Raddle y Summy Skim, guiados por Lorique, visitaron la situación de la parcela, deteniéndose delante de los pozos ya libres del hielo del invierno, al fondo de los cuales se amontonaba el precioso barro.

Lorique les contó entonces cuáles habían sido los comienzos de la explotación, después de que su tío, cumplidas las formalidades y pagados los derechos, entrara en posesión de la parcela 129.

—*Monsieur* Lacoste —dijo—, al principio no empleó a sus obreros, que eran unos cincuenta, para cavar los pozos a orillas del arroyo. Se contentó con proceder al rastrillado superficial que exige la ley cuando la residencia es de tres meses al año en el placer. Sólo al final de la primera campaña empezaron a ahondarse los pozos a través de la capa metálica.

—¿Cuántos se perforaron en aquella época? —preguntó Ben Raddle.

—Catorce —respondió el capataz—. Cada uno de ellos tenía una

boca de nueve pies cuadrados, como pueden ver. Se quedaron tal cual, bastaría con empezar a extraer de ellos para reanudar la explotación.

—Pero antes de cavar esos pozos, ¿qué beneficio se había obtenido del rastrillado? ¿El rendimiento cubrió los gastos? —preguntó Summy Skim.

—Ciertamente, no, *monsieur* —respondió Lorique—. Así sucede en casi todos los yacimientos cuando lo único que se hace es lavar la grava y los guijarros auríferos.

—Entonces sólo trabajan con bateas —observó Ben Raddle.

—Únicamente, *messieurs*, y raro es que sacáramos alguna de quince francos.

—Mientras que en las parcelas del río Bonanza se dice que se sacan bateas de dos o tres mil francos —exclamó Summy Skim.

—Créame que eso es excepcional —declaró el capataz—. ¡Si se alcanza una media de cien francos se puede dar uno por satisfecho! En lo referente a la parcela 129, nunca se superaron los seis o siete francos, y como los jornales de los obreros ascendían a siete francos cincuenta la hora...

—Triste resultado —dijo Summy Skim.

Entonces Ben Raddle hizo la pregunta siguiente:

—¿Por qué esperar tanto tiempo antes de perforar los pozos?

—Porque es necesario que el agua de la que se van llenando poco a poco se congele —respondió Lorique—. Forma una especie de blindaje sólido que mantiene las paredes y permite cavar otros pozos sin provocar derrumbes.

—Así pues, fue necesario dejar pasar el invierno antes de utilizarlos —dijo Ben Raddle.

—Eso es lo que hicimos, *monsieur* Raddle —respondió el capataz.

—¿Qué profundidad alcanzan?

—Entre diez y quince pies, es decir, hasta la capa en la que generalmente se encuentran los sedimentos auríferos.

—¿Y qué espesor tiene normalmente esta capa?

—Alrededor de seis pies.

—¿Y cuántas bateas se pueden hacer con un pie cúbico de materia extraída?

—Alrededor de diez, y un buen obrero es capaz de lavar un centenar al día.

—¿Por lo tanto los pozos no han sido todavía utilizados? —preguntó Ben Raddle.

—Todo estaba listo para su funcionamiento cuando falleció el señor Josias Lacoste y hubo que suspender los trabajos.

Aquella información interesaba a Ben Raddle, y lo cierto es que su primo también se sentía atraído con una viva curiosidad. Era importante conocer lo más exactamente posible el valor de la parcela 129, y eso sólo era posible basándose en el rendimiento de la primera campaña. Se le planteó la cuestión al capataz.

—Extrajimos unos buenos treinta mil francos de oro —respondió—, y los gastos absorbieron aproximadamente esa suma. Pero no me cabe duda de que la veta de Forty Miles Creek es buena, y en las parcelas vecinas, cuando los pozos han funcionado, el rendimiento ha sido considerable.

—Pues bien, Lorique —dijo Ben Raddle—, usted sabe sin duda que el sindicato de Chicago nos ha hecho una propuesta de compra.

—Lo sé, *monsieur*, y sus agentes vinieron a visitar el placer hace tres meses.

—Por ello le quiero preguntar cuál puede ser, en su opinión, el valor de la parcela 129 —prosiguió Ben Raddle.

—Basándome en los resultados obtenidos en los otros placeres de Forty Miles Creek, estimo que no bajará de doscientos mil francos.

—¿Y cuánto se pagó?

—*Monsieur* Josias Lacoste pagó cincuenta mil.

—Doscientos mil francos es una bonita cifra, por Dios —dijo Summy Skim—. No tendremos por qué lamentar nuestro viaje si recibimos ese precio. Pero el sindicato no quiere mantener su propuesta mientras no se haya resuelto definitivamente la cuestión de la frontera.

—¿Y qué importancia tiene que la parcela 129 esté en territorio canadiense o en territorio de Alaska? —respondió el capataz—. Sigue teniendo el mismo valor.

—Nada es más justo —declaró Ben Raddle—, pero no deja de ser cierto que la propuesta ha sido retirada, aunque no se sepa por qué.

—Lorique, ¿tiene usted motivos para pensar que esa rectificación será concluida en poco tiempo? —preguntó Summy

Skim al capataz.

—Lo único que les puedo responder, *messieurs*, es que la comisión ha empezado sus trabajos —declaró Lorique^[15]—. Creo que ni siquiera uno de los comisarios puede decir cuándo estarán terminados. Aunque los ayuda uno de los encargados del catastro de más renombre en Klondike, un hombre de mucha experiencia, *monsieur* Ogilvie, que realizó con mucha precisión el estado catastral del distrito.

—¿Y qué piensa usted del resultado de la operación? —preguntó Ben Raddle.

—Creo que rechazará las demandas de los americanos —respondió el capataz—. Y si la frontera no se encuentra donde debería estar es porque hay que desplazarla hacia el oeste.

—Y en ese caso la parcela 129 tiene la certeza de permanecer en territorio del Dominio —concluyó Summy Skim.

—Usted lo ha dicho —afirmó Lorique.

Ben Raddle se vio empujado entonces a preguntar al capataz sobre las relaciones que Josias Lacoste había tenido con el propietario de la parcela vecina, la 127.

—Ese tejano y su compañero —replicó el capataz—, Hunter y Malone.

—Precisamente.

—La verdad, *messieurs*, es que fueron relaciones muy desagradables, se lo digo francamente. Esos americanos son dos ganapanes. Nos han buscado las cosquillas a propósito de cualquier cosa, ¡y a la menor ocasión desenvainan el cuchillo! Por eso en los últimos tiempos hemos trabajado con el revólver en el cinturón. En varias ocasiones tuvieron que intervenir los agentes para obligarlos a entrar en razón.

—Eso es, en efecto, lo que nos dijo el jefe de la policía montada que encontramos en Fort Cudahy —declaró Ben Raddle.

—Y pienso que tendrán ocasión de intervenir alguna vez más —dijo Lorique—. Miren ustedes, sólo se logrará estar en paz el día en que esos sinvergüenzas hayan sido expulsados.

—¿Y cómo podría hacerse eso? —preguntó Summy Skim.

—Nada sería más fácil, y créanme que se conseguirá, *messieurs*, si la frontera se lleva más al oeste. La parcela 127 se encontrará entonces en territorio canadiense y Hunter tendrá que someterse a

todas las exigencias de la legislación canadiense.

—Y naturalmente él forma parte de los que pretenden que el meridiano ciento cuarenta y uno sea desplazado hacia el este —observó Summy Skim.

—Naturalmente —respondió el capataz—. Y ha convocado a todos los americanos de la frontera, tanto a los de Forty Miles Creek como a los del río Sixty Miles. Más de una vez han amenazado con invadir nuestro territorio y apoderarse de nuestras parcelas. Hunter y Malone les empujan a cometer esos excesos. Las autoridades de Ottawa han hecho llegar sus quejas a Washington, pero no parece que el gobierno de la Unión tenga ninguna prisa por examinarlas.

—Sin duda espera a que la cuestión fronteriza haya quedado liquidada —dijo Ben Raddle.

—Es probable, *monsieur* Raddle, pero mientras ustedes no hayan cedido la parcela 129 deberán permanecer alerta. Cuando Hunter sepa que los nuevos propietarios han llegado a Forty Miles Creek, quién sabe si no intentará algún golpe bajo.

—Estaremos atentos, Lorique —respondió Summy Skim—. Sabremos tratar a esos ganapanes como se merecen.

Por lo demás, habiendo recorrido el placer en toda su extensión, y después de haber subido hasta su límite norte, los dos primos y el capataz se encontraron de nuevo en la orilla izquierda del torrente. Allí se detuvieron cerca del poste que indicaba la separación de las dos parcelas. Si la parcela 129 estaba desierta, la 127 se encontraba en plena actividad. El personal de Hunter trabajaba en los pozos perforados aguas arriba, y el barro, después de lavado, arrastrado por el agua de los canalillos, iba a perderse en la corriente del Forty Miles Creek. Se podían ver también algunas embarcaciones bajando por el río, no sin haber pagado las tasas impuestas en la frontera donde la aduana ejercía una severa vigilancia.

Ben Raddle y Summy Skim buscaron en vano la manera de reconocer entre aquellos obreros a Hunter y Malone. No los pudieron distinguir y Lorique pensaba que, después de haber pasado algunos días en el placer, habían debido de trasladarse más al oeste, a aquella parte de Alaska donde se habían encontrado nuevas regiones auríferas.

Cuando hubieron concluido la visita a la parcela, los dos primos y el capataz regresaron a la casa donde los esperaba el almuerzo.

No tuvieron que ocuparse de Neluto. El indio tenía suficiente con la tartana y el caballo recibía todos los cuidados que necesitaba.

Cuando terminaron de almorzar, Summy Skim preguntó a Ben Raddle lo que tenía intención de hacer, y si calculaba que habría que prolongar su estancia en la parcela 129.

—Ahora ya la conoces —dijo—. Ya sabes en qué estado está y cuál es su valor. No creo que podamos enterarnos de nada más permaneciendo aquí.

—No opino lo mismo —respondió Ben Raddle—. Tengo que hablar largo y tendido con el capataz, examinar las cuentas de nuestro tío Josias, y no creo que sea exagerado permanecer cuarenta y ocho horas más en nuestro placer.

—Acepto esas cuarenta y ocho horas —dijo Summy Skim—, pero mientras tú compruebas la contabilidad, pido permiso para irme a cazar por los alrededores.

—De acuerdo, a condición de que no te pierdas ni te expongas a algún mal encuentro.

—Estate tranquilo, Ben, haré que el buen Neluto me acompañe, conoce la comarca.

—Haz lo que te parezca; pero te repito que creo indispensable acampar aquí unos días más.

—Vaya —dijo Summy Skim sonriendo—, parece que las cuarenta y ocho horas de que hablabas se han transformado ya en unos cuantos días.

—Sin duda —prosiguió Ben Raddle—, y si antes pudiera ver trabajar a los obreros, ver cómo lavan las bateas...

—¡Eh! ¡Atención, Ben! —exclamó Summy Skim—. No hemos venido a la parcela 129 como mineros, sino únicamente para cerciorarnos de lo que vale.

—De acuerdo, Summy, de acuerdo. Sin embargo no olvides que en este momento no podemos tratar de la venta de nuestra parcela. La comisión de rectificación tiene que terminar su trabajo, el agente del catastro tiene que redactar su informe, y durante ese tiempo no veo por qué no podría Lorique reanudar la explotación.

—Entonces —dijo Summy Skim—, estamos condenados a echar raíces aquí mientras ese maldito meridiano no haya sido establecido en su verdadero lugar.

—Además, ¿dónde pasaríamos todo ese tiempo, Summy?

—En Dawson City, Ben.

—¿Estaríamos mejor que aquí?

Summy Skim no respondió. Sabía muy bien que el ingeniero que su primo llevaba dentro salía ganando, y que Ben Raddle ardía en deseos de ponerse manos a la obra, o mejor dicho, al barro. Y quizá, una vez que le hubiera tomado gusto, estaría tentado por continuar la obra del tío Josias.

«¡Ah! ¡No! ¡Faltaría más! —exclamó Summy Skim para sus adentros—. Sabré impedírselo por las buenas o por las malas».

Después cogió el fusil, llamó a Neluto y ambos se alejaron de la casa remontando la garganta hacia el norte.

Por otra parte, Summy Skim no se engañaba en absoluto, y ya que la ocasión se presentaba, Ben Raddle había decidido estudiar cómo se explotaba un placer, y sobre todo, un placer de su propiedad. Ciertamente, al salir de Montreal, el único pensamiento del ingeniero había sido ceder la parcela 129 después de haber reconocido su valor. Pero entonces, una circunstancia inesperada le obligaba a prolongar su estancia en Forty Miles Creek quizá durante algunas semanas. ¿Cómo resistirse a la tentación de utilizar los pozos preparados y verificar su rendimiento? Además, el tío Josias quizá no había hecho todo lo necesario para obtener buenos resultados. ¿No se había contentado con seguir el viejo método de los buscadores de oro, evidentemente demasiado rudimentario? ¿No encontraría él, que era ingeniero, un procedimiento nuevo, más productivo? Y finalmente, si se podían retirar de las entrañas de un suelo que le pertenecía centenares de miles de francos, cientos de millones, ¿era razonable entregarlos a un sindicato por un precio irrisorio?

Sí, ésas eran las ideas que agitaban el espíritu de Ben Raddle. Y no le contrariaba el asunto de la frontera; la dilación en las propuestas de la sociedad Anglo-American Transportation and Trading Co. lo obligaban a esperar. Sabría convencer a Summy Skim para que no se impacientara, y se decía a sí mismo que su propio primo terminaría por encontrarle gusto a la cosa.

Así pues, cuando se hubo sumergido en las cuentas del tío Josias, cuando el capataz le proporcionó todos los documentos susceptibles de aportarle alguna información, dijo:

—¿Sería posible todavía reclutar personal, Lorique?

—No me cabe la menor duda, *monsieur* Raddle —respondió el capataz—. Hay miles de emigrantes dispersos por todo el distrito buscando trabajo y sin encontrarlo. Llegan todos los días a los yacimientos de Forty Miles Creek. Pienso incluso que, en vista de la afluencia, sus pretensiones salariales no deben de ser muy elevadas.

—¿Necesitaría unos cincuenta obreros?

—Cincuenta. Josias Lacoste no empleaba más.

—¿Cuánto tiempo tardaría en reunir ese personal? —preguntó Ben Raddle.

—Veinticuatro horas —respondió el capataz.

Después de reflexionar un instante, añadió:

—¿Tiene usted quizá la intención de explotar la parcela 129 por su cuenta, *monsieur* Raddle?

—Quizá, por lo menos en tanto que no la hayamos vendido por su justo precio.

—Eso le permitiría, en efecto, apreciar mejor su valor, y ser más exigente frente a los sindicatos que se propusieran comprarla.

—Además, ¿qué hacer aquí hasta que la cuestión de la frontera no se haya resuelto de un modo u otro? —dijo Ben Raddle.

—Justamente —respondió el capataz—. En suma, el que sea americana o canadiense, la parcela 129 no valdrá por eso menos de lo que vale, y siempre he sido de la opinión de que todas las parcelas de los afluentes de la izquierda del Yukón no son inferiores a los de la orilla derecha. Sabe usted, *monsieur* Raddle, se puede hacer fortuna tan rápido en el río Sixty Miles o en el Forty Miles Creek como en el río Bonanza o en el Eldorado.

—Me acordaré de eso, Lorique —respondió Ben Raddle, muy satisfecho con aquellas respuestas que tan bien coincidían con sus propios deseos.

Y como si hubiera comprendido que se podía presentar una última eventualidad al espíritu del ingeniero, añadió:

—Sí, *monsieur* Raddle, cualquiera que sea el resultado obtenido por la comisión de rectificación, la parcela 129 seguirá siendo la que es. En fin, afirmo que no hay que tener la menor inquietud. Su parcela es canadiense, lo más canadiense que hay, y canadiense seguirá siendo.

—Deseo que así sea —respondió Ben Raddle—. Consultaré también a mi primo Skim y le propondré que reanudemos la

explotación de nuestro tío.

Lo que Ben Raddle entendía por consultar a su primo era ponerle al corriente de sus proyectos, sin dejar que los discutiera demasiado, según su costumbre. Por lo tanto, cuando Summy Skim regresó de su partida de caza con Neluto, con unas perdices y becasas, se contentó con decirle:

—Summy, he reflexionado bien, y ya que tenemos que quedarnos aquí retenidos durante unos meses, lo mejor que se puede hacer es reanudar la explotación de la parcela 129.

—¡Hacernos mineros! —exclamó Summy Skim.

—Sí, ¡a la espera de que podamos vender nuestra parcela!

EXPLOTACIÓN



sí pues, los temores que más o menos siempre había abrigado Summy Skim se encontraban plenamente justificados. A la espera de poder vender la parcela 129, Ben Raddle la iba a volver a poner en actividad. ¡Y quién sabe si no se negaría a consentir su venta! Lo cierto es que, a poco que la explotación fuera fructuosa, ¿por qué habría que lamentarlo?

—Forzosamente tenía que ser así —repetía en su fuero interno el sensato Summy Skim—. ¡Me dan ganas de maldecir al tío Josias! ¡Nos hemos hecho mineros por culpa suya, buscadores de pepitas, prospectores, cualquiera que sea el nombre con que se quiera bautizar a los buscadores de oro que yo llamo buscadores de miserias! ¡Sí! ¡Hubiera debido oponerme firmemente desde el principio a esta aventura, y si me hubiera negado a irme de Montreal y a acompañar a Ben a este espantoso país, sin duda Ben no se hubiera ido solo y no nos hubiéramos metido en este deplorable asunto! ¡Y aunque hubiera millones en los lodos de la parcela 129, sería igualmente odioso decir que nos vamos a hacer lavadores de barro de profesión! ¡Además, una vez que se ha metido la mano en este engranaje entra todo el cuerpo, y se nos echará encima el invierno antes de que hayamos podido ponernos en marcha para volver a Montreal! ¡Un invierno en Klondike, con fríos de cincuenta grados para lo que ha sido necesario fabricar amables

termómetros graduados por debajo de cero similares a los normales, que lo están por encima! ¡Qué perspectiva! ¡Ah! ¡Tío Josias, tío Josias! ¡Has hecho de tus sobrinos unos desgraciados!

Así razonaba Summy Skim. Pero como finalmente era bastante filósofo, sabía resignarse. Era cierto que lamentaba no haberse opuesto a aquel viaje a Klondike, pero en el fondo bien sabía que no hubiera impedido que Ben se marchase, ni siquiera si él se hubiera negado a seguirle, y además, habría terminado por acompañarlo.

La temporada en los yacimientos auríferos del Yukón no hacía más que empezar en aquella primera semana de junio. Sólo hacía quince días a lo más que el deshielo del suelo y de los arroyos lo había hecho practicable. Si bien la tierra, todavía endurecida por el gran frío, ofrecía alguna resistencia al pico y a la pala, sin embargo se lograba entrar en ella. Era bastante sencillo alcanzar el filón mediante los pozos sin temor a que sus paredes solidificadas por el invierno se desmoronaran. Bastaría con reunirlos unos con otros mediante zanjas para que el trabajo pudiera efectuarse de manera regular.

Por otro lado era evidente que, a falta de material más perfeccionado, a falta de maquinaria que hubiera podido ser utilizada con mayor provecho, Ben Raddle se vería reducido al empleo de la batea, —la «sartén» como se llamaba en el argot de los mineros—. Pero aquellos utensilios rudimentarios bastarían para lavar los barros de las zonas pegadas al Forty Miles Creek. Eran, en suma, las parcelas de cuarzo, y no las parcelas fluviales, las que había que trabajar industrialmente, y ya se habían establecido en los yacimientos de Klondike máquinas de pilón para moler el cuarzo, las mismas que funcionaban en otras comarcas mineras de Canadá y de la Columbia Británica.

Además, Ben Raddle no hubiera podido encontrar un agente más valioso que Lorique, el capataz. Bastaba con dejarlo actuar. Lorique era un hombre cargado de experiencia, sumamente entendido en aquel tipo de trabajos, que además había dirigido ya otras explotaciones similares, y capaz también de aplicar los perfeccionamientos que podría proponer el ingeniero.

Es preciso observar también que el abandono de la parcela 129 por un periodo demasiado largo hubiera podido atraer las quejas de las autoridades. Ávidas de las tasas que se recogían sobre el

rendimiento de los placeres, ordenaban su desalojo si se dejaban inactivos durante un periodo relativamente corto.

El capataz se ocupó en primer lugar de encontrar personal. Se topó con más dificultades de las que imaginaba. Habían sido descubiertos numerosos yacimientos en la región de los Dômes, y los mineros se habían precipitado allí, porque la mano de obra parecía estar mejor pagada. Ciertamente, no dejaban de llegar caravanas a Dawson City, porque la travesía de los lagos, y la bajada del Yukón, eran más fáciles durante la buena estación. Pero por todas partes se reclamaban brazos de trabajadores en una época en que el empleo de maquinaria no se había generalizado.

Sin embargo, Lorique logró reclutar una treintena de emigrantes en lugar de los cincuenta que había tenido Josias Lacoste. Pero se vio obligado a concederles salarios muy elevados, entre cinco y seis francos a la hora.

Por otro lado, éstos eran los precios en curso en la región del río Bonanza. Muchos obreros reunían hasta setenta y cinco u ochenta francos al día, y muchos, en suma, se enriquecían si no se gastaban aquel dinero con la misma facilidad con que lo ganaban.

No es de extrañar que los salarios no dejaran de aumentar, ya que los yacimientos de Sookum, entre otros, lavaban hasta cien dólares por obrero y hora. Pero, en realidad, los salarios no se alcanzaban sino a una centésima parte.

Ya se ha dicho que el material de la parcela 129 era de lo más rudimentario, el mismo que empleaban los primeros prospectores cuando se descubrieron los primeros yacimientos: la batea.

Sin duda Josias Lacoste tenía la intención de completar aquel utillaje primitivo, y lo que él no había podido hacer lo intentaría realizar su sobrino.

Por lo tanto, sucedió que gracias al capataz, y ofreciendo un buen precio, se pudieron añadir dos *rockers* al material de la parcela 129.

El *rocker* es simplemente una caja de unos tres pies de largo y dos de ancho, una especie de ataúd montado sobre un balancín. En el interior se coloca un tamiz provisto de un pedazo de lana que retiene los granos de oro dejando pasar la arena y el agua. En el extremo inferior de aquel aparato, que gracias al balancín puede ser accionado a golpes regulares, se dispone una cierta cantidad de

mercurio con el que el metal se amalgama cuando su finura no permite sacarlo a mano.

Probablemente Ben hubiera deseado añadir al *rocker* un *sluice*, y al no haberse podido procurar uno, soñaba con construirlo. Se trata de una conducción de madera surcada, de seis en seis pulgadas, por acanaladuras transversales. Cuando se lanza por ella una corriente de barro líquida, la tierra y la grava son arrastradas, mientras las acanaladuras retienen el oro a causa de su peso.

Los dos procedimientos, bastante eficaces, dan buenos resultados; pero exigen la instalación de una bomba para elevar el agua hasta el extremo superior del *sluice* o del *rocker*, y ésta es la parte más onerosa del aparato. Cuando se trata de parcelas de montaña se pueden utilizar a veces caídas naturales, pero en la superficie de las parcelas fluviales hay que recurrir necesariamente a algún medio mecánico, lo que acarrea fuertes inversiones.

Así pues, se reanudó la explotación de la parcela 129 en mejores condiciones. Filosofando a su manera, Summy Skim no cesaba de observar con qué ardor, con qué pasión, Ben se entregaba a aquel trabajo.

«Decididamente —se decía—, Ben no se ha librado de la epidemia reinante, y quiera Dios que yo no me contagie a mi vez. ¡Vaya fiebre, ésta del oro, y no se trata de una fiebre intermitente, ni se puede curar con cualquier clase de quinina! ¡Ya veo que no se cura, ni siquiera después de haber hecho fortuna, y que no basta con tener oro suficiente! ¡No! ¡Hay que tener demasiado, y quizá demasiado tampoco es bastante!».

Además, los propietarios de la parcela 129, los herederos del tío Josias no habían llegado a ese punto, lejos de ello. Aunque como decía el capataz, el yacimiento fuera rico, no entregaba fácilmente sus riquezas. Para alcanzar la veta aurífera que corría bajo tierra en dirección oeste, siguiendo el curso del Forty Miles Creek, se encontraban dificultades. Ben Raddle tuvo que reconocer que los pozos no alcanzaban suficiente profundidad y que sería necesario perforar más. La tarea era importante, porque la temperatura ya no producía la solidificación de las paredes obtenida de forma natural en tiempo de heladas.

Pero, en verdad, ¿había sido sensato lanzarse a todos aquellos costosos trabajos, en vez de dejárselos a los sindicatos o a otros

particulares que hubieran comprado la parcela? ¿No hubiera podido Ben Raddle limitarse al rendimiento del *rocker* y de la «sartén»? ¿Había sido prudente aventurarse a emprender aquellos gastos que no aumentaban en absoluto el valor de la parcela 129?

Lo cierto era que las bateas obtenidas apenas alcanzaban un cuarto de dólar de valor. Al precio que se pagaba la mano de obra, el beneficio era escaso, ¿y si los razonamientos del capataz no descansaban sobre una base seria? La cuestión quedaba planteada.

Durante el mes de junio el tiempo fue bastante bueno. Estallaron varias tormentas, a veces de forma muy violenta, pero pasaban rápidamente. En todo Forty Miles Creek se reanudaban inmediatamente los trabajos.

Llegó el mes de julio. Sólo quedaban dos meses para que concluyera la buena estación. El sol, que se ocultaba a las diez y media, volvía a aparecer en el horizonte antes de la una. Y además, entre el orto y el ocaso, reinaba un crepúsculo que apenas dejaba ver las constelaciones circumpolares. Los prospectores hubieran podido continuar el trabajo haciendo que un segundo equipo sustituyera al primero. Así es como se hacía en los placeres situados más allá del límite entre los dos estados, donde los americanos desplegaban una increíble actividad.

Por lo tanto, no sorprenderá que, dado su temperamento, Ben Raddle quisiera tomar parte directamente en la tarea. No dudaba en sumarse a sus obreros, al tiempo que los vigilaba, y, con la batea en la mano, lavar los barros de la parcela 129. Además también se ocupaba de manipular los *rockers* y Lorique le secundaba como si estuviera trabajando por cuenta propia. Más de una vez le dijo a su primo:

—Bien, Skim, ¿no te apetece intentarlo?

—No, no siento la vocación —respondía invariablemente Summy Skim.

—Sin embargo, no es difícil. Se agita la batea, se disuelve la grava y en el fondo quedan las pajuelas de oro.

—No, Ben. Aunque me pagaran dos dólares la hora.

—¡Estoy seguro de que tendrías buena mano!

Un día Ben le ofreció una batea y dijo:

—Inténtalo, por favor.

—¡Lo haré para que no te ofendas, Ben!

Entonces, dócilmente, Summy Skim tomó la batea, la llenó con un poco de tierra que acababa de ser extraída de uno de los pozos, y después de haberla transformado en un lodo casi líquido, la fue vertiendo poco a poco. Si hubiera contenido algunas pajuelas de oro hubieran quedado en el fondo de la batea.

¡Ni el menor rastro de aquel metal que Summy Skim no cesaba de maldecir!

—Ya lo ves —dijo—. ¡Ni para pagarme una pipa de tabaco!

—Quizá otra vez tengas más suerte —insinuó Ben Raddle, que no quería darse por vencido.

—En todo caso tengo más éxito cazando —respondió Sum my Skim— y puedo compensarlo de ese modo.

Y, llamando a Neluto, tomó su fusil y se fue la tarde entera.

Por otro lado, era raro que regresara con las manos vacías, no solamente debido a su talento como cazador, sino porque los animales de pelo y de pluma eran abundantes en las praderas y barrancos vecinos. Los alces y caribús se encontraban con frecuencia bosques arriba, a lo largo de la curva que formaba el Yukón en su curso hacia el oeste. En cuanto a las becasas, las perdices de las nieves y los patos, pululaban en la superficie de los pantanos a ambos lados del Forty Miles Creek. Summy Skim se consolaba de su prolongada estancia, no sin añorar sus cacerías en la campiña de los alrededores de Green Valley.

Hay que subrayar que, durante la primera quincena del mes de julio, el lavado dio mejores resultados en la parcela 129. El capataz había dado al fin con un filón aurífero que se iba haciendo más rico a medida que se acercaba a la frontera. Las bateas y los *rockers* producían una suma importante en pepitas de oro. Aunque no se hubiera recogido aún ninguna pepita de gran valor, el rendimiento de aquella quincena no fue inferior a diecisiete mil francos. Eso justificaba las opiniones de Lorique y tenía como efecto azuzar la ambición de Ben Raddle.

La mejora se produjo también en la parcela 127, conforme la explotación avanzaba hacia el este. No cabía la menor duda de que se trataba del mismo filón, que seguía la orilla izquierda del Forty Miles Creek, cruzando las dos parcelas, la americana aguas arriba y la canadiense aguas abajo.

Resultó por lo tanto que los obreros de Hunter y de Malone, y el

personal de Ben Raddle y Summy Skim avanzaban unos hacia otros. No tardaría en presentarse el día en que acabarían por encontrarse en el trazado actual de la frontera disputada por ambos Estados.

El personal reclutado por los tejanos —unos treinta hombres— era todo de origen americano. Hubiera sido difícil reunir una tropa más deplorable de aventureros, con un aspecto menos tranquilizador, una especie de salvajes capaces de cualquier cosa, violentos, brutales y pendencieros, dignos, en una palabra, de aquellos tejanos que de tan mala reputación gozaban en la región de Klondike. Casi todos habían trabajado ya en la parcela 127 el año precedente, porque Hunter y Malone habían adquirido su parcela en el momento de los primeros descubrimientos que se realizaron tras la cesión de Alaska por los rusos.

Además, existía cierta diferencia entre los americanos y los canadienses que trabajaban en los yacimientos. Generalmente estos últimos se mostraban más dóciles, más tranquilos y más disciplinados. También eran los preferidos de los sindicatos. Los que se ponían al servicio de las sociedades americanas eran una minoría. Éstas buscaban a sus compatriotas, a pesar de su turbulencia y de su tendencia a la rebelión, su impulso a precipitarse en peleas casi cotidianas cuando se excitaban con licores fuertes, y sobre todo, ese cóctel que causa estragos en las regiones auríferas. Era raro que pasara un día sin que la policía tuviera que intervenir en una parcela o en otra. Se intercambiaban puñetazos y disparos. En ocasiones moría algún hombre, y en lo referente a los heridos, había que conducirlos al hospicio de Dawson City, atestado ya por los enfermos que sin cesar iban a parar allí víctimas de las epidemias.

Sin duda hubiera parecido más indicado que los americanos fueran conducidos a Sitka, ya que Sitka era la capital de Alaska. Pero esa ciudad se encontraba muy alejada de Klondike, y hubiera habido que tomar la larga y penosa ruta de la región de los lagos, para luego cruzar los pasos del Chilkoot, y ni siquiera se les hubiera pasado por la cabeza. Todos afluían a Dawson City ya fuera para obtener los cuidados que necesitaban, ya fuera para disfrutar de todos aquellos placeres que todo el mundo buscaba con avidez.

Durante la tercera semana de julio, la explotación siguió siendo bastante fructuosa, sin que Ben Raddle, ni Lorique, ni sus hombres,

recogieran en ningún momento una de esas pepitas que han dado la fama a los ríos Bonanza y Eldorado. Pero finalmente los beneficios eran muy superiores a los gastos, y no resultaba imposible que la campaña no acabara dando un beneficio de unos cien mil francos. Por lo tanto, podrían mantener alto el precio de la parcela 129 cuando se presentaran los compradores.

Fuera como fuese, Summy Skim no tenía motivos serios para quejarse, y, en suma, no se quejaría si Ben Raddle y él pudieran dejar Klondike antes de la llegada de la mala estación. Pero ello no dependía únicamente de su voluntad, y eso era lo que le hacía rabiar. No podía irse de la región sin haber vendido la parcela 129, y para eso, la cuestión de la frontera tenía que haber sido resuelta. Pero los días y las semanas iban pasando y no parecía que la operación llegara a su término de forma que los comisarios acabaran por ponerse de acuerdo.

Entonces, solía suceder que Summy Skim exclamara, no sin fundamento:

—No veo por qué, Ben, tenemos que vernos obligados a quedarnos aquí mientras no se haya fijado la posición de ese meridiano ciento cuarenta y uno, ¡que se lo lleve el diablo!

—Porque no podremos tratar con el Anglo-American Transportation and Trading Co. o cualquier otro sindicato antes de que se concluyan las tareas de rectificación —respondió Ben Raddle.

—De acuerdo, Ben, pero eso se puede hacer por correspondencia, o con intermediarios, tanto en Montreal, en el despacho del notario Snubbin, como en Dawson City, en las oficinas de Front Street.

—No en condiciones tan favorables —respondió Ben Raddle.

—¿Por qué no? Ya estamos ahora en condiciones de valorar el precio de nuestra parcela.

—Dentro de un mes o de seis semanas todavía estaremos en mejores condiciones —declaró el ingeniero—. Y no serán doscientos mil francos lo que nos ofrecerán por la parcela 129, serán cuatrocientos o quinientos mil.

—¡Y qué haremos con todo eso! —exclamó Summy Skim.

—Ten por seguro que haremos buen uso de ello —afirmó Ben Raddle—. ¿No estás viendo que el filón va siendo más rico a medida

que avanza hacia el oeste?

—¡Eh! ¡Con tanto avanzar acabaremos por encontrarnos con el de la parcela 127! —observó Summy Skim—. Y cuando nuestros hombres se encuentren en contacto con los de ese horrible Hunter, no sé lo que va a pasar.

En efecto, era de temer que entonces se entablara una lucha entre el personal de ambas parcelas, que cada día se iban acercando a la linde de los dos placeres. Incluso ya habían intercambiado insultos y se había escuchado amenazas violentas. El capataz, Lori que, había tenido discusiones con el capataz americano, una especie de atleta brutal y grosero, y quién sabe si aquellos insultos no degenerarían en hechos, cuando Hunter y Malone regresaran a vigilar la explotación. La posición del poste que indicaba la separación de los dos yacimientos sería motivo de disputa, y más de una vez habían volado las piedras de una parcela a otra, no sin haber verificado primero que no contenían rastros de oro.

Lo cierto es que, en aquellas circunstancias, Lorique hacía todo lo que dependía de él para contener a sus obreros, y Ben Raddle acudía en su ayuda. El capataz americano, al contrario, no dejaba de azuzar a los suyos, y se veía que no dejaba pasar la ocasión de buscar rencillas con Lorique. Además, no se consideraba demasiado afortunado con el resultado de su trabajo. Actualmente la parcela 127 no valía más que la parcela 129. Incluso parecía que el mismo filón que Lorique explotaba entonces tendía a desviarse hacia el norte, apartándose de la orilla izquierda del Forty Miles Creek, y no se prolongaba por el subsuelo de la parcela limítrofe.

En resumen, ahora los dos equipos se encontraban a una distancia de unos veinticinco pasos uno de otro, y no pasarían más de dos o tres semanas antes de que se encontraran en la línea de separación.

Por lo tanto, no se engañaba Summy Skim cuando temía que se produjera algún choque.

Precisamente el 27 de julio, un incidente vino a agravar la situación, un incidente que podría acarrear complicaciones deplorables.

Hunter y Malone acababan de hacer acto de presencia en la parcela 127.

LA NOCHE DEL 5 AL 6 DE AGOSTO



Como ya ha sido mencionado, el territorio del Dominio no es el único que posee regiones auríferas. Existen otros en esa inmensa área de América septentrional comprendida entre el Atlántico y el Pacífico, y probablemente no tardarán en descubrirse numerosos yacimientos. Se ha dicho que desde Kootaway, al sur de la Columbia Británica, hasta el océano Ártico, todo son yacimientos de oro y metales diversos. La naturaleza se ha mostrado pródiga con sus tesoros en esa comarca a la que ha negado la riqueza agrícola.

Los placeres que pertenecen al territorio de Alaska están situados en particular en la larga curva que describe el Yukón entre el Klondike y Saint Michel, en su desembocadura, después de haber subido hasta el fuerte que lleva su nombre en el límite del Círculo Polar.

Una de esas regiones es la que se halla en los alrededores de Circle City, una población establecida en la margen izquierda del gran río trescientos setenta kilómetros aguas abajo de Dawson City. Allí se encuentran las fuentes del Birch Creek, un afluente por la izquierda, que va precisamente a desembocar en Fort Yukon.

Al final de la última campaña se extendió el rumor de que los yacimientos de Circle City eran de la categoría de los del río Bonanza, y bastó con eso para que cayeran sobre ella avalanchas de mineros.

Por eso, después de su llegada a Dawson City, en cuanto hubieron reanudado la explotación de la parcela 127, Hunter y Malone se embarcaron en uno de los vapores que hacen las escalas del Yukón, desembarcaron en Circle City, visitaron la región que regaba el Birch Creek y, sin duda, no les había parecido necesario permanecer allí durante toda la temporada porque acababan de regresar a la parcela 127.

Además, la prueba de que su viaje había debido de producir resultados nulos era que los dos tejanos se habían detenido en Forty Miles Creek y se disponían a permanecer hasta el fin de la campaña. Ahora bien, si hubieran realizado una buena cosecha de pepitas y de polvo de oro en los yacimientos de Birch Creek, se hubieran apresurado a regresar a Dawson City, donde las casas de juego y los casinos les ofrecían todas las posibilidades de disipar sus ganancias. Ésa era su costumbre y no había razón alguna para que no la siguieran. Y eso es lo mismo que hubieran hecho si, después de reanudar los trabajos, la parcela 127 hubiera producido algún beneficio.

Veamos lo que Lorique dijo a Ben Raddle y a Summy Skim cuando les anunció la llegada de los dos tejanos:

—No volverá la tranquilidad a las parcelas de la frontera y en particular a las de Forty Miles Creek con la presencia de Hunter.

—Bien —respondió Summy Skim—, estaremos en guardia.

—Será lo más prudente, *messieurs* —declaró el capataz—, y yo recomendaré a mis hombres que no entren en contacto con esos bribones.

—¿Habrán avisado a la policía del regreso de los dos tejanos? —preguntó Ben Raddle.

—Ya debe de haber sido avisada —respondió Lorique—. Además, enviaremos un mensaje a Fort Cudahy para prevenir cualquier agresión.

—De acuerdo —declaró Summy Skim—, pero me vais a permitir que piense que no hay motivos para asustarse tanto de ese individuo, y si le entran ganas de ponerse violento con nosotros encontrará quien le responda.

—De acuerdo también —declaró Ben Raddle a su vez—, pero no tengo ningún deseo, Summy, de que te comprometas con ese hombre.

—Tenemos una vieja cuenta que arreglar juntos, Ben, y me interesa liquidarla.

—No tienes nada que liquidar —respondió Ben Raddle, que no quería bajo ningún concepto que su primo se metiera en algún lío importante—. No hay nada más natural que el que tú tomaras la defensa de las dos religiosas en Vancouver, y que pusieras a ese Hunter en el lugar que le correspondía. Yo hubiera hecho lo mismo que tú. Pero aquí, cuando el personal de una parcela se ve amenazado por el personal de otra parcela, ése es un asunto que concierne a la policía.

—¿Y si no está? —replicó Summy Skim que no tenía ganas de ceder.

—Si no está, *monsieur* Skim, nosotros nos defenderemos y nuestros hombres no retrocederán delante de esos tejanos —dijo el capataz.

—En fin —concluyó Ben Raddle—, no hemos venido aquí para limpiar a Forty Miles Creek de los miserables que lo llenan, sino para...

—Para vender nuestra parcela —replicó Summy Skim, que retornaba siempre a su desiderátum y a quien ahora empezaba a calentársele un poco la cabeza—. Dígame, Lorique, ¿no podríamos informarnos de lo que está haciendo la comisión de fronteras, si avanzan sus trabajos de rectificación y cuándo los darán por finalizados?

—Intentaré averiguarlo, *monsieur* Skim —respondió el capataz.

—¿Dónde demonios se encuentran en estos momentos esos comisarios?

—Completamente al sur, según las últimas noticias de Dawson City.

—Pues bien, iré a meterles prisa —exclamó Summy Skim.

—Créeme, no hagas nada —respondió Ben Raddle que quería calmar a su primo—. Ten paciencia.

—Además el viaje sería algo largo —observó Lorique—, porque los comisarios y el señor Ogilvie han ido hasta el pie del monte Saint Elie, y a menos de pasar por Dyea, hay que cruzar una región completamente desierta.

—¡Maldito país! —exclamó Summy Skim.

—Vamos, tienes que calmarte —respondió Ben Raddle dándole

unas palmadas en el hombro—. Vete a cazar, llévate a Neluto que está esperando a que se lo propongas, y tráenos esta noche alguna pieza de calidad. Mientras tanto, nosotros vamos a sacudir un poco los *rockers*, y ojalá hagamos buen trabajo.

—¿Y por qué no nos sucederá como le sucedió en octubre de 1897 al coronel Earvay en Gripple Creek? —añadió el capataz.

—¿Qué le sucedió a ese coronel? —preguntó Summy Skim en un tono bastante desdeñoso.

—Le sucedió que encontró en su parcela, a sólo siete pies de profundidad, un lingote de oro que valía cien mil dólares.

—¡Bah! —dijo Summy Skim—. Quinientos mil miserables francos.

—¡Coge el fusil, Summy! —respondió Ben Raddle—. ¡Vete a cazar hasta la noche, y desconfía de los osos!

Summy Skim comprendió que era lo mejor que podía hacer. Neluto y él subieron por el barranco y un cuarto de hora después se oían las detonaciones de los primeros disparos.

En lo referente a Ben Raddle, éste puso manos a la obra, no sin haber recomendado antes a sus obreros que no respondieran a las provocaciones que podrían llegarles de la parcela 127.

Aquel día no se produjo ningún incidente que pudiera enfrentar al personal de las dos parcelas.

En ausencia de Summy Skim, que hubiera sido incapaz de contenerse, Ben Raddle tuvo ocasión de ver a Hunter y Malone. La casita que ocupaban los dos tejanos era semejante a la vivienda de Lorique, pero en el talud de enfrente. A la espera de ser rectificada, la línea fronteriza seguía precisamente el fondo de la vaguada y luego subía hacia el norte. Así pues, Ben Raddle pudo observar desde su habitación a Hunter y a su compañero mientras visitaban la parcela 127, donde los obreros trabajaban bajo la dirección de un capataz americano.

Ambos cruzaron oblicuamente la parcela bajando por el sendero abierto entre los pozos. Un *rocker* y un *sluice* funcionaban en aquel momento, y el chasquido de los muelles y el tumulto del agua que corría hacia el arroyo producían un ruido ensordecedor.

Ben Raddle aparentó no querer prestar ninguna atención a lo que pasaba en la parcela 127; pero sin intentar ocultarse permaneció apoyado en la barandilla de la ventana que se abría en

la planta baja de la casita.

Hunter y Malone avanzaron hasta el poste divisorio y se detuvieron. Hablaban animadamente. Parecía que no tenían ninguna contemplación con sus hombres, porque a más de uno le riñeron brutalmente, y el propio capataz tuvo su ración de amonestaciones.

Después de haber paseado la mirada por el arroyo y de haber observado las parcelas de la orilla derecha, designadas con números pares, dieron algunos pasos en dirección al barranco. No cabía la menor duda de que estaban malhumorados, y sin duda era a causa de que desde el comienzo de la campaña, el rendimiento de la parcela 127 había sido muy mediocre y no cubría los gastos. Y debían estar tanto o más irritados porque no ignoraban que durante las últimas semanas los beneficios producidos por la parcela Lacoste habían sido bastante importantes.

Hunter y Malone siguieron subiendo barranco arriba, y se detuvieron más o menos a la altura de la vivienda de Lorique. Desde allí divisaron a Ben Raddle, que acodado a la ventana, no parecía prestarles atención. Pero lo que éste sí que pudo ver perfectamente es que le apuntaban con la mano, y que con sus gestos violentos y sus voces furiosas intentaban provocarlo.

Muy sensatamente Ben Raddle no quiso entrar en ello, y cuando los dos tejanos se retiraron, regresó a manejar el *rocker* con Lorique.

—¿Los ha visto, *monsieur* Raddle? —dijo éste entonces.

—Sí, Lorique —respondió Ben Raddle—. Pero sus provocaciones no lograrán sacarme de mi reserva.

—*Monsieur* Skim no parece tan paciente como usted.

—Tendrá que calmarse —declaró Ben Raddle—. Tenemos que hacer como si no conociéramos a esa gente.

Los días siguientes transcurrieron sin incidentes. Summy Skim, empujado por su primo, salía desde por la mañana de caza con el indio, y no volvía hasta entrada la tarde. Por lo tanto no se produjeron encuentros con Hunter. Sin embargo cada vez era más difícil impedir que los obreros canadienses y americanos entraran en contacto. Su trabajo sobre el filón los iba acercando cada día al poste limítrofe de las dos parcelas. Ciertamente se iba acercando el momento en que, para emplear una expresión del capataz, «estarían pico contra pico y pala contra pala». La menor réplica podría

degenerar en discusión, la discusión en conflicto, el conflicto en pelea, que pronto degeneraría en batalla. Cuando aquellos hombres se lanzaran unos contra otros, ¿quién los podría detener? ¿No intentarían Hunter y Malone provocar una rebelión en todos los yacimientos de sus compatriotas contra los yacimientos del Dominio cercanos a la frontera? Con tales aventureros cualquier cosa era de temer. La policía de Fort Cudahy y de Dawson City se vería impotente para restablecer el orden.

Los dos tejanos no se dejaron ver durante cuarenta y ocho horas; quizá con vistas a preparar un movimiento, se habían ido a recorrer los placeres de Forty Miles Creek establecidos en el territorio de Alaska.

En su ausencia se produjeron algunos altercados entre los obreros. Hubo incluso un incidente que enfrentó a Lorique con el capataz de la parcela 127. Quizá incluso los obreros estuvieron a punto de tomar partido por sus respectivos jefes, pero la cosa no fue más lejos.

Como el tiempo parecía bastante incierto, con fuerte viento del norte, Summy Skim no salió de caza. Pero Ben Raddle supo impedirle que interviniera, lo cual no hubiera sido capaz de lograr si Hunter y Malone hubieran estado presentes.

Durante tres días más, Summy Skim se vio incapacitado para entregarse a su deporte favorito. Además, a veces la lluvia caía torrencialmente, y había que ponerse al abrigo de la casa. En aquellas condiciones el lavado de la grava se hacía muy difícil; los pozos se llenaban hasta la boca y el sobrante se desbordaba por la superficie de la parcela, transformándose en un barro espeso que llegaba hasta la rodilla.

Por esa razón los trabajos tuvieron que ser interrumpidos en ambas partes, y no se pudieron reanudar hasta el 3 de agosto por la tarde. Después de una mañana lluviosa, el cielo se despejó bajo la influencia del viento de sudeste. Pero era de temer que se produjeran tormentas, que a menudo resultaban terribles en aquella época del año y ocasionaban a veces auténticos desastres.

Los dos tejanos habían regresado la víspera a la parcela 127 y hasta el día siguiente no salieron de la casa de su capataz.

En cuanto a Summy Skim, aprovechó el claro para volver a salir de caza. Algunos osos de la especie *grizzly* acababan de ser

localizados aguas arriba del Forty Miles Creek, y deseaba ardientemente encontrarse con alguno de aquellos temibles plantígrados.

Además no sería para él una novedad, puesto que más de uno había caído bajo el impacto de sus balas en los bosques de Green Valley.

«¡Prefiero verlo enfrentarse a un oso que con ese Hunter!», decía Ben Raddle para sus adentros.

En el transcurso de la jornada del 4, Lorique tuvo un afortunado golpe de pico. Cavando un hoyo casi en el extremo del filón, en el límite de la parcela, descubrió una pepita cuyo valor no debía ser inferior a cuatrocientos dólares, o sea, dos mil francos.

El capataz no pudo contener su alegría, y gritó a pleno pulmón:

—¡Venid a ver! ¡Venid a ver!

Sus obreros acudieron y Ben Raddle se les unió al instante.

La pepita, del tamaño de una nuez, estaba, por decirlo de algún modo, engarzada en un fragmento de cuarzo.

En la parcela 127 comprendieron sin esfuerzo cuál era la causa de aquellos gritos. De ahí brotó una explosión de cólera celosa, en suma justificada, porque desde hacía tiempo los obreros no habían podido dar con un filón y la explotación iba siendo cada vez más onerosa.

Entonces se hizo oír una voz; era la voz de Hunter que repetía:

—¡Parece que sólo hay oro para esos perros de las praderas del Far West!

Así era como calificaba a los canadienses en su lenguaje grosero.

Ben Raddle, que había oído el insulto, se puso pálido; después la sangre se le subió a la cabeza y estuvo a punto de lanzarse contra el otro.

Lorique le retuvo por el brazo, y encogiéndose de hombros en signo desdeñoso, se dio la vuelta.

—¡Eh! —dijo entonces Hunter—. ¡Eso va por usted, señorito de Montreal!

—Es usted un insolente —replicó Ben Raddle—. Y no quiero tener ninguna relación con un individuo de su clase.

—Y sin embargo la va a tener —respondió el tejano—. Y no sé por qué me aguanto.

Iba a cruzar el límite del poste y arrojarle sobre Ben Raddle.

Pero Malone le obligó a detenerse. No hubiera sido posible interponerse entre ellos con los obreros de los placeres listos a echarse unos sobre otros.

Aquella tarde, cuando Summy Skim regresó, feliz por haber matado, no sin cierto peligro, un oso y empezó a contar detalladamente su hazaña cinegética, Ben Raddle no quiso hablarle del incidente de la mañana y, después de cenar, ambos se dirigieron a sus habitaciones donde Summy Skim se durmió con el sueño reconfortante del cazador.

¿Había alguna razón para temer que el asunto tendría consecuencias? Hunter y Malone, todavía más excitados, ¿buscarían las pulgas a Ben Raddle? ¿Incitarían a los hombres de la parcela 127 contra los de la 129? Era muy probable, porque al día siguiente picos y palas se volverían a encontrar en los límites de las dos parcelas.

Ahora bien, aquel día Summy Skim no salió de caza, lo que causó gran preocupación a su primo. El tiempo estaba pesado; por el sudeste se levantaban grandes nubarrones. El día no pasaría sin que hubiera tormenta y más valía no ser sorprendido lejos de casa.

Emplearon toda la mañana en el lavado de los pozos ya en funcionamiento, mientras un equipo, bajo la dirección de Lorique, cavaba en la línea de demarcación, casi al pie del poste cuyo cartel llevaba de un lado el número 127 y del otro el número 129.

En aquel momento los obreros de Hunter se encontraban a lo largo de la linde; pero durante la mañana no sobrevino ninguna complicación. Es cierto que se oyeron algunas palabras malsonantes por parte de los americanos, que provocaron respuestas más o menos vivas por parte de los canadienses. Pero todo quedó en palabras y en gestos, y los capataces no se vieron obligados a intervenir.

Desgraciadamente, las cosas no se desarrollaron tan bien cuando se reanudó el trabajo por la tarde. Para colmo de desgracias, Hunter y Malone iban y venían por su parcela, y como Summy Skim estaba haciendo lo mismo por la suya, Ben Raddle se unió a él, temeroso de que los tejanos reanudaran sus amenazas de la víspera.

—¡Mira! —dijo Summy Skim a Ben Raddle—. Esos ganapanes están de vuelta. Todavía no los había visto. ¿Y tú, Ben?

—Sí. Ayer —respondió evasivamente Ben Raddle—, pero haz lo

que hago yo y no les prestes atención.

—Sin embargo, Ben, creo que nos están mirando de una forma que no me gusta nada.

—Summy, te ruego que no prestes atención.

Los tejanos se habían acercado un poco. Sin embargo, aunque continuaron arrojando miradas insultantes a los dos primos, no las acompañaron de los insultos habituales.

Summy Skim tomó entonces la sensata decisión de no ocuparse de ellos, aunque se mantuviera listo para responderles si se presentara la ocasión.

Mientras tanto, los obreros de las dos parcelas continuaban trabajando en la linde, cavando en el suelo y recogiendo el lodo para llevarlo a los *rockers* y a los *sluices*. No había entre unos y otros más de un metro de distancia, y sus picos, voluntariamente o no, corrían el riesgo de chocar a cada instante, y a veces alguna piedra rodaba más allá de la línea de separación.

Nadie hasta entonces les había prestado atención, cuando, hacia las cinco, una de esas piedras, a un golpe de pico de uno de los hombres de Lorique, saltó bruscamente del suelo y fue a caer a los pies del capataz americano.

Era un pedazo de cuarzo, que pesaba entre cuatro o cinco libras, con el aspecto de los que contienen pepitas de oro, y hasta era posible que encerrara alguna de valor.

Por lo tanto se produjo una reclamación —legítima, sin duda— por parte de Lorique, que no obtuvo sino una brutal negativa.

No había sido más que un intercambio de palabras. Pero Lorique, con la intención de recuperar aquello que le pertenecía, franqueó la línea marcada por el poste.

Tres o cuatro americanos se lanzaron sobre él para detenerlo, y varios de sus compatriotas acudieron para ayudarlo.

Entre clamores de tumulto se inició una pelea, y los gritos pusieron en alerta a las parcelas vecinas, por lo que era de temer que se produjera un altercado general entre americanos y canadienses.

Mientras tanto, Lorique, que había logrado librarse de los que le retenían, corrió hacia el lugar adonde había rodado el fragmento de cuarzo.

En ese momento se dio de bruces con Hunter, que lo empujó

vigorosamente y lo arrojó al suelo.

Summy Skim, al ver aquella escena de violencia, se precipitó en ayuda del capataz a quien el tejano tenía sujeto en el suelo.

Ben Raddle lo siguió al momento y detuvo a Malone, que acudía en ayuda de su compañero.

Entonces se produjo un enfrentamiento total. Picos y palas sirvieron de armas, terribles armas en aquellas manos vigorosas, y no hubiera tardado en correr la sangre, con muertos y heridos quizás, si la milicia, que estaba de ronda por aquella parte de Forty Miles Creek, no hubiera llegado a aparecer por el lugar.

Gracias a aquellos cincuenta hombres, bien dirigidos, el alboroto quedó sofocado en algunos instantes.

Ben Raddle, Summy Skim y los dos tejanos se encontraron entonces unos frente a otros. El primero que se dirigió a Hunter fue Ben Raddle, a quien el furor le impedía hablar.

—¿Con qué derecho se ha atrevido a impedirnos recoger lo que nos pertenece? —dijo.

—¿Lo que te pertenece? —vociferó Hunter en un grosero tuteo—. ¡Lo que te pertenece estaba en mi suelo, que me pertenece!

—¡Miserable! —exclamó Summy Skim avanzando hasta chocar con Hunter.

—¡Ah! —dijo éste—. ¡Eres el defensor de las mujeres!

—De las mujeres a las que usted ofende, bribón, mientras que con los hombres se comporta como el peor de los cobardes.

—¡Cobarde! —repitió Hunter.

Iba a arrojarle sobre Summy Skim cuando Malone se lo impidió.

—¡Sí! —repitió Summy Skim que ya no podía contenerse—. ¡Demasiado cobarde como para responder a los insultos!

—¡Pues bien! ¡Ya lo veremos! —exclamó Hunter—. Ya volveré a encontrarte mañana.

—¡Mañana por la mañana! —replicó Summy Skim.

—¡Mañana! —dijo Hunter.

Después, los mineros regresaron a sus placeres, sin que Lorique hubiera podido recoger su pedazo de cuarzo. Uno de los americanos, antes de devolverlo, lo había arrojado a las aguas del Forty Miles Creek.

Ben Raddle y Summy Skim regresaron a su habitación, y el primero intentó con todas sus fuerzas disuadir al segundo de

proseguir con aquel asunto.

—Summy, tú no puedes pelearte con ese bribón.

—¡Y sin embargo lo haré, Ben!

—¡No, Summy, no!

—¡Te digo que lo haré! ¡Y si logro alojarle una bala en la cabeza será la mejor caza de mi vida, la cacería de la bestia sarnosa!

Ben Raddle comprendió que, por mucho que le dijera, no podría impedir aquel duelo.

Un desastre completamente inesperado iba a hacer imposible, o al menos retrasar, el desenlace de aquel asunto.

El tiempo se fue haciendo cada vez más pesado a lo largo de aquella jornada. Hacia las cinco de la tarde, el aire, saturado de electricidad, se surcó de rayos, y se oyó el retumbar de los truenos hacia el sudeste. La oscuridad se hizo más profunda al cerrarse las nubes, aunque el sol permanecía aún por encima del horizonte.

Durante toda la tarde, se habían podido constatar ciertos síntomas lo bastante graves para causar cierta inquietud en las diversas parcelas de Forty Miles Creek. Fuertes trepidaciones recorrían el subsuelo, acompañadas de prolongados rugidos; a ratos las aguas del arroyo se transformaban en espuma; los pozos lanzaban chorros de gas sulfuroso. Con toda certeza se trataba de [manifestaciones]^[16] de fuerzas plutónicas.

En torno a las diez, cuando Summy Skim, Ben Raddle y el capataz fueron a acostarse, se hicieron sentir unas violentas sacudidas.

—¡Un temblor de tierra! —exclamó Lorique.

Apenas había pronunciado esas palabras cuando la habitación se derrumbó bruscamente, como si de pronto hubieran quitado el suelo bajo ella.

No sin trabajo, los dos primos y el capataz pudieron salir, afortunadamente ilesos, de entre los escombros.

¡Pero qué terrible espectáculo el que presenciaron en el exterior bajo el resplandor del cielo en llamas! Todo el suelo de la parcela desaparecía bajo una inundación torrencial. Una parte del arroyo se había desbordado y corría a través de los yacimientos abriéndose un nuevo cauce.

Por todas partes se oían gritos de desesperación y de dolor. Los mineros, que habían sido sorprendidos en el interior de sus cabañas

en ambas orillas del arroyo, intentaban escapar de la riada que los alcanzaba; la violencia de ésta demostraba lo terribles que tuvieron que ser las convulsiones del suelo. Los árboles cercanos, arrancados o derribados de cuajo, eran arrastrados tanto por el Forty Miles Creek como por su derivación, con la rapidez de los témpanos en el deshielo.

—¡Huyamos! ¡Huyamos! —gritó Lorique, a quien se acababa de sumar Neluto—. ¡La corriente nos arrastrará!

En efecto, el agua alcanzaba ya el lugar donde se hallaba la casa derribada por el temblor de tierra. Todavía se sentían ondulaciones bajo los pies, como si el suelo estuviera agitado por la marea.

En aquel momento, un tronco de abedul, tronchado desde la raíz y arrastrado por la corriente, fue proyectado contra los escombros. Desgraciadamente alcanzó a Ben Raddle, que se cayó, y hubiera perecido en el torbellino de no haber sido porque Summy Skim y Lorique lograron retenerlo.

Ben Raddle no podía andar; el choque había sido tan violento que le había fracturado la pierna derecha por encima de la rodilla.

En cuanto a las parcelas, o anegadas por la riada o destrozadas por el temblor de tierra, habían quedado en su mayor parte destruidas en una extensión de una media legua a ambos lados de la frontera.

SEGUNDA PARTE

UN INVIERNO EN KLONDIKE



Un temblor de tierra, por otro lado muy localizado, acababa de asolar la parte de Klondike, comprendida entre la frontera y el Yukón, que atravesaba el curso medio del Forty Miles Creek. Se había hecho sentir hasta media legua aguas arriba del otro lado de la frontera.

Aunque Klondike no estaba expuesto a frecuentes sacudidas sísmicas, sus entrañas guardaban agregados de cuarzo y rocas eruptivas que indicaban que en su origen había sido escenario de fuerzas plutónicas; aquellas fuerzas, dormidas solamente, se despertaban a veces con una violencia poco común. En toda aquella región de las Montañas Rocosas, cuyas primeras ramificaciones nacen en las cercanías del Círculo Polar ártico, se alzan por añadidura varios volcanes cuya completa extinción no está verificada.

En todo caso, aunque la eventualidad de los temblores de tierra y de las erupciones no sea de temer en el distrito, no sucede lo mismo con las inundaciones provocadas por las repentinas crecidas de sus torrentes en el momento del deshielo de las nieves.

En efecto, Dawson City no se libra de ellas, y cuando no es el Yukón, al menos su tributario, el Klondike, que separa el centro de los arrabales, a menudo se desborda y arrastra el puente que une ambas partes de la ciudad.

En cuanto al territorio del Forty Miles Creek, había sufrido un doble desastre. La completa alteración del suelo había provocado la destrucción de las parcelas en una extensión de varios kilómetros a ambos lados de la frontera. La inundación había producido una derivación del río, que había formado un nuevo lecho que cruzaba el barranco al norte de las parcelas 127 y 129. Parecía probable incluso, que en adelante se hiciera imposible toda explotación.

Hubiera sido difícil en un primer momento apreciar la importancia del desastre. Durante la noche, aunque el sol sólo hubiera desaparecido durante dos horas y media detrás del horizonte, una oscuridad profunda envolvía la comarca. No se sabría hasta el día siguiente si las casas, las cabañas, las chozas de los mineros habían sido destruidas, si la mayor parte de ellos se encontraban sin hogar, y si el número de heridos y el número de muertos, unos aplastados bajo los escombros, otros ahogados en el nuevo cauce del torrente, había sido considerable. Hasta después de haber constatado la importancia de la catástrofe no se sabría si toda aquella población de emigrantes dispersada por los placeres se vería obligada a abandonar la comarca, cuya explotación se vería suspendida.

En realidad, lo que parecía haber causado un desastre absolutamente irreparable era el vertimiento de una parte de las aguas del Forty Miles Creek por encima de los yacimientos que bordeaban sus dos orillas. Para subir al nivel de sus orillas, el lecho del río tenía que haberse elevado, debido a la presión de las fuerzas subterráneas, y vallado por completo. Por lo tanto, había razones para pensar que aquella inundación no era pasajera. En aquellas condiciones, ¿cómo reanudar las excavaciones en un suelo sumergido bajo una corriente de agua de cinco o seis pies cuya derivación resultaba imposible? El nuevo río continuaría corriendo hacia el sur hasta el lugar en donde se convertiría en tributario de otro río.

¡Qué noche de terror y de angustia debió de pasar toda aquella gente, víctima de la repentina catástrofe! Se vieron obligados a dirigirse hacia los cerros para no verse alcanzados por la riada. No disponían de ningún refugio y la tormenta se prolongó hasta las cinco de la mañana. Cayeron varios rayos en los bosques de abedules y de álamos donde las familias se habían cobijado. Al

mismo tiempo, no dejaba de caer una lluvia torrencial mezclada con granizo. Si Lorique no hubiera encontrado una gruta excavada en lo alto del talud derecho del barranco, a la que transportaron a Ben Raddle, no hubieran podido encontrar refugio en ninguna parte.

¡Es fácil imaginar los pensamientos que cruzaban por su cabeza! ¡Se habían atrevido a realizar aquel viaje hasta Klondike para acabar siendo víctimas de semejante desastre! ¡Todos sus esfuerzos habían quedado en nada! Nada podrían obtener de la herencia recibida de su tío, ni siquiera el resultado que la explotación había producido en seis semanas. No quedaba nada de las pepitas y del polvo de oro recogidos bajo la dirección del ingeniero después de haber reanudado los trabajos. La inundación había llegado hasta la casa derruida de Lorique. No había podido salvarse ningún objeto, y en aquel mismo momento sus restos se iban a la deriva con la corriente.

Más tarde, cuando hubo pasado la tormenta, Summy Skim y el capataz abandonaron la gruta unos instantes, pues no querían dejar solo a Ben Raddle, y pudieron constatar la amplitud del desastre. Tanto la parcela 127 como la 129 habían desaparecido bajo las aguas. En cuanto al paradero de Hunter y Malone, ésa era una cuestión que no inquietaba en absoluto a Summy Skim. En todo caso, y por no hablar más que de aquello que les concernía, el asunto de la frontera parecía resuelto. Ya no podía interesar en absoluto a ninguna de las dos parcelas que el meridiano ciento cuarenta y uno fuera desplazado al este o al oeste. Poco importaba que el territorio fuera de Alaska o canadiense. Un nuevo torrente corría por su superficie, eso era todo.

En cuanto a las víctimas del temblor de tierra, sólo después de una investigación se podría averiguar si su número era considerable. Lo cierto era que las familias se debían de haber visto sorprendidas en sus cabañas o en sus chozas, ya fuera por los temblores del suelo, ya fuera por la riada, y era de temer que la mayor parte hubiera perecido sin haber tenido tiempo de huir. Ben Raddle, Summy Skim y Lorique habían podido escapar de milagro, y aun con eso, el ingeniero no había podido salir sano y salvo.

En suma, Summy Skim no tenía más remedio que regresar a Dawson City y procurarse los medios para llevar a Ben Raddle con la mayor brevedad posible.

No hace falta decir que ni se hablaba del asunto Hunter-Skim. La cita para el duelo fijado el día siguiente se había abandonado por razones obvias. Los dos adversarios se veían reclamados por otras ocupaciones y quizá nunca volverían a encontrarse uno frente al otro.

Por otra parte, cuando de nuevo volvió a brillar el sol sobre el escenario de aquel desastre, no fue posible ver a ninguno de los dos tejanos. No quedaba ni rastro de la casa que ocupaban a la entrada del barranco por el que ahora corría la derivación del Forty Miles Creek. En cuanto a la parcela 127, ésta se hallaba totalmente cubierta por la inundación, lo mismo que la 129 y todas aquellas que se encontraban en la orilla derecha del torrente. Tampoco quedaba ningún vestigio del material instalado en su superficie: *rockers*, *sluices* o bombas. La corriente era aún más rápida a causa del aumento de caudal provocado por la tormenta de la víspera, y la brecha abierta en la orilla derecha no lograba hacer bajar el nivel de las aguas. Aunque probablemente, sin aquella circunstancia, se hubiera desbordado también por la margen izquierda, aumentando así notablemente los daños causados.

En lo referente a los dos tejanos, ¿habían podido salir indemnes de aquello o habían sido víctimas? Se ignoraba, lo mismo que en lo relativo a su personal. Por otro lado, era algo que, como ya se ha repetido, no preocupaba en absoluto a Summy Skim. Su única obsesión era llevar a Ben Raddle a Dawson City para que no le faltara ningún cuidado, y esperar su restablecimiento, y si todavía estaban a tiempo, tomar el camino de Scagway, el camino de Vancouver, el camino de Montreal. Ben Raddle y él no tenían ningún motivo para prolongar su estancia en Klondike. La parcela 129 ya no encontraría compradores desde el momento en que la cubrían siete u ocho pies de agua. Por lo tanto, lo mejor sería abandonar lo más pronto posible aquel abominable país, «en el que nadie sano de cuerpo y de espíritu pondría jamás los pies», según decía Summy Skim, sin faltarle la razón.

Éste era para él el objeto de penosas reflexiones, el natural temor a que la curación de Ben Raddle exigiera varias semanas.

En efecto, la primera quincena de agosto tocaba a su fin. No acabaría la segunda sin que el invierno, tan precoz en aquellas latitudes, hiciera impracticable cruzar las regiones lacustres y el

paso del Chilkoot. El propio Yukón no tardaría en dejar de ser navegable, y los últimos vapores bajarían para dirigirse a su desembocadura.

Ahora bien, la perspectiva de permanecer durante siete u ocho meses enterrado bajo las nieves de Klondike, con temperaturas de cincuenta a sesenta grados bajo cero, era todo menos agradable. Por eso mismo había que regresar a Dawson City sin perder un solo día, y confiar a Ben Raddle a los cuidados del doctor, y ponerlo en las manos de sor Marta y de sor Madeleine, con la firme decisión de hacer que se restableciera en el más breve plazo.

En primer lugar era necesario ocuparse de los medios de transporte. Por suerte, Neluto había podido conservar intacta la tartana, por haberla puesto en una loma fuera del alcance de las aguas. En cuanto al caballo, que pastaba en libertad, había bajado la pendiente del barranco y había acudido a su dueño, presa de espanto.

—Pues bien, pongámonos en marcha, salgamos al instante —repitió Summy Skim.

—Sí —respondió Ben Raddle—. No sabes cuánto siento haberte mezclado en este triste asunto.

—No se trata de mí, sino de ti —replicó Summy Skim—. Vamos a envolverte la pierna lo mejor posible y te tumbaremos en el vehículo sobre un buen colchón de hierba seca. Yo me instalaré allí con Neluto y Lorique se reunirá con nosotros en Dawson City por los medios que pueda. Avanzaremos tan rápido... quiero decir, tan lentamente como sea necesario a fin de evitarte las sacudidas. Una vez que te admitan en el hospital ya no tendrás nada que temer. El doctor Pilcox te dejará como nuevo, y quiera el cielo que nos podamos ir antes de que llegue la mala estación.

—Querido Summy —dijo entonces Ben Raddle—, es posible que mi curación sea asunto de varios meses, y comprendo la prisa que debes tener por verte de regreso a Montreal. ¿Por qué no te vas tú solo?

—¡Eso nunca! —replicó Summy Skim—. ¡Antes me rompo yo mismo una pierna, y el doctor Pilcox podrá arreglar dos en vez de una!

Aquel mismo día el vehículo que transportaba a Ben Raddle tomó la dirección de Fort Cudahy a través de las rutas atestadas de

gente que se dirigía a otros placeres a buscar trabajo. El camino seguía la orilla izquierda del Forty Miles Creek, aguas abajo del punto del que partía la derivación hacia el sur. Las parcelas que no habían sido afectadas por la inundación, a lo largo del recorrido, estaban en funcionamiento. Algunas, sin embargo, aunque no habían sido invadidas por el agua, tampoco eran explotables en aquel momento. Asoladas por el temblor de tierra, que se había propagado hasta seis o siete kilómetros de la frontera, presentaban un aspecto lamentable, con su material destrozado, sus pozos cegados, sus postes derribados, sus casas destruidas. Pero, a fin de cuentas, aquello no era la ruina absoluta, y los trabajos podrían ser reanudados sin gran interrupción.

El vehículo no avanzaba muy rápidamente, porque las sacudidas de aquellas espantosas rutas causaban un vivo sufrimiento al herido. Por otra parte, no les resultó difícil procurarse provisiones, aunque pagándolas a un alto precio, porque los yacimientos acababan de ser avituallados por las sociedades de Klondike.

A los dos días, el vehículo se detuvo en Fort Cudahy.

Summy Skim no regateaba sus atenciones al herido, pero él no hubiera podido proceder a operar la reducción de aquella fractura. Por su lado, Ben Raddle, aunque sus dolores fueran intensos, los soportaba sin quejarse.

Desgraciadamente no había ningún médico en Fort Cudahy, ni tampoco en Fort Reliance, donde el vehículo llegó cuarenta y ocho horas después.

Summy Skim tenía motivos para preocuparse; temía que la situación de su primo fuera empeorando con el tiempo y la falta de médico. Bien podía darse cuenta de que éste, para no alarmarlo inútilmente, se contenía; pero a veces se le escapaban gritos de dolor, y era evidente que sufría fuertes accesos de fiebre.

Por lo tanto, hubo que volver a ponerse en camino, y subir por la orilla izquierda del Yukón, que conducía más directamente a la capital de Klondike. Solamente podían curar a Ben Raddle en el hospital de Dawson City. Dos días más de marcha, y al fin fue recibido allí en la tarde del 16 de agosto.

Es inútil insistir sobre la pena que sintieron sor Marta y sor Madeleine cuando vieron a su compatriota en aquel estado. Éste apenas las pudo reconocer, porque la fiebre le hacía delirar. En

pocas palabras Summy Skim las puso, a ellas y a la superiora, al corriente de lo que había sucedido. El enfermo fue instalado en una pequeña habitación aparte, y se apresuraron a ir a avisar al doctor Pilcox.

Summy Skim no cesaba de repetir a las dos religiosas:

—¡Ya ven hermanas que yo tenía razón cuando decía, al traerlas a Dawson City, que nos empujaba a ello un interés... personal!

—*Monsieur* Skim —respondió sor Marta—. Trataremos a su primo como al más querido de nuestros enfermos, y se curará... si Dios quiere.

—Pues bien, hermana, quiera Dios que sea lo antes posible, en todo caso, antes de que el invierno nos impida partir.

Inmediatamente avisado de que acudiera al hospital, el doctor Pilcox se presentó una hora después de la llegada de Ben Raddle.

La noticia del temblor de tierra que se había producido en aquella región del Forty Miles Creek era conocida en Dawson City desde hacía algunos días y se sabía que había provocado una treintena de heridos. Pero el doctor Pilcox no había sospechado que uno de ellos fuera el ingeniero.

—¡Cómo es posible! —exclamó con su habitual facundia—. ¡Es usted, *monsieur* Raddle! ¡Con una pierna rota!

—Sí, doctor —respondió Summy Skim—. Mi pobre Ben sufre terriblemente.

—Bueno, bueno. No será nada —replicó el doctor—. ¡Le volveremos a poner la pierna en su sitio! Necesita más un cirujano que un médico, incluso un ensalmador. ¡Puede estar tranquilo, le enmendaremos todo esto! ¡Según las reglas del arte!

El doctor examinó a Ben Raddle. Tendido en la cama, estaba consciente, pero sufría mucho. Se pudo constatar que sólo tenía una fractura simple por encima de la rodilla —fractura que el doctor redujo con mucha habilidad—; después le sujetaron la pierna con un aparato que garantizaba su completa inmovilidad, y el doctor dijo:

—Querido cliente, pronto se encontrará más fuerte que antes, y se sentirá como si tuviera piernas de ciervo, o de alce... al menos una de ellas.

—Pero ¿cuándo? —preguntó Summy Skim.

—Dentro de un mes, o seis semanas. Como comprenderá usted,

monsieur Skim, un hueso no se vuelve a soldar como se hace con dos pedazos de hierro candente. No, hace falta tiempo, como en todas las cosas.

—¡Tiempo, tiempo! —murmuró Summy Skim.

—¡Qué quiere que le diga! —replicó el doctor Pilcox—. Es la naturaleza la que ha de actuar, y como usted sabe muy bien, la naturaleza nunca tiene prisa. Por eso mismo, la naturaleza ha inventado la paciencia.

—Y la resignación —añadió sor Madeleine.

¡Resignarse! ¡Eso era lo mejor que Summy Skim podría hacer! ¡Se daba perfecta cuenta de que la mala estación llegaría antes de que Ben Raddle se pudiera tener en pie! ¡Imposible imaginar un país en el que el invierno comienza a partir de las primeras semanas de septiembre! ¡Y qué invierno, con hielos y nieves que hacen impracticable toda la comarca! ¿Cómo iba a poder Ben Raddle, a menos de estar completamente curado, afrontar las fatigas de ese viaje con las bajas temperaturas de Klondike, cruzar los pasos del Chilkoot para ir a embarcarse a Scagway en los vapores de Vancouver? ¡En cuanto a las embarcaciones que bajan el Yukón hasta Saint Michel, el último saldría dentro de quince días, dejando que las aguas se congelaran detrás de él!

Precisamente, el Explorador, después de haber conducido diferentes caravanas durante aquella campaña, regresó a Dawson City el día 20 de aquel mes.

Lo primero que hizo Bill Stell fue informarse si *messieurs* Ben Raddle y Summy Skim habían solucionado el asunto relativo a la parcela 129, si habían cedido la propiedad y si se preparaban para reemprender la ruta de Montreal.

Como lo mejor era informarse con las dos religiosas, se dirigió al hospital.

¡Cuál no pudo ser su sorpresa cuando se enteró de que Ben Raddle se encontraba en tratamiento y de que no estaría listo antes de seis semanas!

Cuando se encontró frente a Summy Skim, éste le dijo:

—Sí, Bill —declaró Summy Skim—, ésta es nuestra lamentable situación. ¡No solamente no hemos vendido la parcela 129, sino que la parcela 129 ya no existe! ¡Y no solamente la parcela 129 ya no existe, sino que nos resulta imposible salir de este atroz país de

Klondike para regresar a un país habitable!

El Explorador se enteró entonces, pues lo ignoraba, de la catástrofe que había tenido lugar en el Forty Miles Creek, y de cómo Ben Raddle había resultado gravemente herido en aquella circunstancia.

—Y eso es lo más deplorable de todo —afirmó Summy Skim—, porque, a fin de cuentas, habríamos tenido que despedirnos de nuestra parcela 129, y para lo que a mí me importa la parcela 129... ¡Maldita idea tuvo el tío Josias comprando esa parcela 129, y morirse y dejarnos herederos de la parcela 129!

¡Había que haber oído a Summy Skim repetir aquel número, aquel «uno» seguido de un «dos» y seguido de un «nueve» que le horrorizaban!

—¡Ah, Bill! —exclamó—, si el pobre de Ben no se encontrara entre los heridos, habría bendecido en el fondo ese temblor de tierra. ¡Nos hubiera aliviado de una pesada herencia! Sin parcela y sin explotación, mi primo se hubiera visto obligado a renunciar a hacerse minero, incluso de tener que tratar con cualquier clase de sindicato.

—Pero entonces —dijo el Explorador—, ¿se van ustedes a ver obligados a pasar todo el invierno en Dawson City?

—¡Que es lo mismo que decir en el Polo Norte! —replicó Summy Skim.

—De modo que yo, que venía con mi gente para conducirlos... —prosiguió Bill Stell.

—No podrá conducirnos, Bill, y regresará solo.

—Con Neluto, al menos.

—No, porque ese buen indio nos ha prometido quedarse con nosotros.

—De acuerdo —dijo el Explorador—. Pero no puedo esperar más allá del primero de septiembre para ponerme en camino si quiero llegar a Scagway.

—Usted podrá irse, mi querido Bill —dijo Summy Skim con un acento resignado en el que apuntaba la desesperación.

Eso es lo que sucedió en la fecha prevista, después de que el Explorador se despidiera de los dos canadienses prometiendo regresar a buscarlos cuando volviera la primavera.

—Sí, dentro de ocho meses —murmuró Summy Skim

despechado.

Sin embargo, el tratamiento de Ben Raddle seguía su curso regular. No sobrevino ninguna complicación. El doctor Pilcox se declaró totalmente satisfecho. La pierna de su cliente sería todavía más sólida que antes, y ella sola valdría por dos, repetía.

Además, Ben Raddle se enfrentaba a la situación con paciencia, bien atendido por las dos religiosas. Mientras su primo se iba de caza con el fiel Neluto siempre que el tiempo lo permitía, Ben se mantenía al corriente del mercado de Dawson City y de los nuevos descubrimientos en las regiones auríferas. ¡Cómo no estar bien informado con periódicos tales como *El Sol del Yukón*, *El Sol de Medianoche*, *La Pepita de Klondike*! ¡No porque la parcela 129 no existiera ya se había terminado la vida en aquel país! ¿No habría otra parcela por comprar y luego por explotar? Con su instinto de ingeniero le había cogido gusto a los trabajos de Forty Miles Creek. Pero se cuidaba muy mucho de hablar de ello a Summy Skim, que en aquella situación no hubiera podido contener su justa indignación.

Como se puede apreciar, aunque la fiebre causada por la herida había desaparecido, la fiebre del oro —esa fiebre endémica que tantas víctimas provocaba— no había desaparecido en Ben Raddle, y no parecía estar cerca de la curación. ¡En él, no se trataba tanto de poseer el preciado metal, como del deseo de investigar los ricos placeres!

Su imaginación se activaba con las noticias que los periódicos hacían correr cada día a propósito de las parcelas de las montañas del río Bonanza, del Eldorado, del Little Skookum. ¡Allí se lavaba hasta cien dólares por obrero y hora! ¡Allá se sacaban ocho mil dólares de un agujero de veinticuatro pies de largo y catorce de ancho! ¡Un sindicato de Londres acababa de comprar dos parcelas en el Bear y en el Dominio al precio de un millón setecientos cincuenta mil francos! ¡Se vendía la parcela 26 por dos millones en Eldorado, donde los obreros recogían cada uno hasta sesenta mil francos al día! En el Dôme, en la línea de separación entre los ríos Klondike e Indian, *monsieur* Ogilvie aseguraba, desde lo alto de su competencia, que se podrían obtener hasta ciento cincuenta millones de francos.

Sin embargo, y a pesar de aquel espejismo, no había que olvidar

lo que el cura de Dawson City repetía a un francés, *monsieur* Arnis Semiré, uno de los viajeros que mejor había estudiado las regiones auríferas:

—Si usted también se deja arrebatar por la fiebre del oro en alguna de sus excursiones, lo mejor es asegurar una cama en mi hospital. El trabajo lo extenuará, sobre todo si encuentra un poco de oro, y en este país lo hay por todas partes. Cogerá el escorbuto, por supuesto. Por doscientos cincuenta francos al año ofrezco un abono que da derecho a un catre y al cuidado gratuito del médico. Todo el mundo me lo acepta. ¡Aquí tiene su *ticket*!

En el hospital, Ben Raddle estaba rodeado de atenciones. Pero ¿no iba a arrastrarlo su irresistible pasión lejos de Dawson City hacia las regiones donde se descubrían nuevos yacimientos? ¿No iba a compartir la miseria de toda la gente que se iba y perecía sin haber podido regresar? Sí, allí estaban los periódicos repitiéndolo: ¡Klondike había producido siete millones quinientos mil francos en 1896, doce millones quinientos mil francos en 1897, y aquella suma no sería inferior a treinta millones en 1898)^[17].

Mientras tanto, Summy Skim había ido a informarse con los gobernadores si los tejanos Hunter y Malone habían sido vistos después de la catástrofe del Forty Miles Creek.

Lo cierto es que ni el uno ni el otro habían regresado a Dawson City, donde, como de costumbre, su presencia habría sido observada en mil excesos. Se les hubiera podido encontrar en los casinos, en las casas de juego, en todos los lugares de placer, donde ocupaban la primera fila. ¿No era aquélla, precisamente, la época del año en que los que permanecían en la capital de Klondike, en lugar de regresar a su país con la fortuna hecha, preferían esperar allí la siguiente campaña? Y entonces, durante siete u ocho meses, derrochaban lo más saneado de sus beneficios en gastos excesivos de todo tipo y con pérdidas enormes en los diversos juegos. Así había hecho siempre Hunter y así lo haría otra vez, si hubiera estado allí. ¡Pero ni rastro de él! Nadie sabía lo que había sido de él y de su compañero. Era posible que hubieran perecido en el temblor de tierra del Forty Miles Creek, arrastrados en los torbellinos del nuevo río. Sin embargo, como todavía no había aparecido ninguno de los que trabajaban en la parcela 127, y como tampoco era admisible que todos hubieran perecido en el desastre, cabía la

posibilidad de pensar que Hunter y Malone se hubiesen ido con su personal hacia los yacimientos de Circle City y de Birch Creek, donde habían empezado la temporada.

A mediados de octubre, Ben Raddle pudo dejar la cama, y el doctor Pilcox se sintió orgulloso de aquella curación. Sus atenciones habían contribuido a ello, pero, ciertamente, no menos habían contribuido las atenciones de sor Marta y sor Madeleine. Sin embargo, aquellas abnegadas religiosas no habían dejado de entregarse también a los demás enfermos que abarrotaban el hospital, la mayor parte de los cuales sólo saldría de allí para dirigirse al cementerio en un vehículo fúnebre tirado por perros. Sin embargo, es preciso añadir que, aunque Ben Raddle se podía mantener en pie, tenía que andar con ciertas precauciones, y no podría aventurarse a realizar el viaje de Dawson City a Scagway. Además, ya era demasiado tarde. Las primeras nieves del invierno habían empezado a caer en abundancia, los cursos de agua empezaban a congelarse, la navegación no hubiera sido practicable ni sobre el Yukón ni sobre los lagos. Summy Skim sabía muy bien que estaba condenado a pasar en Klondike los siete u ocho meses de la mala estación. A partir de aquel momento, la media de la temperatura no subiría de quince grados bajo cero, y esperaba a que cayera por debajo de cincuenta o sesenta.

Por ello, los dos primos habían escogido una habitación en un hotel de Front Street, y hacían sus comidas en el French Royal Restaurant, pero sin que ello significara que tomaran pollos de a ciento cincuenta francos el par.

A veces, Summy Skim decía moviendo la cabeza:

—¡Lo más enojoso es que no nos hayamos podido ir de Dawson City antes del invierno!

A lo que Ben Raddle se contentaba de responder.

—¡Lo más enojoso es no haber podido vender nuestra parcela antes de la catástrofe, y quizá lo más enojoso todavía es que no podremos reanudar la explotación!

Con ello, y para no iniciar una discusión completamente inútil, Summy Skim cogía su fusil, llamaba a Neluto y se iba de caza por los alrededores de la ciudad.

Es de observar también que Lorique había vuelto a Dawson City algunos días después de la llegada de Ben Raddle, y que ambos se

entregaban a largas conversaciones, y se puede adivinar fácilmente de qué hablaban el ingeniero y el capataz, los cuales mostraban una perfecta comunión de ideas sobre la única cuestión a la orden del día.

Pasó un mes más. Las oscilaciones de la columna termométrica llegaban a ser verdaderamente extraordinarias. Bajaba a treinta o cuarenta grados bajo cero, y volvía a subir a quince o diez grados bajo cero según la dirección del viento. El [frío]^[18] sucedía a las tormentas de nieve.

Cada vez que el tiempo lo permitía, Summy Skim se iba a cazar con Neluto, y tuvo ocasión de abatir varios osos a los que el frío hacía bajar de la montaña a la ciudad.

Un día, el 17 de noviembre, Neluto y él se encontraban a una legua aproximadamente al norte de Dawson City. Habían hecho una buena caza, y se preparaban a regresar cuando el indio se detuvo, señalando un árbol a una cincuentena de pasos de un río, y dijo:

—¡Un hombre! ¡Allí!

—¿Un hombre? —respondió Summy Skim.

Y en efecto, al pie de un abedul se veía un hombre tendido en la nieve. No hacía ningún movimiento. Puede que estuviera muerto, muerto de frío, porque la temperatura era muy baja.

Summy Skim y Neluto se precipitaron hacia él. Era un hombre de unos cincuenta años de edad, de larga barba, los ojos cerrados, con una expresión de gran sufrimiento en el rostro. Sin embargo, todavía respiraba, pero con tal debilidad que quizá era su último suspiro.

Summy Skim entreabrió el abrigo de pieles que llevaba aquel hombre, y en uno de sus bolsillos encontró una cartera de cuero que contenía varias cartas. La dirección rezaba: *Monsieur Jacques*^[19] Laurier, y el matasellos era de París.

—¡Un francés! —exclamó Summy Skim.

Un instante después, el hombre era acomodado en la tartana para dirigirse a toda velocidad hacia la capital de Klondike.

LA HISTORIA DEL AGONIZANTE



quel día, por la tarde, la tartana de Summy Skim se detuvo delante de la puerta del hospital. Al hombre que llevaba lo introdujo en una de las salas, que tenía unas treinta camas, y lo depositó en el gabinete contiguo, el mismo que Ben Raddle había ocupado hasta su curación.

Instalado en aquella habitación, el enfermo no tenía que padecer la vecindad de la demás gente hospitalizada. Summy Skim había intervenido diciendo a la superiora:

—¡Es un francés, es casi un compatriota! ¡Le pido que haga por él lo mismo que ha hecho por Ben, y espero que el doctor Pilcox pueda curarle lo mismo que ha curado a mi primo!

Sor Marta y sor Madeleine habían abundado en ese sentido, y Jacques Laurier^[20] descansaba ahora en un lecho junto al cual el doctor no tardó en acudir.

Ben Raddle, avisado por Neluto, se apresuró a venir y estuvo presente en la primera visita del doctor.

El francés no había vuelto a recuperar el conocimiento y sus ojos permanecían cerrados. El doctor Pilcox constató que el pulso era muy débil, y la respiración apenas sensible. No pudo observar que hubiera herida alguna en aquel cuerpo espantosamente enflaquecido por las privaciones, las fatigas y la miseria. Nadie dudaba de que el desgraciado había debido caer de agotamiento al

pie del árbol donde Summy Skim lo había encontrado, y nadie dudaba tampoco de que había sido víctima de una congestión debida al frío, al haber pasado la noche al descubierto y a la falta de auxilio.

—Este hombre está medio congelado —dijo el doctor Pilcox.

Lo envolvieron en mantas, le hicieron tomar bebidas calientes, le friccionaron el cuerpo para restablecer la circulación. Hicieron todo lo que podía hacerse; pero todo fue en vano, ya que no consiguieron sacarlo del estado de postración en el que se encontraba, ni que recuperara el sentido.

Sin embargo, lo que había encontrado Summy Skim no era un cadáver; pero ¿volvería en sí el infortunado? El doctor Pilcox se negaba a pronunciarse sobre el particular.

Como ya se ha visto, Jacques Laurier era el nombre del francés que figuraba inscrito en la dirección de las cartas halladas en su cartera. La más reciente databa de cinco meses antes, y estaba fechada en Nantes. La madre escribía a su hijo a Dawson City, Klondike, y esperaba una respuesta que quizá nunca había sido enviada.

Summy Skim y Ben Raddle leyeron aquellas cartas. Proporcionaban algunas indicaciones sobre su destinatario, y si fallecía, sería necesario comunicar a su pobre madre que ya no volvería a verlo.

Lo que se pudo colegir del conjunto de las cartas, que en total sumaban cinco, fue que Jacques Laurier había salido de Europa dos años antes. Pero no se había dirigido directamente a Klondike para ejercer el oficio de minero. Algunas direcciones indicaban que antes había intentado hacer fortuna en los yacimientos auríferos de Ontario y de la Columbia. Después, atraído sin duda por las prodigiosas noticias procedentes de Dawson City, se había sumado a la muchedumbre de los mineros. Por lo demás, no parecía que fuera propietario de una parcela, porque aquella cartera no contenía ningún título de propiedad. Sin embargo, junto a estas pocas cartas se hallaba un papel que atrajo más particularmente la atención de Ben Raddle.

Era el boceto de un mapa, dibujado a lápiz, cuyas líneas, bastante irregularmente trazadas, mostraban un curso de agua en el que desembocaban varios afluentes, y que se dirigía hacia el oeste.

Había razones para pensarlo así, al menos considerando la orientación general del mapa. Sin embargo, no parecía que aquel curso de agua pudiera ser el Yukón, ni tampoco su afluente, el Klondike. Una cifra, inscrita en un rincón del croquis, indicaba una latitud más elevada, por encima del Círculo Polar ártico. Si aquel mapa hacía referencia a una de las regiones del Dominio, aquella región era cruzada por el meridiano sesenta y ocho. Pero no se indicaba en qué longitud. Por ello resultaba imposible saber en qué parte de América del Norte estaba situada.

¿Era aquélla la región a la que se dirigía Jacques Laurier, o regresaba de ella cuando Summy Skim lo había encontrado en los alrededores de Dawson City? Eso era algo que nunca se sabría si la muerte arrebatara a aquel desgraciado francés antes de que pudiera recuperar el conocimiento.

Además, no cabía la menor duda de que procedía de una familia de cierta posición social. Las cartas de su madre, escritas con buen estilo, eran un testimonio seguro. No se trataba en absoluto de un obrero, pero ¿cuáles habrían sido las vicisitudes, cuáles habían sido los infortunios por los que había tenido que pasar para llegar a aquel estado de desgracia, a aquella miseria que sin duda tendría fin en aquel lecho de hospital?

Transcurrieron algunos días, y pese a las medicinas del doctor Pilcox y a los cuidados de las dos religiosas, Jacques Laurier apenas podía responder a las preguntas que le dirigía Ben Raddle. Incluso se preguntaban si estaba aún en posesión de sus facultades mentales, y quién sabe si su razón no había sucumbido a las pruebas de aquella existencia aventurera que tantas víctimas se cobraba en el mundo de los buscadores de oro.

Fue planteada al doctor Pilcox una cuestión sobre ese asunto:

—Es de temer —respondió— que la mente de nuestro enfermo se haya visto fuertemente sacudida. ¡Cuando se entreabren sus ojos, veo en ellos un vago resplandor que me espanta!

—Pero su estado físico —preguntó Summy Skim—, ¿no mejorará?

—No —declaró el doctor—. De momento me parece tan grave como su estado de ánimo.

—¡Sin embargo, seguro que usted es capaz de salvar a este pobre francés! —repitieron al unísono sor Marta y sor Madeleine.

—Aplicaremos todos nuestros cuidados —respondió el doctor—, pero tengo poca esperanza.

Y si el doctor Pilcox, de ordinario tan lleno de confianza, pronunciaba esas palabras, era porque no creía posible la curación de Jacques Laurier.

Sin embargo, Ben Raddle no quería desesperar en el empeño. En su opinión, con el tiempo se produciría una reacción. Aunque Jacques Laurier no recuperara la salud, al menos recuperaría la inteligencia, podría hablar, respondería: se sabría adónde iba, de dónde venía; podrían escribir a su madre. Aunque falleciera, al menos podría dictar antes sus últimas voluntades, y al morir tendría el consuelo de que serían totalmente cumplidas. ¡Tendría la certeza de que unos amigos, casi unos compatriotas, velaban en su cabecera!

Pues bien, quizá hubiera motivos para pensar que el doctor Pilcox había dudado demasiado de la eficacia de sus remedios. Dos días más tarde parecía que la reacción, tan impacientemente esperada por Ben Raddle, comenzaba a producirse. El estado de postración en que se encontraba Jacques Laurier parecía menos absoluto.

Sus ojos permanecían abiertos durante más tiempo. Miraba con mayor atención. ¡Sí! Ciertamente esa mirada era inquisitiva, denotaba la sorpresa de encontrarse en aquella habitación, con aquellas personas rodeando su cama: el doctor, Ben Raddle y Summy Skim, las dos religiosas. Parecía decir: «¿Dónde me encuentro? ¿Quiénes son ustedes?». Pero se tenía la sensación de que sus ojos se cerrarían al momento, que solamente se trataba de un resplandor, una de las últimas reacciones de la vida ante una desaparición cercana y que aquel desgraciado se hallaba a las puertas de la muerte.

Por eso el doctor sacudía la cabeza como un hombre incapaz de equivocarse. Si aquella inteligencia despuntaba, era porque se hallaba en vísperas de apagarse.

Sor Marta se había inclinado en la cabecera de la cama, y con voz muy baja, entrecortada de suspiros, apenas audible, Jacques Laurier murmuró algunas palabras, a las que ella respondió:

—Se encuentra usted en una cama de hospital.

—¿Dónde? —prosiguió el enfermo intentando incorporarse.

Entonces Ben Raddle lo sostuvo y le dijo:

—En Dawson City. Lo encontramos hace seis días en el camino, tendido en el suelo, sin conocimiento, y lo trajimos aquí.

Los párpados de Jacques Laurier se cerraron unos minutos. Parecía que el esfuerzo lo había agotado. El doctor le hizo tomar unas gotas de un cordial que devolvió la sangre a sus descoloridas mejillas y la palabra a sus labios:

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

—Somos francocanadienses —respondió Summy Skim—, amigos de Francia. Tenga confianza, ¡lo salvaremos!

En los labios del enfermo se dibujó una débil sonrisa y pudo articular unas leves palabras de agradecimiento. Después volvió a dejar caer la cabeza sobre la almohada y por consejo del doctor no se le hicieron más preguntas. Más valía dejarle descansar. Estarían de vigilia en la cabecera de su cama para responder a sus preguntas cuando volviera a tener fuerza suficiente para hablar. Pero quizá sentía que su final era cercano, porque sus ojos empezaron a empaparse de lágrimas.

Pasaron dos días sin que se produjera empeoramiento o mejora en el estado de Jacques Laurier. Su debilidad seguía siendo la misma, y se temía que fuera incapaz de reaccionar. Sin embargo, a largos intervalos, ahorrando esfuerzos, pudo hablar de nuevo y responder a las preguntas que él mismo parecía provocar. Se notaba que tenía cosas que decir y que quería decir las.

Ben Raddle ya no se apartaba de él. Siempre se hallaba allí, listo para escucharlo. Y así fue como llegó a conocer la historia del francés, tanto por lo que le contó Jacques Laurier como por lo que pudo enterarse en sus momentos de delirio. Sin embargo parecía que había ciertas circunstancias sobre las que no quería hablar, y que guardaba un secreto que no quisiera revelar en tanto que creyera que tenía posibilidades de escapar a la muerte.

Veamos, sin pararnos en los detalles, cuál había sido su pasado.

Jacques Laurier tenía cuarenta y dos años, era de constitución robusta, y debía haber parecido espantosas miserias para verse reducido a aquel estado.

Era bretón, natural de Nantes, donde todavía vivía su madre, que se mantenía con una pequeña pensión de viudedad que le había quedado a la muerte de su marido, un oficial de infantería, que no

había pasado del grado de capitán.

A Jacques Laurier le gustaba el oficio de marino. Una grave enfermedad, en la época en que hubiera debido pasar los exámenes para ingresar en la Escuela Naval, detuvo aquella carrera apenas comenzada. Al rebasar la edad reglamentaria, tuvo que enrolarse como aprendiz de piloto en un carguero, y después de dos viajes a Melbourne, en Australia, y a San Francisco, en California, alcanzó el título de capitán de barco mercante. Con aquel título ingresó en la marina con el grado de alférez de complemento con la esperanza de alcanzar el grado de alférez regular.

Su servicio duró tres años. Se hallaba retrasado respecto a sus camaradas, salidos del *Borda*. Comprendió que a menos que se produjera una de esas raras circunstancias en las que un marino puede distinguirse, siempre iría detrás. Presentó su dimisión y buscó un empleo en la marina mercante a bordo de uno de los navíos con punto de atraque en Nantes.

Era difícil de obtener el mando de un barco y tuvo que contentarse con la plaza de segundo a bordo de un velero con destino a los mares del Sur.

Pasaron cuatro años. Tenía entonces veintinueve. Su padre acaba de morir dejando a *madame* Laurier, como se ha mencionado, en un estado bastante precario. Jacques Laurier intentó en vano cambiar su plaza de segundo por la de capitán. No poseía los fondos necesarios para comprar una parte de las acciones del barco cuyo mando solicitaba, como suele hacerse de ordinario. ¡Qué mediocre porvenir le esperaba si se quedaba de segundo! ¡Cómo iba a conseguir así una posición desahogada para su madre, por modesta que fuera! Sí. ¡Sobre todo para ella!

Sus viajes de largo recorrido lo habían llevado a aquellas regiones de Australia y California donde los yacimientos auríferos atraían a tantos emigrantes. Como siempre, un pequeño número se hacía rico, y la mayor parte sólo hallaba ruina y miseria. Sin embargo, Jacques Laurier, deslumbrado por el ejemplo de muchos otros, se decidió a hacer fortuna en la peligrosa ruta de los buscadores de oro.

Precisamente en aquella época, atraían la atención del mundo entero las minas del Dominio, antes incluso de que sus riquezas metálicas se vieran tan asombrosamente acrecentadas por los

descubrimientos de Klondike. En otros lugares menos alejados y de más fácil acceso, el Canadá poseía también territorios auríferos donde la explotación se realizaba en mejores condiciones, sin las interrupciones que imponían los terribles inviernos de la región del Yukón, y ése era el caso de la comarca de Ontario y de la Columbia Británica. Una de aquellas minas, quizá la más importante, la de «El Rey», adquirida en 1890 al precio irrisorio de tres céntimos la acción, produjo en dos años cuatro millones quinientos mil francos de dividendos, y todavía reparte quinientos mil francos de beneficios mensuales.

Jacques Laurier entró precisamente al servicio de aquella sociedad. Pero quienes solamente alquilan su servicio intelectual o material raramente se enriquecen en esas condiciones. Es necesario participar en el negocio, hay que figurar en el reparto de beneficios. Pero no se puede ser accionista sin comprar acciones, y precisamente era el dinero lo que faltaba a aquel intrépido y quizá imprudente francés. Soñaba con tener un golpe de buena suerte y hacer fortuna rápidamente, pero ¿cómo llegar a ello siendo un empleado, o incluso un obrero, de la mina de «El Rey»?

Se hablaba entonces de los nuevos descubrimientos realizados en los territorios que regaba el Yukón. El nombre de Klondike deslumbraba lo mismo que antes habían deslumbrado los nombres de California, Australia o Transvaal. La muchedumbre de mineros se precipitó hacia allí, y Jacques Laurier los siguió.

Trabajando en los yacimientos de Ontario había conocido a un canadiense llamado Harry Brown, de origen inglés. Una misma ambición los animaba, devorados por el mismo apetito de alcanzar el éxito. Aquel Harry Brown fue quien más influyó en Jacques Laurier. Se decidió a dejar su empleo para lanzarse a lo desconocido —ese desconocido que en general reserva más decepciones que ventajas—. Con los pocos ahorros de que podían disponer, ambos se dirigieron a Dawson City.

Aquella vez estaban decididos a trabajar por cuenta propia. Pero, como es fácil de entender, no hubieran encontrado una parcela en los placeres del río Bonanza, del Eldorado, del Sixty Miles o del Forty Miles Creek, aun cuando hubieran ofrecido precios exorbitantes. Los placeres se vendían allí al precio de miles y miles de dólares, y la gente se pegaba por ellos. Había que ir más lejos, al

norte de Alaska y del Dominio, mucho más allá del gran río, donde algunos atrevidos buscadores habían descubierto regiones auríferas. Había que ir adonde nadie hubiera ido antes. Había que descubrir yacimientos nuevos, cuya posesión pertenecería al primero que llegara, y ¿quién sabe si no se verían recompensados por una explotación tan rápida como fructuosa?

Eso era lo que se repetían Jacques Laurier y Harry Brown. Sin material, sin personal, después de haberse asegurado que les quedaba dinero para subsistir dieciocho meses, abandonaron Dawson City, y viviendo del producto de la caza, se aventuraron hacia el norte del Yukón, a través de la comarca que se extiende más allá del Círculo Polar ártico.

El verano comenzaba entonces con las primeras semanas de junio, seis meses antes justamente de aquel día en pleno invierno de 1897-98

en que Jacques Laurier fue recogido agonizante en los alrededores de Dawson City. ¿Hasta dónde habían llegado en su campaña los dos aventureros? ¿Había llegado a los confines del continente, a las orillas del océano Ártico? ¿Les había recompensado tantos esfuerzos y fatigas el descubrimiento de un yacimiento? ¡No lo parecía, dado el estado de agotamiento, de pobreza en el que había sido hallado uno de ellos! Y sólo estaba él; de su compañero no había noticia. ¿Había sucumbido Harry Brown en aquellas lejanas comarcas, ya que no había regresado con Jacques Laurier? Sí, pero su compañero había perecido en el camino hacia Dawson City, porque habían sido atacados por los indios, les habían robado una pepita de gran valor que habían hallado, ¿dónde? Jacques Laurier no lo decía.

Aquella fue la última información que pudieron obtener de él. Y además, sólo habían podido obtener fragmentos de toda aquella dolorosa historia cuando el enfermo recuperaba un poco de lucidez, porque su debilidad, como lo había predicho el doctor Pilcox, se agravaba de día en día.

En cuanto a si el resultado de aquella tentativa había sido importante o nulo, y en cuanto a cuál era la región a la que habían llegado Jacques Laurier y Harry Brown de la cual regresaban con la pepita que les había sido robada por los indios, el ingeniero no había podido hacerse una idea concreta, y quizá nunca sabría nada más, porque aquel secreto corría el riesgo de quedar sepultado para

siempre en una tumba del cementerio de Dawson City, donde el pobre francés no tardaría en verse tendido.

Y sin embargo existía un documento —ciertamente incompleto—, que hubiera podido ser completado por el final de aquella historia. Era el boceto hallado en la cartera de Jacques Laurier, puesto que seguramente se trataba del mapa de la comarca donde su compañero y él habían pasado la última campaña. ¿Dónde era? ¿Dónde corría aquel torrente cuya línea sinuosa se dibujaba de este a oeste? ¿Era un afluente del Yukón o del Porcupine? ¿Ocupaba una parte de los territorios de la Compañía de la bahía del Hudson en los alrededores de Fort Macpherson, hacia la desembocadura del Mackensie, ese gran río que va a arrojarse al océano Ártico? Cuando Ben Raddle ponía aquel mapa bajo los ojos de Jacques Laurier, su mirada se animaba un instante; lo reconocía, parecía querer decir: «¡Sí! ¡Es allí! ¡Es allí!». Y no cabía la menor duda para Ben Raddle y para el capataz que se trataba del lugar de un importante descubrimiento. Les parecía incluso que, si hubiera tenido fuerzas para hablar, el enfermo no hubiera querido decir tampoco todo lo que sabía al respecto.

Sí, ¿quedaba quizá todavía alguna esperanza de volver a la vida en el fondo de aquel espíritu, dispuesto a abandonar aquel cuerpo agotado? ¿Se decía quizá a sí mismo aquel desgraciado que no soltaría lo que tantos esfuerzos le había costado y que tal vez volvería a ver a su madre y podría procurarle una vejez desahogada? ¿Soñaba quizá con reanudar la campaña después del invierno, en cuanto estuviera curado?

Transcurrieron varios días. Estaban en plena estación fría. En varias ocasiones la temperatura bajó hasta cincuenta grados bajo cero, con frío seco. Era imposible afrontarlo en el exterior. Los dos primos pasaban en la habitación del hotel las horas que no estaban en el hospital. A veces, después de haberse arropado pieles de la cabeza a los pies, se dirigían a uno de los casinos o salas de juego; pero no jugaban. Tampoco eran éstos muy frecuentados, porque la mayor parte de los mineros se habían dirigido a Dyea, Scagway o Vancouver, antes de que los grandes fríos hicieran la ruta impracticable. Era allí, sobre todo, donde corría la cerveza a ríos.

Era posible incluso que Hunter y Malone se hubieran instalado a pasar el invierno en una de aquellas ciudades. Lo cierto era que

después de la catástrofe de Forty Miles Creek, nadie había vuelto a verlos en Dawson City. Por otra parte, no parecía que se encontraran entre las víctimas del temblor de tierra identificadas gracias a la labor de la policía canadiense y de la policía americana.

Evidentemente, en aquellos días, azotados a menudo por tempestades de nieve, Summy Skim y Neluto no podían ir de caza, lo que lamentaban vivamente, porque los osos venían a merodear hasta los alrededores de Dawson City.

En cuanto a las enfermedades que se propagaban debido al excesivo descenso de las temperaturas, no dejaban de diezmar la ciudad. El hospital no bastaba para recibir a todos los enfermos, que eran inmediatamente reemplazados por otros en cuanto la muerte los llevaba al cementerio, y en la habitación que ocupaba Jacques Laurier no tardaría en quedar libre una plaza.

La verdad es que no le habían faltado cuidados. Era objeto de particular solicitud. Las dos hermanas le dedicaban todas sus atenciones, el doctor Pilcox empleaba todos los medios para devolver las fuerzas a aquel pobre cuerpo agotado. Ben Raddle y Summy Skim lo trataban como a un compatriota. Pero ya no podía soportar ningún alimento, y su vida, a ojos vistas, lo abandonaba de día en día, de hora en hora.

El 27 de noviembre por la mañana, Jacques Laurier fue presa de una violenta crisis. Se temió que no pudiera recuperarse. Se debatía, pese a lo débil que estaba, y hubo que tomar precauciones para mantenerlo en la cama. De su boca se escapaban incesantemente estas palabras:

—¡Allí! ¡Allí! ¡El volcán, la erupción! ¡El oro! ¡La lava es de oro!

Después gritaba como en una llamada desesperada:

—¡Madre! ¡Madre! ¡Lo hago por ti, sólo por ti!

Después de una larga angustia su agitación se calmó, y el desgraciado cayó en un estado de postración. Sólo un ligero aliento manifestaba que aún quedaba algo de vida en él. Pero no parecía que hubiera entrado en agonía. Ciertamente es que, según el doctor, no soportaría una segunda crisis de aquel género, que, de darse, sólo acabaría con su último suspiro.

Durante la tarde, Ben Raddle vino a sentarse a la cabecera del enfermo. No solamente lo encontró más tranquilo, sino que parecía haber recuperado todo el conocimiento. Se había producido una

suerte de mejora, como a menudo sucede en las proximidades de la muerte.

Jacques Laurier había vuelto a abrir los ojos, y su mirada, de una peculiar fijeza, se clavó en Ben Raddle, a quien más particularmente había contado su existencia aventurera. A menudo Ben Raddle le había dicho:

—Mírenos como a amigos, amigos que no le abandonarán. Todo lo que podamos hacer por usted, lo haremos; por su madre, lo haremos.

Y después de haber buscado la mano de Ben Raddle, Jacques Laurier le dijo:

—Atiéndame, voy a morir, mi vida se va, lo sé.

—No, amigo mío, no —respondió el ingeniero—. Recuperará sus fuerzas.

—Voy a morir —repitió Jacques Laurier—. Acérquese, *monsieur* Raddle, escuche y recuerde lo que voy a decirle.

Y con una voz clara, pero que se debilitaba por momentos —la voz de un hombre cuya razón no estaba alterada, en posesión de toda su inteligencia—, le confió a Ben Raddle:

—El mapa que usted ha encontrado en mis papeles... el que me ha mostrado, muéstremelo otra vez.

Ben Raddle obedeció su deseo.

—Este mapa —prosiguió Jacques Laurier—, es el de la región de donde vengo. Allí están situados los yacimientos más ricos de todo el mundo. No se necesita excavar la tierra para encontrar oro. ¡La tierra misma lo arroja de sus entrañas! ¡Sí! Allí, yo he descubierto una montaña, un volcán que encierra una inmensa cantidad de oro. ¡Sí! ¡Un volcán de oro! El Golden Mount.

—¿Un volcán de oro? —respondió Ben Raddle en un tono que dejaba traslucir cierta incredulidad.

—Tiene usted que creerme —exclamó Jacques Laurier con una especie de violencia, intentando incorporarse en su lecho—. Tiene usted que creerme, y si no lo hace por usted, hágalo por mi madre, que sea una herencia que usted compartirá con ella. Yo he subido a ese monte, he bajado a su cráter apagado. Está lleno de cuarzo aurífero, de pepitas... Basta con recogerlas.

Después de aquel esfuerzo, el enfermo volvió a caer en una postración de la que se recuperó al cabo de unos minutos. Su

primera mirada fue para el ingeniero.

—Bien —murmuró—, está usted aquí, siempre aquí, cerca de mí. Usted me cree, irá allí, allí, ¡al Golden Mount!

Su voz era cada vez más débil y Ben Raddle, a quien el enfermo cogía de la mano, se inclinó sobre su cabecera.

—Es allí —decía—, en el punto marcado con una cruz en el mapa, en la región, cerca de ese torrente, el Rubber Creek, que se separa del brazo izquierdo del Mackensie, justo al norte de Klondike. Un volcán cuya próxima erupción lanzará pepitas de oro, cuyas escorias son polvo de oro. Allí... allí...

Y Jacques Laurier, incorporado a medias entre los brazos de Ben Raddle, extendía su mano temblorosa en dirección al norte.

Después, de sus labios lívidos se escaparon estas palabras:

—¡Por mi madre! ¡Por mi madre!

Le agitó una suprema convulsión y cayó inerte en la cama.

Había muerto.

LAS CONSECUENCIAS DE UNA REVELACIÓN



El día siguiente tuvo lugar el entierro de aquel pobre francés. Ben Raddle y Summy Skim lo siguieron hasta el cementerio, donde descansaban ya tantas víctimas de la emigración a los yacimientos de Klondike. Sobre la tumba se plantó una cruz de madera con el nombre de Jacques Laurier, después de que un sacerdote de la iglesia de Dawson City pronunciara las últimas oraciones.

Al regreso, cumpliendo la promesa que le había hecho al difunto, Ben Raddle escribió a aquella desgraciada madre que nunca más volvería a ver a su hijo y envió la carta a Europa, a Francia, a Bretaña, a Nantes.

A nadie asombrará que el secreto relativo al Golden Mount interesara singularmente a Ben Raddle. La duda de que la revelación de Jacques Laurier no descansaba sobre ninguna base cierta no le vino ni por un instante al pensamiento. No ponía en tela de juicio que al borde del Rubber Creek, uno de los afluentes del Mackensie, se levantaba la montaña que el francés y su compañero habían descubierto en el norte del territorio canadiense. Habían reconocido su naturaleza. Era como una enorme bolsa de oro que, un día u otro, se vaciaría por sí sola. Si se producía una erupción arrojaría miles de pepitas, y si no se producía, si el volcán estaba definitivamente apagado, no había más que ir a recogerlas al cráter

del Golden Mount.

Además, parece que existían ricos placeres en las regiones que regaban el Mackensie y sus afluentes. Los indios que frecuentaban los territorios ribereños con el océano Ártico contaban que los cursos de agua arrastraban oro, aunque ninguno había hablado de aquella montaña que figuraba en el mapa de Jacques Laurier. También los sindicatos pensaban en ampliar sus investigaciones hasta la parte del Dominio comprendida entre el mar glacial y el Círculo Polar. Los buscadores meditaban ya sobre la forma de trasladarse allí en la próxima campaña, y los primeros en llegar serían los más favorecidos. Quién sabe si no llegarían hasta ese volcán cuya existencia, Ben Raddle, gracias a las confidencias de Jacques Laurier, era el único que conocía.

Es comprensible que el ingeniero deseara mantenerse al corriente de todas las noticias que circulaban, y el capataz Lorique se inquietaba tanto como él, al no poderse resignar a la pérdida de la parcela de Forty Miles Creek. Por ello, los dos hombres conversaban muy a menudo sobre el tema. Pero Ben Raddle todavía dudaba sobre si debía confiar al capataz el secreto del volcán de oro, e incluso tenía que pensarse si hablaría del asunto con Summy Skim. No corría ninguna prisa. Sólo habían pasado tres meses de los ocho que componen la estación de invierno en Klondike.

Mientras tanto, la comisión dio a conocer el resultado de los trabajos relativos a la modificación de la frontera. De aquellos estudios, realizados con el mayor cuidado, se llegaba a la conclusión de que las reclamaciones no eran admisibles, ni por parte de los ingleses, ni por parte de los americanos. No se había cometido ningún error sobre la línea que tenía que ocupar el meridiano ciento cuarenta y uno al oeste de Greenwich. La frontera entre Alaska y el Dominio, trazada con exactitud, no debía retroceder ni al oeste en provecho de los canadienses, ni al este, en su detrimento, y las parcelas limítrofes no se verían sujetas a ningún tipo de modificación desde el punto de vista de su nacionalidad.

—¡Pues sí que hemos adelantado mucho! —dijo Summy Skim el día que se enteró de la noticia—. Poco importa que la parcela 129 se encuentre en territorio canadiense o en territorio americano, desde el momento que ya no existe.

—Existe bajo la derivación del río Forty Miles Creek —respondió

el capataz que no quería renunciar a toda esperanza.

—¡Bien, Lorique! ¡Vaya pues a explotarla a cinco o seis pies bajo el agua! ¡A menos que un segundo temblor de tierra no vuelva a colocarla en su lugar!

Hablando así Summy Skim se encogía de hombros. Luego añadió:

—Además, si Plutón y Neptuno van a colaborar todavía en Klondike, que sea para acabar de una vez por todas con este espantoso país y transformarlo de arriba a abajo, y sumergirlo para que ya no se pueda recoger ni una pepita.

—¡Oh, *monsieur* Skim! —dijo el capataz.

—Te equivocas hablando así, Summy —dijo entonces Ben Raddle.

—No. Tengo razón. El mundo no iría peor si le faltaran todos los millones de Klondike.

—¡Eh! —replicó Ben Raddle como quien se contiene para no decir más de lo que quiere—. En Canadá, no sólo hay yacimientos en Klondike.

—Pues bien —repuso Skim enojándose un poco—, no exceptúo de la catástrofe a los que estén en otra parte, tanto en Alaska como en el Dominio, y para ser franco, en el mundo entero.

—Pero *monsieur* Skim —repuso el capataz—, el oro es el oro.

—No, Lorique, no es nada y sólo sirve para engañar a la gente, perturbando sus cerebros y produciendo miles de víctimas.

La conversación hubiera podido proseguir mucho tiempo en ese terreno, sin ningún beneficio para los que participaban. En cualquier caso, Summy Skim la terminó concluyendo:

—Además, yo no me ocupo más que de lo que nos concierne, y me basta con que la parcela 129 haya desaparecido para que cojamos el camino de vuelta a Montreal.

Summy Skim no imaginaba que ese proyecto pudiera ser obstaculizado cuando llegara el momento de ponerlo en ejecución.

Todavía estaba lejos el momento, o más bien la época en la que los dos primos podrían emprender el viaje de retorno, sea que siguieran la ruta de los lagos hasta Vancouver, sea que quisieran bajar por el Yukón hasta la desembocadura. El año acababa de terminar. Summy Skim no olvidaría jamás aquella semana de Navidad. Aunque el frío no bajara más de veinte grados bajo cero,

no por eso fue menos abominable. Quizá hubiera sido mejor una bajada de temperaturas más excesiva con viento del norte vivo y seco.

Durante aquella última semana las calles de Dawson City estuvieron casi desiertas. Ninguna iluminación hubiera podido resistir cuando se desencadenaban aquellas ventiscas que las hacían intransitables, y la nieve tenía un espesor de más de seis pies. Por lo tanto, los vehículos y animales no podían circular por ellas, y si el frío retornaba con su intensidad habitual, ni el pico ni la pala lograrían abrir brecha en aquella masa de hielo: habría que emplear barrenas. En algunos barrios, aquellos que colindaban con las orillas del Yukón y del Klondike, varias casas, bloqueadas hasta la altura del primer piso, no tenían más acceso que las ventanas. Afortunadamente las casas de Front Street no se vieron atrapadas en aquella especie de témpanos, y los dos primos hubieran podido salir del hotel de no ser por la circulación, absolutamente imposible. De haber intentado avanzar algunos pasos fuera, se habrían hundido en la nieve hasta el cuello. Aquellas tempestades, conocidas con el nombre de *blizzards*, son, ciertamente, muy frecuentes en invierno en toda Norteamérica, pero no alcanzan la violencia que tienen en el distrito de Alaska y del alto Dominio.

Además, en aquella época del año el día sólo duraba unas horas. El sol aparecía apenas antes y después de mediodía sobre las colinas que rodeaban la ciudad entre levante y poniente. Incluso cuando cesaba la tempestad, sus rayos no llegaban al interior de Dawson City. La ventisca empujaba unos copos tan firmes y tan espesos que la luz eléctrica no llegaba a atravesarlos. Por lo tanto, la ciudad entera se veía sumergida en una oscuridad profunda veinticuatro horas al día.

Las comunicaciones se habían hecho imposibles, y Summy Skim y Ben Raddle permanecían confinados en sus habitaciones. El capataz y Neluto, que ocupaban juntos un modesto albergue en uno de los barrios bajos, no pudieron hacerles ninguna visita, como acostumbraban. Tampoco pudieron ir los dos primos al hospital, donde el doctor Pilcox había tenido que instalarse — afortunadamente para el servicio cotidiano del mismo—. Una vez Summy Skim intentó salir afrontando las ráfagas de viento y estuvo a punto de ser sepultado por la nieve, y no sin trabajo la gente del

Northern Hotel lograron sacarlo sano y salvo. Lo llevaron a su habitación, le dieron friegas y cuando recuperó el conocimiento exclamó:

—¡Tanto hubiera dado pasar el invierno en los noventa grados de latitud! ¡Al menos hubiéramos tenido la gloria de haber puesto el pie en el Polo Norte!

No es preciso decir en Klondike ya no funcionaba ningún servicio. El correo no llegaba, no se distribuían los periódicos, y sin duda, los telegramas se congelaban mientras corrían por los hilos telegráficos. También fue seria la preocupación de que a la gente llegara a faltarle alimento. Sin las reservas acumuladas en los hoteles y en las casas particulares, en previsión de temibles eventualidades, Dawson City hubiera estado expuesta a morir de hambre. Inútil decir que los casinos y las casas de juego estaban inactivos. Nunca anteriormente se había encontrado la ciudad en una situación tan alarmante, y las autoridades no podían hacer nada contra ello. La residencia del gobernador era inaccesible, y tanto en territorio canadiense como en territorio americano, las relaciones administrativas estaban interrumpidas. En cuanto a las víctimas que las epidemias provocaban cada día, no había manera de conducirlos a su última morada, y ni siquiera el frío bastaba ya para librarlos de la putrefacción. Si se declaraba la peste, en Dawson City pronto no quedaría ni un solo habitante.

El primer día del año 1899 fue ciertamente espantoso. Durante la noche precedente y durante todo el día, cayó la nieve en tal cantidad que amenazó con acumularse hasta el primer piso de las casas. Algunas, en la orilla derecha del Klondike, sólo dejaban ver el tejado. Parecía que la ciudad entera iba a desaparecer bajo las capas blancas de aquel *blizzard* como habían desaparecido Pompeya y Herculano bajo las cenizas del Vesubio. Si a aquella tormenta sucedía un frío de cuarenta o cincuenta grados bajo cero, aquellas masas se solidificarían, y la ciudad, cuya población hubiera perecido enteramente, sólo volvería a reaparecer cuando tuviera lugar el deshielo, bajo los primeros rayos del sol de mayo o de abril.

El dos de enero se produjo un brusco cambio en las condiciones atmosféricas. Bajo la influencia de un cambio de viento, el termómetro subió bruscamente a cero grados centígrados. Desapareció cualquier temor a que se solidificaran las masas de

nieve. En algunas horas se fundieron, y como suele decirse, había que verlo para creerlo. Pero a consecuencia de ello se produjo una auténtica inundación que causó graves daños. Las calles se transformaron en torrentes, y las aguas, con toda clase de objetos y basuras, se precipitaron hacia los cauces del Yukón y del Klondike, corriendo con gran estruendo por la superficie helada. Desde lo alto de las colinas de alrededor de Dawson City caían avalanchas. La inundación se generalizó en todo el distrito. El Forty Miles Creek creció desmesuradamente y cubrió las parcelas aguas abajo. Fue un nuevo desastre, y si Ben Raddle conservaba alguna esperanza de recuperar la parcela 129, no pudo por menos que abandonarla definitivamente.

En cuanto las calles se hicieron practicables, el capataz y Neluto se presentaron en el Northern Hotel, tan ávidos de recibir noticias de los dos primos, como éstos lo estaban de tener noticias de ellos.

Summy Skim y Ben Raddle se dirigieron después al hospital donde sor Marta y sor Madeleine los recibieron con todas las atenciones. Tampoco el doctor Pilcox había perdido nada de su buen humor habitual.

—Bien —le preguntó Summy Skim—, ¿sigue usted sintiéndose orgulloso de su país de adopción?

—¡Cómo no, *monsieur* Skim! —respondió el doctor—. Klondike es asombroso, sencillamente asombroso. ¡Aunque haya estado a punto de desaparecer bajo la nieve, ha vuelto a surgir y no se encuentra peor que antes! Pero no creo que se tenga memoria de tanta nieve como la que ha caído este año. Ahí tiene usted algo que se quedará para siempre en los recuerdos del viaje, *monsieur* Skim.

—Puede estar usted seguro, doctor.

—Si los grandes fríos hubieran venido antes del deshielo, nos hubiéramos quedado momificados. ¡Eh! ¡Eso sí que hubiera llenado la crónica de sucesos de los periódicos del viejo y del nuevo continente!

—¿Así es como se lo toma usted, doctor?

—Sí, *monsieur* Skim, así es como hay que tomárselo. Eso es filosofía.

—Sí —declaró Summy Skim—, filosofía a cincuenta grados bajo cero.

La ciudad recuperó pronto su aspecto ordinario, y también sus

costumbres, pero durante los días siguientes, innumerables víctimas de la epidemia que no habían podido ser enterradas fueron conducidas al cementerio de Dawson City.

Sin embargo, en el mes de febrero el frío está muy lejos de haber terminado en Klondike. En la segunda quincena fue excesivo. Pero finalmente, tomando algunas precauciones, se podía circular. La temperatura bajó hasta cincuenta grados, lo que no impidió que Summy Skim organizara algunas partidas de caza en compañía de Neluto.

Ben Raddle, el doctor y las hermanas no habían podido disuadirle de que se fuera de batida por los alrededores de la ciudad. A él que no le tentaban las emociones del juego, ni las distracciones del casino, el tiempo se le hacía muy largo. Y un día que le preguntaban con demasiada insistencia respondió lo más seriamente del mundo:

—Pues bien, os prometo que no volveré a cazar, pero únicamente cuando...

—¿Cuándo? —quiso saber el doctor Pilcox.

—Únicamente cuando haga tanto frío que la pólvora no prenda.

Todo aquel mes transcurrió en mejores condiciones, en el sentido de que los *blizzards* fueron menos frecuentes y no se desencadenaron con tanta violencia. Los habitantes de Klondike tuvieron que padecer más bien el nuevo enfriamiento de las temperaturas. Cuando la atmósfera estaba en calma, el frío era todavía soportable, pero cuando el viento que venía del norte, después de haber barrido las regiones del Círculo Polar ártico, soplabla con toda su fuerza, cortaba la respiración, y el aliento se convertía en nieve, y lo más prudente era permanecer en la habitación.

Ben Raddle y Lorique se reunían frecuentemente en la habitación del hotel, y no pasaba día sin que el uno visitara al otro. Cuando Summy Skim volvía de caza con Neluto, la mayoría de las veces los encontraba juntos. Nada más natural que su conversación versara sobre el desastre que había tenido lugar en Forty Miles Creek. Pero hubiera sido abalanzarse hacia una decepción el esperar que la parcela pudiera volverse a poner en explotación alguna vez.

Por ello, Summy Skim se preguntaba con cierta inquietud si su primo y el capataz no conversaban de algún otro asunto, y aquello

le preocupaba.

«¿De qué hablan? —se decía para sí mismo—. ¿Será que Ben no ha tenido bastante, que todavía no se ha hartado de este abominable país? ¿Será que se va a dejar arrastrar por Lorique? ¿Acaso van a querer trabajar en la próxima campaña? ¡Ah! ¡No! Aunque tuviera que emplear la fuerza lo obligaré a partir, como habíamos convenido, en cuanto llegue el Explorador para conducirnos a Scagway. Si llega el mes de mayo y me encuentro aún en esta horrible ciudad será porque el bueno del doctor Pilcox me habrá amputado las dos piernas, e incluso de ese modo haré el camino sobre las nalgas».

Summy Skim seguía ignorando las confidencias que Jacques Laurier había hecho a Ben Raddle. Pero lo que éste no le había dicho, el capataz sí lo sabía. Después de la catástrofe del Forty Miles Creek, el capataz no había dejado de animar al ingeniero para emprender una nueva campaña. Ya que había hecho tantos esfuerzos para venir a Klondike, ¿por qué no intentar comprar otra parcela? Las explotaciones del río Bonanza y del Eldorado seguían dando magníficos resultados. Subiendo aguas arriba se descubrirían nuevos yacimientos que valdrían lo que la parcela 129. En la zona de los Dômes se extendía una vasta región aurífera que todavía no había sido visitada por los mineros. Sus placeres pertenecerían al primero que los ocupara. El capataz se encargaría de reclutar personal, y sin hablar de las parcelas de los ríos, ¿no existían acaso las parcelas de las montañas cuyo rendimiento era a menudo mayor?

Como se puede fácilmente imaginar, el ingeniero prestaba un oído atento a aquellas palabras, y eso era lo que le había conducido a revelar a Lorique el secreto del Golden Mount.

El efecto que produjo aquella revelación sobre el capataz fue el que era que esperar. No puso en duda ni por un instante la realidad así como la importancia de aquel descubrimiento: una parcela, más que una parcela, una montaña que escondía entre sus laderas millones de pepitas, un volcán que entregaba por sí mismo sus tesoros y que no daría más trabajo que agacharse a recogerlos. No se podía dejar escapar la ocasión. No había que dejar para otros los beneficios de una explotación parecida. Los buscadores de oro estaban empezando a dirigirse hacia las regiones altas de Klondike.

Después de Jacques Laurier, canadienses y americanos subirían hacia el Mackensie y sus afluentes; llegarían hasta la montaña. ¡Bastarían algunas semanas para recoger allí más pepitas que las que se habían sacado de todos los tributarios del Yukón durante dos años! ¡No! No había tiempo que perder. Antes de tres meses serían practicables las rutas del norte, y el mejor resultado sería para los más audaces, o para los más advertidos que las siguieran.

Entonces Ben Raddle y el capataz pasaban horas enteras estudiando el boceto trazado por la mano del francés. Lo habían comparado con el mapa general de Klondike. Habían reconocido, por su latitud y longitud, la distancia que separaba el volcán de oro de Dawson City, una distancia que no superaba las doscientas ochenta millas, es decir, alrededor de ciento veinticinco leguas.

—*Monsieur* Raddle —repetía Lorique—, con un buen carro y un buen tiro, se puede subir hasta la desembocadura del Mackensie en unos diez días, y eso a partir de la segunda semana de mayo.

Y mientras el capataz instaba al ingeniero a hacer aquella campaña, Summy Skim se decía para sus adentros sin manifestarlo exteriormente: «¿Qué estará tramando esa pareja?».

Y aunque no estuviera al corriente, no le cabía la menor duda de que aquellas conversaciones tan frecuentes debían tener como objeto alguna nueva expedición, y estaba resuelto a oponerse a ello por todos los medios. Si Ben Raddle no hubiera resultado herido en el temblor de tierra, los dos hubieran estado de regreso en Montreal hacía tres meses. Ahora bien, el regreso estaba decidido, y ya que no había podido efectuarse en el mes de septiembre del año precedente, al menos se efectuaría en el mes de mayo del presente.

Llegó marzo, y se produjeron grandes bajadas de temperatura. Hubo dos días durante los cuales el termómetro marcó sesenta grados centígrados bajo cero. Summy Skim se lo hizo verificar a su primo en el termómetro que había comprado en Vancouver, añadiendo que si «aquello continuaba» la graduación resultaría insuficiente.

Al principio Ben Raddle no dijo nada, pero acabó por responder:

—Es un frío intenso, pero como no hace viento se puede soportar mejor de lo que yo imaginaba.

—¡Sí! De acuerdo, sí, y además es muy sano, y estoy de acuerdo que mata a los microbios por millares.

—Y te añado que además no va a durar demasiado, según ciertas observaciones que hace la gente del país —dijo Ben Raddle—. Según lo que me ha dicho Lorique, se tiene incluso la esperanza de que este año el periodo invernal no será largo, y se podrán reanudar los trabajos a comienzos de mayo.

—Los trabajos... poco nos importa eso a nosotros —declaró Summy Skim—. Aprovecharemos esa precocidad para ponernos antes en marcha. Para esa época, el Explorador ya estará de regreso.

—Sin embargo —observó el ingeniero, que sin duda creía que había llegado la hora de las confidencias—, quizá sea conveniente que antes de partir hagamos una visita a la parcela 129.

—Ben, la parcela 129 recuerda ahora a un viejo casco de navío hundido en el fondo del mar, y no hay razones para ocuparse de ello.

—Sin embargo, son unos cuantos millones perdidos.

—No sé si serán millones o no, Ben, pero que están perdidos, irremediablemente perdidos, de eso no cabe la menor duda. Por lo tanto, no veo la necesidad de volver a ver el Forty Miles Creek, que no haría más que resucitarte malos recuerdos.

—¡Oh! Estoy curado y bien curado, Summy.

—Quizá no tanto como lo aseguras, Ben, y me parece que la fiebre, la famosa fiebre, ya sabes, la fiebre del oro te podría volver si no prestas atención.

Ben Raddle miró a su primo, después giró la cabeza y después, como un hombre que ha tomado una decisión, le dijo:

—Escúchame bien, Summy, y no te enfades en cuanto oigas las dos primeras palabras.

—Al contrario, me enfadaré, y nada podrá retenerme, si haces una alusión cualquiera a un proyecto, o a un retraso —exclamó Summy Skim.

—Escucha, te digo, tengo que comunicarte una confidencia.

—¿Una confidencia? ¿Y de parte de quién?

—De parte de aquel francés que recogiste medio muerto y que trajiste a Dawson City.

—¿Jacques Laurier te hizo una confidencia, Ben?

—Sí, Summy.

—¿Y todavía no me has hablado de ello?

—No, porque me dio la idea de un proyecto que merecía la pena

considerar.

—Veamos primero la confidencia, y después hablaremos del proyecto —respondió Summy Skim, sintiendo perfectamente que ése sería el punto que los enfrentaría.

Ben Raddle le dio a conocer entonces la existencia de una montaña llamada el Golden Mount, cuya situación cerca de la desembocadura del Mackensie y de la costa del océano Ártico había sido exactamente anotada por Jacques Laurier. Summy Skim tuvo que echar un vistazo al croquis y luego al mapa en el que el ingeniero había marcado la situación de la montaña. Se encontraba igualmente señalada en éste la distancia entre la montaña y Dawson City, siguiendo la dirección nordeste, más o menos sobre el meridiano ciento treinta y seis. Finalmente le había comunicado que aquella montaña era un volcán, un volcán cuyo cráter contenía masas de cuarzo aurífero y que encerraba en sus entrañas millares y millares de pepitas.

—¿Y te crees eso de un volcán de *Las mil y una noches*? —preguntó Summy Skim con un tono bastante irónico.

—De *Las mil y una noches*, Summy, por no decir de las mil y un millón —respondió Ben Raddle que parecía decidido a no admitir ninguna discusión sobre ese punto.

—Pues bien —prosiguió Summy Skim—, admito lo del volcán, pero ¿qué nos importa a ti y a mí?

—¿Qué nos importa a ti y a mí? —replicó Ben Raddle animándose—. ¡Cómo! ¿Y no vamos a aprovecharlo? ¿Dejaremos que se aprovechen otros?

Summy Skim, controlándose para conservar su sangre fría, se limitó a responder:

—Así pues, Ben, tienes la intención de aprovechar las revelaciones de Jacques Laurier.

—¿Pero te cabe la menor duda, Summy?

—Pero cuando regresaba de su viaje lo encontramos al borde del camino, y falleció como resultado de la fatiga y de las privaciones.

—Porque lo sorprendió el invierno.

—Además, para ir a explotar esa montaña habrá que subir cientos de leguas hacia el norte.

—Un centenar de leguas, en efecto.

—Pero nuestra salida hacia Montreal está prevista para los

primeros días de mayo.

—¡Pues bien! ¡Se retrasará algunos meses, eso es todo!

—Entonces será demasiado tarde para emprender el camino.

—Si es demasiado tarde, invernaremos por segunda vez en Dawson City.

—¡Eso nunca! —exclamó Summy Skim con un tono tan resuelto que Ben Raddle se creyó en la obligación de detener allí aquella interesante conversación.

Además, tenía la firme intención de proseguirla más tarde, y la prosiguió a pesar de todo lo que pudiera decirle su primo. Los argumentos no le faltaban, y como muy bien puede imaginarse, había encontrado un auxiliar no menos resuelto que él en la persona del capataz. Aquel viaje se efectuaría sin dificultades después del deshielo. En dos meses podrían llegar al Golden Mount, enriquecerse con algunos millones y regresar a Dawson City. Estarían todavía a tiempo para ponerse en camino para Montreal, y al menos la campaña de Klondike no habría sido una pura pérdida.

Además, Ben Raddle esgrimió una última razón. Si Jacques Laurier había hecho aquellas revelaciones no era solamente pensando en él, en Ben Raddle, el francés había dejado allá, en Europa, a una madre que adoraba; una pobre y desdichada mujer para la cual había querido hacer fortuna, y cuya vejez se vería asegurada si los últimos deseos de su hijo se hacían realidad.

Summy Skim dejó hablar a Ben Raddle sin interrumpirlo, preguntándose quién de los dos, su primo o él, estaba loco —el uno, Ben, por decir cosas tan desmesuradas, y el otro, él mismo, por consentir en escucharlas—. Al fin, cuando el relato terminó y su primo le preguntó lo que pensaba, Summy Skim, que ya no se podía contener, declaró:

—Mira, Ben, vas a hacer que lamente haber prestado auxilio a aquel desgraciado francés, y no dejarle que se llevara su secreto a la tumba.

Por supuesto, muchas veces más volvió a haber múltiples discusiones entre los dos primos, en las cuales el capataz tomaba a menudo parte. Y no era el último en animarse a dar cuerpo a aquel proyecto de subir hasta el Golden Mount. En vano intentó Summy Skim defenderse, y resistirse haciendo valer sus mejores argumentos, recordando las promesas que le habían hecho,

sosteniendo incluso que las revelaciones de Jacques Laurier no tenían un fundamento serio ¡No! Aquello sería una nueva decepción que vendría a añadirse a las demás, sin hablar de los nuevos peligros que habría que correr lanzándose de ese modo a lo desconocido. Después del desastre de Forty Miles Creek, después de la destrucción de la parcela 129, no quedaba otra solución que alejarse de Klondike en cuanto la estación lo permitiera, y ya que, al parecer, se anunciaba que sería precoz, aprovecharían para abandonar lo más pronto posible aquel país atroz.

Pero Ben Raddle persistía. Summy Skim había comprendido perfectamente que había tomado la firme resolución de proseguir la aventura hasta el final. No lograría apartarlo de ello. ¿Se decidiría pues a dejar que se lanzara solo a aquella segunda campaña? ¿Regresaría sin él a Montreal? ¿Con qué inquietud, con qué angustia viviría entonces?

A nadie asombrará que el doctor Pilcox fuera puesto al corriente de aquellas frecuentes e interminables discusiones. Si bien no sabía que se trataba de un volcán de oro, si sabía al menos que en el momento de morir Jacques Laurier había revelado a Ben Raddle el secreto de un importante descubrimiento, un yacimiento de una riqueza prodigiosa situado al norte del Dominio.

Y cuando Summy Skim declaró un día que, decididamente, sabría muy bien cómo impedir que su primo se aventurara en las regiones hiperbóreas el doctor Pilcox respondió:

—No, no se lo puede usted impedir.

—En todo caso no lo acompañaré.

—Sí, usted lo acompañará, mi querido Skim. Usted vino aquí muy a su pesar, de Montreal a Dawson City; y muy a su pesar irá de Dawson City hasta lo más profundo de Klondike, e incluso si Ben Raddle lo quiere, al Polo Norte.

¡El excelente doctor Pilcox tenía toda la razón con aquellas palabras!

CIRCLE CITY



Como es bien sabido, las riquezas de Alaska y del norte del Dominio no se limitan a los yacimientos auríferos de Klondike. Estos últimos no iban a tardar en ser objeto de una explotación a ultranza. Los precios de las concesiones en la parte del distrito que regaban el río Bonanza y sus tributarios habían llegado a ser inalcanzables. Los sindicatos americanos e ingleses se los disputaban a golpes de dólar y de libra. Aunque estuvieran lejos de haberse agotado, pronto sería imposible, salvo para las sociedades poderosas, adquirir nuevas concesiones, ya fuera en los ríos o en las montañas, incluso en la región de los Dômes y los territorios surcados por los afluentes del curso alto del Yukón. Los buscadores, en grupo o individualmente, se verían obligados a ampliar sus exploraciones hasta las comarcas del norte bajando por el Mackensie y el Porcupine. Por otra parte, se podía estar seguro de que no retrocederían ante ningún género de fatiga ni ante ningún peligro. La avidez humana no conoce obstáculos.

Se ha de observar, además, que las ambiciones de los mineros se alimentaban de toda clase de rumores. El campo era amplio para la ambición y también para las decepciones, en aquellas comarcas lejanas, más desconocidas aún de lo que lo eran Australia, California o Transvaal en la época de sus primeras explotaciones. Llegaban noticias traídas no se sabía por quién, procedentes de no

se sabía dónde. En particular, circulaban gracias a aquellas tribus indias que recorrían las vastas soledades del norte en los confines del océano Ártico. Incapaces de utilizar los yacimientos por cuenta propia, aquellos indígenas intentaban ponerse al servicio de los emigrantes, ya como guías, ya como obreros, atrayéndolos hacia las regiones septentrionales. De creerlos, los torrentes auríferos se multiplicaban en la parte de Norteamérica que se extiende más allá del Círculo Polar. A veces, aquellos indios traían muestras de pepitas que habían recogido en los alrededores de Dawson City y que pretendían haber recogido en territorios situados más allá del paralelo sesenta y tres. Resultan comprensibles los grandes deseos de los mineros, tan a menudo decepcionados en sus esperanzas, de tomar aquellos hallazgos como auténticos, y grande también, irresistible, la tentación de aventurarse en aquellos placeres todavía inexplotados.

Conviene también mencionar que ya se había acreditado la existencia de un volcán aurífero en Klondike, casi desde los primeros años, cuando Ogilvie y sus compañeros, al realizar el catastro, descubrieron los primeros yacimientos de Dawson City. Es posible que aquel rumor empujara al francés Jacques Laurier a determinar su situación exacta, y después, a explotarlo personalmente; igual que era posible que no fuera él solo el único en hallarse en posesión de aquel secreto, aunque tuviera serias razones para pensarlo. ¿Por qué no habrían podido localizar también otros aventureros la posición del Golden Mount después de que él hubiera dejado el estuario del Mackensie?

En cualquier caso, parecía cierto que fuera de Ben Raddle y los suyos, nadie pensaba en lanzarse en pos de las huellas de Jacques Laurier. Pero, repetimos, la leyenda del volcán de oro no dejaba de tener partidarios, y puesto que algunos mineros se disponían a buscar fortuna en las regiones septentrionales del Dominio, quizá aquello que hasta entonces sólo era una hipótesis se convertiría en una realidad.

Es comprensible, por lo tanto, que el ingeniero temiera que alguien se le adelantara en su proyecto de subir hasta el litoral del océano Ártico, y estuviera impaciente por ponerse en marcha, hiciera lo que hiciera Summy Skim para apartarlo de ello.

Se sabía que algunos emigrantes habían intentado ya descubrir

nuevos placeres a lo largo del Yukón, aguas abajo de Dawson City, ya que la parcela 127, la parcela 129 y algunas más en el Forty Miles Creek, actualmente destruidas, ocupaban las orillas del curso inferior. Incluso algunos, sobre todo americanos, se habían dirigido hacia Circle City, y entre otros había que recordar a los dos tejanos, Hunter y Malone.

Como ya ha sido relatado, al comienzo de aquella campaña, los tejanos habían trabajado en los yacimientos de Circle City en Alaska, a lo largo de las orillas del Birch Creek, un afluente del Yukón por su margen izquierda. Aquella explotación no había dado más que resultados mediocres, y habían regresado a la parcela 127, cuya concesión les pertenecía desde hacía un año. Sobrevino la catástrofe del Forty Miles Creek, el temblor de tierra que provocó la inundación, la inundación que sumergió las parcelas bajo los torrentes del nuevo río y trajo la destrucción completa de los yacimientos limítrofes con la frontera.

Ni Hunter, ni Malone, ni ninguno de sus hombres fueron personalmente víctimas de aquel desastre, y si bien su propiedad fue destruida, al menos ellos pudieron salir sanos y salvos. Como habían decidido dirigirse inmediatamente a Circle City después de haber reconocido que las consecuencias del desastre eran irreparables, se llegó a pensar que habían perecido en el cataclismo.

Es fácil imaginar que en aquellas circunstancias, Hunter ya no pensaba en su asunto pendiente, en el proyectado encuentro con Summy Skim, lo mismo que Summy Skim, por su lado, tampoco pensaba en ello, y al parecer el asunto no tendría consecuencias.

Cuando los tejanos se encontraron en los yacimientos de Circle City, la buena estación duró todavía un par de meses, y sólo terminaría a comienzos de septiembre. Por lo tanto, reanudaron con su personal la explotación abandonada. No habían sido afortunados comprando aquel placer. Los beneficios no superaban los gastos, y si Hunter no poseyera otros recursos procedentes del juego, sus compañeros se hubieran visto muy apurados durante el invierno siguiente, es decir los ocho meses que tenían que pasar en Klondike.

Una circunstancia particular —que a nadie sorprenderá tratándose de quien se trataba— iba a librarlos de todo cuidado a ese respecto.

Aquellos hombres violentos habían acabado en discusiones y

querellas siempre que habían estado en contacto con sus semejantes, americanos o no. Con aquella insólita pretensión de imponer su voluntad a todo el mundo, de no respetar los derechos de nadie, de comportarse allí como en un país conquistado, no cesaban de verse mezclados en malos asuntos. Ya se ha visto el cariz que habían tomado las cosas en las parcelas de Forty Miles Creek. Antes de su llegada, la gente de la parcela 127 ya había intentado provocar a los de la parcela 129, y la presencia de Hunter y Malone había envenenado la situación.

Eso mismo sucedió en la parcela de Birch Creek. Aunque no se metieron con los forasteros, sus compatriotas tuvieron al menos que soportar su mala fe y su violencia.

Sucedió lo siguiente: el gobernador de Alaska se vio obligado a intervenir, y a intervenir contra ellos. La policía, y después la justicia, tomaron cartas en el asunto. Tras una escaramuza entre la policía y los hombres de Hunter, todos —patrones y obreros— fueron arrestados, condenados a diez meses de cárcel y encerrados en la prisión de Circle City.

En aquellas condiciones, si los tejanos y sus compañeros no tenían por qué preocuparse por su alojamiento para el invierno, tampoco la cuestión de los alimentos debía preocuparlos. Las autoridades consideraron incluso que era inútil trasladarlos a Sitka, capital de Alaska, de modo que cumplirían su pena en Circle City.

Por lo tanto, Hunter y Malone tuvieron que renunciar a los placeres de todo tipo que se solían reservar para los meses de invierno en Vancouver, Scagway o Dawson City, y no se pudo señalar la presencia de estos «honorables» tejanos en ninguno de los casinos de las tres ciudades.

Mientras estuvieron encarcelados, Hunter y Malone tuvieron tiempo de pensar en el porvenir. ¿Qué harían con su gente y qué haría aquella gente cuando salieran de prisión? No podían esperar reanudar la explotación de la parcela de Forty Miles Creek. La del yacimiento de Circle City sólo daba resultados insuficientes. No tardarían en agotar sus recursos si no daban con algún buen negocio, y, sin escrúpulos, sin prejuicios, sin el más mínimo sentido moral, no tenían que hacerse los difíciles. Sus compañeros harían lo que ellos quisieran, los acompañarían adonde se propusieran conducirlos, aunque se tratara de las regiones más alejadas de

Alaska o del Dominio, antes que regresar a sus países de origen, que probablemente habían abandonado perseguidos por alguna decisión de la justicia.

Sí, Hunter y Malone podían contar con la fidelidad de aquella banda de aventureros que habían estado reclutado desde hacía ya varios años. Es verdad que aquella vez se les había echado encima la mala suerte. La policía de Alaska no había tenido más paciencia que la policía canadiense. Habían sido encarcelados y con aquella condena el país había podido librarse de ellos durante cierto tiempo.

Pero la condena impuesta terminaría con la vuelta de la buena estación y entonces, ¿qué harían ellos? ¿Se presentaría alguna ocasión que intentarían aprovechar?

La ocasión se presentó, y veamos cómo.

Entre todos los prisioneros con los que los tejanos compartían la vida en la prisión, Hunter había reparado en un indio, llamado Krasak, que por su parte parecía haberse fijado muy especialmente en Hunter. Eran simpatías muy naturales entre bribones que se apreciaban. Aquellos dos hombres estaban hechos para comprenderse y pronto se estableció entre ellos cierta intimididad.

Aquel Krasak tenía unos cuarenta años, era rechoncho, vigoroso, de mirada cruel y fisonomía huraña, un aspecto que, a fin de cuentas, complacía tanto a Hunter como a Malone.

Aquel indio había sido condenado por robo y su pena debía prolongarse varios años todavía. Era originario de Alaska, y conocía bien aquellas regiones, que había recorrido desde su juventud. Hubiera podido ser, sin duda alguna, un excelente guía, y se hubiera podido confiar en su inteligencia si toda su persona no inspirara una justificada desconfianza. Los mineros a cuyo servicio había estado siempre habían tenido motivos para quejarse de él, y como consecuencia de un robo importante, precisamente en las explotaciones de Birch Creek, había sido encarcelado en la prisión de Circle City.

Sin embargo, en el curso de los primeros meses, Hunter y el indio guardaron cierta reserva el uno respecto al otro. Se observaban con insistencia. Hunter había creído comprender que Krasak^[21] quería hacerle alguna confidencia y él esperaba. Por otra parte, no se engañaba pensando que aquel indio, que había

frecuentado durante tanto tiempo todos aquellos territorios de la alta Alaska y del alto Dominio, podría serle útil, y le proporcionaría información sobre aquellas regiones.

Y en efecto, un día el indio le habló de sus peregrinaciones a través de aquella parte casi desconocida de Norteamérica cuando se hallaba como guía al servicio de los agentes de la Compañía de la bahía del Hudson. Se trataba precisamente de la comarca comprendida entre Fort Yukon, regada por el río Porcupine, Fort Macpherson y el océano Ártico.

Lo que a Hunter más le interesaba saber era si más arriba del Círculo Polar se podían encontrar yacimientos. Había tenido conocimiento de algunos relatos difundidos por los indios y quizá Krasak podría darle una información exacta.

Pues bien, precisamente aquel indio había pergeñado un proyecto para cuya ejecución se hacía necesaria la intervención de los tejanos. Hunter y sus compañeros serían puestos en libertad al cabo de pocos meses, mientras que a él le quedaban varios años. Quería, por lo tanto, que el tejano le prestara su ayuda cuando hubiera salido de la cárcel facilitándole su evasión. Le hubiera sido difícil escapar solo. Con ayuda venida del exterior, la tentativa tenía posibilidades de éxito.

De ello se deduce que Krasak sólo contó lo necesario para excitar los deseos de Hunter. Se expresaba en un inglés bastante comprensible, dadas las relaciones que había tenido al servicio de la Compañía de la bahía del Hudson.

—Sí —dijo un día—, en el norte y en las cercanías del océano se encuentra oro en abundancia; no pasará mucho tiempo y los mineros se contarán por miles en el litoral oceánico.

—Pues bien —respondió Hunter—. Sólo queda una cosa por hacer y es tomarles la delantera.

—Sin duda —replicó Krasak—, pero hay que conocer la situación de esos yacimientos.

—¿Y tú la conoces?

—Conozco varias, pero la región es difícil; uno puede perderse y deambular durante meses enteros, y pasar cerca de las parcelas sin verlas. ¡Ah! ¡Si yo estuviera libre!

Hunter lo miró a la cara.

—¿Y qué harías si estuvieras libre? —preguntó.

—Iría adonde me dirigía cuando me cogieron —respondió Krasak.

—A por alguna miserable pepita que te había tentado cuando pasabas por alguna parcela para quedarte con ella.

—Las pepitas son de todos —declaró el indio.

—Sin duda —replicó Hunter, que quería seguir interrogando a aquel hombre—, pero cuando todavía no se las ha descubierto.

—Sí —afirmó Krasak, que evidentemente tenía ideas muy personales sobre el derecho de propiedad—. ¡Pero eso me ha costado que me encierren aquí! ¡Ah! ¡Si yo estuviera en libertad! —repitió alzando el puño en dirección al norte.

—Pero ¿adónde ibas cuando la policía te puso la mano encima?

—Allí, donde el oro se recoge en carretillas —respondió el indio.

Hunter lo asedió a preguntas, pero inútilmente, porque Krasak no desveló nada más.

Hunter no ignoraba la leyenda del Golden Mount. Pero siguiendo el ejemplo de la mayoría de los mineros, no creía en ella en absoluto. Quizá pensó que el indio aludía a ella, lo cual, en su opinión, era hacerse falsas ilusiones. Sin embargo, Krasak nunca dijo la menor palabra que se refiriera a aquella montaña tan famosa en las leyendas de Klondike como inverosímil. ¿Era por ignorancia, o era por prudencia? Y en suma, ¿se hallaba él acaso en el secreto de aquel descubrimiento que Jacques Laurier creía haber poseído solo? Nadie hubiera podido decirlo. Pero lo que parecía fuera de toda duda, tanto a ojos de Hunter como de Malone, que fue mantenido al corriente de aquello, era que Krasak conocía diversos yacimientos situados en las cercanías del océano Ártico, y ambos tuvieron la misma idea: era necesario sacar de aquel indio todo lo que sabía, con vistas a emprender una campaña en cuanto ellos y sus compañeros hubieran salido de la cárcel.

De ahí aquellas interminables conversaciones durante las horas de ocio. Sin embargo, aunque el indio siguió mostrándose igualmente seguro en lo relativo a la existencia de los placeres, no soltó palabra respecto a su situación exacta en la costa cerca del océano Ártico.

Llegaron las últimas semanas de abril, trayendo el final de un invierno que fue tan duro en Circle City como lo había sido en Klondike, con sus espantosos *blizzards* y sus fríos excesivos. Los

prisioneros habían sufrido mucho. Hunter y sus compañeros tenían grandes prisas por verse puestos en libertad, resueltos como estaban a emprender una expedición hacia las regiones altas del continente americano.

Pero si ellos no tenían la perspectiva de un largo encarcelamiento, si ellos debían ser liberados en algunas semanas, no era éste el caso de Krasak, a quien todavía le quedaban varios años por purgar en la prisión de Circle City, si no lograba evadirse. Y como para evadirse necesitaba la ayuda de Hunter, se lo pidió, prometiéndole entrar a su servicio y conducirlo a los yacimientos que conocía en el norte de Klondike.

En efecto, la fuga sólo era posible abriendo un pasadizo bajo uno de los muros del patio que separaba por aquel lado la prisión de la ciudad. Ahora bien, aquella abertura no podía practicarse desde el interior sin la ayuda de herramientas y también sin atraer la atención de los guardianes. Pero desde el exterior, por la noche, tomando ciertas precauciones, parecía que aquel trabajo sería posible.

Por lo tanto, se cerró el trato. El 13 de mayo llegó a su término la condena de Hunter y de su banda, y se separaron de Krasak.

El indio sólo tuvo que mantenerse bien alerta. Como no estaba encerrado en un calabozo, le sería fácil abandonar el dormitorio común y deslizarse por el patio sin ser observado.

Eso fue lo que hizo a la noche siguiente, y tendido al pie del muro, esperó.

Tuvo oportunidad de ejercitar su paciencia, porque a sus oídos no llegó ningún ruido entre la puesta y la salida del sol.

Hunter y Malone todavía no habían podido reaccionar. Quizá la policía, extrañada de no verlos abandonar inmediatamente Circle City, quería tenerlos bajo vigilancia. Por lo tanto, tenían que tomar ciertas precauciones para ayudar a fugarse al indio. En cuanto a las herramientas, éstas no faltaban, ya que poseían picos y palas de su última campaña, y las encontraron en el albergue donde se habían hospedado y donde volvieron a alojarse al salir de la cárcel.

Además, aquella pequeña población ya daba muestras de ir animándose. Los mineros de los yacimientos de Alaska en el curso inferior del Yukón, comenzaban a acudir en aquella segunda quincena del mes de mayo, ya favorable gracias a la precoz llegada

del buen tiempo.

La noche siguiente, a partir de las diez, Krasak pudo volver a ocupar su puesto al pie del muro. Comenzaba a caer la oscuridad y una brisa bastante fuerte soplabla del norte.

Hacia las once, pegando la oreja al suelo, el indio creyó oír un ruido en la base del muro.

No se equivocaba. Hunter y Malone se habían puesto manos a la obra. Estaban cavando un túnel a golpe de pico, a fin de pasar bajo el muro sin tener que desplazar las piedras.

Por su parte, ayudándose de las manos, Krasak empezó a cavar el suelo en cuanto reconoció el lugar escogido. Los tejanos debían de oírle trabajar como él mismo los estaba oyendo a ellos.

No se produjo ninguna alerta. La atención de los guardianes no se vio atraída hacia el patio, ni tampoco la de ningún otro prisionero, pues aunque tenían la facultad de utilizarlo por la noche, el viento frío y vivo los retenía en el interior de la sala de donde Krasak había podido salir sin ser observado.

Finalmente, un poco después de la medianoche, el pasadizo quedó terminado, y era lo bastante ancho como para que un hombre de corpulencia ordinaria pudiera introducirse por él.

—¡Vamos! —dijo una voz que era la de Hunter.

—¿No hay nadie fuera? —preguntó el indio.

—Nadie.

Algunos instantes después, Krasak atravesó el orificio; al fin libre.

Por aquel lado se extendía una vasta llanura todavía sembrada con las últimas placas de nieve, más allá del codo que describe el Yukón, cuya orilla izquierda ocupa Circle City.

Ya se había producido el deshielo y el río arrastraba témpanos. Una barca no se hubiera podido aventurar sin riesgos, y además, Hunter no hubiera podido procurarse una embarcación sin suscitar desconfianza.

Por otro lado, el indio no era hombre que se sintiera preocupado por tan poca cosa. Sabría saltar sobre un témpano a la deriva cerca de la orilla, y si era necesario, saltar sobre otro hasta alcanzar la orilla derecha. Una vez allí, todo el campo se abría delante de él, una comarca desierta que él conocía, y se encontraría ya muy lejos cuando su fuga fuera descubierta por los guardianes.

Era importante que el fugitivo se encontrara lejos de su alcance antes de que se levantara el sol y, por lo tanto, no había minuto que perder.

Hunter dijo:

—¿Todo está en orden?

—En orden —respondió Krasak.

—¿Dónde nos reuniremos?

—Como hemos dicho, a diez millas de Fort Yukon, a orillas del río Porcupine.

En efecto, eso era lo que había sido convenido entre ambos. En dos o tres días, Hunter y sus compañeros saldrían de Circle City y se dirigirían hacia Fort Yukon, situado aguas abajo hacia el noroeste, a [...] leguas. Después, remontarían desde allí el curso del Porcupine hacia el noreste hasta el lugar donde los estaría esperando el indio. En cuanto a éste último, después de haber franqueado el gran río, se dirigiría hacia el norte, en línea recta hacia su afluente.

Pero Krasak no podía partir sin dinero, y Hunter le entregó unos veinte dólares. Tampoco podía aventurarse en aquellos territorios sin estar en condiciones de defenderse contra los bandidos, o contra los animales, y Hunter le entregó un fusil, un revólver y una cartuchera suficientemente abastecida.

Después, en el momento de separarse, repitió:

—¿Todo está convenido?

—Todo.

—Tú nos conducirás —dijo Malone—. Derecho a los placeres.

Y añadió:

—¿Y quién sabe? ¡Quizás al Golden Mount!

Era la primera vez que hablaba del volcán de oro. ¿Creía, por lo tanto, en su existencia... o incluso lo conocía?

Se estrecharon las manos. Después Krasak saltó sobre un témpano que fue arrastrado por la corriente al salir de un remolino. A pesar de la oscuridad, Hunter y Malone pudieron verlo pasar de un témpano a otro y al fin poner pie en la orilla derecha del río.

Regresaron a su albergue, y al día siguiente empezaron los preparativos para aquella nueva campaña.

Evidentemente, la evasión del indio se supo desde la mañana siguiente. Pero las investigaciones de la policía resultaron vanas, y además, jamás tuvieron la sospecha de que los tejanos hubieran

favorecido aquella fuga.

Tres días después, Hunter y sus compañeros, unos treinta hombres en total, se embarcaron con un material muy reducido a bordo de una barcaza, una especie de gran chalupa construida para resistir a los choques del deshielo para descender por el río hasta Fort Yukon. Era más o menos la misma distancia que separa Fort Selkirk de Dawson City, es decir, [...] leguas, y la recorrieron en cuarenta y ocho horas.

El día 22, después de haberse aprovisionado de nuevo en Fort Yukon, con el trineo cargado de víveres y arrastrado por un vigoroso tiro de perros, la caravana remontó por su orilla el río Porcupine en dirección nordeste. Si el indio era puntual a la cita convenida, lo encontrarían aquella misma noche.

—Esperemos que esté allí —dijo Malone.

—Lo estará —respondió Hunter—. Nadie cumple mejor sus promesas que la gente de su especie.

El indio estaba donde tenía que estar, y bajo su dirección, la banda continuó subiendo por la orilla izquierda de aquel importante afluente del Yukón bajo su dirección.

DESCUBRIMIENTOS



Estaba pues escrito en el libro indestructible del destino que Summy Skim, después de haber acompañado a Ben Raddle hasta Klondike, lo acompañaría hasta las latitudes más altas de América del Norte. Había esgrimido todos los argumentos contra aquella nueva campaña, y del mismo modo había hecho todas las recriminaciones posibles. Nada había podido modificar los proyectos del ingeniero, y a menos de quedarse esperándolo en Dawson City —y Skim no hubiera tenido la paciencia necesaria para ello—, o de emprender el camino de retorno a Montreal —y Skim no habría podido decidirse—, el resultado era que se veía obligado a seguir a su primo a la conquista del Golden Mount.

—Ceder la primera vez es exponerse a ceder la segunda —repetía—, y quién sabe si no será necesario ceder la tercera. ¡Sólo puedo reprochármelo a mí mismo! ¡Ah! ¡Green Valley! ¡Qué lejos estás, Green Valley, y cuánto más lejos estarás dentro de unas semanas!

Es conveniente señalar que, gracias a la precocidad de la estación, el Explorador estuvo de vuelta en Dawson City en los primeros días de mayo. El paso del Chilkoot, la navegación a través de los lagos y sobre el río Lewis, habían podido efectuarse más temprano y en condiciones más favorables. Conforme a la resolución tomada, Bill Stell venía a ponerse a disposición de los

dos primos para conducirles de vuelta a Scagway, desde donde el vapor los llevaría a Vancouver.

Bill Stell no se mostró demasiado sorprendido al enterarse de los proyectos de Ben Raddle. Bien sabía que cualquiera que ponía el pie en aquel suelo de Klondike corría el riesgo de echar raíces allí, y si el ingeniero todavía no había llegado a aquel extremo, al menos no parecía que estuviera a punto de hacer su maleta y volverse a Montreal.

—Así pues... —dijo el Explorador a Summy Skim.

—Sí, así es, mi buen Bill.

Aquella fue la única respuesta que obtuvo el Explorador.

Pero Summy Skim tuvo ocasión de demostrar su satisfacción cuando se enteró de que Bill Stell había aceptado formar parte de aquella nueva campaña.

En efecto —y aquella había sido una buena idea—, Ben Raddle no creyó que debiera ocultar al Explorador, el cual poseía toda su confianza, cuál era la finalidad de la expedición. Lo que había callado a los demás, incluso al doctor Pilcox —esto es, el secreto de Jacques Laurier—, no dudó en confiárselo a Bill Stell.

Al principio, éste se negó a creer en la existencia del Golden Mount. Conocía aquella leyenda y no podía admitir que se le concediera el menor crédito. Pero cuando Ben Raddle terminó de comunicarle todas las informaciones que había recibido de Jacques Laurier, cuando le enseñó el mapa en el que figuraba el volcán de oro señalado con toda precisión, el Explorador empezó a prestar atención, y tan absoluta era la opinión del ingeniero sobre aquel tema, que acabó por compartirla.

—Pues bien —le dijo Ben Raddle—, ya que hay riquezas incalculables, ¿por qué no iba a tener usted la parte que le corresponde?

—¿Me propone que lo acompañe al Golden Mount? —replicó el Explorador.

—Más que acompañarnos, Explorador, se trata de guiarnos, ya que usted ha recorrido esos territorios del norte. Usted tiene el material necesario para esa campaña: vehículos, tiros... Si fracasamos, pagaré generosamente sus servicios. Si alcanzamos nuestro objetivo, ¿por qué no iba a llevarse usted también un buen puñado de esa caja fuerte volcánica?

Pues bien, por muy filósofo que fuera, el Explorador se sintió atraído. Lo cierto es que nunca se le había presentado una ocasión parecida, y tenía por seria la revelación del francés.

Sin embargo, le espantaba la duración del viaje. Después de haber reconocido que el mejor itinerario pasaba por Fort Macpherson, que ya había visitado, declaró que la distancia no sería inferior a doscientas veinte leguas.

—Bien —replicó el ingeniero—. Es más o menos la distancia que separa Scagway de Dawson City, y no nos hemos muerto al hacerlo.

—Sin duda, *monsieur* Raddle, y añadiré que la región es menos difícil entre Dawson City y Fort Macpherson. Pero más allá, para llegar a la desembocadura del Mackenzie...

—Habrà a lo más un centenar de leguas —declaró Ben Raddle.

—En total unas trescientas cincuenta leguas —dijo Bill Stell.

—Que podremos recorrer en cinco o seis semanas —afirmó el ingeniero—, y estaríamos de regreso en Dawson City antes del invierno.

Sí, todo aquello era posible, a condición de que no sobreviniera ninguna de aquellas enojosas eventualidades tan frecuentes en las altas latitudes.

Es conveniente observar que a instancias de Ben Raddle, se añadieron el capataz Lorique y Neluto, que había vuelto a ver con placer a su jefe Bill Stell. Y por qué no confesar que Summy Skim también habló en el mismo sentido, y con un tono de lo más persuasivo. Desde el momento en que la resolución del viaje estaba tomada, la participación del Explorador era muy valiosa y aumentaba las posibilidades de éxito.

En cuanto a Neluto, aquella expedición le sonreía. A él y a Summy Skim se les ofrecerían buenas oportunidades de caza en aquellos territorios hasta entonces apenas visitados.

—Queda por saber para quién —observó Summy Skim.

—Para nosotros —respondió Neluto algo asombrado por aquella respuesta.

—A menos que no seamos nosotros la presa de caza, porque es muy posible que esa región no sea muy segura, y que esté frecuentada por toda clase de malhechores.

Los preparativos se hicieron rápidamente. El Explorador y sus hombres estaban dispuestos a partir hacia el norte como hacia el sur

con todo su material: carros, canoas portátiles, tiendas, tiros de mulas, preferibles a los tiros de perros, porque no les puede faltar alimento en aquellas llanuras verdosas. En lo referente a los víveres, sin contar con el producto de la caza y la pesca, fue fácil procurarse carne y verduras en conserva, té, café, harina, azúcar, aguardiente, para varios meses. Dawson City acaba de ser abastecida por las empresas que servían a los yacimientos de Klondike en cuanto se restablecieron las comunicaciones entre esta ciudad y Scagway y Vancouver. Tampoco faltarían las municiones, y si hubiera necesidad de recurrir a las carabinas, no les faltarían cartuchos.

Bajo la dirección del Explorador, la caravana iba a componerse de los dos primos, el capataz Lorique, Neluto con su tartana y su caballo, seis canadienses que habían trabajado en la parcela 129 y nueve canadienses al servicio de Bill Stell: en total, dieciséis personas que bastarían para la explotación del Golden Mount. Según las informaciones proporcionadas por Jacques Laurier, todo el trabajo se reduciría a recoger las pepitas amasadas en el cráter del volcán.

Se puso tanta diligencia en preparar aquella campaña, cuyo objetivo sólo conocían Ben Raddle, Summy Skim, el Explorador y Lorique, que se pudo fijar la salida para el día 6 de mayo.

No es de extrañar que Ben Raddle, antes de salir de Dawson City para aquella nueva expedición, quisiera informarse una vez más sobre el estado de las parcelas de Forty Miles Creek. Por orden suya, Neluto y el capataz fueron al lugar donde nacía la nueva derivación que corría hacia el norte.

La situación era la misma. La parcela 129, lo mismo que la 127 y otras a lo largo de la frontera, estaban sumergidas. Un nuevo río corría por el cauce que había abierto el temblor de tierra. Desviarlo hubiera sido una tarea tan considerable y tan costosa que no valía la pena emprenderla, y nadie pensaba en hacerlo. Lorique regresó pues con la certeza de que había que abandonar cualquier esperanza de volver a explotar aquellos yacimientos.

Los preparativos fueron concluidos en la tarde del día 5 de mayo. En aquella última velada, la de los adioses, Summy Skim y Ben Raddle fueron al hospital a despedirse de la madre superiora y de las dos religiosas. Sor Marta y sor Madeleine veían con bastante aprensión que sus compatriotas se aventurasen a través de aquellos

territorios del norte donde el francés Jacques Laurier y Harry Brown habían sufrido tantas miserias que les habían hecho perecer.

Ben Raddle tranquilizó a las dos hermanas lo mejor que pudo, y Summy Skim quiso mostrar la misma confianza que su primo. Además, antes de que acabara el buen tiempo, la pequeña caravana estaría de vuelta sana y salva en Dawson City, y si regresaba «aplastada», sería bajo el peso de las pepitas.

En cuanto al doctor Pilcox simplemente dijo:

—Yo... estoy encantado de verlos camino del norte. Si hubieran tomado la ruta del sur sería para regresar a Montreal, y no nos hubiéramos vuelto a ver en Klondike. Al menos cuando regresen de allí nos volveremos a ver.

—¡Dios lo quiera! —murmuró sor Madeleine.

—¡Que Él les guíe y les traiga de vuelta! —añadió sor Marta.

—¡Así sea! —dijo la madre superiora.

A la mañana siguiente, sobre las cinco de la madrugada, la caravana salía de Dawson City por el barrio alto de la orilla derecha del Klondike, dirigiéndose hacia el nordeste.

El tiempo era el mejor que se hubiera podido desear, con un cielo limpio, la brisa suave, la temperatura solamente de unos doce grados bajo cero. La nieve se había fundido en gran parte y sólo quedaban algunas placas de blancura deslumbrante sobre la hierba.

No hay que decir que el itinerario había sido cuidadosamente trazado. Ben Raddle, Lorique y el Explorador habían traspasado cuidadosamente al mapa general del país las indicaciones suministradas por el boceto de Jacques Laurier. Además, no debe olvidarse que el Explorador ya había realizado el viaje de Dawson City a Fort Macpherson, y se podía confiar en la fidelidad de sus recuerdos en lo relativo a las doscientas veinticinco leguas que separaban aquellos dos puntos.

Era, en suma, un territorio bastante llano, atravesado por algunos ríos, primero afluentes o subafluentes del Yukón o del Klondike, después, más allá del Círculo Polar ártico, afluentes o subafluentes del río Peel, que corre al pie de las Montañas Rocosas antes de verter sus aguas en el Mackensie.

Por lo tanto, durante aquella primera parte del viaje, entre Dawson City y Fort Macpherson, el camino no presentaba grandes dificultades. Después del deshielo de las últimas nieves, los ríos

bajarían con su menor estiaje, y sería fácil franquearlos por los vados, conservando, sin embargo, suficiente agua para cubrir las necesidades de la pequeña tropa. Una vez que hubieran alcanzado el río Peel, unas cien leguas antes de Fort Macpherson, decidirían en qué condiciones efectuarían la segunda mitad de su itinerario.

¿Por qué no confesarlo? Todos, exceptuando quizás a Sum my Skim, poco confiado y con razones para no serlo, todos iban llenos de esperanza. ¿No es acaso un sentimiento humano, que no debería asombrarnos? Ben Raddle, Lorique, Neluto, Bill Stell incluso, que nunca había creído en la existencia del Golden Mount, lo admitían ahora en virtud de las afirmaciones claras y precisas del francés Jacques Laurier. El Explorador, más que cualquier otro, no por avidez sino por curiosidad, ardía en deseos de recorrer aquel famoso volcán, y no dejaría nada al azar con tal de lograrlo.

Al salir de Dawson City, la tartana, conducida por Neluto, en la que se habían instalado los dos primos, avanzó a paso rápido. Pero tuvo que ir más lentamente, porque las carretas cargadas no hubieran podido seguirla. Sin embargo, fue posible prolongar aquellas primeras etapas sin fatigar demasiado a los hombres ni a los animales. La vasta llanura no presentaba ningún obstáculo, y el viento, que soplaba del sudoeste, no contrariaba la dirección de avance. Incluso, a menudo, el Explorador y sus compañeros hacían una parte de la etapa a pie para aliviar a las mulas. Ben Raddle, Lorique y el Explorador conversaban entonces sobre el tema que ocupaba su pensamiento. Summy Skim y Neluto hacían batidas a derecha e izquierda, y como abundaba la caza, patos, gallinazas, no despilfarraban en vano la pólvora. Eso suponía otras tantas provisiones en conserva que se ahorraban para las comidas que tenían lugar en las paradas de mediodía y de la tarde. Después, antes incluso de que cayera la noche, porque ya se retrasaba en aquella época del año y en aquellas latitudes, se organizaba el campamento hasta la mañana siguiente.

Siguiendo en dirección nordeste, la caravana se alejaba del territorio regado por las primeras aguas del río Porcupine. Éste describía un amplio bucle que le acercaba al gran río cerca de Fort Yukon. Por lo tanto, no era de temer que Ben Raddle y sus compañeros se encontrasen con la banda de Hunter, que había cruzado el Porcupine, mucho más lejos, aguas abajo. Por otra parte,

ignoraban que los tejanos hubieran decidido emprender una campaña bajo la dirección del indio Krasak en los territorios próximos al océano Ártico. Después del desastre del Forty Miles Creek, había corrido primero el rumor de que se encontraban entre el número de víctimas. Pero después del asunto de Circle City, su encuentro con la policía y su condena, ya se sabía que habían salido sanos y salvos del cataclismo. Sin embargo, Ben Raddle y Summy Skim ignoraban que su condena hubiera llegado a término y que hubieran recobrado la libertad, y en cualquier caso, no pensaban en absoluto en los antiguos propietarios de la parcela 127.

Veintitrés días después de su salida de Dawson City, la caravana cruzó el Círculo Polar con fecha del 29 de mayo, un poco más allá del paralelo sesenta y seis. Ningún incidente había marcado aquella primera parte del recorrido durante más o menos ciento veinticinco leguas. Ni siquiera se habían tropezado con ninguna de las bandas de indios que los agentes de la Compañía de la bahía del Hudson todavía persiguen por aquellos territorios, expulsándolos hacia el oeste.

El tiempo había sido generalmente bueno, y la salud de los hombres también. Aquella gente vigorosa, habituada a la fatiga, no tenía nada que temer de un viaje efectuado en aquellas condiciones y en aquella época del año, incluso en aquellas latitudes bastante altas. Los animales de tiro encontraban fácilmente de qué alimentarse en las verdes praderas. En cuanto a los campamentos nocturnos, siempre se encontraba manera de instalarlos junto a algún río limpio, en las lindes de algún bosque de abedules, de álamos o de pinos que se sucedían en dirección nordeste hasta perderse de vista.

Por lo demás, el aspecto de la región empezaba a modificarse. En el horizonte oriental se perfilaba la cresta de las Montañas Rocosas. En aquella parte de Norteamérica surgen las primeras estribaciones de la cadena, que se prolongan a continuación a lo largo del Nuevo Continente.

Allí se encontraban las fuentes de uno de los primeros tributarios del río Porcupine, que el Explorador no vio necesario seguir, porque su dirección le hubiera llevado demasiado lejos hacia el oeste. Pero como el terreno se iba haciendo cada vez más irregular, tanto a causa de la red de torrentes como de las

ondulaciones en las laderas de las montañas, se aventuró directamente por los desfiladeros de la sierra, poco considerables al comienzo en aquella parte del alto Dominio, de forma que pudo alcanzar el curso del río Peel, que pasa al pie de Fort Macpherson, de lo cual quizá hubiera ocasión de aprovecharse.

Además, en aquel límite del Círculo Polar, Bill Stell y sus compañeros se encontraban todavía a un centenar de leguas del fuerte, situado casi en los comienzos de la sierra. La marcha se hizo bastante dura, y sin el extremo cuidado que ponía Neluto, los ejes y las ruedas de la tartana se hubieran roto en varias ocasiones. Bill Stell sabía a qué atenerse, y no se esperaba que la ruta estuviera trazada, ni que las carretas de la Compañía de la bahía del Hudson hubieran allanado el terreno.

—Pero la ruta no me pareció tan mala cuando la recorrí hace unos veinte años —declaró un día mientras la caravana pasaba por un estrecho desfiladero.

—Sin embargo, no ha debido cambiar desde entonces —observó Summy Skim.

—Quizá sea debido a lo riguroso del invierno —dijo el ingeniero.

—Eso es lo que creo, *monsieur* Ben —respondió el Explorador—. El frío ha sido tan intenso que las heladas han llenado de baches la tierra.

—También hay que prestar atención a las avalanchas —recomendó Lorique—. Podría haber un desprendimiento de rocas en los flancos de esta garganta.

Eso fue lo que se produjo en dos o tres ocasiones, en efecto. Enormes masas de cuarzo y de granito, desequilibradas por los derrubios, rodaban a saltos por los taludes, rompiendo y destrozando los árboles que encontraban a su paso. Poco faltó incluso para que una de las carretas fuera destruida, junto con su tiro, por aquellas pesadas masas.

Durante dos días las etapas fueron de lo más penosas y el camino recorrido no alcanzó la media habitual. Por ello se produjeron algunos retrasos contra los que protestaban Ben Raddle y el capataz, pero que Summy Skim acogía con una calma filosófica.

—El Golden Mount, si existe, estará allí lo mismo en quince días que en ocho —decía—, y además cuento con que nos tomaremos un

bien merecido descanso al llegar a Fort Macpherson. Después de un trote como éste se nos permitirá tumbarnos en la cama de algún buen hospedaje.

—¿Si es que hay hospedaje en Fort Macpherson! —respondió Ben Raddle, que no se quejaba de haber tenido que acampar al aire libre desde hacía tres semanas.

—¿Hay albergues? —preguntó Lorique al Explorador.

—No —respondió Bill Stell—. Fort Macpherson sólo es un puesto de los agentes de la Compañía, una plaza fortificada contra los indios, pero sí que hay habitaciones.

—Si hay habitaciones, eso significa que habrá camas —replicó Summy Skim—. No me importaría estirar las piernas durante dos o tres buenas noches.

—Lo primero es llegar allí —respondió Ben Raddle—, sin detenernos en paradas inútiles.

La caravana, pues, avanzó tan rápidamente como lo permitían las revueltas y los obstáculos de los desfiladeros. Pero recuperaría una velocidad más rápida en cuanto pasaran más allá de aquel extremo de la cadena de montañas que bordea el valle del río Peel.

Sin embargo, antes de alcanzarlo, el Explorador tuvo que librarse de un mal encuentro, aunque Summy Skim se sentía inclinado a calificarlo de muy distinto modo.

Al salir del desfiladero, el Explorador decidió detenerse a la orilla del río Peel bajo las copas de los grandes pinos marítimos agrupados en la orilla izquierda.

En primer lugar, se presentó la ocasión de decidir si construirían una balsa para bajar por aquel río hasta Fort Macpherson. Pero Bill Stell reconoció que su curso no era navegable. Todavía lo obstaculizaban los últimos témpanos del deshielo. Construir una balsa lo bastante grande como para transportar al personal y al material de la caravana hubiera exigido cierto tiempo, y hubiera sido difícil guiarla en medio de los hielos a la deriva. Por lo tanto, las treinta leguas que quedaban por recorrer las harían siguiendo la orilla del río Peel, cuyas márgenes no presentaban grandes dificultades.

—Lo que haremos —dijo Bill Stell a Ben Raddle—, será pasar a la orilla derecha saltando sobre esos témpanos, y así tendremos una labor hecha, porque Fort Macpherson se encuentra en la orilla

derecha.

Habiendo pues resuelto la cuestión, levantaron la tienda y se dispusieron al descanso nocturno, siempre impacientemente esperado después de la segunda etapa de la jornada.

Pero apenas se habían instalado bajo los árboles cuando Lorique, que se había alejado un poco aguas abajo, reapareció corriendo y lanzando gritos en cuanto se halló al alcance de la voz.

—¡Alerta! ¡Alerta!

Summy Skim, como cazador profesional, se levantó al momento y echó mano de su carabina, dispuesto a abrir fuego.

—¿Son indios? —gritó.

—No —respondió el capataz—, son osos.

—Lo mismo da —replicó Bill Stell.

En un instante todos se situaron en la linde del bosque, mientras las mulas se agitaban y el perro *Stop*^[22] ladraba furiosamente.

En efecto, un trío de osos, después de haber subido por la orilla izquierda, acababa de llegar al límite del campamento. Allí se detuvieron y se alzaron sobre sus patas traseras. Eran animales de gran tamaño, de aspecto formidable, pertenecientes a aquella especie *grizzly* que normalmente frecuenta las gargantas de las Montañas Rocosas.

¿Era el hambre lo que empujaba a aquellos osos? ¿Se preparaban a atacar la caravana? Era muy probable, porque lanzaban terribles rugidos, que tuvieron como efecto enloquecer a las bestias de tiro.

Summy Skim y Neluto se adelantaron al instante. Estallaron dos disparos, que abatieron a uno de los tres osos. Alcanzado en el pecho y en la frente, cayó pesadamente sobre el suelo para no volver a levantarse.

Fue el único incidente de aquel ataque. Los otros dos osos huyeron al instante, y aunque fueron despedidos con algunas balas, no los alcanzaron, porque se alejaron a toda velocidad por la orilla izquierda. Pero se acordó que uno de los hombres vigilaría durante toda la noche por temor a que se produjera un retorno ofensivo de las fieras.

El animal abatido era magnífico. Los buenos pedazos de su carne eran excelentes y caían a punto para incrementar las reservas comestibles. Neluto se encargó de quitarle su soberbia piel.

—Ya que no la necesita para el invierno, no dejemos que se pierda —dijo Summy Skim—. Con semejante abrigo se podría hacer frente a fríos de sesenta grados bajo cero, como los que hay en este afortunado Klondike.

FORT MACPHERSON



En aquella época Fort Macpherson era el puesto más septentrional que poseía la Compañía de la bahía del Hudson en Norteamérica; se encontraba a ciento treinta y cinco grados de longitud oeste y sesenta y siete grados de latitud norte. Controlaba toda la parte del territorio regada por los numerosos brazos que se ramifican en el estuario del Mackensie en el océano Ártico. Los cazadores de pieles encontraban allí de qué abastecerse, y también un lugar donde defenderse de las bandas de indios que deambulaban por las llanuras del alto Dominio.

El fuerte, que se elevaba sobre la orilla derecha del río Peel, se mantenía lo más posible en contacto con Fort Good-Hope, a [...] leguas aguas arriba en el curso del río. Las existencias de pieles iban de un fuerte a otro para ser transportadas después con una buena escolta al almacén central de la Compañía.

Fort Macpherson únicamente comprendía un vasto almacén sobre el cual se hallaba situada la habitación del agente en jefe, el puesto de sus hombres, y una sala con catres de campaña que podía alojar a una veintena de personas. Junto al almacén, abajo, se habían dispuesto las cuadras donde los tiros de caballos y mulas podían encontrar acomodo. Los bosques de los alrededores suministraban el combustible necesario para combatir los grandes fríos de la estación glacial. Afortunadamente hacía muchos años

que no faltaba madera, y no faltaría todavía durante muchos años más. En cuanto a los alimentos, los abastecedores de la Compañía los suministraban regularmente, al comienzo del verano, y además, la caza y la pesca mantenían ampliamente las reservas.

Fort Macpherson se encontraba bajo el mando de un agente en jefe, que tenía bajo sus órdenes a una veintena de hombres, originarios de Canadá y de la Columbia Británica, soldados en suma, sometidos a una severa disciplina. Era la suya una vida dura, dado el rigor del clima, sin hablar de los ataques, que siempre eran de temer, por parte de las bandas errantes. Por ello, la panoplia de armas siempre estaba bien guarnecida de carabinas y de revólveres, y la Compañía no dejaba pasar tiempo sin renovar las municiones, de forma que el puesto siempre estuviera aprovisionado.

Todas las precauciones eran pocas y en efecto, unos días antes, el agente en jefe y sus hombres habían tenido una alerta.

Fue la mañana del 4 de junio. El hombre que se hallaba de guardia acababa de señalar la presencia en las cercanías de una partida que bajaba por la orilla derecha del río Peel. Aquella partida parecía compuesta por unos cincuenta indios y forasteros, acompañados por varias carretas con sus correspondientes tiros.

Como suele ser usual en tales circunstancias, y por precaución, muy justificada, se cerró sólidamente la puerta de Fort Macpherson, y no se hubiera podido penetrar en su interior a menos de escalar los muros.

Cuando uno de los forasteros, que parecía guiar aquella partida, llegó ante la puerta, pidió que les fuera abierta.

Entonces el agente en jefe apareció en lo alto del muro, y sin duda, aquella partida de hombres debió de parecerle sospechosa, porque la respuesta fue que nadie franquearía la puerta.

Aquel agente en jefe tenía razón, porque al momento estallaron insultos y amenazas. Reconoció que los forasteros que formaban parte de la banda eran de aquella raza americana del sur, siempre inclinada a la más extrema violencia. La Compañía de la bahía del Hudson ya había tenido roces con ellos, sobre todo desde la época en que Alaska había sido cedida por el gobierno moscovita a los Estados Unidos, y se había dado la orden de prohibirles la entrada en los diversos fuertes establecidos en la región del alto Dominio.

Pero entonces, aquellos forasteros no se limitaron a las palabras

y pasaron a los actos. Por un motivo o por otro, sea con intención de avituallarse, sea con la idea de apoderarse de Fort Macpherson, que era un punto de apoyo muy importante, pues controlaba la desembocadura del Mackensie, indios y americanos intentaron forzar la puerta. Ésta había resistido, y después de una descarga que hirió a algunos, se batieron en retirada. Pero no fue sino después de haber utilizado sus carabinas contra los agentes que asomaban por encima de la empalizada, aunque afortunadamente ninguno resultó alcanzado.

Entonces la banda decidió retirarse después de aquella infructuosa tentativa. Sin embargo, en lugar de bajar por la orilla derecha del río Peel, tomó la dirección nordeste y se aventuró en la parte montañosa del territorio.

No cabe la menor duda de que los agentes de Fort Macpherson tenían razón en desconfiar, y como era de temer que volvieran a la ofensiva, se mantuvieron en guardia día y noche.

Y menos mal que hicieron guardia, porque cinco días después, el 9 de junio, un nuevo grupo fue avistado dirigiéndose igualmente hacia el fuerte por la orilla derecha del curso del río.

La sorpresa del Explorador fue grande —porque se trataba de su caravana—, cuando vio aparecer en lo alto de la empalizada una docena de agentes listos para servirse de sus armas y dándole orden de alejarse.

Lo cierto es que después de algunas explicaciones, el agente en jefe reconoció que eran canadienses y consintió en entablar conversaciones con ellos. Y se produjo la feliz circunstancia de que Bill Stell y él se conocían desde hacía tiempo, porque ambos habían servido en la milicia del Dominio.

La puerta de Fort Macpherson se abrió al momento, y la caravana penetró en el patio interior donde recibió una buena acogida.

El agente en jefe dio entonces una explicación acerca de su actitud cuando había visto acercarse a un grupo de forasteros. Su prudencia, incluso su distancia, quedaban justificadas por lo que había sucedido pocos días antes. Contó que una banda de americanos y de indios se había mostrado hostil contra el fuerte, que había intentado entrar por la fuerza y que había sido necesario repelerlos con las carabinas. ¿Qué buscaban aquellos merodeadores,

aquellos bandidos? Quizá aprovisionarse a expensas del fuerte, porque no podía admitirse que tuvieran la intención de establecerse allí. La Compañía de la bahía del Hudson no hubiera tardado en desalojarlos.

—¿Y qué ha sido de esa banda? —preguntó el Explorador.

—Después de haber fallado el golpe continuó su camino —respondió el agente en jefe.

—¿En qué dirección?

—En dirección noroeste.

—Pues bien —dijo Ben Raddle—, como nosotros vamos a tomar la dirección norte es probable que no nos encontremos con ellos.

—Así se lo deseo —respondió el agente en jefe—, porque me pareció que estaba compuesta de un hatajo de la peor especie.

—Pero ¿adónde van de ese modo? —preguntó Summy Skim.

—Sin duda en busca de nuevos yacimientos, porque llevaban material minero.

—¿Ha oído usted que haya yacimientos en esta parte del Dominio? —preguntó Ben Raddle.

—Seguro que existen —respondió el agente en jefe—, y no me extraña que quieran emprender su explotación.

Pero aquel agente no sabía nada más. Hablaba según los relatos que había escuchado de los cazadores de la Compañía de la bahía del Hudson que recorren el delta del Mackensie y el litoral del océano Ártico. Tampoco hizo ninguna alusión a aquel Golden Mount que, sin embargo, no debía de estar a más de cien leguas al norte de Fort Macpherson.

Lo cierto es que Ben Raddle prefería que el secreto de Jacques Laurier no fuera conocido por nadie; pero aquello no dejaba de asombrar a Summy Skim, que seguía dudando de la existencia del volcán de oro.

Y cuando preguntó al agente en jefe si había volcanes en aquella dirección, éste le respondió que no había oído nunca hablar de ello.

El Explorador se contentó con decir al agente en jefe que la caravana iba precisamente en busca de territorios auríferos por la desembocadura del Mackensie. Después de haber dejado Dawson City seis semanas antes, deseaban descansar dos o tres días en Fort Macpherson, y si el agente les concedía su hospitalidad, Bill Stell y sus compañeros le quedarían muy agradecidos.

Aquello se solucionó sin problemas. Además, en aquel momento sólo se encontraba en el fuerte la pequeña guarnición reglamentaria. Los cazadores no llegarían antes de un mes. Por lo tanto, había espacio libre, y la caravana podría alojarse cómodamente sin ocasionar ninguna molestia. Tenía una buena reserva de provisiones y no sería necesario recurrir a las reservas del fuerte que serían renovadas en la época habitual por los servicios de avituallamiento de la Compañía.

Ben Raddle agradeció vivamente al agente en jefe su buena acogida, y en menos de una hora se terminó la instalación del personal y del material en excelentes condiciones.

Aquellos tres días transcurrieron en reposo absoluto, salvo por parte de Summy Skim y Neluto que no pudieron resistirse a sus instintos cinegéticos. Realizaron una buena caza por los alrededores. Abundaban las especies y durante el buen tiempo, eran la base de la alimentación de la guarnición, sin temor a que se agotaran: perdices, patos y otros representantes de la especie volátil. Había incluso alces, aunque es cierto que en pequeño número, y era difícil acercarse a ellos. Summy Skim divisó algunos, y lamentándolo mucho tuvo que renunciar a perseguirlos, porque hubiera corrido el riesgo de que lo llevaran demasiado lejos. Sin embargo, estuvo tan satisfecho que el segundo día, al volver, le dijo a su primo:

—Ya ves, Ben, me hubiera gustado más pasar el buen tiempo en Fort Macpherson que en Dawson City. Por lo menos aquí no hay esa espantosa promiscuidad del mundo de los mineros.

—Entre los cuales nos contamos, Summy.

—De acuerdo, ya que lo dices... Pero aquí, en medio del campo, donde no se oye ni el chirrido de los *rockers*, ni los golpes de pico y de piqueta, estamos como de vacaciones, y me hago la ilusión de que estamos menos lejos de Green Valley, que no volveremos a ver hasta el próximo invierno.

Y ciertamente, aunque tuviera que descontar algunas desilusiones, Summy Skim no dudaba de que estaría de vuelta en Montreal antes de cuatro meses.

La estancia de la caravana en Fort Macpherson no fue marcada por ningún incidente, y cuando llegó la hora de la salida, todos, bien descansados, estaban listos para ponerse en marcha.

Por lo tanto, en la mañana del 12 de junio, la pequeña tropa se volvió a formar bajo la dirección del Explorador. Se despidieron del agente en jefe y de sus camaradas, no sin agradecimientos tan sinceros como merecidos y con la esperanza de volverlos a ver a la vuelta. Después la puerta se abrió, se volvió a cerrar, y la caravana, a paso rápido, bajó por la orilla derecha del río Peel.

Ben Raddle y Summy Skim volvieron a ocupar su lugar en la tartana conducida por Neluto, mientras las otras carretas seguían detrás bajo la dirección del Explorador. Como ya sabemos, éste no conocía el territorio que se extendía al norte de Fort Macpherson. Nunca había ido más allá de aquel punto. En realidad, ahora era conveniente seguir las indicaciones del ingeniero. Su mapa le proporcionaba cierta exactitud respecto a la posición del Golden Mount, según la topografía establecida por el francés Jacques Laurier. Aquella montaña debía estar situada a sesenta y ocho grados de latitud norte, y a ciento treinta y seis de longitud oeste. En aquellas condiciones, la ruta a partir de Fort Macpherson se desviaba ligeramente hacia el noroeste por la izquierda del río Peel, que a unas sesenta leguas de allí se perdía en las numerosas bocas del estuario del Mackensie.

A mediodía se hizo alto cerca de un río, en el lindero de un bosque de pinos. Se soltó a pastar a los animales en un prado vecino. Una ligera brisa del nordeste había refrescado el tiempo y el cielo se había velado con algunas nubes.

Estaban en un país llano, y la mirada sólo se detenía en el límite de las primeras estribaciones de la cadena de las Montañas Rocosas. Según el mapa, la distancia que había que recorrer hasta el Golden Mount no sobrepasaba las setenta y cinco u ochenta leguas, y no tardarían en recorrer esa distancia más allá de ocho días, si no se producía ningún retraso.

Mientras conversaban durante la parada, Bill Stell llegó a decir:

—En fin, *monsieur* Summy Skim, pase lo que pase, habremos llegado al término de nuestro viaje y sólo tendremos que pensar en volver.

—Amigo mío —respondió Summy Skim—, un viaje sólo termina verdaderamente cuando uno ha regresado a casa, y no me creeré que éste haya acabado definitivamente hasta el día en que se cierre detrás de nosotros la puerta de nuestra casa de la calle Jacques-

Cartier.

¿Quién hubiera podido reprocharle que hablara con aquella prudente reserva?

Fueron necesarios cuatro días para alcanzar la confluencia del río Peel con el Mackensie. Por lo tanto, la caravana llegó allí en la tarde del 16 de junio.

Nada turbaba aquellas largas etapas, efectuadas sin demasiada fatiga por un terreno llano que bordeaba el cauce del río. El país estaba desierto y apenas encontraron algunas partidas de indios, de los que vivían de la pesca a orillas del gran río. Por lo tanto, no se toparon con la banda que había señalado el agente en jefe de Fort Macpherson, pero hay que decir que el Explorador conocía muy bien el género de aventureros que la componía y que hizo lo que estaba a su alcance para evitar cualquier contacto con ellos.

—Lleguemos solos a Golden Mount, regresemos solos, y así será mejor —repetía.

—Pero en fin, sabríamos defendernos —respondía el capataz Lorique.

—Es preferible no tener que defenderse —declaraba Bill Stell.

—¡Y que nadie nos siga a donde vamos! —declaró Ben Raddle.

Por lo tanto, durante las etapas, el Explorador tomaba toda clase de precauciones. Dos de sus hombres iban siempre por delante y guardando los flancos de la caravana. Después, durante las paradas, se vigilaban con atención las cercanías del campamento a fin de evitar cualquier sorpresa.

En resumen, hasta entonces no se había producido ningún mal encuentro. Tampoco se halló ningún rastro de la banda sospechosa, y aquello hacía pensar que se había dirigido hacia la parte montañosa del territorio que se extiende al este del Mackensie.

La desembocadura de ese gran río constituye una importante red hidrográfica que no tiene ningún parecido en ninguna región del Nuevo y del Viejo Mundo. Sus ramificaciones se desarrollan como las varillas de un abanico. Se comunican entre sí mediante una multitud de brazos secundarios, de canales caprichosos, que se transforman en una enorme superficie helada con los grandes fríos del invierno. En aquella época del año, los últimos restos del deshielo venían a disgregarse en las aguas del océano Ártico, y el río Peel no arrastraba ni un solo témpano.

Viendo aquella complicada disposición del estuario del Mackensie hubiera podido pensarse que la rama oeste la forma el propio río Peel, que se comunicaría con la rama principal por la red que se extiende entre ambas.

Por otra parte, poco importa eso, porque lo que de verdad importaba era que la caravana pudiera pasar a la orilla izquierda de aquella rama del oeste, ya que el yacimiento de Golden Mount se encontraba a poca distancia de esta orilla, casi en el límite del océano glacial Ártico.

No faltaron dificultades para efectuar ese paso durante la parada del día 16. Afortunadamente, las aguas no iban muy altas, y después de una minuciosa investigación, el Explorador descubrió un vado por donde los animales y los hombres podrían pasar, incluso los vehículos si se tomaba la precaución de descargarlos.

Aquella operación ocupó toda la tarde, y cuando cayó la noche, Bill Stell y sus compañeros ya se encontraban instalados en la otra orilla. Unos enormes macizos de árboles les proporcionaban protección, y si en aquel momento se oyeron algunos disparos, no fue para defender el campamento de los bípedos enemigos, sino contra cuadrúpedos de la familia de los plantígrados. Al verse tan mal acogidos, tres o cuatro osos salieron de estampida sin dejar esta vez una segunda piel para completar la pareja.

A la mañana siguiente, 17 de junio, hacia las tres de la madrugada, a la salida del sol, Bill Stell dio la señal de salida y los tiros se pusieron en marcha a lo largo de la orilla izquierda.

Según calculaba el Explorador, bastarían tres días para alcanzar el litoral cerca del delta del Mackensie. Por lo tanto, la caravana llegaría entonces a la vista del Golden Mount, si las indicaciones tenían alguna precisión. Admitiendo incluso que la longitud y la latitud registradas por Jacques Laurier no fueran absolutamente exactas, la montaña sería de todos modos visible, porque debía dominar la región.

Así pues, las etapas realizadas a lo largo de la rama occidental del gran río no presentaron obstáculos. El tiempo, únicamente, fue menos favorable. Las nubes, venidas del norte, pasaban a gran velocidad, y, en ocasiones, la lluvia cayó con violencia, lo cual retrasó la marcha. En algunas horas se hacía necesario buscar refugio bajo los bosques de las orillas y las paradas de la noche

resultaron algo penosas. Pero todos aquellos inconvenientes se podían soportar porque el objetivo ya no estaba muy lejos.

Por otra parte, se producía la afortunada circunstancia de que la caravana no tenía que aventurarse por la red hidrográfica del delta. El Explorador se preguntaba, no sin razón, lo que hubiera hecho de no haber sido así. Había tantos ríos por cruzar que, si no hubieran sido vadeables, habrían creado un serio obstáculo. Hubiera sido necesario dejar detrás una parte importante del material, aunque hubiera habido que regresar a por ello más tarde. Podría incluso suceder que se descargaran tormentas con lluvia abundante, en cuyo caso aquella red se desbordaría en toda su superficie y no ofrecería lugar de paso ni a los peatones ni a los tiros de las carretas y de la tartana.

Sin embargo, no se produjo ninguna eventualidad lo bastante grave para retrasar ni siquiera veinticuatro horas la llegada del Explorador y de sus compañeros al litoral del océano Ártico. En la tarde del 9 de junio sólo se encontraban a cinco o seis leguas de distancia cuando acamparon cerca de la rama occidental. Sin duda alguna, a la mañana siguiente podrían detenerse junto a las primeras arenas de la orilla.

A las cinco, el sol estaba todavía alto sobre el horizonte. Pero desgraciadamente algunas brumas se acumulaban hacia el norte.

Se comprenderá fácilmente que todas las miradas se dirigían a aquella dirección con la esperanza de divisar la cima del Golden Mount. Admitiendo incluso que su altura no fuera de más de quinientos o seiscientos pies, debía de resultar visible desde aquella distancia, y sin ninguna duda lo sería durante la noche si su cráter se coronaba con algunas llamas.

Nada apareció ante aquellos ojos impacientes, y parecía que el horizonte lo formara únicamente una línea circular, como si el cielo y el agua se reunieran en su perímetro.

Es fácil concebir el grado de nerviosismo al que habían llegado Ben Raddle, y no menos que él, el capataz, que compartía todas sus esperanzas y todas sus ilusiones. No podían estarse tranquilos. Si el Explorador y Summy Skim no los hubieran retenido, habrían vuelto a emprender la marcha en medio de la oscuridad para detenerse únicamente allí donde la tierra firme les hubiera faltado, es decir en aquellos límites del Dominio bañados por las aguas del océano

Ártico.

Armados de prismáticos, no dejaban de otear el norte, el este y el oeste, toda la región que la noche sólo cubriría a una hora muy tardía, sin poder divisar nada en medio de las ligeras brumas suspendidas en el aire.

—Cálmate, Ben, cálmate —repetía Summy Skim—, y espera con paciencia a mañana por la mañana. Si el Golden Mount está allí, lo encontrarás en su sitio, y es inútil dejar el campamento para estar seguro de ello unas horas antes.

Sabio consejo, que fue apoyado por Bill Stell, ante el cual Ben Raddle y Lorique tuvieron que rendirse. Había todavía que tomar ciertas precauciones contra el posible encuentro con los indios, y, ¿quién sabe?, quizá también con aquella banda de aventureros que se había alejado de Fort Macpherson.

La noche transcurrió en aquellas condiciones, y cuando volvió a amanecer, las brumas todavía no se habían disipado y el Golden Mount no hubiera sido visible a dos o tres leguas de allí.

No sin cierta apariencia de razón, Summy Skim continuaba diciendo:

—Además, si ese Golden Mount no existe, seguiríamos sin verlo aunque el tiempo fuera claro.

Aquello indicaba su duda persistente sobre el descubrimiento del francés Jacques Laurier, y quizá Bill Stell no estaba muy lejos de compartir aquella duda.

En cuanto a Ben Raddle, con las facciones contraídas, la frente ensombrecida y la inquietud pintada en su rostro, no podía contenerse.

A las cuatro de la mañana se levantó el campamento. Era ya pleno día y el sol se encontraba ahora algunos grados por encima del horizonte. Se lo podía sentir detrás de la bruma que sus rayos no lograban disipar.

La caravana volvió a ponerse en marcha. Hacia las once debía de encontrarse a tan sólo dos leguas del litoral, y por ninguna parte se levantaba el Golden Mount.

Summy Skim tenía razones para preguntarse si su primo no iba a volverse loco. Habían sufrido tantas fatigas y habían corrido tantos peligros para llegar a aquella desilusión...

Pero no era así, y antes de mediodía se abrió un claro hacia el

norte. Los vapores se disiparon y se oyó gritar a Neluto:

—¡Allí! ¡Allí! ¡Humo!

Al mismo tiempo apareció la montaña, el volcán de oro, de cuyo cráter se escapaban unos vapores fuliginosos.

GOLDEN MOUNT



El Explorador y sus compañeros no tardaron más de dos horas en salvar la distancia que los separaba del Golden Mount. Parecía que aquella montaña los atraía como si fuese un enorme imán y ellos fueran de hierro.

—De hecho, ¿acaso no somos de hierro, y acaso no hay que serlo para soportar todo lo que hemos soportado hasta aquí?

Ésta fue la respuesta con la que Summy Skim creyó que debía completar la comparación anterior, enunciada por el capataz.

En resumen, no eran todavía las cinco cuando la caravana se detuvo al pie del volcán; la base de su ladera oeste estaba bordeada por un río, el Rubber Creek, indicado por Jacques Laurier, que iba a desembocar en el océano. La base más alejada del Golden Mount, por el lado norte, estaba ya bañada por las aguas del océano Ártico.

La comarca era absolutamente desierta. Ni más allá de la montaña, ni del lado de las bocas del Mackensie se veía pueblo indígena alguno, ni se mostraba ningún grupo de indios recorriendo el litoral. En alta mar no se veía una sola embarcación, ni la vela de algún ballenero, ni el humo de algún vapor. Sin embargo, era la época en que aquellos mares septentrionales son frecuentados por los pescadores de cetáceos o por los cazadores de focas. No, en aquella lejana región nadie se había adelantado a Ben Raddle y a sus compañeros. Quizá Jacques Laurier y Harry Brown eran los

únicos que habían llevado sus investigaciones hasta la desembocadura del Mackensie y constatado la existencia del Golden Mount.

El Explorador estableció su campamento al pie de la vertiente este, separado del Rubber Creek por un bosque de abedules y álamos, a menos de media legua del litoral. No faltaría el agua dulce, ni la leña que la caravana pudiera necesitar. Más allá se extendían hacia el oeste y el sur las vastas llanuras, verdes en aquella época del año, sembradas de bosquecillos de árboles, y que en opinión de Summy Skim debían de ser abundantes en caza. Por otra parte, mientras avanzaban, había podido constatar que no faltaba la caza de pelo ni de pluma, y que juntando los productos de la caza con los productos de la pesca, la comida, sin tener en cuenta las reservas, no faltaría en aquel campamento del Golden Mount. El yacimiento pertenecería al ingeniero, su primer descubridor. Nadie había tomado posesión de él hasta entonces, nadie tendría derecho a intervenir. Ningún poste limitaba el yacimiento, ningún impuesto caería en las cajas de la administración canadiense.

La instalación se organizó rápidamente bajo la dirección de Bill Stell. Se levantaron dos tiendas a orillas del pequeño bosque. La tartana y las carretas se colocaron en un claro a la orilla del río. Las mulas, desenganchadas, podrían pacer en libertad en las praderas vecinas. Evidentemente, sin abandonar las medidas de prudencia, se vigilarían día y noche los alrededores del campamento, aunque no parecía que hubiera que temer ningún peligro, de no ser que procediera de los osos, huéspedes habituales de aquellos territorios del alto Dominio.

Además, nadie dudaba de que la explotación del Golden Mount sería de corta duración. Justo el tiempo de sacar el tesoro amontonado en el cráter y cargar las carretas. No habría necesidad de utilizar ni el pico ni la piqueta, ni hacer ningún lavado. Según las informaciones de Jacques Laurier se trataba de oro en forma de pepitas o polvo. Todo el trabajo había sido hecho desde hacía mucho tiempo por los agentes plutónicos del Golden Mount.

Por otra parte, Ben Raddle no podría estar seguro a este respecto hasta que no hubiera realizado la ascensión de la montaña, hasta que no hubiera recorrido la disposición del cráter, donde, según Jacques Laurier, era fácil bajar. Es cierto que había acaecido una

circunstancia que podía crear ciertas dificultades, y precisamente aquella noche el capataz Lorique tuvo ocasión de hablar de ello con el ingeniero.

—*Monsieur Ben* —dijo—, ¿no le había hablado el francés, al revelarle la existencia del Golden Mount, de que se trataba de un volcán apagado?

—Apagado, sí, al menos en la época en que él lo visitó no arrojaba ni humo ni llamas.

—Y si no me equivoco había podido escalarlo hasta la cumbre.

—Incluso introducirse en el cráter —añadió Ben Raddle.

—¿No temía Jacques Laurier que se pudiera producir una erupción volcánica?

—No. Del cráter no salía ningún vapor. Pero de eso hace ya seis meses, y desde entonces las fuerzas eruptivas han podido entrar en acción.

—No cabe la menor duda —respondió el capataz—, porque de la cima de la montaña se escapan volutas de humo, y me pregunto cómo podremos bajar al cráter.

Evidentemente Ben Raddle había reflexionado por su lado sobre esa eventualidad desde la última etapa. No se trataba de un volcán apagado, sino solamente dormido, que se despertaba. Pero en el caso de que resultara imposible penetrar en el cráter, el ingeniero se había dicho a sí mismo lo que repitió a Lorique:

—¿Por qué una erupción no nos ahorraría todo el trabajo? ¿Por qué no vaciaría el Golden Mount de todas las pepitas que contiene? No tendríamos más que recogerlas al pie de la montaña y nos evitaría grandes trabajos. Además, esperemos, y mañana, cuando hayamos subido, actuaremos según las circunstancias.

La velada terminó en condiciones muy aceptables. La brisa había cesado mucho antes de ponerse el sol. El cielo, muy puro, se iluminó con las estrellas, y la Polar lanzaba sus destellos casi en el cenit, encima del horizonte norte.

El Explorador organizó la vigilancia del campamento, y nada turbó la noche, salvo algunos lejanos gruñidos de osos que no se acercaron hasta el Golden Mount.

A las cinco todo el mundo se había levantado.

Ayudado por la imaginación, Summy Skim había contemplado con cierto interés aquel Golden Mount. ¿Quién sabe si él no se

rendía también ante la tentación de recoger pepitas a manos llenas de aquel enorme tesoro?

—Bueno —decía para sí—, si nuestro tío Josias hubiera hecho un descubrimiento parecido, es probable que le hubieran bastado unas pocas semanas para recoger millones y millones, y en lugar de morir en Klondike, hubiera vuelto a su tierra a codearse con los millonarios del Nuevo Mundo. El destino no lo ha querido así, y esta oportunidad recae en sus sobrinos, uno de los cuales, al menos, no habría llevado su ambición hasta allí ni en sueños. En fin, ya que hemos hecho tanto para visitar las orillas del océano Ártico, intentaremos regresar con el bolsillo bien guarnecido, y por bolsillo quiero decir nuestras carretas y nuestra tartana bien cargadas de oro hasta romperse. Sin embargo, para decir la verdad, he examinado esta montaña por todas sus caras, y aunque me repito que encierra cantidades del precioso metal como para humillar a Australia, California y África, no le encuentro el aspecto de caja fuerte.

Pero para eso, y satisfacerlo a él, habría sido necesario que el Golden Mount se pareciera a las cajas del Banco de Inglaterra o del Banco de América. Tendría que haber un paralelepípedo de flancos perpendiculares con una puerta en su cara principal, y si Ben Raddle no conocía la combinación, ¿cómo hubiera podido abrirla?

No, el Golden Mount era simplemente una montaña que vomitaba fuego, un cono irregular que dominaba aquella parte del litoral. Medía entre novecientos y mil pies de altura, y por lo que se podía apreciar, su circunferencia en la base no debía ser inferior a cinco millas. Por lo tanto, cono, o más bien, cono truncado, terminaba en su cumbre con una altiplanicie en lugar de afilarse como un pan de azúcar.

En primer lugar, se pudo constatar que sus flancos formaban un ángulo de al menos setenta grados con la vertical, y en aquellas condiciones, seguramente su ascensión presentaría grandes dificultades. Pero finalmente no debía de ser imposible, ya que Jacques Laurier y su compañero habían podido subir hasta el cráter del volcán.

El flanco más abrupto, casi perpendicular, era el del norte, que miraba hacia alta mar. No había que pensar en efectuar la ascensión por aquel lado, y además, por aquella parte, la base de la montaña

se bañaba en el océano. A su pie no emergía ninguna roca, y se le hubiera podido llamar acantilado si hubiera estado formado por roca calcárea o blanquecina, en lugar de presentarse con el color negruzco que revisten las sustancias eruptivas.

Ben Raddle y Lorique se ocuparon, pues, de decidir por qué lado del Golden Mount intentarían ascender hasta la cumbre, ya que Jacques Laurier no había indicado cuál era el que permitía alcanzar el cráter.

Para alcanzar la base solamente había que recorrer un centenar de pasos, ya que el campamento se había establecido precisamente en el ángulo que formaban el Rubber Creek y el flanco este.

En cuanto a las laderas, parecían recubiertas de una especie de hierba rala, sembrada con algunos matorrales leñosos que podrían servir de punto de apoyo a los escaladores. Pero en su parte superior dejaba paso a una suerte de humus sombrío, quizá una capa de cenizas o escorias. Por otro lado, no parecía que hubiera habido una erupción reciente. Eso explicaba que Jacques Laurier hubiera pensado que el Golden Mount estaba apagado desde hacía mucho tiempo.

Cuando Ben Raddle y Lorique regresaron al campamento dieron a conocer el resultado de sus investigaciones. Convendría efectuar la ascensión por los flancos del oeste, donde la pendiente era menos acusada.

—De acuerdo —respondió el Explorador—, pero recuperemos fuerzas y desayunemos enseguida.

—Prudente medida —añadió Summy Skim—, porque quizá necesitemos dos o tres largas horas para alcanzar el cráter, y por poco que pasemos otras tantas en la cumbre no estaremos de vuelta hasta la tarde.

Al momento se preparó el desayuno. Se reservaron los animales cazados la víspera durante la marcha de la caravana. Ben Raddle, Summy Skim y sus compañeros se contentaron con carne en conserva, jamón y demás, galletas y té, y en menos de cuarenta minutos habían satisfecho su apetito.

Además, siguiendo el consejo de Bill Stell, decidieron llevar consigo algunas provisiones, para el caso en que los escaladores tuvieran necesidad de ellas, y las cantimploras se llenaron con ginebra y *whisky* mezclados con agua en una proporción

conveniente. Llevaron igualmente consigo un pico, clavos y cuerdas, que probablemente habría que utilizar en los tramos demasiado empinados.

Por otro lado, el tiempo se mostraba favorable para el intento. El día se anunciaba bueno, y el sol no sería demasiado ardiente por encima de las nubes empujadas por una débil brisa del norte.

Neluto no tomaría parte en aquella primera ascensión. Guardaría el campamento con el personal y no debía alejarse bajo ningún pretexto. No parecía que hubiera nada que temer, ya que la comarca estaba desierta. Sin embargo, era importante no abandonar una vigilancia estricta.

Ben Raddle, Summy Skim, Lorique y el Explorador salieron pues hacia las ocho, y avanzaron a lo largo de la base meridional de la montaña, con el fin de alcanzar el flanco oeste.

Parecía bastante singular que a lo largo de aquella base no se encontraran restos de materia eruptiva, ni siquiera bajo la hierba. No se encontraba ningún indicio de la última erupción —¿y a cuándo se remontaba? —, ni tampoco se encontraba nada que pareciera polvo de oro. ¿Se debía, por lo tanto, deducir que esos productos habían sido arrojados del lado del mar y yacían bajo las profundas aguas del litoral?

—¡En cualquier caso, poco importa! —respondió Ben Raddle al capataz cuando éste hizo la observación—. Es probable, incluso es seguro, que no haya habido ninguna erupción desde que Jacques Laurier visitó el volcán, hace apenas ocho meses, y las pepitas que él vio en el cráter las volveremos a ver nosotros.

Eran las ocho y media cuando sus compañeros y él se detuvieron en la base del flanco que daba la cara al oeste y que se prolongaba hasta el litoral.

Después de un examen atento se reconoció que aquel flanco presentaba un menor declive en la parte que se dirigía hacia el norte. Convendría pues dirigirse hacia aquella dirección en primer lugar, aunque hubiera luego que modificar el trayecto si fuera necesario.

El Explorador se puso en cabeza y los demás lo siguieron. Al comienzo, la rampa no era demasiado empinada y no superaba los cuarenta grados. Las hierbas permitían fijar el pie de manera bastante sólida, y no resultó necesario utilizar los clavos y las

cuerdas. Además, Bill Stell, que ya había participado en muchas excursiones por las Montañas Rocosas, era un guía práctico. Le conducía un instinto seguro, y era tan vigoroso y estaba tan acostumbrado a los ejercicios de aquel tipo que sus compañeros tenían ciertas dificultades para seguirlo.

—¡Eso es lo que resulta de haber cruzado veinte veces los pasos del Chilkoot! —decía Summy Skim—. ¡Se tienen pies de corzo!

Lo cierto es que después del primer tercio de la ascensión, incluso un corzo hubiera tenido quizás dificultades. Hubiera deseado tener las alas de un buitre o de un águila.

La pendiente era tal que resultaba necesario ayudarse con las rodillas, los pies y las manos, agarrándose a los matorrales de arbustos escuálidos. Pronto fue indispensable el empleo de los clavos y de las cuerdas. Entonces el Explorador se colocaba delante, plantaba un clavo entre las hierbas, desenrollaba la cuerda que éste llevaba atada, y los otros se izaban hasta donde estaba él. Actuaban con una prudencia extrema, porque cualquier caída hasta la base del monte hubiera sido mortal.

Hacia las nueve, Ben Raddle, Summy Skim y el capataz se habían reunido con Bill Stell hacia la mitad del flanco. Allí se detuvieron todos con el fin de recuperar el aliento. Bebieron algunos tragos de las cantimploras y volvieron a ponerse en marcha, o más bien, a reptar por la pendiente.

Se podía observar que el volcán estaba envuelto en su cima por un penacho de humo, prueba de que las fuerzas subterráneas estaban en acción, aunque no se podía oír ningún ruido sordo, ni tampoco se sentía ningún temblor en la superficie del talud. Sin duda, por aquel lado su espesor debía ser considerable, y la chimenea del cráter estaba más bien abierta, tanto por la parte norte, como por la parte oeste del volcán.

Prosiguieron la ascensión, cada vez más difícil e incluso peligrosa, pero no había ningún temor de que fuera imposible alcanzar la altiplanicie del cono. ¿Se podría admitir que el explorador y sus compañeros no pudieran hacer lo que dos franceses^[23] habían sido capaces de llevar a cabo sólo unos meses antes?

Sin embargo, en un momento dado, Summy Skim se encontró en gran peligro. Iba izándose siguiendo al Explorador en una de las

pendientes más empinadas cuando el clavo al que estaba atada la cuerda se soltó.

Ben Raddle lanzó un grito de terror. Vio a su primo rodando por el talud, con el riesgo de ser arrastrado hasta el pie del monte, y allí sólo hubieran podido recoger un cadáver.

Afortunadamente, Lorique, que cerraba la marcha, pudo agarrarse a un matorral bastante sólido, y en el momento en que Summy Skim pasaba rodando junto a él, lo agarró con brazo vigoroso y lo retuvo. Afortunadamente también el matorral resistió la sacudida y el accidente no tuvo consecuencias.

—¡Ah! ¡Mi pobre amigo! —exclamó Ben Raddle dejándose deslizar hasta él.

—¡Oh, Ben! ¡Me he librado de milagro!

—¿No estás herido?

—No. Algunos rasguños que no hacen necesaria la presencia del buen doctor Pilcox, ni los cuidados de las hermanas Marta y Madeleine. ¿Sabes lo que me decía a mí mismo mientras rodaba?

—¿Qué?

—¡Que el volcán me vomitaba como una vulgar pepita!

—Una hora más y estaremos arriba —dijo Bill Stell.

—En marcha, pues —respondió Summy Skim.

Una distancia de doscientos pies, como mucho, separaba a los escaladores de la cumbre del Golden Mount, pero era áspera de subir. La hierba se hacía rara; en aquella altura faltaban los arbustos y la superficie rocosa no ofrecía ningún apoyo; hubo que extremar las precauciones. Sin embargo, los clavos, introducidos en los intersticios, no cedieron, y con la ayuda de las cuerdas, siguiendo trayectos oblicuos a derecha e izquierda, el Explorador y sus compañeros siguieron subiendo, no sin descansar para recuperar el aliento. Por otra parte, el humo del cráter no los molestaba, porque se derramaba hacia el lado opuesto.

El reloj de Ben Raddle marcaba exactamente las diez y trece minutos, cuando los escaladores se encontraron reunidos en aquella porción del cono truncado que formaba la altiplanicie de la montaña.

Más o menos cansados, todos se sentaron en los bordes de las rocas de cuarzo que rodeaban la altiplanicie, que debía medir alrededor de trescientos o cuatrocientos pies de circunferencia.

Aproximadamente en su centro se abría el cráter de donde se escapaban vapores fuliginosos y humaredas amarillentas.

Antes de dirigirse hacia aquella chimenea ignívoma que no lanzaba ni cenizas ni escorias y de donde no brotaba lava alguna, Ben Raddle y sus compañeros recuperaron el aliento, observando el vasto panorama que se extendía ante sus ojos. Desde aquella altura la vista abarcaba un radio de cinco a seis leguas hasta el último confín del horizonte.

Dirigiendo la mirada hacia el sur, se podían recorrer aquellas llanuras que la caravana había atravesado después de dejar la confluencia del río Peel para descender a lo largo de su orilla izquierda. Se detenía en las largas ondulaciones detrás de las cuales Fort Macpherson dominaba las comarcas vecinas.

Hacia el oeste, el litoral del océano Ártico se dibujaba hacia el noroeste en forma de playas arenosas, cortadas por el extremo septentrional del meridiano ciento cuarenta y uno, entre la Alaska americana y el Dominio británico. Detrás aparecía la masa de un amplio bosque, a una legua y media de distancia aproximadamente.

Al este, al pie del Golden Mount, se desplegaba la red hidrográfica del estuario del Mackensie, cuyos múltiples brazos se vertían en una amplia bahía defendida por un archipiélago de islotes áridos y de escollos negruzcos.

Después la costa subía en línea recta hacia el norte, terminando en un promontorio, una especie de peña colosal que cerraba el horizonte por aquel lado. En cuanto a la región que se extendía más allá del delta, estaba recubierta de vastas llanuras regadas por algunos arroyos, pero era menos plana. Entre los macizos de árboles, se veían algunas elevaciones del nivel del suelo, y más allá, la vista podía seguir las primeras estribaciones del sistema de las Montañas Rocosas.

Al norte del Golden Mount, a partir del farallón vertical cuya base desaparecía bajo las aguas, el mar [no tenía]^[24] más límite que la línea perimétrica del cielo.

La atmósfera, purificada y limpiada por la brisa, y sus vapores disueltos por los rayos del sol, era de una perfecta claridad. En algunos lugares brillaba el mar a medida que el sol subía hacia el mediodía. Por aquel sector ningún obstáculo detenía la mirada, y su extensión podía medirse en no menos de [...] leguas. Además,

hubiera podido alcanzar una distancia diez veces más considerable sin encontrar el litoral de un continente. Sólo los hielos de los mares árticos podrían detenerla.

Durante el verano, aquel inmenso océano era frecuentado por los pescadores de ballenas, mientras que los pescadores de focas y de morsas frecuentaban las orillas y las islas.

Ben Raddle y sus compañeros no vieron a ninguno de estos últimos, y tan lejos como podía alcanzar su vista, las bahías, las caletas, las calas y los islotes parecían desiertos. No se veían ni forasteros ni indígenas, y sin embargo, las bocas del Mackensie eran ricas en mamíferos marinos y en anfibios de varias especies.

Pero no sucedía lo mismo en alta mar, y ayudándose con el catalejo, el Explorador pudo distinguir varias velas y algunos penachos de humo recortados en el horizonte septentrional.

—Son balleneros —dijo—, que después de franquear el estrecho de Bering alcanzan estos parajes del océano Ártico. Dentro de dos meses volverán a tomar la ruta del estrecho. Unos fondearán en Saint Michel, en la desembocadura del Yukón; otros en Petropolawsk, en la península de Kamtchatka en la costa asiática, y después irán a los puertos del Pacífico para vender el producto de su pesca.

—¿No los hay que vayan a fondear a Vancouver? —preguntó Summy Skim.

—En efecto —respondió Bill Stell—, pero éstos se equivocan, se equivocan por completo, porque es muy difícil retener a las tripulaciones, porque la mayoría de los marineros desertan para ir a Klondike.

Era absolutamente cierto; la fiebre del oro atacaba a aquellos marineros, que sin embargo regresaban de una penosa campaña en parajes lejanos. Así pues, para salvarse de la epidemia, los capitanes de los balleneros evitaban en la medida de lo posible fondear en los puertos de la Columbia Británica y preferían los del continente asiático.

Después de un alto de media hora, del que estaban muy necesitados, Ben Raddle y los demás se levantaron para recorrer la altiplanicie del Golden Mount.

No era en su centro, sino en la parte este, donde se abría el cráter. El orificio de la chimenea medía entre setenta y cinco y

ochenta pies de circunferencia. Vapores y humaredas salían de él con cierta impetuosidad. Pero como lo habían aprendido de boca de Jacques Laurier, Ben Raddle y Lorique, acercándose en la medida de lo posible, pudieron constatar que era posible bajar al interior. Eso era lo que el francés había hecho cuando no se estaba produciendo ninguna erupción. Incluso había considerado que estaba apagado. En aquel cráter era donde había constatado la presencia de cuarzo aurífero, pepitas y polvo de oro que componían algo así como el hollín de aquella chimenea. Pero Ben Raddle tenía que renunciar a hacer lo que él había hecho, porque hubiera sido correr el riesgo de perecer asfixiado por los gases volcánicos.

En cuanto al polvo de oro, éste se encontraba en los alrededores del cráter, mezclado con la capa de cenizas de lava. Pero, en suma, lo que allí se podía recoger, ¿qué representaba en comparación con el prodigioso amasijo de pepitas que encerraba el interior del Golden Mount, como tuvo a bien observar Lorique?

Y después de haberlo dicho, Ben Raddle añadió:

—Por eso es por lo que debemos recogerlo en ese cráter. Si el movimiento eruptivo se calma, si los vapores se disipan, podremos bajar como bajó Jacques Laurier.

—¿Y si no se disipan? —preguntó Summy Skim—. ¿Y si resulta imposible cualquier intento de bajar?

—Esperaremos, Summy.

—¿Qué esperamos, Ben?

—Que la erupción haga lo que nosotros no habremos podido hacer y que arroje el contenido de las entrañas del Golden Mount.

Era evidente que se trataba de la única solución que se podía tomar. Para gente que no hubiera tenido que contar ni los días ni las horas, que hubiera podido instalarse en la desembocadura del Mackensie como muchos otros se instalaban en Dawson City, que hubieran podido afrontar la terrible estación invernal en aquella alta latitud y en condiciones aceptables, sí, para éstos aquella solución era la más indicada. Pero si la erupción se retrasaba, si antes de dos meses el volcán no había vaciado por sí mismo su tesoro de pepitas, Ben Raddle y Summy Skim estarían obligados a abandonar su campamento y reemprender la ruta hacia Dawson City, y si no podían reemprender la ruta de Montreal, deberían volver a pasar entre seis y siete meses en la capital de Klondike.

Con aquel pensamiento, que era común a todos, Summy Skim respondió con seguridad diciendo:

—¿Y si la erupción se retrasa, Ben? ¿Y si no tiene lugar antes de que llegue el invierno?

Ben Raddle volvió la cabeza y Summy Skim no quiso insistir. ¡Se daba cuenta de que las circunstancias serían más fuertes que la voluntad y la tenacidad de Ben Raddle!

Después de haber permanecido unas dos horas en la altiplanicie del cono, los escaladores comenzaron a descender por las laderas del Golden Mount. Aunque la bajada ofrecía grandes riesgos de caerse, aunque exigía serias precauciones, al menos se efectuó en la mitad de tiempo que la ascensión.

Una hora más tarde, el Explorador y sus compañeros, bastante fatigados, pero sanos y salvos, estaban de regreso en el campamento.

LA AUDAZ IDEA DE UN INGENIERO



Lo mejor que se podía hacer era dejar al Explorador al cuidado de organizar el campamento en previsión de que la estancia se prolongara algunas semanas. Cuando Ben Raddle se había lanzado a aquella nueva campaña no había puesto en duda, según las informaciones de Jacques Laurier, por otro lado exactas, que bastaba con llegar al Golden Mount, recoger las pepitas en el mismo cráter, cargar las carretas y volver a tomar la ruta hacia Dawson City. Para aquella fácil tarea deberían bastar unos ocho días, y el viaje, comprendiendo la ida y vuelta, no se prolongaría más allá de tres meses. Después de haber salido el 7 de mayo de la capital de Klondike, la caravana hubiera regresado en los primeros días de agosto. Por lo tanto, no faltaba mucho tiempo para llegar a Scagway conducidos por Bill Stell, antes de que empezaran los grandes fríos, y después a Vancouver, desde donde el ferrocarril llevaría a Ben Raddle y a Summy Skim a Montreal.

—¡Vaya tren! —decía Summy Skim bromeando—. ¡Vaya tren se necesitará para transportarnos a nosotros y a los millones del Golden Mount! ¡Y qué exceso de equipaje!

Ahora bien, aunque los millones se encontraran en el lugar indicado del cráter, lo cierto era que no se podían sacar.

El Explorador, como hombre entendido, tomó medidas para garantizar el avituallamiento de sus compañeros y el forraje de los

animales hasta el día en que fuera absolutamente indispensable abandonar el campamento. Sería imposible intentar pasar allí el invierno. Por lo tanto, pasara lo que pasara, que la campaña tuviera éxito o no, era necesario irse a mediados del mes de agosto a más tardar. Pasada esa fecha, el camino se haría impracticable en aquella región situada por encima del Círculo Polar y arrasada por las borrascas y las tormentas de nieve.

—¡Ya tenemos el ejemplo de los dos desgraciados franceses que fueron mortalmente alcanzados en mitad de su camino por los fríos de noviembre! —hacía observar Summy Skim.

Además, aquella estancia iba a transcurrir a la espera, y se necesitaría una fuerte dosis de paciencia para soportarla. Sin duda, tendrían oportunidad de observar el estado del volcán, y darse cuenta de si la erupción se acentuaba y de si sería necesario efectuar otras ascensiones. Ni Ben Raddle, ni el capataz, en particular, retrocederían ante la fatiga y seguirían día tras día los progresos del fenómeno.

En cuanto a Summy Skim, sabría emplear aquellas largas horas cazando, sea por las llanuras del sur y del oeste, sea en los pantanos del delta del Mackensie. La caza de marisma, especialmente los patos, no faltaba, como tampoco la caza de pelo y de pluma en la superficie de las praderas o en el interior de los bosques. Y quizá fueran precisamente Neluto y él los que no encontraran que los días se hacían interminables. Sin embargo, tenían cuidado de no alejarse. En la estación cálida, ciertas tribus indias frecuentan el litoral del océano Ártico y era prudente evitar su encuentro.

En cuanto al personal de la caravana, tendría todas las oportunidades de entregarse al placer de la pesca si lo deseaban. En aquel laberinto de ríos que se multiplicaba entre las dos ramas orientales y occidentales del río abundaban los peces. Solamente contando con aquel capítulo, estaba asegurada la alimentación general hasta la formación de los primeros hielos.

Pasaron varios días sin que se produjera ningún cambio de situación. En varias ocasiones, aunque no pudiera observar que la erupción tendía a aumentar, Ben Raddle al menos pudo adquirir la certidumbre de que la chimenea volcánica se abría en el flanco este de la montaña. Además, aquello se explicaba por el alargamiento del perfil oeste por el que se podía efectuar la ascensión. Desde el

campamento, establecido casi al pie del Golden Mount dominando su cara oriental, se oía con bastante claridad el sordo tumulto del trabajo plutónico. Por otro lado, aquello era resultado de la posición del cráter en la altiplanicie. El ingeniero sacó la conclusión de que el espesor de aquel flanco, muy abrupto hasta las paredes de la chimenea, no debía de ser considerable. El capataz Lorique compartía aquella opinión. Pero admitiendo que fuera posible excavar una galería hasta aquella pared, no hubiera permitido introducirse en la chimenea más que por su orificio superior, porque el humo y quizá las llamas la llenarían en toda su longitud. Únicamente, como los ruidos internos se propagaban hasta el exterior por aquel lado, sería fácil reconocer si los síntomas de una próxima erupción aumentaban, sin que fuera necesario trasladarse hasta la cima del volcán.

Desgraciadamente, durante aquella primera semana no se escapó de la boca del Golden Mount ninguna llama, ningún chorro de materia eruptiva, y únicamente se lo veía rodeado de vapores fuliginosos.

Llegó el primer día de julio. Puede imaginarse fácilmente la impaciencia en que vivían Ben Raddle y sus compañeros. A todos ponía nerviosos, en grados diversos, aquella imposibilidad de intentar algo para modificar la situación. Una vez hecha la instalación, el Explorador y sus hombres no tenían nada que hacer de la mañana a la noche. Así pues, unos pasaban el tiempo pescando en el Rubber Creek, o en la rama principal del delta; otros iban a extender sus redes hasta el litoral, de manera que tenían abundancia de pescado de agua dulce y de mar. Ello no impedía que las jornadas parecieran interminables.

Varias veces Summy Skim propuso a Ben Raddle que le acompañara de caza. Pero el ingeniero siempre se negaba, y el capataz, el Explorador y él se quedaban en el campamento o vagabundeaban al pie de la montaña, conversando, discutiendo, observando, sin poder concluir nada decisivo. Realizaron dos nuevas ascensiones y encontraron las cosas en el mismo estado, volutas de humo, exhalaciones a veces más violentas de vapor, pero nunca una erupción.

—¿No podríamos provocar la erupción, o por lo menos reventar la montaña con explosivos? —dijo un día el Explorador.

Ben Raddle miró a Bill Stell, sacudió la cabeza y no pronunció palabra.

Entonces Lorique respondió:

—No bastaría con toda nuestra provisión de pólvora, y además, aun admitiendo que pudiéramos practicar una brecha, ¿qué saldría de ella?

—Quizá un torrente de pepitas —dijo Bill Stell.

—¡No, Explorador, únicamente vapor! —declaró Lorique—. El vapor saldría por ahí en vez de salir por la chimenea y no habríamos adelantado nada. Lo único cierto es que el Golden Mount estaba dormido desde hacía mucho tiempo y también es cierto que se está despertando. Si hubiéramos llegado algunos meses antes es probable que hubiéramos podido bajar al cráter. Pero se ha declarado contra nosotros la mala suerte y sin duda habrá que pasar algún tiempo antes de que se produzca la erupción. En suma, lo más sensato es armarse de paciencia.

—Antes de dos meses estaremos a comienzos del invierno —declaró Bill Stell.

—Lo sé, Explorador.

—Y si la erupción no ha tenido lugar, tendremos que irnos de todos modos.

—También lo sé —repitió el capataz—. Pues bien, nos iremos, regresaremos a Dawson City y estaremos como en los buenos primeros días.

—¿Cree usted que *monsieur* Skim consentirá en pasar un segundo invierno en Klondike?

—Summy podrá regresar a Montreal si le conviene —dijo entonces el ingeniero interviniendo en la conversación—. En lo que a mí respecta permaneceré en Dawson City y no tendrá más que reunirse conmigo en mayo próximo, si lo desea. Tarde o temprano el volcán estará en plena erupción, y yo quiero estar presente.

Como puede verse, los proyectos del ingeniero, después de haber reflexionado mucho, parecían decididos, ¿qué haría Summy Skim?

El Explorador, pues, se contentó con decir para acabar la conversación:

—Sí, tarde o temprano el Golden Mount lanzará sus pepitas y su polvo de oro. Pero más nos valiera que fuera temprano.

—¿Y no podría provocarse la erupción? —volvió a decir por

segunda vez Lorique.

Y por segunda vez, Ben Raddle se limitó a mirarlo también sin responder.

Durante los días siguientes se declaró el mal tiempo. Subieron fuertes tormentas del sur, y parecía que bajo la acción de aquellas perturbaciones atmosféricas el volcán daba signos de mayor actividad. En medio de los vapores aparecieron algunas llamas, pero no llegó a arrojar sustancias contenidas en el cráter.

Por otra parte, las tormentas no duraron y fueron seguidas de lluvias torrenciales. Hubo una inundación parcial del estuario del Mackensie y las aguas se desbordaron en las dos ramas principales del río.

Es inútil señalar que durante aquel enojoso periodo, Summy Skim no pudo proseguir sus cotidianas partidas de caza, y las jornadas le parecieron largas. Por una parte, el Explorador se había sentido obligado a ponerle al corriente de las intenciones de Ben Raddle; regresar, si era necesario, a pasar el invierno en Dawson City dejando a su primo con toda libertad para regresar a Montreal, aunque quisiera volver a participar en la campaña de la próxima primavera.

El primer impulso de Summy Skim fue de rechazo; pero se contuvo y dijo solamente:

—¡Estaba seguro de ello!

Y como Ben Raddle no le hizo ninguna confidencia, él guardó la misma reserva esperando la hora en que sería necesaria una explicación definitiva.

El 5 de julio por la tarde, Ben Raddle rogó a Summy Skim, al capataz y al Explorador que lo siguieran a su tienda. En cuanto se acomodaron, el ingeniero, después de haber reflexionado sobre el proyecto que meditaba desde hacía tiempo, se expresó en los siguientes términos:

—Escúchenme, amigos, tengo algo que decirles.

Su semblante era grave. Las arrugas de su frente daban testimonio de la obsesión que lo dominaba, y debido a la sincera amistad que sentía hacia él, Summy Skim se sintió profundamente conmovido. ¿Había tomado Ben Raddle la decisión de abandonar aquella campaña, de renunciar a luchar contra la naturaleza que se negaba a cooperar con él? Summy Skim se hubiera sentido tan feliz

como Lorique se hubiera sentido desolado. ¿Iba a declarar por fin su determinación de regresar a Montreal, si la situación no cambiaba antes de la llegada de los fríos, antes de seis semanas?

—Amigos —prosiguió—, no cabe la menor duda de la existencia del Golden Mount y del valor de la materia que contiene. Jacques Laurier no se equivocaba. Hemos podido constatarlo con nuestros propios ojos. Desgraciadamente, las primeras manifestaciones de una nueva erupción nos han impedido penetrar en el cráter del Golden Mount. Si hubiéramos podido bajar a él, nuestra campaña ya habría concluido y estaríamos de camino hacia Klondike.

—La erupción tendrá lugar antes de la llegada del invierno, espero —dijo entonces el capataz con tono afirmativo.

—Ojalá sea así y todo irá bien —declaró Bill Stell.

—En seis semanas a lo más tardar —hizo observar Summy Skim.

Hubo unos instantes de silencio. Cada uno, según su manera de ver, había dicho lo que tenía que decir. Pero, ciertamente, el ingeniero tenía una proposición que hacer, y parecía que dudaba en emitirla delante de sus compañeros.

Después de haberse pasado la mano por la frente, como un hombre que se pregunta si ha medido bien todas las consecuencias de un proyecto largamente meditado, prosiguió:

—Amigos míos, hace algún tiempo dejé sin respuesta una proposición de nuestro capataz Lorique. Es posible que él la hiciera entonces bajo los efectos del despecho que le causaba la impotencia en que nos encontramos para llevar nuestra tarea a buen fin. Desde entonces he reflexionado profundamente, he buscado los medios de ejecución, y creo haberlos encontrado. Y cuando Lorique, ante esta erupción que no acaba por producirse, exclamó: ¿Por qué no provocarla? Ahora soy yo quien lo digo a mi vez: Sí, ¿por qué no?

El capataz se había puesto en pie bruscamente, impaciente de que Ben Raddle completara su explicación, porque en realidad, cuando él se había expresado de aquel modo había sido ciertamente inspirado por el despecho.

Summy Skim y el Explorador intercambiaron una mirada y parecían preguntarse si el ingeniero estaba en su sano juicio, si tantas decepciones y preocupaciones no lo habrían alterado.

No, iba a proseguir con toda la lucidez de un hombre perfectamente dueño de sí mismo cuando el Explorador dijo:

—¿Provocar la erupción del Golden Mount? Pero ¿cómo hacerlo?

—Escúchenme con atención —prosiguió Ben Raddle—. Los volcanes, como ustedes saben y se puede afirmar con certeza, están todos situados al borde del mar, o en las cercanías de algún litoral: el Vesubio, el Etna, el Hecla, el Chimborazo, [...] tanto los del Nuevo Continente como los del Antiguo De ello se concluye naturalmente que deben encontrarse en comunicación subterránea con los océanos. Las aguas se infiltran, se introducen bruscamente o lentamente, según la disposición del suelo, penetran hasta los centros de combustión interior, se calientan, se transforman en vapor, y cuando ese vapor, encerrado en las entrañas del globo, alcanza alta presión, provoca las transformaciones internas y busca la manera de escapar al exterior, arrastrando las escorias, las cenizas, las rocas, por la chimenea del volcán, en medio de torbellinos de humo y llamas. Ésa es, sin duda alguna, la causa de las erupciones, y sin duda también de los temblores de tierra. Pues bien, lo que hace la naturaleza, ¿por qué no van a hacerlo los hombres?

Se puede decir que en aquellos momentos todos estaban devorando al ingeniero con la mirada. La explicación que acababa de dar de los fenómenos eruptivos era seguramente la auténtica. Seguramente también, el Golden Mount debía recibir en sus entrañas las infiltraciones del océano Ártico. Y si durante un tiempo más o menos largo, después de la última erupción, las comunicaciones se habían obstruido, actualmente ya no era el caso, porque bajo la presión del agua volatilizada, el volcán había empezado a arrojar torbellinos de vapor.

Pero ¿era posible alcanzar aquellas comunicaciones subterráneas, introducir torrentes el agua del mar en el foco central? ¿Había empujado el ingeniero su audacia hasta querer intentar una obra parecida y creerla ejecutable?

Sus compañeros no querían creerlo, y fue Bill Stell el primero en plantear una cuestión sobre el asunto.

Esto es lo que respondió Ben Raddle.

—No, amigos míos, no se trata de un trabajo de ese tipo, porque estaría por encima de mis fuerzas. ¡No tenemos necesidad de ir a buscar a profundidades que pueden ser considerables la

comunicación entre el volcán y el mar! La manera de proceder será mucho más sencilla.

Se admitirá sin esfuerzo que la curiosidad de Lorique y del Explorador se encontrara en su punto más alto, y sabiendo que Ben Raddle era un hombre demasiado práctico como para no haber apoyado su proyecto en bases sólidas, Summy Skim compartía aquella curiosidad.

—Habrán podido observar como yo, cuando estábamos en la cumbre del Golden Mount, que el cráter se encuentra inclinado hacia el flanco este del monte, donde termina el orificio de la chimenea —prosiguió el ingeniero—. Además, el ruido del trabajo plutónico se escucha por aquel lado, y en este mismo momento el rumor es muy perceptible.

En efecto, como para dar la razón al ingeniero, unos ruidos se propagaron al exterior con una intensidad particular.

—Por lo tanto —continuó Ben Raddle—, debemos tener por seguro que la chimenea que va de las entrañas del volcán a su cráter está excavada en el flanco lateral contiguo a nuestro campamento. Ahora bien, si conseguimos excavar un canal que conduzca a la chimenea a través de ese flanco, nos sería fácil introducir agua en abundancia.

—¿Cuál? —exclamó Lorique—. ¿Agua del mar?

—No —respondió el ingeniero—. No será necesario ir a buscarla tan lejos. ¿No tenemos acaso al Rubber Creek, el río que se separa de uno de los brazos del Mackensie, un brazo inagotable que alimentaría toda la red del delta si fuera necesario? Pues su agua es la que vamos a precipitar en el interior del Golden Mount.

¡El ingeniero había dicho «vamos a precipitar» como si su plan ya estuviera en vías de ejecución, como si el canal se abriera ya a través del macizo, como si no faltara por asestar más que el último golpe de pico para introducir en él las aguas del Rubber Creek!

Ben Raddle había dado a conocer su proyecto. Por muy audaz que fuera, a ninguno de sus compañeros, ni siquiera a Summy Skim, se le cruzó por el pensamiento formular una objeción cualquiera. Si fracasaba, la cuestión quedaría resuelta, y sólo quedaría abandonar cualquier idea de explotar el Golden Mount en el caso en que la erupción provocada no tuviera lugar. Si alcanzaba el éxito, si el volcán entregaba sus riquezas, la cuestión quedaría del

mismo modo resuelta, y las carretas cargadas emprenderían el retorno a Klondike. Ciertamente que lanzar aquellas masas líquidas en el fuego volcánico causaría violentos efectos que quizá resultaran imposibles de dominar. ¿No se corría hacia la catástrofe substituyendo así a la naturaleza? ¿No era de temer tener que hacer frente a algo más que a una erupción, esto es, a un temblor de tierra que asolaría la región y arrasaría el campamento con todos sus ocupantes?

Pero nadie quería ver aquellos peligros, y a partir de la mañana del día 6 de julio todos pusieron manos a la obra.

El ingeniero tomó la dirección de las obras y estimó, no sin razón, que había que atacar el flanco del Golden Mount. En efecto, si el pico encontraba una roca demasiado dura para ser perforada, si resultaba imposible abrir una galería hasta la chimenea del cráter, entonces no habría motivo para cavar un canal para derivar la corriente del río, ya que el agua no llegaría a las entrañas del volcán.

Se estableció que la boca de la galería se abriría a una decena de pies por debajo del caudal del río de manera que se favoreciera su desagüe. Por una feliz circunstancia, las herramientas no encontraron una materia demasiado resistente, al menos en la primera mitad de la galería. Aquel material estaba compuesto de tierra friable, restos pedregosos, fragmentos de lava endurecida, enterrados en la masa desde hacía mucho tiempo, pedazos de cuarzo sin duda fracturados en alguna sacudida anterior.

El personal de la caravana no dejó de trabajar día y noche, relevándose. No había hora que perder. Ben Raddle no había podido apoyarse en ningún cálculo para estimar el espesor del flanco que había que horadar, y era posible que la galería fuera más larga de lo que había previsto. Ciertamente, por aquel lado los ruidos eran más perceptibles, y a medida que avanzaba la tarea, se hacían cada vez más intensos. Pero ¿cuándo tendría la certeza de que la galería se encontraba a punto de alcanzar la pared de la chimenea?

Summy Skim y Neluto habían suspendido sus partidas de caza. Siguiendo el ejemplo del Explorador y de Lorique, hacían la parte que les correspondía del trabajo, lo mismo que el ingeniero, y se avanzaba por día unos cinco o seis pies.

Desgraciadamente, al cabo de unos diez días, se toparon con

cuarzo, contra el cual el pico y la piqueta se mellaban. Ya no se trataba de fragmentos enterrados, sino de un macizo de extrema dureza. Era incluso de temer que se prolongara hasta las paredes del cráter, y ¿cuánto tiempo se necesitaría para perforarlo?

Ben Raddle no lo dudó un momento. Se resolvió a utilizar explosivos para fracturar el cuarzo. Había cierta cantidad de pólvora en las reservas de la caravana, y se utilizó en forma de cartuchos aunque Summy Skim se viera privado de ellos. Es cierto que aquella pólvora no sólo era munición de caza, sino también de defensa. Sin embargo no parecía que el Explorador y sus compañeros corrieran peligro. La comarca seguía igual de desierta, y desde hacía cinco semanas no se había observado cerca del campamento ningún grupo de indígenas o de otro tipo.

El empleo de la pólvora dio bastantes buenos resultados, y si la media de la progresión bajó en gran medida, al menos no se vio detenida. Ni siquiera hubo necesidad de protegerse con un apuntalamiento contra los derrumbamientos, porque la galería se abría a través de aquella dura sustancia sin provocar ningún desprendimiento. Por otra parte, el ingeniero tomaba todas las precauciones para evitar una catástrofe.

Con fecha del 27 de julio, después de veintiún días de trabajo, la galería pareció suficientemente larga. En aquel momento tenía una profundidad de diez toesas y un diámetro de cuatro pies; era lo bastante ancha para permitir el paso de una importante masa de agua. Los rugidos y bramidos de la chimenea volcánica se dejaban oír entonces con tal fuerza que el espesor de la pared no debía ya ser mayor de tres pies. Bastaría entonces con algunos golpes de pico o algunas barrenas para reventar aquella pared y la perforación de la galería estaría concluida.

Ahora se tenía la certeza de que el proyecto de Ben Raddle no se vería detenido por ningún obstáculo infranqueable. El canal a cielo abierto por el que se desviarían las aguas del Rubber Creek se podría ejecutar sin gran esfuerzo en aquel suelo únicamente compuesto de tierra y arena, y aunque tuviera que medir alrededor de trescientos pies, Ben Raddle creía que se podría realizar en unos diez días.

—Lo más difícil está hecho —dijo entonces Bill Stell.

—Y también lo más largo —añadió Lorique.

—A partir de mañana empezaremos a cavar el canal a seis pies de la orilla izquierda del Rubber Creek —respondió Ben Raddle.

—Pues bien —dijo Summy Skim—, ya que tenemos un día de reposo propongo que lo empleemos en...

—¿En cazar, *monsieur* Summy? —preguntó el Explorador riendo.

—No, Bill —respondió Summy Skim—, sino en hacer por última vez la ascensión al Golden Mount para ver lo que está pasando allá arriba.

—Tienes razón, Summy —declaró Ben Raddle—. Parece que la erupción tiene tendencia a aumentar y es bueno constatarlo con los propios ojos.

La propuesta era sensata, en efecto, y se adoptó. Se decidió emplear la tarde en la ascensión del Golden Mount en la que tomarían parte, como la primera vez, los dos primos, el Explorador y el capataz.

Los cuatro siguieron la base meridional del cono en un recorrido de tres cuartos de legua aproximadamente, y alcanzaron el extremo alargado del talud por el que ya habían efectuado la ascensión. No se habían olvidado llevar los clavos y las cuerdas para alzarse por el flanco superior, sumamente empinado.

El Explorador se puso a la cabeza, sus compañeros le siguieron, y en aquella ocasión, conociendo la dirección, sólo tardaron hora y media en llegar hasta el cráter.

Al principio se acercaron cuanto les fue posible, pero menos que la primera vez. Los vapores que vomitaba la chimenea se elevaban al doble de altura, más espesos y fuliginosos. Ahora se mezclaban llamas, pero no había proyección de lava ni de escoria.

—¡Decididamente no es muy generoso, este Golden Mount, y se guarda cuidadosamente sus pepitas! —observó Summy Skim.

—Se las arrebataremos por la fuerza, si no quiere darlas de buen grado —respondió Lorique.

En todo caso pudieron constatar que el fenómeno se manifestaba ya con mayor energía. Los rugidos interiores recordaban a los de una caldera sometida a cierta presión cuyo acero se estremece bajo la acción del fuego. Se preparaba una erupción, pero quizá transcurrieran semanas, o quizá meses, antes de que las sustancias amasadas en las entrañas del volcán fueran lanzadas al espacio.

Por ello Ben Raddle, después de haber observado el estado

actual del cráter, no pensó en interrumpir los trabajos comenzados que debían activar el fenómeno o incluso determinar la explosión.

Antes de volver a bajar, los escaladores pasearon la mirada a su alrededor. La comarca y el mar parecían desiertos. Por encima de la llanura no se levantaba ningún humo de campamento, y no se dibujaba ninguna vela en el horizonte. Desde ese punto de vista, Ben Raddle y sus compañeros tenían razones para pensar que se hallaban en total seguridad. Ni siquiera los propios indios se habían dejado ver en el estuario del Mackensie. El secreto del Golden Mount no parecía conocerse en Klondike.

La bajada se realizó sin dificultad. La tarde de aquel día fue tan buena como la mañana. Incluso reinaba un calor poco habitual en aquellas altas latitudes, y parecía que se hallaban en pleno verano en las tierras bajas del Dominio. Pero en fin, aunque hiciera tanto calor como en Green Valley, como se decía para sí Summy Skim, Green Valley estaba lejos, y aunque el Golden Mount hubiera sido diez veces, cien veces, mil veces más alto no se hubiera podido divisar Montreal a quinientas leguas de distancia hacia el este, ni siquiera con uno de aquellos catalejos que ponen la luna al alcance de la mano.

Pero Summy Skim no dijo nada. Se acercaban al desenlace de aquella campaña, cualquiera que fuese, y antes de mediados de septiembre la caravana estaría seguramente de vuelta a Klondike.

Hacia las cinco, Ben Raddle y sus compañeros estaban de vuelta en el campamento, donde se dejó el retorno al trabajo para el día siguiente.

La cena fue de lo más agradable. Neluto había podido abatir algunas buenas piezas de caza durante la ausencia de Summy Skim. Sin embargo, antes de retirarse a descansar bajo la tienda, Summy Skim no pudo impedir hacer una reflexión:

—Querido Ben, ¿y si con tu inundación apagáramos el volcán?

—¡Apagarlo! —respondió Ben Raddle—. No, ni todas las aguas del Mackensie podrían apagarlo.

—Además —añadió Lorique—, si se apagara podríamos bajar al cráter.

—Y descargarlo de sus pepitas, evidentemente —replicó Summy Skim—. Decididamente siempre hay respuesta para todo.

LA CAZA DEL ALCE



La orilla izquierda del Rubber Creek^[25] formaba un codo bastante pronunciado a cincuenta toesas aproximadamente del lugar donde se abría la galería subterránea que llegaba a la chimenea del cráter. La derivación se practicaría en el ángulo mismo que formaba ese codo. Por lo tanto, se trataba de excavar un canal de trescientos pies de largo que condujera el agua a la galería. El ingeniero estableció el trazado y a partir de la mañana del 28 de julio todo el mundo puso manos a la obra.

Habían podido averiguar que la excavación del canal no presentaría grandes dificultades ni exigiría grandes esfuerzos. El suelo estaba compuesto de tierra bastante friable hasta siete pies de profundidad, donde comenzaba la roca. Ahora bien, esa profundidad era ampliamente suficiente con una anchura más o menos igual. Bastaría, pues, utilizar el pico y la azada, sin que fuera necesario recurrir a las barrenas, lo que hubiera podido agotar la provisión de pólvora. Convenía estar provisto de municiones, si no durante la estancia en el campamento, al menos para el camino de retorno a Dawson City, pues los indios y los aventureros merodeaban por sus alrededores al finalizar la campaña de explotación de los yacimientos auríferos.

Todo el personal de la caravana se dedicó a ello con gran actividad, y ninguno de aquellos valerosos canadienses dudaba del

éxito de la empresa. Sabían que Ben Raddle intentaba provocar la erupción del Golden Mount, lo mismo que sabían que aquella erupción haría vomitar pepitas al mismo tiempo que lava de oro. Por lo tanto, habría oro para todo el mundo, y nunca ninguna parcela de Klondike había producido semejantes resultados. Y hay que reconocer que incluso el escéptico Summy Skim se decía en ocasiones: «De hecho, ¿por qué no?».

La excavación del canal se realizó por lo tanto con rapidez, sin que la temperatura fuera demasiado elevada. Además, en aquel mes de agosto, en las altas latitudes del Dominio, el sol solamente subía [...] por encima del horizonte. Los hombres se turnaban aprovechando lo prolongado del crepúsculo, trabajando una parte de la noche. Tenían el cuidado de observar si el trazado del canal cruzaba algún filón; pero no encontraron ninguna vena aurífera.

—Lo cierto es que este río no vale lo que el Eldorado o el Bonanza —observó el capataz—, y sus aguas no arrastran pepitas; pero nos van a facilitar las pepitas del Golden Mount, y será algo muy diferente.

Pasaron trece días, y con fecha del 9 de agosto el canal quedó abierto en los dos tercios de su longitud. Pero a medida que se iban acercando a la montaña, el suelo se hacía cada vez más rocoso y la tierra era menos suelta. Sin embargo, bastaba con las herramientas y no fue necesario recurrir a las barrenas.

Ben Raddle calculó entonces que se necesitarían entre seis y siete días para concluir la operación. Sólo faltaba excavar por un lado el margen mismo del río en una anchura de cinco a seis pies, y por el otro lado, la pared que existía todavía entre el fondo de la galería y la chimenea. Después las aguas irían por sí solas a precipitarse en las entrañas del volcán.

Ahora bien, ¿cuánto tiempo se necesitaría para que se produjera la erupción provocada por la acumulación de vapor? No se tenía ninguna certeza. Pero el ingeniero había observado que los síntomas se incrementaban cada día. Las nubes se iban espesando por encima del cono, las llamas se elevaban a mayor altura, y durante las pocas horas de oscuridad, iluminaban los alrededores en una amplia extensión. Por lo tanto, había razones para esperar que el torrente de agua vaporizada en el núcleo central provocaría la expulsión de material eruptivo.

Aquel mismo día por la tarde Neluto, al regresar al campamento, se fue a buscar a Summy Skim, y con una voz entrecortada por una rápida carrera le dijo:

—Ah, *monsieur Skim, monsieur Skim*.

—¿Qué sucede, Neluto?

—¡Hay, hay alces!

—¡Alces! —exclamó Summy Skim.

—Sí, media docena, en un grupo, acabo de verlos.

—¿Lejos?

—A una buena legua de distancia, por allá.

El indio señaló la llanura hacia el oeste del Golden Mount.

Como es bien sabido, uno de los más vivos deseos de aquel cazador empedernido era encontrar alces y abatir una pareja. No había podido satisfacer su deseo desde su llegada a Klondike, y apenas había podido descubrir dos o tres en los alrededores de Dawson City o en el territorio del Forty Miles Creek. Puede juzgarse por ello la capacidad de la noticia que traía Neluto para excitar sus instintos cinegéticos, tanto o más que los de su compañero de caza.

—Vamos —dijo al indio.

Ambos abandonaron el campamento y rodearon durante unos centenares de pasos la base misma del Golden Mount. Se detuvieron y Summy Skim pudo divisar con sus propios ojos la manada de alces que subía tranquilamente hacia el noroeste a través de la vasta llanura.

Ciertamente, tenía muchas ganas de iniciar de inmediato la cacería. Pero era ya tarde y dejó el proyecto para el día siguiente.

Lo principal era que aquellos rumiantes hubieran aparecido por los alrededores, donde sabrían cómo encontrarlos.

Después de haberse reunido con Ben Raddle, Summy Skim le dio a conocer sus intenciones. Como no faltaban brazos para excavar el canal, el ingeniero no tuvo inconveniente en prescindir de Neluto durante una jornada. Se convino, pues, que los dos cazadores saldrían hacia las cinco de la mañana para encontrar los rastros de los alces.

—Pero me prometerás, Summy, que no te alejarás demasiado —observó Ben Raddle.

—Esa recomendación se la tendrías que hacer a los alces —respondió Summy Skim riendo.

—No, Summy, te la hago a ti. No te vayas a despistar a algunas leguas del campamento. No quiero que nos veamos obligados a interrumpir el trabajo para ir en tu búsqueda. Además, hay que cuidarse de los malos encuentros.

—No, Ben, el territorio es seguro, precisamente porque está desierto.

—De acuerdo, Summy, pero prométeme que estarás de vuelta por la tarde.

—Digamos al anochecer, Ben.

—En estas latitudes, el anochecer dura la mitad de la noche —dijo el ingeniero—. No, Summy, si no has vuelto antes de las seis voy a estar preocupado.

—De acuerdo, Ben, de acuerdo —respondió Summy Skim—, a las seis, más el cuarto de hora de cortesía.

—A condición de que tu cuarto de hora sea de quince minutos.

En definitiva, para Ben Raddle siempre era de temer que su primo, una vez que se lanzara a la caza de los alces, se dejara llevar más allá de lo conveniente. Había razones para felicitarse de que hasta entonces no hubiera aparecido en la desembocadura del Mackensie ninguna banda de indios. Pero la ocasión podía producirse cualquier día. Así, una vez terminada la campaña, y felizmente terminada, el ingeniero se apresuraría a tomar el camino de retorno a Klondike.

Al día siguiente, hacia las cinco de la mañana, Summy Skim y Neluto, armados con sendas carabinas de caza de largo alcance, cargados con provisiones para dos comidas y acompañados por su perro *Stop*, que jugueteaba a su lado ladrando, abandonaron el campamento.

El tiempo era bueno, incluso un poco fresco, aunque el sol ya había empezado a trazar su larga curva sobre el horizonte.

Cualquier cazador comprenderá el natural anhelo que sentía Summy Skim de encontrar a los alces que había divisado la víspera y de abatir al menos uno de aquellos magníficos rumiantes. En suma, sus excursiones en los alrededores de Dawson City o en los parajes de Forty Miles Creek sólo le habían procurado caza ordinaria, caza menor, como estorninos, gallinazas o perdices. En lo referente a la caza mayor, ésta se había retirado varias decenas de leguas ante la invasión de los mineros, y Klondike no ofrecía a ese

respecto lo mismo que los bosques de Cassiar o las orillas del río Pelly. Summy Skim había podido encontrar varios osos, entre otros el de la variedad *silver tip*, de garganta blanca, o el oso pardo, el *grizzly*, y también la variedad vulgarmente conocida como «viejo minero». Pero nunca había tenido ocasión de mandar una bala a los hocicos de aquellos salvajes cuadrúpedos que habitaban preferentemente los territorios de las Montañas Rocosas. En lo referente a los caribús de los bosques, especie de ciervo que se distinguía por su tamaño de los que ya había cazado en los bosques del Dominio, había sido más afortunado y no tenía que estrenar su fusil. Por el contrario, repetimos, desde su llegada a Klondike no había podido perseguir a ningún alce.

El alce canadiense es una especie de cérvico de magnífica cornamenta, y aunque antaño era abundante en la comarca regada por el río Yukón, dicho rumiante se ha dispersado bastante desde el descubrimiento de los placeres de Klondike.

Como consecuencia de ese estado de cosas, el alce, sociable por naturaleza, tiende a hacerse más salvaje. Es difícil aproximarse a él y sólo es posible abatirlo en circunstancias muy favorables; su dispersión resulta lamentable, pues su piel es preciosa, su carne excelente, tan estimada como la carne de buey, y su precio alcanza hasta cinco francos la libra en el mercado de Dawson City.

Summy Skim no ignoraba que la desconfianza del alce se despierta fácilmente. El animal está excepcionalmente dotado en cuanto al olfato y el oído. Al menor síntoma de alerta, se escurre con tal rapidez que cualquier intento de persecución resulta inútil, a pesar de que su peso puede alcanzar la novecientas o mil libras. Los dos cazadores tuvieron que tomar las más minuciosas precauciones para situarse de forma que la manada estuviera al alcance de sus fusiles.

Ésta se hallaba entonces detenida en la linde de un bosque a legua y media de distancia del Golden Mount. Aquí y allá se alzaban algunos macizos de árboles donde era necesario penetrar, o mejor dicho, deslizarse de uno a otro por temor a ser oído o visto, o incluso únicamente sentido. Es cierto que en la cercanía del bosque aquella maniobra sería inútil, y los cazadores no podrían avanzar un paso sin traicionar su presencia. Entonces los alces echarían a correr y sería imposible volver a encontrar su rastro.

Después de tener un conciliábulo, Summy Skim y Neluto decidieron bajar más al sur, con el fin de alcanzar el ángulo meridional del bosque. Desde allí, yendo de árbol en árbol, quizá llegaran a situarse cerca de la manada sin despertar su atención. Únicamente era importante retener al perro, que daba muestras de una viva impaciencia.

Tres cuartos de hora más tarde, después de haber tomado todas las precauciones imaginables, Summy Skim y el indio se detuvieron en el extremo del bosque. Los alces seguían quietos en el lindero y siguiendo éste por espacio de unas mil toesas llegarían a ellos.

—Sigamos el lindero, pero por dentro —dijo Summy Skim—. Y agarra a *Stop*, Neluto, para que no corra y dé la alerta.

—De acuerdo, *monsieur* Skim —respondió el indio—. Pero usted tiene que retenerme también a mí, porque necesito que alguien lo haga.

Summy Skim no pudo evitar una sonrisa al oír aquella reflexión de Neluto: lo comprendía y también él hubiera tenido necesidad de que lo retuvieran.

Echaron a andar, no sin dificultad. Los álamos, los abedules y los pinos de aquel bosque estaban muy juntos, y unos espesos matorrales estorbaban el avance. Había que evitar que crujieran bajo los pies las ramas muertas que tapizaban el suelo. El ruido hubiera sido oído tanto más fácilmente cuanto que no soplabla una brizna de viento. El sol, que se había vuelto más ardiente, inundaba de luz los inmóviles ramajes. A los oídos no llegaba ningún canto de ave, ningún rumor surgía de las profundidades de aquella selva. Summy Skim ignoraba si se prolongaba sobre una gran extensión de la región que regaban el río Porcupine o sus afluentes —como el Old Crow en su parte meridional—, aunque por otra parte no tenía intención de alejarse de sus lindes.

En resumen, eran ya cerca de las nueve cuando los dos cazadores se detuvieron a la entrada de un pequeño claro a menos de trescientos pies del lugar que ocupaban los alces. Los animales no daban muestras de inquietud. Unos pastaban o bebían en una especie de arroyo que salía del bosque, otros estaban tumbados sobre la hierba, probablemente dormidos. Pero no cabía la menor duda de que a la menor alerta se pondrían a la fuga, muy probablemente en dirección al sur, hacia los territorios del río

Porcupine.

Summy Skim y Neluto no eran gente a quienes les gustara reposar, aunque tuvieran necesidad de hacerlo, y ya que se presentaba la ocasión de dar un buen golpe antes de su primer almuerzo no estaban dispuestos a privarse de ello.

Allí estaban, pues, con la carabina lista, deslizándose entre los matorrales, reptando a lo largo de la linde. Como más tarde confesó Summy Skim, nunca había sentido una emoción parecida, emoción donde no cabía ningún temor, por supuesto, porque no se trataba de fieras. Pero aquella espera tenía hasta tal punto el poder de satisfacer uno de sus más ardientes deseos de cazador que su corazón latía con precipitados golpes, su mano temblaba, y temía no poder disparar adecuadamente. No, lo cierto es que si fallaba en una ocasión parecida y no lograba abatir el ansiado alce, sólo le quedaría el recurso de morirse de vergüenza.

Summy Skim y Neluto fueron acercándose, sin hacer más ruido que una serpiente entre la hierba, uno detrás del otro, el indio a la zaga. En algunos minutos de sordo reptar llegaron al punto desde el que los animales estaban al alcance de sus carabinas, es decir, a menos de sesenta pies del lugar donde descansaban los rumiantes. *Stop*, retenido por Neluto, jadeaba pero no ladraba.

Los alces no parecían haberse percatado de la presencia cercana de los dos cazadores. Los que estaban tumbados en el suelo no se levantaron y los demás continuaban pastando.

Uno de ellos, sin embargo, un magnífico animal, cuyos cuernos se desarrollaban como el ramaje de un árbol joven, levantó en aquel momento la cabeza y se volvió del lado de la linde del bosque. Sus orejas se agitaron y tendió el hocico como si hubiera querido husmear el aire que procedía de allí.

¿Había olido el animal el peligro? ¿Iba a huir arrastrando a los demás detrás de él?

Summy Skim tuvo una especie de presentimiento y la sangre le hinchó el corazón. Pero recuperándose dijo en voz baja:

—Fuego, Neluto, los dos sobre el mismo animal para estar seguros de no fallar.

En aquel instante se dejó oír un ladrido, y *Stop*, al que Neluto había soltado para echarse al hombro la carabina, se lanzó en medio de la manada.

¡Ah! ¡Aquello no duró mucho tiempo! Ni Summy Skim ni el indio tuvieron siquiera tiempo de apuntar y disparar. Ni siquiera una bandada de perdices se levanta con mayor rapidez que una manada de alces.

Summy Skim, que se había levantado, estaba estupefacto.

—¡Maldito perro! —exclamó.

—¡Hubiera debido agarrarlo por la garganta! —añadió el indio.

—¡Y estrangularlo! —respondió Summy Skim, decididamente furioso. Y si el animal hubiera estado allí no se hubiera librado por las buenas.

Pero *Stop* ya estaba lejos, a más de cien toesas de distancia, cuando los dos cazadores salieron de la linde del bosque. Se había lanzado en persecución de los alces y hubiera sido inútil llamarlo porque no habría regresado al oír la voz de su amo, aun admitiendo que hubiera podido oírla.

El rebaño se dirigía hacia el norte con una velocidad que aventajaba a la del perro, aunque fuera un animal muy vigoroso y veloz. ¿Regresaría la manada al bosque, o escaparía por la llanura alcanzándola por el lado este? Hubiera sido la posibilidad más afortunada, porque de ese modo los alces se acercarían al Golden Mount, cuya humareda formaba torbellinos a legua y media de allí. Pero también podía suceder que el rebaño tomara una dirección oblicua hacia el sudeste, por el lado del río Peel, y fuera a buscar refugio en las primeras gargantas de las Montañas Rocosas. En ese caso habría que renunciar para siempre a alcanzarlos.

—¡Sígueme! —exclamó Skim dirigiéndose al indio—. ¡Intentemos no perderlos de vista!

Ambos se lanzaron a correr siguiendo la linde del bosque en persecución de los alces, que en aquel momento se encontraban a cuatrocientas o quinientas toesas de distancia.

¿Qué podían esperar? Hubieran tenido dificultades en responder a esa pregunta. Pero una pasión irresistible que no les permitía razonar, los arrastraba, y era una pasión de la misma naturaleza que la que obsesionaba a su perro *Stop*.

Un cuarto de hora más tarde, Summy Skim fue presa de una viva emoción. Al fin los alces se habían detenido. No hubieran podido seguir huyendo hacia el norte, hacia el litoral, porque se verían obligados a volver sobre sus pasos. ¿Iban, pues, a bajar hacia el

sudeste? En aquel caso, Summy Skim y Neluto tendrían que abandonar la partida. ¿No se decidirían, quizá, a volver al refugio del bosque y perderse en sus profundidades?

Eso fue lo que hicieron después de unos instantes de duda. El jefe de la manada cruzó la linde de un salto y los demás lo siguieron.

—¡Es lo mejor que nos podía pasar! —exclamó Summy Skim—. En la llanura no hubiéramos podido situarnos para tenerlos a tiro de fusil. En el bosque les será imposible huir con la misma rapidez y quizá esta vez podamos aproximarnos a ellos.

El resultado de aquel razonamiento, fuera acertado o no, sería siempre al mismo: arrastrar a los cazadores mucho más hacia el oeste de lo que hubieran tenido que hacerlo, a través de un bosque cuya extensión apenas conocían y del cual sólo saldrían con gran dificultad.

Además, *Stop* había hecho lo mismo que ellos. Se había internado entre los árboles, y aunque todavía se oían sus ladridos ya no se lo podía ver.

Así, ambos se internaron entre la espesa arboleda, guiados únicamente por los ladridos del perro. Seguramente los alces no habían podido alejarse muy rápidamente, porque su larga cornamenta les impedía cruzar las barreras de matorral. En aquellas condiciones, el perro tenía sobre ellos la ventaja de pasar por donde a ellos les resultaría difícil o imposible hacerlo. Los alcanzaría, y los cazadores sólo tendrían que dirigirse hacia el lugar donde se oyeran los ladridos.

Eso fue lo que hicieron durante dos horas, pero sin haber logrado alcanzar al rebaño. Por lo tanto, no iban exactamente a la aventura, sino arrastrados por una pasión irracional. Lo más grave de todo era que se iban adentrando hacia el oeste. ¿Cómo volverían a encontrar el camino cuando fuera necesario dar la vuelta?

Sin embargo, Summy Skim pudo constatar que el bosque se iba haciendo cada vez menos espeso según se iban alejando de su límite. Seguían siendo los mismos árboles, abedules, álamos y pinos, pero más espaciados y sobre un suelo menos tupido de raíces y matorrales.

Pero seguían sin divisar los alces. *Stop* no había perdido la pista. Sus ladridos persistían y sin duda no se encontraba a más de un

cuarto de legua de su amo.

Neluto y Summy Skim seguían adentrándose en las profundidades del bosque. Pero un poco después del mediodía, los ladridos del perro dejaron de llegar a sus oídos.

Se encontraban entonces en un espacio vacío al que llegaban los rayos del sol. Summy Skim sólo podía darse cuenta de la distancia a que se hallaban de la linde por el tiempo transcurrido, y estimaba que debían estar más o menos a una legua. Por lo tanto tendrían el tiempo suficiente para regresar al campamento después de hacer un alto, pues ambos lo necesitaban. Estaban fatigados, hambrientos, y se sentaron al pie de un árbol. Sacaron las provisiones del macuto y comieron con formidable apetito, como podemos afirmar sin duda alguna. Es cierto que el almuerzo les hubiera parecido infinitamente mejor si en el menú hubiera podido figurar carne de alce asada.

Y entonces, ¿qué aconsejaba la sensatez si no la prudencia? ¿No deberían rehacer el camino hacia el campamento, incluso con la decepción de regresar con las manos vacías? Aquella vez parecía que debía ganar la sensatez. Sin embargo, aunque era desagradable regresar sin alce alguno, era todavía más enojoso no poder traer al perro. Pues lo cierto es que *Stop* no había aparecido.

—¿Dónde puede estar? —dijo Summy Skim.

—Persiguiendo a los animales —respondió el indio.

—Eso es lo que imagino, Neluto. Pero ¿dónde están los animales?

—Quizá no tan lejos como creemos, *monsieur* Skim.

Aquella respuesta indicaba quizá que el indio no estaba tan dispuesto como Summy Skim a abandonar la partida. Ciertamente no podía consolarse de haber corrido toda la mañana sin ningún resultado.

Por otra parte, era verdad que Summy Skim experimentaba cierto placer al oírle hablar de aquel modo. Sin embargo, creyó su deber hacer la siguiente reflexión:

—Si los alces no estuvieran lejos en el bosque oiríamos los ladridos de *Stop*.

En aquel mismo momento los ladridos resonaron a menos de trescientas toesas, juzgando de oído.

Los dos cazadores, sin intercambiar palabra, como movidos por el mismo resorte, se levantaron, recogieron su macuto y su fusil y se

adentraron en el bosque, en la dirección de donde procedían aquellos ladridos.

Aquella vez, ni la sensatez ni la prudencia tenían posibilidad ninguna de ser escuchadas, y por no atender su consejo los dos temerarios cazadores podían verse arrastrados muy lejos.

En efecto, la dirección que entonces siguieron no era la del norte ni la del este. La manada de alces se había dirigido hacia el suroeste, y sin duda el bosque en aquella dirección se prolongaba varias leguas, incluso hasta los primeros afluentes del río Porcupine. Summy Skim y Neluto se alejaron, así, más aún del Golden Mount. El sol empezaba a declinar hacia el horizonte occidental. Los cazadores no regresarían al campamento antes de las cinco, según su promesa, pero sí podrían estar de vuelta hacia las siete o las ocho, todavía con plena luz del día. Además, lo más seguro es que no se detendrían con esas reflexiones. Oían la voz de *Stop* y corrían tras él, sin dudar ni un momento que corrían en pos de sus anhelados alces.

Los animales no se habían alejado demasiado y los dos cazadores se encontraban en aquellos momentos tras su pista. A través del bosque, menos tupido, hubieran tenido el campo libre. Hubieran podido huir a mayor velocidad. Summy Skim y Neluto los perseguían tan velozmente como sus fuerzas se lo permitían. Ni siquiera pensaban en llamar al perro, que sin duda no hubiera vuelto, por estar tan poseído del espíritu cinegético como su amo. Summy Skim y Neluto ya no tenían en cuenta el tiempo que había transcurrido. Seguían avanzando en dirección noroeste, y nada indicaba que pronto fueran a alcanzar el límite occidental de aquella vasta selva. Corrían con toda la velocidad de sus piernas, y solamente aminoraban la marcha para recuperar el aliento, sin detenerse. No sentían la fatiga. Summy Skim había olvidado que se encontraba en los territorios cercanos al Klondike, y actuaba como si estuviera en los parajes cercanos a Montreal. Nunca había tenido problemas para regresar a su granja de Green Valley, pero ¿sería lo mismo cuando se tratara de regresar al campamento de Golden Mount?

Una o dos veces, Neluto y él creyeron que estaban a punto de tener éxito. Por encima de los matorrales habían asomado algunas cornamentas, y los alces no se encontraban a más de cien pasos de

ellos. Pero los ágiles animales no tardaban en desaparecer y no se presentó la ocasión de enviarles un tiro a buena distancia de alcance.

En resumen, pasaron varias horas antes de que aquella pareja de imprudentes se diera cuenta de ello. Pero entonces, los ladridos de *Stop*, que gradualmente habían empezado a disminuir, demostraban que los alces estaban sacando distancia. Sería pues imposible alcanzarlos. Finalmente los ladridos cesaron, ya fuera porque *Stop* se había alejado demasiado, o porque había perdido el aliento después de una carrera tan ardiente y prolongada y ya no pudiera recuperar su ladrido.

Summy Skim y Neluto, al límite de sus fuerzas, se detuvieron y cayeron al suelo como una masa inerte, sin saber si les iba a ser posible volverse a levantar.

Eran en aquel momento las cuatro de la tarde, como Summy Skim pudo constatar en su reloj.

—¡Se acabó! —dijo en cuanto pudieron salir unas palabras de sus labios.

Aquella vez, Neluto hizo señas con la cabeza en signo de asentimiento y de decepción.

—¿Dónde estamos? —prosiguió Summy Skim.

¡Sí! Aquélla era la cuestión que se planteaba y no iba a ser fácil resolverla.

En aquella parte del bosque se abría un claro bastante grande, y un pequeño río lo cruzaba de parte a parte para reunirse sin duda con alguno de los afluentes del río Porcupine en el sudoeste. El sol lo iluminaba por un lado, y más allá los árboles parecían más tupidos, apretados los unos contra los otros como en los alrededores de la linde oriental.

—Tenemos que ponernos de nuevo en marcha —dijo Summy Skim.

—¿Hacia dónde? —preguntó el indio.

—Hacia el campamento, ¡dónde si no! —replicó Summy Skim encogiéndose de hombros.

—¿Y de qué lado se encuentra el campamento?

—Por allá, Neluto —replicó su compañero volviendo la espalda al sol que descendía hacia poniente.

—¡No podemos ponernos en marcha sin haber comido, *monsieur*

Skim!

Eso era algo absolutamente evidente. Los dos cazadores no hubieran podido avanzar quinientos pasos sin caerse de inanición.

Así que abrieron los morrales. Cenaron del mismo modo que habían almorzado por la mañana y de forma tan copiosa que agotaron las provisiones. Ahora bien, como en el bosque no abundaba la caza, les sería difícil renovar los alimentos, a menos de arrancar algunas raíces comestibles para cocerlas en algún fuego de brasas.

Parecía que eso ya se había hecho en aquel lugar, porque siguiendo el perímetro del claro Neluto se detuvo delante de un pequeño montón de cenizas. Llamó a Summy Skim y le dijo:

—Vea usted esto, *monsieur* Skim.

—En este lugar han encendido fuego, Neluto.

—Sin duda alguna.

—¿Hay indios o alguien más en este bosque?

—Alguien ha venido, sin duda —respondió Neluto—. Sin embargo, hace ya algún tiempo de ello.

En efecto, las cenizas, blancas, ya convertidas en lodo, compactadas por decirlo así por la humedad, demostraban que la hoguera era de hacía bastante tiempo. Quizá meses, o años, habían pasado desde que alguien había encendido fuego en aquel lugar. No había razones para asombrarse, ni para temer la presencia de alguna banda en los alrededores del Golden Mount.

Es cierto que, casi al instante, un nuevo incidente inquietó bastante seriamente a Summy Skim.

A unos diez pasos de la hoguera apagada, su mirada cayó sobre un objeto que brillaba entre la hierba. Se dirigió hacia allí, se agachó y lo recogió, y no pudo contener un grito de sorpresa.

Era un puñal cuya hoja estaba incrustaba en un mango de cobre.

—¡Mira esto, Neluto! —dijo Summy Skim presentando el puñal a su compañero.

Éste, después de haberlo examinado, dijo:

—Aunque la hoguera es antigua, este puñal no hace mucho que lo han perdido.

—Sí, sí —respondió Summy Skim—. La hoja todavía brilla, no tiene ni rastro de herrumbre. Ha debido caer recientemente en la hierba.

Era un hecho indiscutible.

En cuanto al arma, después de haberle dado muchas vueltas, y de haberla examinado de cerca, Summy Skim reconoció que era de manufactura hispana. Incluso en el mango aparecía gravada la inicial M, y en la hoja el nombre de Austin, la capital de Texas.

—Así pues —concluyó Summy Skim—, unos extranjeros han acampado en este claro hace solamente unos días, quizá unas horas. Es posible que no hayan encendido fuego, pero uno de ellos ha perdido este puñal.

—Y no se trata de indios —observó Neluto—, porque los indios no tienen armas de este tipo.

—Quién sabe si, cruzando el bosque, no se dirigen hacia el Golden Mount —añadió Summy Skim.

Era una hipótesis admisible, y si el hombre al que pertenecía aquel puñal formaba parte de una banda numerosa, quién sabe si un grave peligro no amenazaba a Ben Raddle y a sus compañeros, incluso en aquel mismo momento, si es que la banda merodeaba por los alrededores del estuario del Mackensie.

—¡Vámonos! —dijo Summy Skim.

—Ahora mismo —respondió Neluto.

—¿Y nuestro perro? —dijo Summy Skim.

El indio llamó con una voz fuerte volviéndose en todas direcciones. Pero el perro no oyó su llamada y no apareció.

Ya no era cuestión en aquel momento de proseguir la caza del alce. Era preciso llegar cuanto antes al campamento, a fin de poner sobre aviso a la caravana del Explorador, y quizá tomar medidas defensivas. Pero la manera de llegar lo más rápidamente posible era tomando el camino más corto, y lo más corto era la línea recta.

Era pues importante orientarse con la mayor exactitud y Summy Skim no tenía brújula. Pero tenía un reloj, y éste es el procedimiento que empleó, procedimiento del que ya se había servido en una ocasión durante sus cacerías en el territorio de Montreal.

Como ya se ha señalado, el sol proyectaba sus rayos en el claro del bosque, y precisamente la sombra de un pino muy vertical se proyectaba en el suelo. Summy Skim iba a utilizar aquella línea de sombra para orientarse. Fue a situarse encima de aquella línea volviendo la espalda al sol y sacando su reloj.

Eran las seis, y habría bastado con colocar la aguja pequeña directamente encima de la línea para obtener el norte. Pero el reloj estaba dividido en doce horas, y para obtener el mismo resultado había que poner la aguja en las tres. Después, cuando estuvo exactamente paralela con la línea de sombra, el norte se encontraba directamente indicado por el mediodía del reloj.

Al momento, Summy Skim, una vez que hubo establecido su posición, extendió la mano en la dirección que había que seguir, hacia el este.

—¡En marcha! —dijo.

Justo en aquel instante se escuchó una detonación de fusil que había sido disparado a menos de trescientos pasos del claro del bosque.

INQUIETUDES MORTALES



Después de que Summy Skim y Neluto partieran a la caza del alce, Ben Raddle fue a cerciorarse de la marcha de las obras. Si no se producía ningún retraso o ninguna eventualidad imposible de predecir, el canal estaría acabado en dos o tres días. Sólo faltaría abrir el dique de la orilla izquierda del Rubber Creek y dar los últimos golpes de piqueta a las paredes de la chimenea del cráter para que las aguas se precipitaran torrencialmente en las entrañas del Golden Mount.

¿Cuánto se haría esperar la erupción? El ingeniero pensaba que no tardaría demasiado y además no dudaba del resultado final. Aquellas enormes masas líquidas, vaporizadas por el fuego central, provocarían pronto una violenta sacudida plutónica que arrojaría al exterior la materia volcánica. Sin duda, contendría en gran parte lava, escorias y otras sustancias eruptivas, pero con ellas se mezclarían las pepitas y los cuarzos auríferos y sólo habría que recogerlos sin tener que extraerlos. Evidentemente había que prever que al menos la humareda de la erupción invadiría la galería que conducía a la chimenea, así como el canal de comunicación. Por ello, si fuera necesario, el campamento se instalaría aguas arriba del Rubber Creek.

Por añadidura, la acción de las fuerzas subterráneas tendía a acrecentarse cada vez más. Los rugidos internos indicaban su

violencia. Había razones para preguntarse si sería necesario introducir agua en el cráter.

—Ya veremos —respondió Ben Raddle al Explorador, que acababa de reunirse con él y le había hecho esa observación—. No hay que olvidar que tenemos el tiempo estrictamente contado. Pronto estaremos a mediados de agosto.

—Y sería imprudente prolongar más de quince días nuestra estancia en la desembocadura del Mackensie —añadió Bill Stell—. Hay que contar tres semanas para regresar a Klondike, sobre todo si las carretas están muy cargadas.

—¡No dude de que lo estarán, Explorador!

—Y en ese caso, *monsieur* Raddle, la estación ya estará bastante avanzada cuando la caravana regrese a Dawson City. Si el invierno se presenta precoz tendríamos graves problemas para alcanzar Scagway, y ya no llegarían a tiempo de coger el paquebote hacia Vancouver.

—Estamos hablando de oro, mi querido Explorador —respondió el ingeniero bromeando—. Ése es el caso cuando uno acampa al pie del Golden Mount. Pero no se preocupe, mucho me extrañaría que en ocho días nuestras reatas no hayan reemprendido el camino de regreso a Klondike.

Era evidente la convicción con la que se expresaba Ben Raddle, y Summy Skim no estaba presente para llevarle la contraria en su proyecto.

La jornada transcurrió en las condiciones habituales, y cuando llegó la tarde sólo quedaban por excavar cinco o seis toesas del canal. El tiempo había sido bueno, con alternancia de claros y nubes. Los dos cazadores no tendrían motivos de queja.

Sin embargo, hacia las cinco de la tarde aún no se había divisado a ninguno de los dos en la llanura del oeste. Es cierto que Summy Skim aún tenía tiempo de regresar sin faltar a su promesa. En varias ocasiones, el Explorador, adelantándose un centenar de pasos, se dirigió a ver si lo divisaba. Nadie. La silueta de los dos cazadores no se mostraba en el horizonte.

Una hora más tarde Ben Raddle comenzó a sentir cierta impaciencia, y se prometió amonestar a su primo.

Cuando dieron las siete, Summy Skim y Neluto seguían sin aparecer, y la impaciencia de Ben Raddle se transformó en

inquietud, que se multiplicó una hora después, cuando los ausentes todavía no estaban de vuelta.

—Se han dejado llevar —repetía—. Cuando un animal está delante de él, ese diablo de Skim, con un fusil en la mano, no cuenta con nada ni con nadie. Se lanza, se lanza y no hay manera de detenerlo.

—Y cuando se persigue a un alce nunca se sabe hasta dónde te llevará el animal.

—No debí haberlo dejado ir —añadió Ben Raddle.

—No anochecerá antes de las diez —añadió el Explorador—. Y no hay motivo para temer que *monsieur* Skim se pueda perder. El Golden Mount se divisa de lejos, y en la oscuridad sus llamas pueden servir de guía.

La observación era valiosa. Aunque los cazadores se encontraran a tres leguas del campamento hubieran divisado el resplandor del Golden Mount, y no resultaba admisible la hipótesis de que se hubieran podido perder. Pero acaso se había producido un accidente, y quizá se veían en la imposibilidad de reanudar su camino. Si no habían regresado al caer la noche, ¿qué se podía hacer?

Pasaron dos horas y es fácil imaginar el estado en que se encontraba Ben Raddle. No podía estarse quieto. El Explorador y sus compañeros no ocultaban su inquietud. El sol se disponía a bajar sobre el horizonte y sólo un largo crepúsculo iluminaría aquellas altas latitudes del océano Ártico. Si Summy Skim y Neluto no regresaban antes de la noche... ¿Y si no regresaban al alba?

Poco después de las diez, Ben Raddle y el Explorador, cada vez más inquietos, abandonaron el campamento y recorrieron la base de la montaña en el momento en que el sol desaparecía detrás de las últimas brumas del poniente. La última mirada que dirigieron hacia la llanura les mostró que estaba desierta. Escuchando inmóviles, con el oído dirigido en aquella dirección, quizá esperaban que Summy Skim anunciara su tardío retorno con un disparo de fusil. Incluso quizás Neluto y él esperaban que el ingeniero y el Explorador fueran a su encuentro y no hubieran dudado en avisarles aunque fuera para ahorrarles cinco o seis minutos de ansiedad.

Ben Raddle y Bill Stell esperaron en vano una detonación. La

llanura permaneció tan silenciosa como desierta.

—¡Se habrán perdido! —dijo el Explorador.

—Perderse —replicó el ingeniero moviendo la cabeza—. Perderse en un territorio donde el Golden Mount es visible en varias leguas a la redonda, por todas partes.

—Entonces ¿qué puede haber sido, *monsieur* Raddle? La caza del alce no es una caza peligrosa, a menos que Summy Skim y Neluto se las hayan tenido que ver con osos.

—Con osos o con bandidos y aventureros, con indios o con cualquier otra gente, Bill. ¡Sí! ¡Tengo el presentimiento de que les ha sucedido alguna desgracia!

En aquel instante, sobre la diez y media, se escucharon unos ladridos.

—Ahí está *Stop* —exclamó Ben Raddle.

—¡No estarán lejos! —respondió el Explorador.

Los ladridos se hicieron oír una vez más, pero con ellos se escuchaban quejidos, como si el perro estuviera herido o tuviera grandes dificultades para regresar.

Ben Raddle y su compañero corrieron al encuentro de *Stop* y no habían dado cien pasos cuando se encontraron frente al pobre animal.

El perro volvía solo, y sus patas traseras estaban rojas de la sangre que iba perdiendo a causa de una herida en sus cuartos traseros. Parecía que ya no le quedaban fuerzas para andar y que no le iba a ser posible llegar al campamento.

—¡Está herido! ¡Herido! ¡Y vuelve solo! —repetía Ben Raddle, cuyo corazón latía con violencia por el pensamiento, incluso la certidumbre, de que Summy Skim y Neluto habían sido víctimas de una catástrofe, ya fuera a causa de los hombres o de las fieras.

Sin embargo, el Explorador hizo la siguiente reflexión:

—Quizá *Stop* ha sido herido involuntariamente por su dueño o por Neluto. Quizá lo alcanzó una bala perdida.

—¿Y por qué no se ha quedado con Skim, que podía haberlo curado y traído consigo? —respondió Ben Raddle.

—En cualquier caso hay que llevar al perro al campamento —dijo Bill Stell—. Curémosle la herida; si es leve quizá podamos seguirlo y nos pondrá sobre la pista de *monsieur* Skim.

—Sí —añadió el ingeniero—. No quiero esperar a que se haga de

día. Nos pondremos en marcha un grupo numeroso y bien armado. Como usted bien dice, Explorador, *Stop* podrá guiarnos.

El Explorador tomó al animal en sus brazos y diez minutos más tarde Ben Raddle y él regresaban al campamento.

Llevaron al animal bajo la tienda y examinaron su herida. No parecía ser grave y sólo se extendía por las partes carnosas sin interesar ningún órgano.

Lo había alcanzado una bala y el Explorador, que entendía mucho de ese género de operaciones, consiguió incluso extraerla.

Ben Raddle tomó aquella bala y la examinó atentamente a la luz. Después, con el rostro pálido y la mano temblorosa, exclamó:

—No es un proyectil del calibre de los que utiliza Summy. Es más gruesa y no procede de una carabina de caza.

Era cierto, y Bill Stell, después de haber examinado la bala a su vez, tuvo que reconocerlo.

—¡Se han topado con aventureros, con malhechores! —exclamó el ingeniero—. ¡Habrán tenido que defenderse a tiros! Durante el ataque, *Stop* habrá sido alcanzado, y si no se ha quedado con su amo es porque se lo habrán llevado o habrá perecido con Neluto. ¡Ah! ¡Mi pobre Summy! ¡Pobre Summy!

Ben Raddle no pudo contener sus sollozos. Además, ¿qué hubiera podido responder Bill Stell? Aquella bala no podía haber sido disparada por los dos cazadores, aquel perro había regresado solo. Todo parecía dar la razón al ingeniero, no cabía la menor duda de que había sucedido una desgracia. O bien Summy Skim y su compañero habían perecido defendiéndose, o bien se encontraban en manos de sus agresores, ya que no habían regresado.

Eran las once y ni Summy Skim ni Neluto estaban de vuelta en el campamento. A la puesta de sol, el horizonte se había cargado de nubes y el crepúsculo sería sombrío.

Se decidió que Ben Raddle, el Explorador y sus compañeros irían en busca de los ausentes. Al momento se hicieron los preparativos para la salida. Era inútil coger provisiones, porque la caravana no se alejaría del Golden Mount, al menos durante la primera búsqueda. Pero todo el personal iría armado, en caso de que fueran atacados en el camino, como también si debían liberar por la fuerza a los prisioneros.

Stop había sido curado con precaución. Una vez extraída la bala y vendada la herida, bien reconfortado porque se encontraba sobre todo agotado de hambre y sed, manifestaba deseos de ir en busca de su amo.

—Lo llevaremos con nosotros —dijo el Explorador—. Si se cansa demasiado lo llevaremos auestas, quizá sea capaz de encontrar el rastro de *monsieur* Skim.

El Explorador era de la opinión de que había que regresar al Golden Mount si durante la noche no servían para nada aquellas medidas, y si no daban resultado en una extensión de una o dos leguas hacia el este. Levantarían el campamento, la caravana proseguiría su búsqueda a través de la inmensa llanura y registrarían toda la comarca comprendida entre el océano Ártico y el río Porcupine. No se volvería a hablar del Golden Mount hasta que Ben Raddle no hubiera encontrado a Summy Skim, o hasta que no se supiera algo cierto sobre la suerte que había corrido, ¡y quién sabe si eso iban a lograrlo!

El Explorador y sus compañeros se pusieron en marcha después de haber tomado precauciones para que las mulas no pudieran irse del campamento. Fueron bordeando la base de la montaña cuyos sordos rugidos estremecían el suelo. En su cima, coronada de vapores, se destacaban lenguas de fuego, muy visibles en la semioscuridad del crepúsculo. Por otro lado, no se producían proyecciones de materia eruptiva.

Ben Raddle caminaba junto a Bill Stell, con el perro a su lado. Los demás los seguían, con las armas listas. Se detuvieron cuando la caravana alcanzó el extremo de la base, el lugar por donde habían efectuado el ascenso al volcán.

¿Cuál era la dirección que convenía tomar? ¿Debían entregarse totalmente al azar? En cualquier caso, lo más práctico era confiar en el instinto del perro. El inteligente animal comprendió lo que se esperaba de él y dejó oír algunos ladridos medio apagados. ¡Lo cierto es que si encontraba el rastro de su amo, seguro que no se equivocaban!

Después de algunos instantes de duda, *Stop* tomó la dirección noroeste, que no era la que Summy Skim y Neluto habían seguido al alejarse del Golden Mount.

—¡Vamos a seguirlo! —dijo el Explorador, y en resumidas

cuentas eso era lo mejor que se podía hacer.

Durante una hora, el pequeño grupo recorrió la llanura en aquella dirección. Entonces alcanzó la linde del bosque que los dos cazadores habían cruzado casi una legua más allá.

¿Qué decisión tomar? ¿Había que adentrarse bajo la profunda oscuridad de los árboles? ¿O resultaría mejor regresar al campamento, ya que no se había encontrado rastro alguno, y reanudar de día una campaña definitiva de búsqueda?

Ben Raddle, el Explorador y Lorique se reunieron en consejo. El ingeniero no se decidía a volver sobre sus pasos, aunque comprendiera que era imprudente adentrarse en aquel bosque. Bill Stell, más dueño de sí mismo, juzgando mejor la situación, insistía en regresar de inmediato. Además, *Stop* parecía dudar. Permanecía inmóvil cerca de la linde, y ya no dejaba oír su sordo ladrido, como si le hubiera fallado el instinto.

De repente dio un salto. Ciertamente, ya no sentía su herida y corría entre los árboles, ladrando con fuerza. No cabía la menor duda de que había encontrado el rastro que había buscado en vano hasta entonces.

—¡Sigámoslo! ¡Sigámoslo! —exclamó Ben Raddle.

Iban a precipitarse todos hacia el bosque cuando los ladridos se acercaron.

—Esperen —ordenó Ben Raddle deteniendo a sus compañeros.

Casi al momento aparecieron dos hombres, y un instante después Summy Skim se encontraba en brazos del ingeniero.

Sus primeras palabras fueron:

—¡Al campamento! ¡Al campamento!

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Ben Raddle.

—Allí te diré lo que ha sucedido —respondió Summy Skim—, pero hay que ocuparse sobre todo de lo que puede suceder. Al campamento. Les digo que hay que regresar al campamento.

Guiándose por las llamas del Golden Mount todos se pusieron en marcha. Una hora después alcanzaban el Rubber Creek.

Era ya pasada la medianoche.

Antes de reunirse bajo la tienda con Ben Raddle, Lorique y el Explorador, Summy Skim se detuvo. Quiso observar por última vez las cercanías del Golden Mount. El ingeniero y Bill Stell lo imitaron. Sabían que estaban amenazados, ésa fue la única información que

pudieron arrancar a Summy Skim durante el rápido trayecto desde el bosque a la montaña.

Cuando estuvieron a solas, Summy Skim contó brevemente los hechos acaecidos entre las seis de la mañana y las cinco de la tarde, la llegada de los cazadores al lindero del bosque, la persecución de los alces, la inútil cacería proseguida hasta mediodía, la parada, la continuación de la cacería cuando los ladridos de *Stop* se hicieron oír y al fin, agotados, el alto al borde del claro donde habían encontrado las cenizas de una hoguera apagada desde hacía tiempo.

—Era evidente que algunos hombres, indígenas o no, habían acampado en aquel lugar, lo cual no tenía nada de sorprendente —dijo—. Además, según el estado de las cenizas, la hoguera era antigua y no teníamos por qué preocuparnos.

—En efecto —declaró el Explorador—. Incluso sucede que las tripulaciones de balleneros desembarcan en el litoral del océano Ártico, por no mencionar a los indios que recorren la comarca durante la estación cálida.

—Pero en el momento en que íbamos a reanudar el camino hacia el Golden Mount, Neluto encontró entre la hierba esta arma —prosiguió Summy Skim.

Ben Raddle y el Explorador examinaron el puñal, como lo había hecho Summy Skim, y reconocieron que era de fabricación hispana. También concluyeron que el puñal había sido extraviado en aquel lugar recientemente, porque no presentaba ningún rastro de herrumbre.

—En cuanto a la letra M que aparece grabada en el mango, no nos dice nada, *monsieur* Skim —observó Bill Stell.

—No, Bill, pero al menos sé delante de qué nombre hay que ponerla.

—¿Cuál es? —preguntó Ben Raddle.

—El del tejano Malone.

—El tejano Malone.

—Sí, Ben.

—¿El compañero de aquel individuo, Hunter? —añadió Bill Stell.

—¡El mismo!

—¿Estaban allí hace unos días? —prosiguió el ingeniero.

—Y todavía están allí —respondió Summy Skim.

—¿Los ha visto usted? —dijo Lorique.

—Escuchen el final de mi relato y lo sabrán.

Summy Skim prosiguió en los siguientes términos:

—Íbamos a irnos, Neluto y yo, cuando a corta distancia resonó un disparo. Nos detuvimos, y nuestro mayor cuidado fue que no pudieran localizarnos. No cabía la menor duda de que había otros cazadores en el bosque, probablemente extranjeros, porque los indios no utilizan las armas de fuego. Pero fueran quienes fuesen, lo más prudente era mantenerse en guardia. Ahora bien, yo creía que el disparo había sido dirigido contra uno de los alces que nosotros habíamos perseguido, hasta el momento en que me habéis dicho lo sucedido al pobre *Stop*, a quien creí que ya no volvería a ver. Sí. Aquel disparo fue dirigido contra él.

—Cuando lo vimos regresar sin ti, herido por una bala extraña, pudiéndose apenas arrastrar, ya puedes imaginar lo que sentí —dijo entonces Ben Raddle—. Estuve preso de la más viva inquietud viendo que no regresabas aunque ya eran las diez de la noche. ¡Lo único que cabía pensar era que Neluto y tú habíais sido atacados y que tu perro había recibido esa herida durante el ataque! ¡Ah! ¡Summy! ¡Summy! ¡Cómo olvidar que he sido yo el que te ha arrastrado a esto!

Hablando de ese modo, Ben Raddle se encontraba bajo los efectos de una fuerte emoción que no intentaba disimular. Sum my Skim comprendió perfectamente lo que sucedía en el alma de su primo, consciente de la responsabilidad que pesaba sobre él al lanzarse en tales aventuras. Por eso lo tomó por las manos diciendo:

—Ben, mi querido Ben, lo hecho, hecho está. No te reproches nada, y si la situación se ha agravado no es desesperada y espero que podamos salir de ella.

Después de intercambiar un cordial saludo con el Explorador, Summy Skim prosiguió su relato.

—En cuanto escuchamos aquel disparo, que procedía del este, es decir, de la dirección que íbamos a tomar para regresar al campamento, ordené a Neluto que me siguiera, y nos apresuramos a abandonar aquel claro en el que podían descubrirnos. Además, se oyeron voces, voces numerosas, y era evidente que una banda de gente se aproximaba por aquella parte. Pero si por un lado no queríamos que nos vieran, por otro, queríamos saber quién era

aquella banda de gente, ¿comprendes, Ben, nuestro interés? ¿Qué venían a hacer allí aquellos hombres? Se encontraban a una hora de marcha del Golden Mount. ¿Conocían, pues, la existencia del volcán? ¿Se dirigían hacia él? ¿Podíamos temer un encuentro en condiciones que nos serían desfavorables? El interior del bosque no tardó mucho en quedar en sombras. Además, para evitar caer en manos de aquellos aventureros, juzgué prudente esperar a que la noche estuviera más avanzada antes de ponernos en marcha. Una vez en la linde del bosque podríamos guiarnos por las llamas del volcán. Por otro lado, no teníamos tiempo que perder en reflexiones. La banda se iba acercando. Sin duda, venía a establecerse en aquel claro, cerca del arroyo que lo cruzaba. En un instante alcanzamos un espeso matorral, a una docena de pasos, a un lado. Agazapados entre la hierba alta y la maleza no corríamos el riesgo de que nos descubrieran, y podríamos a la vez ver y oír. Casi al momento apareció la banda. Estaba compuesta de unos cincuenta hombres, una treintena de ellos me parecieron americanos y los otros veinte indígenas. No me había equivocado. Venían a acampar a aquel lugar para pasar la noche y empezaron a encender fogatas para preparar su cena. No conocía a ninguno de aquellos hombres, y Neluto tampoco. Estaban armados de carabinas y de revólveres que depositaron bajo los árboles. No hablaban entre ellos, o lo hacían en voz tan baja que no podía oírlos.

—¿Pero Hunter y Malone? —dijo Ben Raddle.

—Llegaron un cuarto de hora después —prosiguió Sum my Skim—, en compañía de un indio y del capataz que dirigía la explotación de la parcela 127. ¡Ah! Neluto y yo los reconocimos perfectamente. ¡Sí! Aquellos bribones habían llegado a las cercanías del Golden Mount, y no cabía la menor duda de que los acompañaba una banda de aventureros de la peor especie.

—Pero ¿qué es lo que vienen a hacer? —preguntó el Explorador—. ¿Conocen la existencia del Golden Mount? ¿Saben que ha llegado aquí una caravana de mineros?

—Ésas son las preguntas que yo me hice, mi buen Bill —respondió Summy Skim—, y acabé por poder responder a todas.

En aquel momento, el Explorador hizo una señal a Summy Skim para que se callara. Le había parecido oír algún ruido fuera y, saliendo de la tienda, fue a observar los alrededores del

campamento.

Aquel ruido lo había producido uno de sus compañeros, que cruzaba el canal. Ya aparecían los primeros resplandores del alba, tan temprana en aquellas latitudes.

La vasta llanura estaba desierta. Ninguna banda se acercaba a la montaña y sólo sus rugidos turbaban la noche. Además el perro no daba muestras de inquietud y permanecía tendido en un rincón de la tienda.

El Explorador regresó y tranquilizó a Ben Raddle y a su primo.

Summy Skim prosiguió de esta manera:

—Los dos tejanos fueron a sentarse precisamente en el límite del claro, a diez pasos del matorral en el que nos habíamos ocultado. Podía oír lo que decían y primero hablaron de un perro que habían encontrado, pero sin decir que habían disparado sobre él. «¡Qué extraño encuentro! —dijo Hunter—. ¡Sí, muy singular, en medio del bosque! No es posible que haya venido solo, a esta distancia de Dawson City». «Por aquí hay cazadores —respondió Malone—. No cabe la menor duda. Pero ¿dónde están? ¿Se habrá reunido el perro con ellos? Salió huyendo en aquella dirección». Y diciendo esto, Malone extendió la mano hacia el oeste. «¡Eh! —exclamó entonces Hunter—. ¿Quién nos dice que los propietarios de ese perro son cazadores? Uno no se aleja de este modo persiguiendo rumiantes o fieras». «Lo mismo pienso yo, Hunter —declaró Malone—. Por aquí hay mineros buscando nuevos yacimientos. ¿Quién nos dice que no los han encontrado en el alto Dominio?». «Sí —respondió Hunter—, pueden ser ricos placeres que estos condenados canadienses quieren explotar solos. Pero pondremos la mano encima y ya veremos lo que queda de ello». «Algo más que para llenar un plato o una batea», replicó Malone mezclando sus carcajadas con abominables juramentos.

—¿Han hecho alguna alusión al Golden Mount? —preguntó Ben Raddle.

—Sí —respondió Summy Skim—. Ese Hunter añadió al poco rato: «Además, el Golden Mount del que los indios hablan tan a menudo y que nuestro guía Krasak conoce no debe de estar muy lejos de aquí, en la orilla del océano Ártico, y aunque tengamos que recorrer el litoral desde la punta de Barrow hasta la bahía del Hudson, acabaremos por descubrirlo».

El ingeniero seguía pensativo. Lo que tanto se temía se había producido. El francés Jacques Laurier no era el único que conocía la existencia del Golden Mount. Un indio, aquel tal Krasak, había debido revelar su existencia a los tejanos, y éstos no tardarían en estar seguros sobre su situación, sin tener necesidad de recorrer todo el litoral Ártico. ¡Divisarían el volcán en cuanto pusieran los pies fuera del bosque en el que estaban acampando! Verían los vapores y las llamas que formaban torbellinos por encima del cráter. En una hora alcanzarían la base del Golden Mount y cuando llegaran cerca del campamento que ocupaban sus antiguos vecinos de la parcela 127 de Forty Miles Creek, ¿qué sucedería?

Se dirigió a Summy Skim:

—¿Has dicho que Hunter venía acompañado por una banda numerosa?

—Unos cincuenta hombres armados —respondió Summy Skim—. En mi opinión no los ha reclutado entre la poca gente honrada que hay en Klondike.

—Es muy probable, incluso es seguro —afirmó el Explorador—. De todo eso se deduce que nuestra situación es grave.

La conversación concluyó con aquella declaración de Bill Stell. Entonces se tomaron precauciones para montar la guardia alrededor del campamento durante la noche, y ningún incidente se produjo hasta que despuntó el día.

A LA DEFENSIVA



Como muy bien había dicho el Explorador, la situación era grave.

En efecto, había motivos para pensar que la banda de tejanos descubriría casi inmediatamente el Golden Mount, ya que Hunter lo divisaría en cuanto hubiera cruzado la linde oriental del bosque. Además, ¿acaso su guía no era aquel tal Krasak cuyo nombre Summy Skim les había oído pronunciar? No tendrían por qué avanzar a lo largo del litoral del océano Ártico, porque debían de haber llegado por aquel lado después de haber rebasado las fuentes del río Porcupine. En efecto, si hubieran tomado el camino que había seguido el Explorador para ir de Dawson City a la desembocadura del Mackensie, los hubieran podido ver de lejos, los hubieran podido localizar veinticuatro horas antes y ellos se hubieran dirigido directamente hacia el Golden Mount. Por lo tanto, debían de haber llegado por el oeste, procedentes de Fort Yukon, situado en la orilla derecha del gran río.

La banda estaba compuesta por unos cincuenta hombres, y Ben Raddle y sus compañeros sólo sumaban una veintena. De ello resultaba una inferioridad numérica que el valor no podría compensar, aunque estuvieran decididos a defenderse hasta la muerte.

No quedaba más remedio que esperar el curso de los

acontecimientos. La espera no sería larga. En cuarenta y ocho horas a lo más, a partir quizá de aquel mismo día, Hunter se dirigiría hacia el Golden Mount. En cuanto a abandonar el campamento junto al Mackensie y a regresar por el camino hacia Klondike, retirándose ante los tejanos, no se lo plantearon. El Explorador ni siquiera se lo había propuesto a sus compañeros: le hubieran respondido con una negativa. En su calidad de primeros ocupantes, se consideraban como los legítimos propietarios de aquel yacimiento volcánico. Además, no se lo dejarían arrebatar sin haber luchado. El propio Summy Skim, el sensato Summy Skim no consentiría en retroceder ante aquel Hunter de quien no había olvidado la actuación grosera cuando ambos se habían encontrado, primero al desembarcar del paquebote en Vancouver, y después en el límite de las parcelas 129 y 127 de Forty Miles Creek. Era un asunto que había que liquidar, y ya que se presentaba la ocasión, lo liquidaría en persona.

¿Y qué sucedería cuando los tejanos estuvieran al pie de la montaña? Veamos lo que pensaba Bill Stell y lo que dijo a Ben Raddle cuando al día siguiente reanudaron la conversación de la víspera:

—Me imagino que dentro de algunas horas veremos a la banda dirigirse hacia el Golden Mount. Cuando hayan llegado allí, no sabemos si Hunter se detendrá para establecer su campamento o si preferirá seguir la base del monte para ir a acampar a orillas del Mackensie, haciendo lo mismo que hicimos nosotros.

—Creo, Bill, que los tejanos querrán hacer primero la ascensión del Golden Mount porque es lo más indicado —respondió el ingeniero—. Querrán hacer un reconocimiento, lo mismo que nosotros, y ver si hay cuarzo aurífero y pepitas en su cumbre.

—Sin duda alguna —respondió el Explorador—. Pero después de haber observado el cráter y de constatar la imposibilidad de penetrar en él en medio de los vapores y de las llamas volverán a bajar, y entonces es cuando se plantearán la cuestión: o querrán esperar a que se declare la erupción, o querrán esperar a que termine. En ambos casos se verán obligados a establecer un campamento.

—¡A menos que no se den media vuelta por donde han venido! —exclamó Summy Skim que se había acercado para mezclarse en la

conversación—. Por su parte sería la resolución más sensata.

—Pero no la tomarán —declaró Ben Raddle—. Puedes estar seguro de ello.

—Lo estoy, Ben. Sin embargo, no creo que esos bribones tengan la idea de adelantar la erupción del Golden Mount que nosotros hemos tenido.

—De acuerdo, Summy. Esperarán.

—Y mientras esperan acamparán en las cercanías —añadió el Explorador—. Además, no olvidemos que la presencia de un perro en el bosque ha despertado sus sospechas. Querrán saber si no les ha precedido alguna sociedad de mineros en la desembocadura del Mackensie y ampliarán sus investigaciones hasta el estuario.

—Hay que contar con ello —respondió Summy Skim—. Pronto descubrirán nuestro campamento e intentarán expulsarnos, y yo me encontraré cara a cara con ese Hunter. Pues bien, quizá un buen duelo, a la francesa o a la americana, se lo daré a escoger, termine con este asunto y podremos deshacernos de esa banda después de habernos desembarazado de su jefe.

Aquella eventualidad, evidentemente no llegaría a producirse, y ya que los tejanos tenían a su favor el número, sabrían aprovecharse de ello y destruir la caravana del Explorador o al menos ponerla en fuga y permanecer como únicos dueños del Golden Mount.

Había, pues, que estar preparados para rechazar su ataque, y en previsión de una próxima agresión, se tomaron todas las medidas necesarias.

En primer lugar, Bill Stell ordenó que entraran las carretas entre el codo formado por el Rubber Creek y la montaña. En cuanto a los animales, fueron retirados de los pastos, que estaban a descubierto, y conducidos más allá del canal bajo los árboles que se encontraban a una distancia de ciento cincuenta pasos, donde habría hierba suficiente para que se alimentaran durante varios días. Había que conservar las mulas a toda costa para asegurarse el retorno a Klondike antes de la llegada de los fríos del invierno. Además, se desmontaron las tiendas, aunque hubiera que levantarlas más tarde del otro lado del canal. Por otra parte, el canal formaría una línea de defensa que a los asaltantes les costaría trabajo franquear bajo el fuego de las carabinas cuando las aguas del río corrieran de lleno por él.

En efecto, si fuera necesario, Ben Raddle ordenaría dar los últimos golpes de pico a la orilla del Rubber Creek para impedir que el campamento fuera invadido. Sin embargo, esperaría, porque no tenía ningún interés en provocar la erupción mientras Hunter se encontrara al pie del Golden Mount.

En lo referente a las armas, se prepararon para la defensiva. De los veinte hombres de la caravana se contaba con una docena que poseían fusil, revólver o cuchillo, sin mencionar las carabinas de Ben Raddle, de Summy Skim, de Lorique, de Bill Stell y de Neluto.

Es evidente que a partir de aquel momento los cazadores renunciarían a la caza, aunque los pescadores no renunciaban a la pesca, ya fuera en el río, ya fuera en las ensenadas del litoral, a fin de economizar las reservas de la caravana.

Es inútil decir que no se interrumpieron los trabajos del canal. Ya no se avanzaría por el lado de la montaña. Lo importante era que se pudiera llenar en toda su longitud, entre el río y el orificio de la galería excavado en el flanco del monte. Pero el ingeniero no emplearía las barrenas cuyas explosiones podrían ser escuchadas. Sólo se colocarían los cartuchos en el instante en que conviniera hacer saltar la pared que todavía separaba la galería de la chimenea del cráter.

Además, los síntomas eruptivos no parecían haberse incrementado. Ni había aumentado la intensidad de los ruidos interiores. Ni las llamas y vapores habían ganado altura y densidad. Podrían pasar semanas, incluso meses, antes de que el Golden Mount estuviera en plena erupción.

Toda aquella jornada, el Explorador y los suyos estuvieron en alerta. Los hombres permanecían en la parte más alejada del campamento. Para divisarlos hubiera sido necesario avanzar hasta la orilla izquierda del Rubber Creek, incluso hasta su brazo occidental, que limitaba con el delta del Mackensie.

Sin embargo, en varias ocasiones, Ben Raddle y Summy Skim, Bill Stell y Lorique fueron a observar una mayor extensión de la llanura. Al no ver ninguna aproximación sospechosa, avanzaron incluso hasta la extremidad de la base, al este.

Desde allí, la mirada sólo se detenía ante la primera fila de árboles del bosque que cerraba el horizonte, a legua y media de allí.

La llanura estaba desierta. No aparecía ningún grupo de

hombres, ninguna banda. Tampoco había nadie por el litoral, adonde la banda hubiera podido dirigirse para avanzar paralelos al mismo.

—Lo cierto es que los tejanos todavía no han salido del bosque —dijo el Explorador.

—Sí. Se han dirigido hacia el oeste —añadió Summy Skim.

—No puedo creerlo —respondió el ingeniero—. Su guía conoce la situación del Golden Mount y han debido verlo desde la linde del bosque. Es probable que estén acampados en el claro donde tú los has visto, Summy.

—¡Eso quiere decir que no tienen prisa, Ben!

—Quizá quieren reconocer la situación antes de avanzar, en previsión de que otros mineros los hubieran precedido, y no se acercarán al Golden Mount hasta la noche próxima.

—Es probable —declaró Ben Raddle—. No es posible que no lo hayan divisado.

—De todas formas estaremos prevenidos contra cualquier sorpresa —dijo Bill Stell.

Después de haber constatado por última vez que la llanura estaba desierta, Ben Raddle, Summy Skim, Bill Stell y Lorique regresaron al campamento, y cuando anocheció Bill Stell ya había tomado todas las precauciones necesarias para pasar la noche.

Nada los perturbó aquella noche. Pero, aunque Summy Skim durmió de un tirón según su costumbre, Ben Raddle pudo disfrutar apenas de unas horas de sueño. En su espíritu se mezclaban la irritación y la inquietud. La irritación, sí, porque en el momento en que iba a alcanzar sus objetivos, la suerte se declaraba en su contra. La inquietud también, porque no le cabía la menor duda de que el Golden Mount iba a ser duramente disputado, ¿podría resistir a la banda de Hunter? Había cargado con muchas responsabilidades y en aquel momento sentía todo su peso.

¿No era acaso por su sola voluntad por lo que se había organizado aquella expedición a la desembocadura del Mackensie? ¿No había sido él el alma de aquella campaña que corría el riesgo de acabar con una desgracia? Y por así decirlo, ¿acaso no había obligado a Summy Skim a pasar aquel segundo año en las comarcas perdidas del Klondike? Se podía perdonar que hubiera querido, después de la muerte del tío Josias, venir a Klondike a tomar

posesión de su herencia, y era natural que Summy Skim lo acompañara. Llegado a los territorios de Forty Miles Creek, se comprendía en cierta medida que no hubiera podido resistir al deseo de explotar la parcela 129 y obtener todos sus beneficios, y era concebible que no quisiera tener en cuenta las objeciones que entonces le hizo el prudente Skim. Pero después del temblor de tierra y de la inundación, después de la destrucción de las parcelas en las zonas de Klondike cercanas a la frontera, ¿qué es lo que hubiera pedido la prudencia? Era que hubieran abandonado para siempre el oficio de prospector, y que una vez pasado el invierno, con su curación definitivamente conseguida, se hubieran ido inmediatamente de Dawson City, no para subir hacia las latitudes polares, sino para tomar el camino de retorno a Montreal.

¡Era, pues, una lamentable circunstancia que Ben Raddle hubiera estado en relación con el francés Jacques Laurier y que éste le hubiera revelado la existencia del Golden Mount! Pero era una circunstancia no menos lamentable haber querido utilizar aquel descubrimiento, cuyo secreto ahora no era el único en poseer, y que una banda de aventureros quisiera disputárselo a la fuerza.

Eso fue lo que Ben Raddle se dijo a sí mismo durante las largas horas de insomnio, esperando a que los hombres de guardia dieran la alerta. Por eso, en dos o tres ocasiones se acercó a observar los alrededores del campamento.

Ciertamente un grave peligro acechaba a la caravana. Atacada por Hunter, no podría resistir con posibilidades de éxito, porque los asaltantes serían uno contra dos. ¿No sería más prudente ceder el terreno antes de ser expulsados de él? Aquella misma noche hubiera sido fácil abandonar el campamento, ya que los tejanos aún no se habían mostrado, y alejarse hacia la ruta de Dawson City de modo que la caravana estuviera fuera de vista antes del amanecer. Pero renunciar a los beneficios de aquella expedición y hacer vanos tantos esfuerzos, tantas fatigas inútilmente soportadas, todo ello en vísperas de alcanzar el éxito, ¡no! Ben Raddle nunca se podría decidir a dar la orden de salida, y sin duda alguna, como ya ha sido mencionado, sus compañeros no se hubieran resuelto a obedecerlo.

A las cinco de la mañana, Ben Raddle y el Explorador se trasladaron a unas cien toesas más allá del canal, sin llegar hasta el flanco occidental del Golden Mount. Regresaron sin haber

observado nada nuevo.

El tiempo era bueno y parecía haberse estabilizado, y el barómetro se mantenía por encima de la media. En cuanto a la temperatura, bastante elevada, un viento fresco procedente de alta mar refrescaba su rigor. Bajo aquella brisa fresca, los vapores del cráter se deslizaban hacia el sur. Pero el ingeniero y Bill Stell observaron que eran menos espesos que la víspera, y también menos fuliginosos.

—¿Será que está decreciendo la actividad volcánica? —dijo Ben Raddle.

—Creo que si el cráter se apagara eso simplificaría nuestra tarea —respondió el Explorador.

—Y también la de Hunter —replicó el ingeniero—. Sin embargo, no interrumpamos nuestro trabajo y acabemos el canal.

—Lo terminaremos hoy, *monsieur* Raddle.

—De acuerdo, Bill. Ya sólo faltará excavar en la margen del río y en la pared del fondo de la galería. Lo haremos cuando convenga hacerlo, según las circunstancias.

El personal de la caravana se puso, por lo tanto, manos a la obra, y solamente necesitaron algunas horas para dar el último golpe de pico y extraer la última paletada de tierra. En aquel momento, las aguas del río podrían precipitarse en la chimenea del Golden Mount, en una longitud de trescientos pies por el canal y de sesenta por la galería.

Terminado el desayuno, se concedió un tiempo de descanso, sin abandonar la vigilancia de los alrededores del campamento.

Por la tarde, Neluto avanzó un gran trecho por el lado de la llanura. Lo acompañaba *Stop*, que casi no se resentía ya de su herida. Si uno de los hombres de Hunter se había aventurado hasta la base del monte, aunque no fuera acompañado por toda la banda, el inteligente animal sabría localizarlo.

Hacia las tres de la tarde, Ben Raddle y Summy Skim estaban ocupados observando las orillas del río, cerca del lugar donde había que abrir la última brecha, cuando de repente algo llamó su atención.

Sonaron unos rápidos ladridos en la dirección por la que se habían ido el indio y *Stop*.

—¿Qué sucede? —exclamó el Explorador.

—Sin duda, el perro habrá levantado alguna pieza —dijo Ben Raddle.

—No —respondió Summy Skim—. No ladraría de esa manera.

—¡Vamos! —replicó el ingeniero.

No habían avanzado cien pasos cuando divisaron a Neluto que regresaba a toda prisa.

Unos instantes después el indio gritaba con fuertes voces:

—¡Alerta! ¡Alerta!

Cuando se reunió con Ben Raddle, el Explorador y Summy Skim, dijo:

—¡Están llegando!

—¿Todos? —preguntó Bill Stell.

—Todos —respondió el indio.

—¿A qué distancia se encuentran todavía? —interrogó el ingeniero.

—A setecientos u ochocientos pasos del volcán, *monsieur* Ben.

—¿Te han llegado a ver? —dijo Summy Skim.

—No lo creo —respondió Neluto—. Pero yo los he visto perfectamente. Avanzan en masa, con sus caballos y sus carretas.

—¿Hacia dónde se dirigen? —prosiguió el Explorador.

—Hacia el río.

—¿Han podido oír los ladridos del perro? —preguntó Summy.

—No. No es posible. Estaban aún demasiado lejos.

—¡Al campamento! —ordenó Ben Raddle—. Hay que ponerse a la defensiva.

Algunos minutos después, los cuatro habían alcanzado el canal, franqueándolo por la orilla del río, y fueron a resguardarse entre los árboles.

¿Se detendrían Hunter, Malone y toda la banda cuando llegaran al ángulo del Golden Mount? ¿Se establecerían en aquel lugar o continuarían su marcha hacia el estuario del Mackensie?

Esta última hipótesis era sin duda la más probable. Como ellos, también tendrían necesidad de acampar durante algunos días y buscarían un emplazamiento donde no faltara el agua dulce. Ahora bien, era sabido que no había ningún arroyo que regara la llanura al oeste del Golden Mount, y Hunter no podía ignorar que el gran río se vertía en el océano a corta distancia. Así pues, era casi seguro que se dirigiría al estuario. ¿Cómo no iba a ver entonces los trabajos

en el canal y cómo esperar que no descubriera el campamento bajo los árboles?

Ben Raddle y sus compañeros se hallaban, pues, expuestos a un ataque inmediato y tomaron todas las disposiciones para rechazarlo.

Sin embargo, la tarde transcurrió sin que se produjera la agresión. Ni los tejanos ni ninguno de sus hombres se mostró en los alrededores del Rubber Creek.

¿Había que deducir que Hunter había escogido su lugar de parada al pie del Golden Mount por aquel lado? Sin embargo, aquel emplazamiento no era favorable para una estancia de cierta duración.

—Es posible que Hunter quiera subir al volcán antes de establecerse en su base —observó el Explorador.

—Es posible, en efecto —respondió Summy Skim—. Tendrá que reconocer el cráter, asegurarse de que contiene pepitas y, al mismo tiempo, ver si la erupción está próxima a producirse.

La observación era acertada, y Ben Raddle lo aprobó con un signo de cabeza.

Fuera como fuese, la jornada transcurrió sin que el campamento recibiera la visita de los tejanos. Quizá sólo vinieran a instalarse en las cercanías del Mackensie al día siguiente, después de haber realizado la ascensión del Golden Mount. Había razones para pensarlo así.

Sin embargo, con el fin de estar preparados frente a cualquier eventualidad, el Explorador y sus compañeros resolvieron permanecer en pie durante toda la noche, en estado de defensa. Hicieron turnos para cruzar el canal y apostarse al pie de la montaña de forma que pudieran dominar toda su base.

Hasta las once y media el crepúsculo proporcionaba suficiente claridad para permitir divisar a cualquier hombre que se hubiera dirigido hacia el río, y a partir de las dos de la madrugada volvieron los primeros resplandores.

Durante aquella corta noche no se produjo ningún incidente, y cuando el sol empezó a levantarse, la situación era la misma que la de la víspera.

¿Subirían Hunter y Malone a la cima del volcán en el transcurso de aquella jornada? Eso era lo que interesaba saber. ¿Sería posible verlos sin ser vistos por ellos?

No había que pensar en aumentar el ángulo de visión bajando hacia el sur. Por aquel lado, la llanura no ofrecía grupos de árboles entre los que ocultarse. Retrocediendo hasta el lugar donde el Rubber Creek se separaba del brazo principal, era igualmente imposible encontrar un refugio, y en consecuencia, poder escapar del campo de visión de Hunter o de Malone cuando hubieran alcanzado la altiplanicie del Golden Mount.

Sólo había un lugar desde donde los divisarían sin ser descubiertos cuando dieran la vuelta al cráter. Era un grupo de viejos abedules, situado a doscientos pasos del campamento en la orilla izquierda del río, aguas abajo del lugar donde debía hacerse la derivación. Entre el campamento y aquel grupo de árboles, una barrera de arbustos permitía ir de uno a otro, a condición de avanzar cuerpo a tierra.

Muy temprano Ben Raddle y Bill Stell fueron a cerciorarse de que desde allí, cualquiera que se acercara al borde del cerro sería perfectamente visible. Aquel borde, como lo habían podido observar en su primera ascensión, estaba formado por bloques de cuarzo, lavas endurecidas sobre las que era posible mantenerse. Por debajo el muro se cortaba verticalmente, como una muralla, y la misma disposición existía por la parte que miraba al mar.

—El lugar es bueno —dijo el Explorador—. No seremos vistos ni al ir ni al volver. Si Hunter sube al cerro, seguramente querrá divisar el lado del estuario desde esa parte.

—Por lo tanto pondremos aquí continuamente a uno de nuestros hombres, de vigilancia —respondió Ben Raddle.

—Hay que añadir, *monsieur* Ben, que desde lo alto no se puede divisar nuestro campamento. Ahora se encuentra protegido bajo los árboles. Tendremos cuidado en que los fuegos estén apagados para que no salga humo. En estas condiciones me parece que la banda de Hunter no lo podrá descubrir.

—Eso es lo que deseamos —respondió el ingeniero—. Lo mismo que deseamos que esos tejanos, después de que comprueben la imposibilidad de bajar al cráter, abandonen su proyecto y regresen por donde han venido.

—¡Y que el diablo se los lleve! —exclamó el Explorador.

Después añadió:

—Si lo desea, *monsieur* Ben, como estoy muy cansado me

quedará aquí, mientras usted regresa al campamento.

—No, Bill, prefiero que usted me deje aquí de observación. Vaya a cerciorarse de que se han tomado las demás medidas y vigile que no se aleje ninguno de nuestros animales.

—De acuerdo —respondió el Explorador—. Le diré a *monsieur* Skim que venga a relevarle dentro de dos horas.

—Eso es. Dentro de dos horas —respondió Ben Raddle tumbándose al pie de un abedul desde donde no perdería de vista la silueta de la altiplanicie volcánica.

Bill Stell volvió solo, por lo tanto, a reunirse con sus compañeros. Desde por la mañana se habían desmontado las tiendas, y nada podía señalar la presencia de una caravana en aquel codo que el Rubber Creek hacía con el flanco del Golden Mount.

Hacia las nueve de la mañana, Summy Skim, invitado por el Explorador, se deslizó entre las rocas, con su fusil en bandolera como si se tratara de una partida de caza, y fue a encontrarse con el ingeniero. Al momento se tumbó cerca de él y su primera pregunta fue naturalmente la siguiente:

—¿Nada nuevo, Ben?

—Nada, Summy.

—¿No ha venido ninguno de esos buitres de Texas a posarse en esa cima?

—Ninguno.

—Me gustaría disparar a uno o dos de ellos —prosiguió Summy Skim mostrando su carabina cargada con dos balas.

—¿Desde esta distancia, Summy? —observó el ingeniero.

—Es verdad, tienes razón. Está un poco alto y un poco lejos.

—Además, Summy, no se trata de ser hábil, sino de ser prudente. Un hombre menos en esa banda no la haría menos peligrosa para nosotros, y si no somos descubiertos todavía espero que Hunter y sus compañeros nos aliviarán de su presencia después de haber reconocido que no hay nada que hacer.

Ésa seguía siendo la esperanza de Ben Raddle, pero había muchas razones, y muy plausibles, para que no se realizara.

Después de haber conversado durante unos minutos —eran entonces las nueve— Ben Raddle se levantó para regresar al campamento.

—Vigila bien, Summy —dijo—. Y si divisas a los tejanos en el

cerro ven a advertirnos inmediatamente teniendo cuidado de que no te vean.

—De acuerdo, Ben.

—El Explorador vendrá a relevarte para que regreses a almorzar.

—El Explorador o Neluto —replicó Summy Skim—, porque podemos tener toda confianza en ese buen compañero, tiene ojos de águila, ojos de indio, ¡y con eso lo digo todo!

Ben Raddle se disponía a introducirse entre las rocas que llevaban al campamento cuando Summy Skim lo agarró súbitamente por el brazo:

—Espera, —dijo.

—¿Qué sucede?

—Mira allá arriba. Observa.

El ingeniero levantó la mirada hacia la altiplanicie del Golden Mount.

En el borde, apareció un hombre, luego otro.

—¡Son ellos! ¡Son ellos! —repitió Summy Skim tendiendo el brazo.

—¡Sí! ¡Hunter y Malone! —respondió Ben Raddle volviendo rápidamente al refugio de los árboles.

En efecto, se trataba de los dos tejanos, y sin duda algunos de los suyos se encontraban también en la altiplanicie. Muy probablemente, después de haber inspeccionado el cráter, habían dado la vuelta con la intención de observar la región por el lado este, precisamente por toda aquella vasta red hidrográfica que constituía el delta del Mackensie. Seguramente les vendría la idea de trasladar allí su campamento si se decidían a esperar la erupción hasta el día en el que los primeros fríos los obligaran a partir.

—¡Ah! —murmuraba Summy Skim—. ¡Esos dos bribones! ¡Cuando pienso que tengo dos balas para ellos si pudieran llegar hasta allí! Es cierto. Entre ese Hunter y yo hay una cuestión de honor. ¡Sí! ¡De honor! ¡Y estoy seguro que si no se hubiera producido la inundación de Forty Miles Creek ya se habría saldado a mi favor!

Evidentemente aquello no era lo que debiera preocupar a Summy Skim en aquel momento, y sin ninguna duda Ben Raddle no pensaba entonces en absoluto en lo sucedido el año anterior en las parcelas 127 y 129. No tenía ojos más que para aquellos dos

hombres que habían llegado allí para disputarle el Golden Mount. Y en suma, aunque fuera por otro motivo, el odio que le inspiraban Hunter y Malone igualaba al de Summy Skim.

Durante una media hora pudo ver a los dos tejanos ir y venir por el borde de la altiplanicie, a veces inclinándose para observar la base del volcán por el lado del estuario.

Sólo por su actitud habrían sabido si habían descubierto el campamento al pie de la montaña, si se habían dado cuenta de que una caravana los había precedido en la desembocadura del Mackensie. Sin embargo, no cabía la menor duda de que Hunter y Malone observaban obstinadamente aquel río que corría por la base, y tampoco cabía la menor duda de que pensaban que aquél era el lugar más indicado para establecer un campamento de algunas semanas.

En aquel momento, dos hombres se acercaron a reunirse con ellos. Ben Raddle y Summy Skim reconocieron en uno de ellos al capataz de la parcela 127. El otro era un indio al que no conocían.

—Sin duda es el guía que los ha conducido hasta aquí —dijo el ingeniero.

—¡Es el mismo que vi en el claro del bosque! —respondió Summy Skim.

Al verlos en el borde de la altiplanicie le vino al pensamiento la idea de que les podía fallar el equilibrio y que si se caían desde ochocientos o novecientos pies de altura la situación se simplificaría y probablemente sería su desenlace. Después de la muerte de sus jefes la banda abandonaría el terreno.

No fueron los dos tejanos los que se precipitaron de lo alto del volcán, sino un bloque bastante grande de cuarzo que se despegó del borde. Tuvieron que retroceder apresuradamente a fin de que el bloque no los arrastrara.

En su caída, el bloque de roca encontró un saliente contra el que se rompió en varios pedazos, y aquellos pedazos fueron a caer entre los árboles que abrigan el campamento.

Summy Skim no pudo retener un grito que Ben Raddle ahogó poniéndole la mano sobre la boca.

—¡Cállate, Summy! ¡Cállate!

—¡Espero que ninguno de nuestros compañeros haya sido aplastado!

Era de desear que nada hubiera sucedido. Pero lo que ocurrió fue que la caída de aquel bloque asustó a uno de los caballos de la caravana. El animal, después de romper la cuerda que lo retenía, se lanzó fuera del pequeño bosque y, subiendo junto al canal, lo salvó de un brinco dirigiéndose hacia la llanura.

Se oyeron gritos, aunque débiles a causa de la distancia, que procedían de lo alto del Golden Mount.

Los habían lanzado Hunter y Malone llamando a sus compañeros.

Al momento cinco o seis acudieron al borde, y no resultó difícil adivinar por sus gestos que Hunter ya había averiguado a lo que había que atenerse dada la presencia de una caravana en las bocas del Mackensie. Aquel caballo sólo había podido haberse escapado de un campamento, y aquel campamento se encontraba allí, a sus pies.

—¡Vamos! —dijo Ben Raddle a Summy Skim.

Dejando el macizo de árboles, y deslizándose entre las rocas, ambos se dirigieron hacia el bosque, donde los esperaban, muy inquietos, el Explorador, Lorique, Neluto y sus compañeros.

ATAQUE Y DEFENSA



Bill Stell y los demás todavía ignoraban si el campamento había sido descubierto o no. Desde el lugar que ocupaban al pie del Golden Mount no podían divisar el borde de la altiplanicie. Ni siquiera sabían que Hunter y algunos miembros de su banda habían realizado la ascensión, ni que hubieran divisado el caballo que se había escapado. Pero Neluto, para que no sucediera así, se había lanzado en su persecución y no tardó en volver con él.

Entonces todo el mundo fue puesto al corriente y nadie puso en duda que habría que repeler un ataque cercano.

—¡Nos defenderemos! —declaró el Explorador—. ¡No cederemos el lugar a esos desarrapados americanos!

Una aclamación unánime acogió esas palabras.

¿Tendría lugar ese mismo día la agresión? Era probable. Hunter tenía interés en precipitar las cosas. Es verdad que no actuaría sin prudencia, porque ignoraba cuáles eran las fuerzas que se oponían a las suyas. Evidentemente, intentaría informarse antes de lanzar la refriega. Quizá incluso querría dialogar y obtener la cesión del terreno si la superioridad numérica estaba de su lado. En cualquier caso, Malone y él ignoraban todavía que se encontraban frente a sus antiguos vecinos, los propietarios de la parcela 129 del Forty Miles Creek, con los que ya habían tenido algunos altercados de extremada violencia. Cuando Hunter se encontrara en presencia de

su adversario, Summy Skim, la circunstancia no facilitaría las cosas.

El Explorador se ocupó, pues, de tomar las últimas medidas defensivas en previsión de que la banda de Hunter contara con el doble de hombres, según habían dicho Summy Skim y Neluto basándose en lo que habían podido observar en el bosque.

Veamos lo que el ingeniero propuso a Bill Stell después de haber discutido la cuestión:

—Actualmente nuestro campamento está cubierto, y por lo tanto, resulta inaccesible, por un lado, por el flanco del Golden Mount, y por el otro, por el Rubber Creek, que Hunter y los suyos no podrán cruzar sin exponerse al fuego de nuestras carabinas.

—En efecto, *monsieur* Raddle —respondió el Explorador—, pero por delante sólo estamos defendidos por el canal entre el río y la montaña, y no es más que un foso de siete a ocho pies de ancho y una profundidad parecida, y eso no detendrá a los asaltantes.

—No, mientras el foso esté seco, estoy de acuerdo —declaró el ingeniero—, pero cuando esté lleno hasta los bordes será más difícil de cruzar.

—También estoy de acuerdo con ello, *monsieur* Raddle. ¿Piensa inundarlo cortando lo que le separa de la orilla del río?

—Estoy meditándolo, Bill —respondió Ben Raddle—. El agua llenaría por completo el canal.

—Pero si más tarde queremos hacer saltar la pared que separa todavía la galería de la chimenea del cráter, ¿cómo lo lograríamos estando la galería llena hasta el fondo? —observó el Explorador.

—No lo estará, porque su orificio todavía está cerrado por una pequeña presa que dejaremos en pie y que destruiremos con algunos golpes de pico cuando llegue el momento.

—Bien, *monsieur* Raddle —dijo entonces el Explorador—. Eso es lo que hay que hacer, y hay que hacerlo ahora mismo. Sólo tenemos unas horas antes de que la banda tenga tiempo de bajar y de situarse a la vista de nuestro campamento. ¡Manos a la obra!

Bill Stell llamó a sus hombres y les informó de lo que se había decidido. Provistos de sus herramientas, fueron a la orilla y excavaron el lugar por donde comenzaba el canal.

Bastó una media hora para cavar una zanja que las aguas, al precipitarse, fueron ensanchando. Pero detenidas por la presa en el orificio de la galería, se calmaron en cuando se estabilizó el nivel

entre el canal y el río.

Ahora, todos los accesos estaban cortados alrededor de aquel triángulo en el que se apretaban los árboles que abrigaban el campamento.

Mientras se ejecutaba aquel trabajo, Summy Skim y Lori que, ayudados por Neluto, se encargaron de poner a punto las armas: carabinas, fusiles, revólveres, y también los cuchillos, para el caso en que fuera necesario luchar cuerpo a cuerpo. Quedaba todavía una reserva suficiente de pólvora y balas, así como de cartuchos prefabricados.

—Tenemos para esos bribones tanta munición como se merecen, y no la ahorraremos —dijo Summy Skim.

—Mi idea es que si los acogemos con una buena descarga se irán como han venido —dijo Lorique.

—Es posible, Lorique, y además, como estamos a cubierto detrás de los árboles, y ellos estarán del otro lado del canal, eso compensará la ventaja que tienen de ser dos contra uno. ¡Si hay una buena ocasión para apuntar y no fallar el tiro, es ésta! ¡No lo olvidéis, Neluto!

—Puede contar conmigo, *monsieur* Skim —respondió el indio.

Aquellos preparativos de defensa fueron rápidamente concluidos y sólo quedaba esperar vigilando las cercanías.

Así pues, se colocó una avanzadilla con algunos hombres delante del canal, de manera que pudieran observar toda la base meridional del Golden Mount.

Además, no había nadie en la caravana que no se diera cuenta de la posición. Ya no había más salida que la presa que se había conservado en el orificio de la galería, que era apenas lo suficientemente ancha para que pudieran pasar los animales de tiro. Si había que batirse en retirada y ceder el lugar a los tejanos, sólo se podría salir por aquel estrecho paso para alcanzar la llanura subiendo por la margen izquierda del Rubber Creek. Pero todos mantenían la confianza, y lo más seguro sería que Hunter no lograra cruzar el canal. En cuanto al paso en cuestión, fue fácil levantar una barricada dejando solamente una abertura que se cerraría en el momento del ataque.

Mientras algunos hombres permanecían de vigilancia en el exterior, los demás, esperando a que llegara el turno de relevarlos,

almorzaban bajo los árboles. Ben Raddle, Summy Skim y el Explorador compartieron su comida. La pesca había sido abundante los días precedentes y las conservas estaban todavía intactas. Se había encendido una fogata, lo cual no representaba ningún inconveniente, ya que el campamento había sido descubierto, y el humo se escapaba libremente entre los ramajes.

El almuerzo no se vio alterado en modo alguno, y cuando regresaron los hombres de guardia que habían sido relevados, no señalaron que hubiera indicios de que la banda estuviera en las cercanías.

—Quizá esos bribones prefieran asaltarnos de noche —dijo Summy Skim.

—La noche dura apenas dos horas —respondió Ben Raddle—. Y no esperan ya sorprendernos.

—¿Por qué no, Ben? Quizá creen que ignoramos su presencia en el Golden Mount. No saben que los hemos visto cuando se acercaron al borde de la altiplanicie.

—Es posible —declaró el Explorador—. Pero han visto el caballo que escapó. Un perro en el bosque, luego un caballo a través de la llanura, es más que suficiente para tener la certeza de que hay una caravana acampando en estos parajes. Por ello, creo que tenemos que esperar su visita, ya sea esta tarde, ya sea esta noche.

Hacia la una, Bill Stell cruzó la presa y se acercó a los hombres que observaban los alrededores.

Durante su ausencia, Ben Raddle regresó con Lorique al macizo de árboles desde donde había visto a Hunter y Malone en el borde de la altiplanicie. Desde allí eran visibles las humaredas del volcán, porque se elevaban a unos cincuenta pies por encima el cráter, formando grandes torbellinos. A veces, incluso, se escapaban algunas llamas que alcanzaban también esa altura. La intensidad del fuego interior se manifestaba más violentamente. ¿Había razones para pensar que la erupción no tardaría en producirse, quizá tan sólo después de algunos días?

Aquella circunstancia hubiera resultado muy lamentable, muy enojosa para los proyectos del ingeniero. En efecto, el volcán arrojaría con sus lavas y sus escorias las materias auríferas, pepitas y polvo de oro, y a los tejanos les bastaría con darse el trabajo de recogerlo. La erupción se produciría en beneficio de Hunter, ¿y

cómo podría Ben Raddle disputarle aquella posesión? La partida quedaría irrevocablemente perdida. En el campamento, la caravana tenía algunas posibilidades de éxito. En campo raso le sería imposible luchar con cierta ventaja.

El ingeniero regresó muy inquieto, pero comprendía perfectamente que no había nada que hacer contra aquella eventualidad.

En el instante en que llegaba, Summy Skim le señaló al Explorador, que volvía apresuradamente, y los dos primos salieron a su encuentro hasta la presa.

—¡Ya vienen! —exclamó Bill Stell.

—¿Están todavía lejos? —preguntó el ingeniero.

—Alrededor de media legua —respondió el Explorador.

—¿Nos queda tiempo para salir de reconocimiento? —preguntó Lorique.

—Sí —respondió Bill Stell.

Al momento, los cuatro franquearon el canal y alcanzaron rápidamente el lugar donde se encontraban algunos hombres en vigilancia.

Les resultaba fácil, sin dejarse ver, alcanzar con la mirada toda aquella parte de la llanura que limitaba con la base del Golden Mount.

A lo largo de aquella base avanzaba una tropa compacta. Toda la banda debía de estar allí. Se veía relucir el cañón de los fusiles. Por lo demás, no había ni carretas ni caballos. Todo el material había sido dejado en el lugar de acampada donde los tejanos se habían instalado desde hacía dos días.

Hunter, Malone y el capataz marchaban en cabeza. Avanzaban con cierta prudencia, deteniéndose a veces, alejándose incluso algunos centenares de pasos con el fin de examinar la cima del Golden Mount.

—Antes de una hora estarán aquí —dijo Lorique.

—Es evidente que conocen nuestro campamento —respondió Summy Skim.

—Y vienen a atacarlo —añadió el Explorador.

—Si esperara aquí a que ese Hunter estuviera al alcance de mi fusil lo saludaría con un tiro —exclamó Summy Skim—. A cien pasos estoy seguro de que caería como un pato.

—No, regresemos —ordenó Ben Raddle.

En resumen, era la decisión más sensata porque la muerte del tejano no hubiera impedido que los otros atacaran.

Ben Raddle, Summy Skim, el Explorador y Lorique regresaron, pues, al canal seguidos de sus hombres. En cuanto hubieron franqueado los obstáculos uno tras otro, se cerró la abertura que se había preparado en la barricada con las piedras dispuestas a ese efecto. No quedó ninguna comunicación entre las dos orillas del canal.

Todos se retiraron entonces unos sesenta pies detrás de los primeros árboles donde estarían al abrigo si se llegaba a los primeros disparos, lo cual parecía muy probable. Las armas estaban cargadas y esperaron.

Además, siguiendo el consejo del Explorador, había que dejar que la banda se acercara hasta el canal, y no intervenir hasta el momento en que intentaran cruzarlo.

Media hora después, Hunter, Malone y sus compañeros daban la vuelta al ángulo del monte. Unos recorrieron su base con pasos cortos, los otros avanzaron hasta el río, donde bajaron por la orilla izquierda, con las armas listas para echárselas al hombro, con el revólver ajustado en la faja roja que les ceñía los riñones.

La mayoría de aquellos hombres eran los mineros que Ben Raddle, Summy Skim, Lorique y Neluto habían visto trabajar en la parcela 127 de Forty Miles Creek, es decir, unos treinta, sin contar a unos veinte indios que Hunter había contratado en Circle City y en Fort Yukon para aquella campaña en el litoral del océano Ártico.

Toda la banda se reunió cuando alcanzaron la orilla en la que Hunter y Malone se habían detenido.

Ambos, con el capataz, entablaron una conversación que debía ser bastante viva, a juzgar por la violencia de sus gestos. No podían dudar que detrás de aquellos árboles existía un campamento, y sus manos señalaban en aquella dirección. Pero lo que parecía causarles una verdadera decepción era aquel canal, que les suponía un obstáculo bastante difícil de salvar si estallaba fuego de fusilería sesenta pasos más allá.

Además, habían reconocido al momento que el canal había sido excavado recientemente, al ver la tierra fresca removida y las huellas en el suelo. Pero no hubieran podido adivinar su objetivo.

En cuanto al orificio de la galería, un amontonamiento de ramas lo hacía invisible, y además, nunca habrían imaginado que aquella galería estaba destinada a verter las aguas del río en las entrañas del Golden Mount.

Mientras tanto, Hunter y Malone iban y venían por la orilla preguntándose sin duda cómo pasarían. Tenían obligatoriamente que avanzar hasta el bosquecillo, ya fuera para entrar en contacto con quienes lo ocupaban, ya fuera para asegurarse de que habían abandonado el lugar la víspera, algo que también creían que era posible.

En aquel momento, se les unió el capataz, y señaló la presa con la barricada, único paso que hubiera permitido franquear el canal en seco.

Los tres se dirigieron hacia aquel lado. Al ver aquella barricada, que no presentaba ninguna abertura, debieron de decirse que el bosque estaba seguramente ocupado, y que derribando aquel obstáculo llegarían al campamento.

Detrás de los árboles, Ben Raddle y sus compañeros seguían todos los movimientos de la banda. Comprendieron que Hunter iba a abrirse paso desplazando las piedras amontonadas sobre la presa. Había llegado el momento de impedirselo.

—¡No sé por qué me contengo y no le salto la cabeza! —dijo Summy Skim en voz baja—. ¡Le tengo en el punto de mira de mi fusil!

—No, Summy, no dispires —respondió Ben Raddle bajando su arma—. Aunque muera su jefe no los detendríamos, y quizá sea preferible entablar conversaciones antes de llegar a los disparos. ¿Qué piensa usted, Explorador?

—Pienso que siempre se puede intentar —replicó Bill Stell—. La situación no se agravará por eso. Si no nos entendemos, ya veremos.

—En cualquier caso no debemos dejar que nos vea a todos —observó Lorique—. Hay que evitar que Hunter pueda contarnos.

—Es cierto —respondió el ingeniero—. Saldré yo solo.

—Y yo —añadió Summy Skim, que nunca hubiera consentido en no acompañar a Ben Raddle delante de aquellos dos tejanos.

Ben Raddle y Summy Skim aparecieron pues en la linde del bosquecillo en el momento en que algunos hombres de Hunter avanzaban para demoler la barricada.

En cuanto Hunter los divisó hizo una señal a sus hombres para que retrocedieran, y toda la banda se puso a la defensiva, unos diez pasos detrás de la orilla del canal.

Únicamente se acercaron Hunter y Malone, con el fusil entre las manos.

Ben Raddle y Summy Skim tenían cada uno su carabina y apoyaron la culata en el suelo.

Los dos tejanos los imitaron, y fue Hunter el primero en hacerse oír, no sin cierto acento de sorpresa.

—¡Ah! ¡Son ustedes, los señores de la parcela 129! —exclamó.

—¡Los mismos! —respondió Summy Skim.

—No me esperaba encontrarlos en la desembocadura del Mackensie —prosiguió el tejano.

—Tampoco nosotros esperábamos verlos llegar detrás de nosotros —replicó Summy Skim.

—Lo cierto es que entre nosotros hay un viejo asunto que arreglar.

—¡Y lo mismo lo podemos arreglar aquí que en las parcelas del Forty Miles Creek!

Y como Hunter, en quien la cólera había sucedido a la sorpresa, al verse frente a Summy Skim, levantó su fusil; Summy Skim hizo otro tanto.

En toda la banda se produjo un movimiento, un movimiento que Hunter reprimió con un gesto. Le hubiera gustado saber, antes de ir más adelante, con cuántos hombres contaba Ben Raddle, pero sus ojos intentaban penetrar en vano entre los matorrales del bosquecillo.

Ben Raddle juzgó que había llegado el momento de intervenir y avanzó hasta la orilla del canal. Hunter y él estaban separados por una distancia de una docena de pasos. Malone se había quedado atrás.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó Ben Raddle con voz fuerte.

—Queremos saber lo que han venido a hacer al Golden Mount.

—¿Y con qué derecho lo quiere saber?

—No se trata de derecho, sino de hecho —respondió Hunter—. El hecho es que ustedes están aquí, a [ochenta y siete]^[26] millas de Dawson City.

—Hemos venido porque se nos ha antojado venir —respondió Summy Skim que estaba empezando a no dominarse.

—¿Y si a nosotros no nos gusta encontrarlos? —prosiguió Hunter, cuya voz indicaba una furia difícilmente contenida.

—Le guste o no, aquí estamos, y no hemos tenido que pedirle permiso a usted para venir —replicó Summy Skim—. ¡Y tampoco se lo pediremos para quedarnos!

—Una vez más —prosiguió el tejano—. ¿Qué han venido a hacer al Golden Mount?

—Lo mismo que han venido a hacer ustedes —respondió Ben Raddle.

—¿Tienen la intención de explotar ese yacimiento?

—Un yacimiento que es canadiense, no americano —respondió el ingeniero—, porque está situado en territorio del Dominio.

Como puede imaginarse, no era la cuestión de la nacionalidad lo que detendría a los dos tejanos. Así pues, dirigiendo la mano hacia el volcán, Hunter respondió:

—Ese Golden Mount no pertenece ni a los canadienses ni a los americanos. Es de todo el mundo.

—De acuerdo —respondió Ben Raddle—, entonces es del primer ocupante.

—No se trata de haberlo ocupado, ni siquiera el primero —declaró Hunter que iba perdiendo poco a poco su sangre fría.

—¿Y de qué se trata entonces? —preguntó el ingeniero.

—Se trata de estar capacitado para defenderlo —respondió Hunter con un gesto de amenaza.

—¿De quién?

—De los que pretenden ser los únicos en explotarlo.

—¿Y quiénes son éstos?

—¡Nosotros! —exclamó Hunter.

—¡Inténtenlo! —respondió Ben Raddle.

A una señal de Malone surgieron varios disparos. Ninguno de ellos alcanzó a Ben Raddle ni a Summy Skim. Ambos se retiraron hacia el bosquecillo y en aquel momento, Summy Skim, dándose la vuelta, se echó rápidamente la carabina al hombro y disparó sobre Hunter.

El tejano, que se había arrojado a un lado, pudo evitar la bala que alcanzó mortalmente en el pecho a uno de sus hombres.

Por ambas partes se produjo entonces fuego de fusilería. Pero los compañeros del Explorador, a resguardo de los árboles, no sufrieron ni con mucho tantas bajas como los hombres de Hunter. Entre los primeros hubo algunos heridos, pero entre los segundos hubo muertos.

Hunter se dio perfecta cuenta entonces de que corría el riesgo de que su banda fuera diezmada si no lograba cruzar el canal a fin de rechazar a la caravana del Explorador, y expulsarla gracias a la superioridad numérica que pensaba tener, lo que por otra parte era cierto.

Malone y otros dos o tres se precipitaron, pues, hacia la presa con el fin de forzar la barricada. Agazapándose detrás de los bloques de roca y de las piedras acumuladas intentaron hacer una abertura.

Fue, por lo tanto, sobre aquel punto sobre el que se dirigió toda la atención de la defensa. Si se forzaba el paso, si la banda llegaba hasta el límite del bosque, si invadía el campamento, la resistencia acabaría por ser imposible y la ventaja se pondría del lado de los más numerosos.

Por otra parte, Hunter había comprendido que no podía dejar expuestos a sus hombres a un fuego intenso, y les ordenó echarse al suelo. La tierra arrojada a las orillas del canal formaba una especie de terraplén que permitía resguardarse a condición de estar tumbado. Desde allí, practicando pequeñas troneras, estarían en condiciones de dirigir el fuego contra el bosque, aunque no apareciera nadie en posición de ser apuntado directamente. Los dos o tres heridos que se contaron entre las fuerzas del Explorador lo habían sido por balas disparadas al azar.

Entonces Malone y dos de los suyos se dirigieron, deslizándose por el suelo, hacia la presa. Pudieron alcanzarla, y al abrigo detrás de las rocas de la barricada comenzaron a quitar las piedras que fueron cayendo al canal.

Del bosque partieron gran número de disparos que no lograron alcanzarlos. Por ello, Bill Stell, que quería evitar a cualquier precio que cruzaran por la presa, estaba dispuesto a atacar en una lucha cuerpo a cuerpo.

Hubiera sido peligrosamente expuesto intentar salir al espacio descubierto que separaba el bosque del canal; eran unos sesenta

pasos. Ahora bien, Hunter y los suyos también correrían aquel peligro después de haber pasado la barricada cuando quisieran precipitarse hacia el campamento.

Ben Raddle aconsejó entonces al Explorador que esperara todavía antes de salir del bosque. Era posible que Malone y los que intentaban derribar la barricada fueran puestos fuera de combate, y que tras ellos, otros sufrieran la misma suerte. No sería de extrañar entonces que Hunter abandonara la partida, por temor a sacrificar inútilmente hasta el último de sus hombres. Pero había que dirigir un fuego incesante contra la presa, respondiendo al mismo tiempo a los múltiples disparos procedentes del terraplén del canal.

Pasaron unos diez minutos en aquellas condiciones. Ninguno de los que estaban en la barricada había resultado herido, pero cuando el boquete empezó a agrandarse las balas hicieron blanco.

Uno de los indios cayó de espaldas, y después de que lo retiraran, lo sustituyó otro al lado de Malone.

En aquel momento Neluto efectuó un disparo afortunado. Había podido apuntar a Malone y lo alcanzó en pleno pecho.

El tejano cayó, y su caída provocó un grito terrible de toda la banda.

—Bien, bien —dijo Summy Skim a Neluto que se encontraba apostado cerca de él—. ¡Un golpe afortunado, el tuyo! ¡Pero déjame a Hunter! Es un asunto entre él y yo, y yo me encargo.

Pero entonces, después de haber retirado el cuerpo de Malone y transportado a la retaguardia, pareció que Hunter renunciaba a continuar el ataque. Decididamente en aquellas condiciones no podría tener éxito, y los asaltantes acabarían por dejarse matar hasta el último. Por lo tanto, no quería continuar exponiendo la vida de sus hombres inútilmente, dio una voz en medio de los disparos que proseguían por ambas partes.

Fue la señal de retirada, y la banda, llevando a sus heridos bajo el fuego que saludaba su huida, volvió a tomar el camino de la llanura, subiendo por la orilla izquierda del Rubber Creek, y desapareció a la vuelta del Golden Mount.

LA ERUPCIÓN



Así había concluido aquel primer intento de Hunter de atacar el campamento. Le había costado un cierto número de heridos, entre ellos Malone, mientras que sólo dos o tres compañeros del Explorador habían resultado ligeramente rozados por balas perdidas.

¿Iban a reanudar la tentativa en condiciones más favorables? Dado su carácter rencoroso y vindicativo, empujado por aquel feroz deseo de ser el único amo de Golden Mount, quizá Hunter intentaría apoderarse del campamento si lograba averiguar que las fuerzas estaban de su lado en la proporción de dos contra uno.

—En cualquier caso esos bribones se han batido en retirada —declaró el Explorador—. ¡Y no creo que lo intenten de nuevo hoy!

—No, pero quizá esta noche —respondió Summy Skim.

—Pues bien, permaneceremos vigilantes —dijo Ben Raddle—. También durante las dos o tres horas de oscuridad Hunter tendrá dificultades en cruzar el canal. Casi aseguraría que no se atreverá, porque sabe de sobra que estaremos en guardia.

—Pero es importante reparar la barricada de la presa —observó Lorique.

—Eso es lo que vamos a hacer —respondió Bill Stell llamando a algunos de sus hombres para que lo ayudaran en aquel trabajo.

—Antes veamos si la banda se ha vuelto a su campamento —dijo

Summy Skim.

—Veamos —respondió el Explorador.

Ben Raddle, Summy Skim, Lorique, Bill Stell y Neluto, con carabinas en mano, cruzaron la presa y se acercaron hasta el ángulo sudeste de la montaña. Desde allí su vista se extendía por toda la base hasta el lugar de acampada de los tejanos y al mismo tiempo sobre toda aquella parte de la llanura.

No eran más que las seis y todavía era completamente de día.

Llegados al ángulo, Ben Raddle vio que no sería necesario ir más allá.

Hunter y sus compañeros se encontraban fuera del alcance de sus fusiles. Avanzaban lentamente, a pesar del temor que podían tener de ser perseguidos. Incluso el Explorador pensó que quizá sería conveniente salir en su persecución. Pero por otra parte, más valía que los tejanos no supiesen que la caravana sólo se componía de una veintena de hombres. Además, dejando aparte lo que pensara Summy Skim, no era imposible que hubieran renunciado a cualquier otra tentativa de asaltar el campamento.

Pero la banda avanzaba lentamente porque transportaba sus heridos. Había razones para pensar que la mayoría de ellos no podrían andar, y probablemente Malone era uno de ellos.

Durante casi una hora, el Explorador y sus compañeros permanecieron observando aquella retirada. Vieron a Hunter girar al llegar al extremo de la base del Golden Mount, y dado que no tomó el camino de la llanura por el lado del bosque, sin duda se dirigía a su lugar de parada.

Hacia las ocho, el Explorador terminó de reparar la barricada de la presa. Dos hombres permanecieron de guardia en aquel lugar, y todo el mundo regresó al bosquecillo para la cena.

La conversación versó sobre los acontecimientos de la jornada. Después del ataque, la retirada de Hunter no podía ser contemplada como un desenlace. Sólo sería definitivo si la banda abandonaba el Golden Mount. Si los tejanos insistían en permanecer en los alrededores había que estar preparado para otros incidentes. Si la erupción se producía espontáneamente, ¿acaso no vendrían a disputarles las pepitas arrojadas por el volcán a golpe de fusil?

Por otra parte, ¿debía Ben Raddle proseguir con su proyecto de provocar la erupción precipitando las aguas del río en el cráter

mientras los tejanos estuvieran allí?

Sin embargo, en pocas semanas comenzaría el frío con sus tormentas, sus *blizzards* y sus nieves. Era absolutamente necesario que la caravana hubiera regresado antes a Dawson City. Pero entonces, ¿se decidiría el ingeniero a pasar un segundo invierno en Klondike y a dejar para el próximo verano la explotación del Golden Mount? Además, ¿volvería Hunter de nuevo y sería necesario reclutar una banda de canadienses y de indios superior a la suya para expulsarlo?

Pero ¿conseguiría Ben Raddle que su primo aceptara retrasar un año más su retorno a Montreal?

Es probable que Summy Skim no contemplara nunca semejante eventualidad, fuera de cualquier previsión. Ya tuviera éxito o no aquella campaña, había calculado que antes de dos meses Ben Raddle y él abandonarían Klondike.

Nada turbó aquella velada. Pero nadie pensó en irse a descansar antes de haber tomado todas las medidas de seguridad. El Explorador, Lorique y Neluto habían propuesto turnarse en la guardia de la presa y se podía contar con su vigilancia.

Se levantaron entonces las tiendas —lo que ya no presentaba ningún inconveniente—, y cada uno, según su carácter, se durmió con un sueño más o menos tranquilo. Pero de todos sus compañeros, Ben Raddle fue aquél a quien el insomnio mantuvo más tiempo despierto, hasta tal punto perturbaban su espíritu sus proyectos e inquietudes.

A la mañana siguiente, temprano, el Explorador y Ben Raddle, después de haber cruzado el canal, fueron a observar la llanura. Estaba desierta. Por el lado del bosque no se veía avanzar ninguna banda. Hunter no se había decidido a efectuar una retirada definitiva, y en el fondo nadie se lo esperaba.

—Es enojoso que no podamos subir al Golden Mount por el lado del campamento —dijo entonces Bill Stell—. Los hubiéramos podido ver dirigiéndonos al otro extremo de la altiplanicie.

—Es imposible, Bill —respondió Ben Raddle—. Y no deja de ser lamentable.

—Pienso que no es peligroso que nos apartemos unos centenares de pasos del monte —prosiguió el Explorador.

—En absoluto, Bill, porque no hay nadie a la vista, y aunque se

nos pudiera divisar, tendríamos tiempo de regresar al canal y de cerrar la barricada.

—Vamos pues, *monsieur* Ben, así veremos la humareda del volcán. Quizá es más espesa. Quizá el cráter ha comenzado a arrojar algo de lava.

Ambos se alejaron un cuarto de legua y se detuvieron.

Nada había cambiado en el orificio del cráter. Los vapores salían en agitados torbellinos, mezclados con llamas que el viento del sur empujaba hacia el mar.

—No será todavía para hoy —observó el Explorador.

—No —respondió el ingeniero—. Ahora estoy deseando que la erupción no tenga lugar antes de que se haya ido Hunter... si se va.

En aquel momento, Bill Stell señaló una humareda al pie del primer contrafuerte del Golden Mount.

—Sí —dijo—. Allí siguen, como en su casa. ¡Y como no intentemos expulsarlos, se dirán, y tendrán razón en decirlo, que no tenemos capacidad para hacerlo!

El razonamiento era acertado y no era como para tranquilizar a Ben Raddle.

Después de haber recorrido una vez más la llanura con la mirada, ambos regresaron hacia el canal y volvieron al campamento.

Era el 15 de agosto y Ben Raddle veía con el corazón encogido cómo iban transcurriendo los días sin llegar a ningún resultado. A finales de aquel mes, como le había hecho observar el Explorador, sería ya demasiado tarde para emprender el camino de regreso a Klondike, donde la caravana no llegaría antes del 15 de septiembre. Ahora bien, para aquella fecha, los mineros que van a pasar la estación fría a Vancouver, ya se habrían ido de Dawson City, y los últimos paquebotes habrían bajado por el curso del Yukón, que los primeros hielos no tardarían en obstruir. Pasara lo que pasara, la salida no se podría retrasar más de dos semanas. Y, en efecto, a poco que el invierno fuera precoz, Bill Stell tendría grandes dificultades en cruzar la región de los lagos, franquear los pasos del Chilkoot y alcanzar Scagway.

Summy Skim conversaba a menudo con él sobre este tema, y precisamente durante el almuerzo hablaron de ello, mientras Ben Raddle se paseaba junto al canal.

Después de haber examinado el lugar donde se haría la derivación del río, se quedó sobre la presa. Levantando entonces las ramas que disimulaban el orificio, penetró por la galería hasta la pared que la separaba de la chimenea del volcán.

Ben Raddle quería cerciorarse por sí mismo de si todo estaba en orden. Se aseguró de la posición de los agujeros perforados en seis lugares de la pared, en los cuales se colocarían las barrenas, lo que bastaría para hacerla saltar. Después, cuando se hubiera derribado la presa con algunos golpes de pico, el torrente se precipitaría en las entrañas del monte.

Y en verdad, sin la presencia de los tejanos, quién sabe si Ben Raddle no hubiera provocado aquel mismo día la erupción.

¿Para qué esperar más, ya que el tiempo apremiaba, y ya que parecía que la erupción no se produciría por sí sola?

Sí. El ingeniero sólo tendría que prender fuego a aquellos barrenos cuyas mechas duraban algunos minutos, y después, cuando se hubiera producido la explosión, bastaba con destruir la presa. Y finalmente, después de media jornada, después de dos horas, o quizá después de una hora, la presión del vapor acumulado en sus entrañas pondría al volcán en plena actividad.

Ben Raddle permaneció pensativo delante de aquella pared, maldiciendo su impotencia por no poder intentar aquel último golpe ese mismo día, y provocar el desenlace de su audaz plan. Los tejanos serían los primeros y, sin duda, los únicos en recoger los beneficios. Por lo tanto, había que esperar, esperar más. ¿Y si la banda no se iba? ¿Y si Hunter no abandonaba el lugar más que en el momento en que ya no se pudiera permanecer en él, retrasando su salida en cuanto le fuera posible, y en lugar de regresar a Vancouver decidía pasar el periodo invernal, sea en Circle City, sea en Dawson City, a fin de reanudar la campaña en cuanto llegara el buen tiempo? Entonces, ¿dónde estaría él, Ben Raddle? A centenares y centenares de leguas de allí, en su país, después de haber visto fracasar lamentablemente todos sus esfuerzos, tanto en Forty Miles Creek como en el Golden Mount.

Aquellos pensamientos se agolpaban en el espíritu del ingeniero, más preocupado del presente que del pasado y del futuro. ¡Sí! De haber sido libre de actuar no lo hubiera dudado: aquel mismo día hubiera jugado «su último triunfo», si se permite emplear esa

expresión tan francesa. Y si su proyecto tenía éxito, si el volcán entregaba las riquezas acumuladas entre sus flancos, hubieran bastado veinticuatro horas para cargar las carretas con las preciosas pepitas, y la caravana tomaría el camino de retorno a Klondike.

Ben Raddle, que continuaba reflexionando, escuchaba los ruidos que se producían en la chimenea central. Sus rugidos le parecieron más intensos. Creyó incluso oír un movimiento de piedras, de bloques que los vapores alzaban y a continuación dejaban caer. ¿Eran aquéllos los síntomas de una próxima erupción?

En aquel momento unos gritos sonaron afuera. Ben Raddle creyó incluso que lo estaban llamando. Casi al momento, el Explorador penetró por el orificio de la galería repitiendo:

—¡*Monsieur* Raddle! ¡*Monsieur* Raddle!

—¿Qué sucede? —preguntó el ingeniero.

—¡Venga! ¡Venga! —respondió Bill Stell.

Ben Raddle debió pensar que se estaba produciendo un nuevo ataque de la banda contra el campamento y, deslizándose por la galería, reapareció sobre la presa.

Se encontró con Summy Skim que venía a reunirse con Bill Stell.

—¿Han regresado los tejanos? —preguntó volviéndose hacia su primo.

—¡Sí! ¡Los muy desarrapados! —respondió Summy Skim—. ¡Pero no de frente ni por la espalda! ¡Por arriba!

Y tendió la mano hacia la altiplanicie del Golden Mount.

—Véalo, *monsieur* Ben —añadió el Explorador.

En efecto, al no haber podido la víspera forzar el paso del canal, Hunter y los suyos habían renunciado al intento de agresión directa para seguir otra táctica, cuyo resultado sería, al menos, el de obligar a la caravana a abandonar el campamento.

Después de volver a efectuar la ascensión al volcán, habían rodeado el cráter a fin de situarse al borde de la altiplanicie, fuera del alcance de los vapores que salían con fuerza. En aquel lugar, los picos y las palancas les habían permitido emprenderla contra aquella arista compuesta de bloques erráticos y de lavas, piedras enormes amontonadas por centenares. Aquellos bloques, empujados hasta el borde, comenzaban a caer como una avalancha, rompiendo los árboles, arrancándolos de cuajo, abriendo agujeros enormes en el suelo. Algunas piedras rodaban incluso hasta el canal, haciendo

salir el agua fuera de las márgenes.

—¡Ya lo ves! —exclamó Summy Skim—. ¡Ya lo ves! ¡No han podido expulsarnos y quieren aplastarnos!

Ben Raddle no respondió. Él y sus compañeros tuvieron que situarse contra el flanco de la montaña, a fin de evitar que aquel granizo los lapidara. El lugar del bosquecillo ya no podía defenderse y los bloques se precipitaban a centenares en el campamento.

Así, el personal había tenido que abandonarlo para buscar refugio en la margen izquierda del río, lo bastante alejada para que no llegaran los fragmentos de aquella avalancha. Pero dos de las carretas habían sido destrozadas. Tres hombres, alcanzados al principio, habían resultado gravemente heridos y había sido necesario transportarlos muy lejos.

En cuanto al material, sólo quedaban los restos. Era un desastre. Las tiendas habían quedado abatidas y desgarradas, los utensilios destruidos. Al mismo tiempo, dos mulas yacían en el suelo, y las demás, espantadas, enloquecidas, franquearon de un salto el canal y se dispersaron por la llanura.

Y desde allá arriba llegaban los gritos enardecidos, los horribles aullidos de la banda que se alegraba de aquel abominable exterminio. Y las rocas seguían cayendo, golpeándose a veces entre ellas en su caída, cubriendo con sus fragmentos la parte comprendida entre el río y el Golden Mount.

—¡Van a arrojarlos toda la montaña a la cabeza! —exclamó Summy Skim.

—¿Qué podemos hacer? —dijo Lorique.

—No sé lo que hay que hacer —respondió Summy Skim—. ¡Pero sé muy bien lo que habría que haber hecho! ¡Había que haber enviado una bala en el pecho a ese Hunter antes de dialogar con él!

Es cierto que si la víspera se hubieran desembarazado de aquel tejano, la situación no sería la que era, muy comprometida, porque la idea de aplastar el campamento debía de haber sido suya.

El Explorador, entonces, dijo:

—Pronto no nos quedará nada de material si no salvamos ahora lo que hay. Vamos a sacar los carros hasta la orilla del río; allí estarán fuera de su alcance.

—Sí. ¿Y después? —preguntó Lorique.

—¿Después? —respondió Bill Stell—. Después... nos iremos,

completamente armados, al campamento de esos bandidos mientras ellos están allá arriba. Los esperaremos allí, y los tendremos a buen alcance cuando intenten bajar, y sustituiremos con sus carros los que nosotros hemos perdido.

El proyecto era aventurado, pero podía tener éxito. Lo cierto era que Hunter y sus compañeros podrían encontrarse en una situación comprometida bajo el fuego de veinte carabinas cuando se deslizaran por las laderas del Golden Mount. Seguían ocupados en lanzar las piedras del borde de la altiplanicie, y solamente abandonarían el lugar cuando éstas les faltaran.

Por lo tanto, el Explorador y sus hombres dispondrían del tiempo necesario para ir hasta el otro extremo sin ser descubiertos, siguiendo la base. Si algunos miembros de la banda se encontraban en aquella parte, acabarían fácilmente con ellos mientras que esperaban a que volvieran Hunter y los demás, a quienes liquidarían mientras bajaban como si fueran gamuzas o corzos.

—¡A por ellos! —declaró Summy Skim—. Llamemos a nuestros hombres, la mayoría ha conservado sus armas y nosotros tenemos las nuestras. Crucemos la presa. En media hora estaremos allí, mientras que esos bribones necesitarán al menos dos horas para bajar.

Aunque no se le había preguntado nada a Ben Raddle, él era quien tenía que responder y decir si aprobaba el proyecto, el único, en verdad, que se pudiera poner en ejecución, el único del que se podía esperar alguna probabilidad de éxito.

Pero Ben Raddle permanecía mudo, como si no hubiera oído nada de lo que acababa de decirse. ¿En qué estaría pensando?

El ingeniero había oído perfectamente a sus compañeros, y en el momento en que hacían señales a los hombres para que se reunieran con ellos, dijo:

—No. No —repitió.

—¿Qué es lo que quieres entonces, Ben? —preguntó Sum my Skim.

—¡Quiero responder a la banda de Hunter como se merece que le respondan!

—¿Y cómo?

—¡Provocando la erupción! ¡Quizá los destruya a todos, hasta el último hombre!

Y así sucedería probablemente si la erupción era súbita, si los sorprendía en el borde del cráter.

Ben Raddle hizo un movimiento hacia el orificio de la galería.

—¿Qué va a hacer usted, *monsieur* Raddle? —dijo el Explorador.

—Voy a hacer saltar la pared y a precipitar el río en la chimenea del volcán.

Como sabemos, los barrenos estaban preparados y sólo faltaba prender la mecha.

Pero en el momento en que el ingeniero iba a introducirse en la galería:

—Déjeme —le dijo Lorique que quería ocupar su lugar.

—No —respondió Ben Raddle.

Y desapareció al instante por el orificio oculto por la enramada. Alcanzó, reptando, la pared del fondo y no tuvo más que encender las mechas de los cartuchos colocados en los agujeros. Después de eso regresó a toda prisa.

Algunos minutos después, los barrenos saltaron con todo su estruendo sordo, y parecía que la montaña temblaba sobre su base.

No había motivo para preguntarse si la pared había sido derribada por la explosión. Casi al momento se escuchó en la galería un hervor a través del cual se extendían, sin duda, las primeras lavas y, al mismo tiempo, unos espesos vapores fuliginosos surgieron del orificio.

—¡Manos a la obra! —exclamó Ben Raddle.

Ahora se trataba de destruir la presa, lo cual establecería la comunicación entre el río y la chimenea del cráter.

Todos se dedicaron a aquella tarea, derribando la presa a golpe de pico, arrojando las paladas de tierra a las márgenes. Bastó un cuarto de hora para acabar aquella tarea, porque las aguas la concluyeron cuando estaban a la mitad.

Fue un torrente que la pendiente del canal y de la galería enviaron al flanco del Golden Mount, alimentado por el inagotable Rubber Creek. ¿Vencería aquel torrente el empuje de los vapores y de la lava a través de la galería? Esa última cuestión se resolvería al instante.

Ansiosos, el ingeniero y sus compañeros esperaban, manteniéndose fuera del alcance de los bloques de piedra que caían sin cesar de la altiplanicie superior.

Pasó media hora, una hora. El agua seguía corriendo abundantemente, precipitándose por el interior del orificio de la galería, y, rechazando los vapores, se derramaba tumultuosamente en los flancos de la montaña.

De repente, resonó una terrible explosión. Las llamas y el humo que escapaban del volcán subieron a quinientos o seiscientos pies en el aire. Iban acompañados de millares de piedras, de fragmentos de lava endurecida, de escorias y de cenizas que giraban con gran estruendo. Seguramente allí arriba se había producido un gran derrumbamiento de la altiplanicie superior. Quizá, incluso, bajo la fuerza de las materias eruptivas, se había desgarrado en toda su anchura. Quizá el cráter se había agrandado para permitir el paso a aquellas masas ígneas vomitadas por la acción del fuego central.

Pero entonces, toda aquella erupción se precipitó en dirección norte. ¡Rocas acumuladas, lavas, cenizas arrastradas hacia ese lado, caían entre las olas!

¡Sí! ¡El Golden Mount se estaba vaciando enteramente en el océano Ártico!

—¡Ah! —exclamó Summy Skim sin poder contenerse—. ¡Nuestras pepitas!

¡Si Ben Raddle, Lorique y Bill Stell no habían podido exclamar lo mismo era porque no eran capaces de pronunciar una palabra! La estupefacción los ahogaba. En aquel momento no pensaban en los tejanos, sino en las riquezas del más prodigioso yacimiento de América septentrional que se perdían en los abismos del mar glacial.

En suma, como puede apreciarse, Ben Raddle no se había equivocado. Al introducir el agua en la chimenea volcánica había provocado la erupción en el plazo de una hora. El suelo temblaba como si amenazara resquebrajarse. El crepitar de las llamas, los silbidos del vapor llenaban el espacio. Una espesa nube coronaba el cono a varios centenares de pies de altura. Algunos bloques de piedra proyectados desde esa altura estallaban como bombas de las que salía polvo de oro.

—¡Son nuestras pepitas que estallan! —repetía Summy Skim.

Todos contemplaban desesperados aquel espantoso espectáculo. Aunque el ingeniero había logrado acelerar la erupción del Golden Mount, desgraciadamente no había podido dirigirla, y su campaña

concluía con un desastre.

Es cierto que la caravana no tenía nada que temer de la banda. Desde el comienzo, Hunter y sus compañeros debían haber sido sorprendidos por lo repentino del fenómeno, y les habría faltado tiempo para guarecerse. ¡Quizá la altiplanicie se había hundido bajo sus pies! ¡Quizá el cráter se los había tragado! ¡Quizá habían sido proyectados en el espacio, quemados, mutilados, y yacían en aquel instante en las profundidades del océano Ártico!

—¡Vengan! ¡Vengan! —exclamó Summy Skim.

Como habían tenido la precaución de permanecer más allá del canal, les fue fácil alcanzar la llanura y seguir por la base del Golden Mount. Corriendo a toda velocidad, llegaron al campamento de los tejanos. No necesitaron más de veinte minutos para estar allí.

Entonces se detuvieron. Algunos hombres de Hunter que habían permanecido en el campamento —unos diez— huían ya hacia el bosque, con sus caballos dispersos por toda la llanura, espantados por el estruendo de la erupción.

Cuando el Explorador y sus compañeros se detuvieron, el campamento estaba desierto. Pero entonces, cinco o seis miembros de la banda, que habían podido salvarse, descendían la pendiente del Golden Mount dejándose resbalar, corriendo el riesgo de romperse brazos y piernas.

Entre ellos vieron a Hunter, sin duda gravemente herido, arrastrándose apenas a unos cien pasos de distancia. Se agarraba a los matorrales, caía, se levantaba, detrás de los demás, los cuales, una vez en la falda de la montaña, emprendieron la huida.

En aquel momento se escuchó un disparo. Era Neluto que acababa de abrir fuego antes de que se lo pudieran impedir.

Hunter, alcanzado en el pecho, dio un salto, fue rodando de roca en roca y acabó aplastándose al pie del Golden Mount.

DE DAWSON CITY A MONTREAL



¡La campaña se acabó de aquella inesperada manera! ¡Qué desenlace, en lugar de con el que habían contado Ben Raddle y sus compañeros, y que los hubiera puesto en posesión de los incontables tesoros del volcán! Sin duda, las actividades de los tejanos habían contrariado los planes de Ben Raddle. El ingeniero había tenido que precipitar este desenlace, provocando la erupción para defender personalmente la caravana. Pero, aunque lo hubiera hecho en su día y hora, tampoco habría conseguido el oro que encerraba el cráter, porque el volcán arrojaba la materia eruptiva del lado del océano Ártico.

—Todas nuestras desgracias proceden de que el volcán ya se había despertado cuando nosotros llegamos a las bocas del Mackensie —dijo el Explorador.

—En efecto —respondió Summy Skim—. Jacques Laurier creyó que estaba extinguido cuando sólo estaba dormido, y se ha despertado algunas semanas demasiado pronto.

Era verdad, aquella mala suerte había hecho que Ben Raddle perdiera todos los beneficios de su campaña, y por mucho que le dijeran, nunca podría consolarse.

—Vamos, mi pobre Ben —dijo Summy Skim—, ¡un poco de filosofía y también un poco de sensatez! No nos queda más que regresar a nuestro país. Hace dieciocho meses que estamos muy

lejos de él.

Por toda respuesta Ben Raddle tomó el camino del campamento. Sin embargo, como el campamento de Hunter había sido abandonado y los supervivientes de la banda habían desaparecido, Bill Stell juzgó conveniente coger dos de sus carretas para sustituir las que habían sido aplastadas por las piedras. Por otra parte, sus compañeros lograron atrapar dos de los caballos que habían huido por la llanura. Los ataron a las carretas y regresaron todos hacia Rubber Creek.

La salida fue establecida para el día siguiente, y como repitió el Explorador, no había que retrasarse si Ben Raddle y Summy Skim querían regresar a Dawson City y también para emprender la ruta hacia Vancouver antes de que las borrascas de nieve la hicieran impracticable, y antes de que los primeros hielos interrumpieran la navegación de los ríos y de los lagos.

Por lo tanto, se estableció el campamento lo mejor que se pudo para aquella última noche.

La desviación del río continuaba, y quién sabe si todas las aguas del vasto estuario lo alimentarían durante semanas y meses.

—Quién sabe incluso si esta inundación no acabará por apagar el volcán —dijo el Explorador a Summy Skim.

—Es muy posible, Bill, pero no le digamos nada a Ben. ¡Sería capaz de esperar! Y además, ya no habría nada que coger en el cráter. El placer del Golden Mount ya no vale más que la parcela 129 de Forty Miles Creek, y si la una se ahogó con una inundación, ésta se ha vaciado en el mar.

Aquella última noche fue tranquila. Ni siquiera hubo necesidad de vigilar los alrededores. Pero durante las escasas horas de oscuridad, ¡qué hermoso espectáculo el de aquella poderosa erupción!: las llamas alzándose hasta las nubes cual fuegos artificiales lanzados con una fuerza extraordinaria, y las cenizas de oro arremolinándose en volutas por encima del Golden Mount.

Al día siguiente a las cinco de la mañana, la caravana del Explorador hizo sus últimos preparativos. Antes de que se diera la señal de salida, Ben Raddle y Lorique exploraron un cuarto de legua en la base del volcán. Pensaban que la erupción podría haber lanzado por aquel lado algunos bloques de cuarzo aurífero, algunas pepitas. Querían averiguarlo antes de abandonar para siempre

aquellas regiones del alto Dominio.

¡Nada! La erupción no se había desviado, y toda su sustancia, piedras, lavas, escorias, cenizas, proyectadas hacia el norte, no cesaban de caer en el mar, a veces a una distancia de setecientas o de ochocientas toesas. Del lado de la llanura, nada de nada. En cuanto a la intensidad del fenómeno, era de una extremada violencia, y hubiera sido imposible subir hasta el cráter. Si acaso Ben Raddle tenía la intención de hacer por última vez la ascensión del Golden Mount tuvo que renunciar a ello. Además, ¿para qué?

Por lo tanto, la caravana se formó con el ingeniero y Summy Skim a la cabeza en la tartana que conducía Neluto. Las carretas con sus tiros seguían bajo la dirección del Explorador, poco cargadas, en suma, con el material del campamento. Por ello, los hombres, tanto canadienses como indios, habían podido instalarse en ellas, lo que hacía más rápida la marcha. Como a la ida, el avance se interrumpiría durante dos horas para la pausa de mediodía, y durante ocho horas por la noche.

La comida estaba asegurada para una quincena de días, porque la caza y la pesca habían permitido economizar las conservas durante las semanas que habían pasado en el Golden Mount. Además, en el curso del camino, no les faltarían a los cazadores perdices, patos y caza mayor. Si Summy Skim lograba por fin abatir alguno de aquellos famosos alces, quizá pudiera decirse que no lamentaría aquel largo viaje y aquella larga ausencia.

El clima era incierto; el buen tiempo tocaba a su fin. Sin embargo, había razones para esperar que llegarían a la capital de Klondike antes del equinoccio de septiembre. La temperatura refrescaba, porque la curva diurna del sol descendía día a día. Tendrían que soportar el frío de la noche durante las sucesivas paradas, a menudo sin refugio, en aquella región desprovista de árboles, regada por el Mackensie y sus afluentes.

Cuando la caravana se detuvo para que los hombres almorzaran y los animales pastaran, el Golden Mount todavía era visible en el horizonte. Ben Raddle se había vuelto y no podía apartar la mirada de aquellos preciosos torbellinos que surgían de su cima.

—Vamos, Ben —le dijo Summy Skim—. Todo se va en humo, como tantas otras cosas en este bajo mundo. No pensemos más que en esto: ¡todavía estamos a [dos mil ochocientas cincuenta]^[27]

millas de nuestra casa de la calle Jacques-Cartier de Montreal!

La caravana avanzaba pues tan rápido como era posible dirigiéndose hacia Fort Macpherson. Seguía la orilla izquierda del río Peel que, como se sabe, tiene en su margen derecha ese puesto de la Compañía de la bahía del Hudson. El mal tiempo se señalaba ya con lluvias y borrascas, que hacían muy penoso el camino. Así pues, la caravana alcanzó el fuerte en la tarde del 22 de agosto y tuvo que permanecer allí veinticuatro horas.

La gente del Explorador no ocultaba su decepción ante el fracaso que habían experimentado. También ellos contaban con la parte que les hubiera correspondido de las riquezas del volcán de oro y regresaban con las manos vacías.

Se volvieron a poner en marcha en la mañana del 24 de agosto. El tiempo se había hecho espantoso, soplaban ráfagas cargadas de nieve, por lo que Bill Stell se mostraba muy inquieto.

A partir de Fort Macpherson, la caravana abandonó el curso del río Peel, que se dirigía oblicuamente hacia el sureste a través de la región que limitaba la enorme cadena de las Montañas Rocosas. Se tomó la dirección sudoeste para seguir el camino más corto entre Fort Macpherson y Dawson City. Cruzaron el Círculo Polar aproximadamente en el mismo lugar que a la ida, dejando a su derecha las fuentes del río Porcupine.

Entonces pasaron grandes fatigas contra los fuertes vientos que venían del sur. Los tiros de las carretas avanzaban trabajosamente. Por otra parte, Summy Skim y Neluto ya no hacían cacerías fructuosas, porque la caza se había dirigido ya hacia comarcas más meridionales. Se habían visto limitados a los patos, que por otro lado tampoco tardarían en faltar.

Afortunadamente, la salud general se mantenía en un estado bastante satisfactorio. Aquellos vigorosos indios y canadienses, acostumbrados a todas las fatigas, seguían siendo duros y válidos.

Finalmente, el 3 de septiembre aparecieron las primeras alturas que circundan por el este la capital de Klondike, y por la tarde, la caravana se detenía delante del Northern Hotel de Front Street.

Nadie se sorprenderá de que la llegada de la caravana fuera inmediatamente conocida en toda la ciudad. Tampoco tardaría en saberse lo que había ido a hacer el ingeniero a aquellas altas latitudes.

El primero que acudió al hotel fue el doctor Pilcox, siempre con prisa, siempre con su talante jovial, prodigando a los dos primos los testimonios de la más viva amistad.

Y en primer lugar:

—¿Se encuentran ustedes bien? —preguntó.

—Muy bien —respondió Summy Skim.

—¿No están demasiado fatigados?

—No, doctor, no demasiado.

—¿Y... satisfechos?

—Satisfechos... de haber regresado —replicó Summy Skim.

Pusieron entonces al doctor Pilcox al corriente; se enteró de todos los problemas de aquella infructuosa expedición, de los diversos incidentes que la habían marcado: el encuentro con la banda de tejanos, los ataques de que había sido objeto el campamento, de cómo y en qué condiciones el ingeniero había provocado la erupción del volcán, de cómo Ben Raddle y sus compañeros se habían librado de aquellos malhechores, y de cómo después de tantos esfuerzos, todo había sido inútil, porque las pepitas del Golden Mount yacían ahora en las profundidades del océano Ártico.

—Vamos —exclamó el doctor—. Vamos, un volcán que ni siquiera ha sabido vomitar por el lado bueno. Verdaderamente, no valía la pena administrarle un emético.

¡Y por emético el doctor entendía aquella derivación del Rubber Creek que había precipitado torrentes de agua en el estómago del Golden Mount!

Por todo consuelo sólo podía repetir a Ben Raddle lo que le repetía Summy Skim, con alguna variante.

—¡Hay que ser filósofo! ¡La filosofía es lo más higiénico del mundo! Si fuéramos verdaderamente filósofos...

Pero nunca se supo cuáles serían las consecuencias de aquel «si» médico del doctor Pilcox.

El mismo día, los dos primos se presentaron con él en el hospital. Sor Marta y sor Madeleine estuvieron muy contentas de volver a ver a sus antiguos compañeros de viaje. Y Summy Skim encontró a las dos religiosas como las había dejado, entregadas incansablemente a su caritativa misión. El doctor le dijo:

—Con auxiliares como ellas, el servicio funciona solo, y

estaríamos en condiciones de cuidar las trescientas quince clases de enfermedades que afligen a la especie humana.

Durante la velada que pasó en compañía de sus compatriotas se habló de la salida.

—No tienen tiempo que perder —declaró el doctor—. A no ser que deseen pasar un segundo invierno en este adorable territorio de Klondike.

—De acuerdo, adorable —respondió Summy Skim—, pero prefiero reservar mi adoración para Montreal.

—De acuerdo también, *monsieur* Skim, pero qué ciudad ésta de Dawson City, y que próspero y bello porvenir le espera.

En la conversación, Ben Raddle se vio obligado a hablar de la parcela 129 de Forty Miles Creek.

—Pues bien, *monsieur* Ben —dijo el doctor—, la parcela sigue estando bajo las aguas del nuevo río, y quiera Dios que ese río no se seque nunca.

—¿Por qué? —preguntó Summy Skim.

—Porque ha sido bautizado con mi nombre —respondió el doctor—, el río Pilcox, y me siento muy orgulloso de figurar en la nomenclatura geográfica de este hermoso país de Klondike.

¡No! No era de temer una desgracia parecida, y la parcela 129, lo mismo que la 127, estaban anegadas para siempre bajo las aguas del río Pilcox.

Además, ya que Ben Raddle y Summy Skim estaban decididos a marcharse, era importante que se pusieran en camino sin tardanza. El invierno prometía ser precoz aquel año, lo mismo que lo había sido la estación cálida, y los mineros que tenían que afincarse en Scagway o en Vancouver hasta la primavera siguiente ya habían abandonado Dawson City hacía una quincena de días.

En total, la campaña había sido buena. En los territorios recorridos por los afluentes del Yukón se habían obtenido verdaderas fortunas, sobre todo en los tributarios del Bonanza, del El dorado, en los placeres de montaña y en los placeres de los ríos. Las previsiones del catastro de Ogilvie no cesaban de verificarse, y las minas de Klondike acabarían por proporcionar tantos miles de millones como millones habían producido los yacimientos de África, de América y de Oceanía.

Al día siguiente de su llegada, Ben Raddle y Summy Skim

trataron definitivamente con el Explorador la cuestión de su marcha. Contaban con los servicios de aquel inteligente y abnegado canadiense para conducirlos hasta Scagway. Pero después de maduras reflexiones, Bill Stell les dijo lo siguiente:

—Caballeros, me sentiría dichoso de poder continuar con ustedes mi oficio de guía. Ahora bien, no se me oculta que es demasiado tarde para emprender un viaje a través de las llanuras del río Pelly. Dentro de quince días, los ríos y los lagos estarán helados, la navegación será imposible y nos veríamos obligados a regresar a Dawson City.

Quizá aquella perspectiva no hubiera asustado sobremanera a Ben Raddle, pero no expresó su opinión por miedo a que Summy Skim diera un salto como una gamuza.

—Además —continuó Bill Stell—, el tiempo se hace cada vez más frío, y admitiendo que pudiéramos cruzar los lagos, encontraríamos, sin duda alguna, cerrados los pasos del Chilkoot, y nos resultaría imposible alcanzar Scagway.

—¿Qué hacer entonces? —preguntó Summy Skim que no se podía estar quieto de impaciencia.

—Lo que hay que hacer es alcanzar Saint Michel, en la desembocadura del Yukón, donde ustedes encontrarán los vapores que hacen el servicio de Vancouver —respondió el Explorador.

—Pero ¿y para bajar el Yukón? —dijo Ben Raddle.

—El último paquebote va a salir de Dawson City dentro de dos días, y llegará seguramente a Saint Michel antes de que los hielos hayan interrumpido la navegación a lo largo del curso del río.

El consejo era sensato, procedente de un hombre tan práctico como el Explorador, y no había que dudar en seguirlo.

—¿Y usted? —preguntó Summy Skim.

—Yo pasaré el invierno en Dawson City —respondió Bill Stell—. Ya lo he hecho varias veces. Esperaré la época en que sea posible regresar al lago Benett.

Cuando comunicaron aquel proyecto al doctor Pilcox, éste lo aprobó, tanto más que él también creía que los grandes fríos estaban muy cerca, y había razones para confiar en su experiencia. Además, no era hombre que se asustara por cincuenta o sesenta grados bajo cero en el termómetro, y ni siquiera los cien grados le darían miedo.

Una vez decidida la salida, se efectuaría antes de veinticuatro horas, y los preparativos no serían ni largos ni difíciles.

Cuando Ben Raddle propuso a Lorique que los acompañara, el capataz respondió:

—Se lo agradezco, *monsieur* Ben, pero prefiero quedarme en Dawson City. Encontraré manera de colocarme en alguna concesión la temporada próxima, y no me faltará trabajo. Además, ustedes siguen siendo los propietarios de la parcela 129, y digan lo que digan, quién sabe si el río Pilcox no les devolverá algún día su propiedad.

—Y ese día, un telegrama... —respondió Ben Raddle sabiendo que su primo no podía oírle.

—Sí, un telegrama al señor ingeniero Ben Raddle, calle Jacques-Cartier, Montreal, Dominio del Canadá —respondió Lorique.

¡Decididamente, el ingeniero y el capataz estaban hechos para entenderse el uno al otro!

Pero si Lorique no aceptó la proposición de Ben Raddle, no ocurrió lo mismo con Neluto cuando Summy Skim, que apreciaba toda la abnegación de aquel buen indio, le dijo:

—Neluto, ¿tienes intención de quedarte en este país que se disputan durante ocho meses al año el viento y la nieve?

—¿Y adónde iría yo, *monsieur* Skim?

—¿Por qué no te vienes conmigo a Montreal?

—Si a usted le resulta conveniente, *monsieur* Skim...

—Te instalaré en Green Valley, y cuando llegue la primavera saldremos los dos juntos de caza. Y como los alces no tardarán en huir de este abominable Klondike, que sólo es bueno para los Hunter y los Malone, acabaremos por abatir algunos.

—Estoy listo para salir, *monsieur* Skim —respondió Neluto cuyos ojos brillaban de satisfacción.

No faltaba más que liquidar con el Explorador los gastos de la expedición al Golden Mount, lo que se hizo generosamente. Esto produjo una fuerte brecha en la bolsa de los dos primos, y el ingeniero tuvo grandes pesares pensando que todos los gastos hubieran debido ser cubiertos primero por los beneficios de la parcela 129, y luego por los beneficios del volcán de oro.

Llegó la hora de los últimos adioses en la mañana del 17 de septiembre. Sor Marta, sor Madeleine y el doctor Pilcox

acompañaron a Ben Raddle y Summy Skim al barco del Yukón en el que habían reservado dos plazas para ellos y una para Neluto. Lorique, el capataz, los esperaba allí.

Las religiosas tenían los ojos húmedos, y Summy Skim sentía una fuerte congoja en el corazón pensando en aquellas dos santas mujeres que sin duda no volvería a ver.

El doctor no ocultaba en absoluto su emoción cuando dio la mano a sus compatriotas. Las últimas palabras de Ben Raddle al oído de Lorique fueron las siguientes:

—¡No lo olvides! ¡Un telegrama!

Después el paquebote se puso en marcha y pronto desapareció en una curva del río.

La distancia entre Dawson City y Saint Michel por el Yukón es aproximadamente de seiscientas leguas. El vapor, de doscientos pies de eslora, y sesenta pies de ancho, accionado por su potente rueda trasera, bajaba rápidamente por la corriente del río, que comenzaba a arrastrar algunos témpanos. Pasó a seis leguas de Dawson City entre el pico del Viejo, a babor, y la punta de la Vieja, a estribor. Después de haber fondeado algunas horas en Cudahy, y después de haber cruzado la frontera a treinta y seis leguas de la capital de Klondike, alcanzó Circle City, aquella aldea de unas cincuenta isbas de donde Hunter había salido hacia el Golden Mount. Después vino la navegación a través de aquella pintoresca región entre centenares de islas cubiertas de retamas, de abedules y de álamos, haciendo resonar con su sirena las altas orillas. Después se detuvo durante media jornada en Fort Yukon, que antaño había sido la capital de Klondike, situada a ciento veinte leguas aguas abajo de Dawson City, en medio de una comarca probablemente muy rica en yacimientos auríferos.

A partir de aquel lugar, donde el río Porcupine mezcla sus aguas con las del gran río, siendo el punto más alto que éste alcanza en latitud, el Yukón se curva hacia el sudoeste para arrojarle a la bahía de Norton.

En resumen, Ben Raddle y Summy Skim no dejaban de interesarse por los incidentes de aquella navegación cuyas etapas sucesivas fueron Fort Hamlin, simple depósito de avituallamiento, Rampart City, en la desembocadura del Munook Creek, entonces ocupado por un millar de mineros, y más allá del cual no se habían

llevado aún las exploraciones. ¡Y qué ávidos deseos inspiraba a aquellos centenares de pasajeros del barco del Yukón que regresaban en su mayoría con las manos vacías después de una campaña infructuosa!

El tiempo era inseguro, lluvioso, incluso con amenazas de nieve. El frío se dejaba sentir y aguas abajo se encontraban más témpanos de los esperados. Se formaban algunos atoladeros de hielo, y el avance del barco, que por otro lado se detenía cada noche, se veía considerablemente retrasado. La duración del viaje se vio multiplicada por dos, y en lugar de efectuarse en seis o siete días, exigió una docena. Después de haber fondeado sucesivamente en los montes Tanana, en Novikakat, en Nulato, frente a Volassatuk, en Kaltag, en Fort Get There, en Anvik, donde se había fundado una misión muy frecuentada por los indios, simples campamentos de tribus más que aldeas, el barco alcanzó Starivilipak, el punto más meridional del río, que a partir de ese momento se curva hacia el noroeste para desembocar en el mar de Bering, en Kullik.

Desde allí, la navegación, de treinta y dos leguas hasta Saint Michel, se efectuó en media jornada, porque el avance ya no se veía estorbado por el hielo.

Monsieur Arnis Semiré dice de ese puerto, en el que se han establecido las compañías de navegación del Yukón, que llueve siempre, más de seis pies de agua anuales. Fue, por lo tanto, bajo un diluvio que Ben Raddle, Summy Skim y Neluto desembarcaron en la tarde del 29 de septiembre después de una travesía de catorce días.

Una feliz circunstancia hizo que pudieran obtener pasaje a partir del día siguiente en el *Kadiak* que estaba a punto de zarpar con destino a Vancouver. Todavía los separaban de esa ciudad mil ciento cincuenta leguas, desde donde podrían llegar directamente a Montreal por ferrocarril. Pero el *Kadiak* tuvo que soportar fuertes temporales, sobre todo a lo largo de la costa de la península de Alaska, y tuvo incluso que resguardarse durante cuarenta y ocho horas en las islas Pribylof.

En total, aquel viaje de regreso fue más corto y, sobre todo, menos fatigoso que el que habían realizado a través de las regiones lacustres hasta el Chilkoot, y el Explorador había aconsejado sensatamente a Ben Raddle y a Summy Skim al empujarles a que bajaran por el curso del Yukón.

En resumen, el 17 del mes de octubre fue el día en que el *Kadiak* efectuó su entrada en el puerto de Vancouver.

Algunos días más tarde, Ben Raddle y Summy Skim, seguidos por Neluto, regresaban a Montreal, a su casa de la calle Jacques-Cartier, después de dieciocho meses de ausencia.

¡Pero cuántas vivas añoranzas, cuántos deseos insatisfechos albergaba el alma del ingeniero! Su carácter se había resentido con ello, y parecía que en cualquier momento fuera a estallar en recriminaciones contra su mala fortuna.

Entonces Summy Skim se apresuraba a decirle:

—Sí, mi pobre Ben siempre está listo para entrar en erupción. ¡Después de todo, cuando uno ha tenido un volcán en su vida, siempre queda algo!

NOTAS

[1] Primera parte, capítulo xiv. < <

[2] *Segunda patria*, capítulo XI. < <

[3] *En Magellanie*, capítulo xv. < <

[4] *Segunda patria*, capítulo xxxii. < <

[5] Segunda parte, capítulo I. < <

[6] Parcela. < <

[7] «La sed maldita de oro» (Virgilio, citado por Verne, Primera parte, capítulo v). < <

[8] *El volcán de oro*, versión de Michel Verne, Segunda parte, capítulo VI. < <

[9] Segunda parte, fin del capítulo VI. < <

[10] Capítulo XIII. < <

[11] Capítulo XXII. < <



JULES GABRIEL VERNE. Escritor francés, conocido en los países de lengua española como Julio Verne. El 8 de febrero de 1828 nació en Nantes este gran escritor, geógrafo de países fabulosos, creador de personajes enigmáticos, inventor de islas misteriosas y de originales máquinas, que con sus extraordinarias novelas inició a varias generaciones en el amor a la ciencia.

Tal vocación por lo extraordinario y lo fantástico no se advertía en Julio Verne cuando niño. Alumno estudioso y serio, no mostraba el afán de aventuras de otros chicos de su edad. Dotado de extraordinaria memoria, hizo con aprovechamiento sus primeros estudios, y luego marchó a París para cursar la carrera de abogado, profesión que ejercía su padre en Nantes.

Terminada la carrera, no demostró ninguna afición a ella. Su amistad con Alejandro Dumas y otros autores dramáticos había despertado en él la afición a ese género literario, y tenía escritas algunas obras como *La Conspiration des poudres*, *Un drame sous la Régence* y *Les Pailles rompues*, comedia en verso esta última, primera que estrenó (1850) y que sólo se representó una docena de veces, en el *Gymnase*. Luego estrenó *Douce jours de siècle*, comedia en tres actos, en el *Vaudeville*.

Nombrado secretario del *Théâtre Lyrique*, continuó sus ensayos dramáticos con no mucho éxito, hasta que, interesado por la aerostación, escribió *Cinco semanas en globo* (1863), su primera novela científica.

El gran éxito que obtuvo con ella le animó a continuar este género de literatura y firmó un contrato exclusivo con su editor, J. Hetzel, comprometiéndose a proporcionarle dos obras anuales durante veinte años, o cuarenta en un breve espacio de tiempo, por lo cual recibiría 20 000 francos anuales o 10 000 por volumen. El éxito de las obras siguientes fue tal, que su editor hubo de mejorarle cinco veces el contrato.

Sucesivamente publicó, entre otras muchas, *Viaje al centro de la tierra* (1864); *De la tierra a la luna* (1865); *Las aventuras del capitán Hatteras* (1866); *Los hijos del capitán Grant* (1868); *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870) (que le valió ser coronado por la Academia Francesa); *La vuelta al mundo en ochenta días* (1873); *El doctor Ox* (1874); *La isla misteriosa* (1875); *Miguel Strogoff* (1876); *Las Indias negras* (1877); *Historia de los grandes viajes y de los grandes viajeros* (1878); *Un capitán de quince años* (1878); *Las tribulaciones de un chino en China* (1879); *El rayo verde* (1882) y *El archipiélago en llamas* (1884).

El mayor mérito de este gran novelista científico son sus anticipaciones, sus previsiones geniales, nacidas de un cerebro enciclopédico. Todo lo que predijo en cuestiones de navegación (aérea y submarina), cinematografía, televisión, telegrafía sin hilos, etc., etc., y que se ha realizado en nuestros días, demuestra la variedad de una erudición y la riqueza de una imaginación que no han sido superadas.

Además, su obra, exaltadora del valor, del esfuerzo, de la energía y de la bondad, sin bajezas morales de ninguna clase, ha ejercido siempre una influencia extraordinaria en la juventud.

Julio Verne murió en Amiens, el año 1905.

NOTAS

[1] Este emotivo drama constituye el tema de la novela titulada *Familia sin nombre*, que forma parte de la serie *Viajes extraordinarios*. (N. del A.). < <

[2] Denominación de Canadá. (N. del A.). < <

[3] J. V. escribe Ben «Braddle». < <

[4] Dejado en blanco. < <

[5] J. V. multiplica las variaciones y escribe Ben «Craddle». < <

[6] Llamado aquí Ben «Naddle». < <

[7] DJ. V. olvida que por faltar habitaciones en el Westminster, se alojaron en el Vancouver Hotel. < <

[8] Virgilio, «la sed maldita de oro». < <

[9] La «Reine» se ha convertido en «Princesse». < <

[10] Dejado en blanco. < <

[11] J. V. deja en blanco dos líneas en las que pensaba describir la esperanza de la *fortuna* y la realidad de las *decepciones*. < <

[12] A partir de este capítulo, J. V. escribe Bill «Steel», en lugar de Bill Stell. < <

[13] Palabra olvidada. < <

[14] Dos veces la superficie de Francia. < <

[15] A partir de aquí, J. V. lo llama «Lorrique». < <

[16] Dejado en blanco. < <

[17] Se ha de hacer hincapié en que la producción del distrito fue de cincuenta millones en 1898 y de ochenta millones en 1899. < <

[18] Dejado en blanco. < <

[19] «Jacques» sustituye al nombre «François», que está tachado.

< <

[20] Aquí se conserva en el manuscrito el nombre inicial, François.
¿Por qué cambió Michel Verne el apellido «Laurier» por «Ledun»?

< <

[21] J. V. llama aquí al indio «Karrak». Michel Verne se decide por «Krarak». < <

[22] Aparición del perro de caza, cuya adquisición ha olvidado relatar el autor. < <

[23] J. V. olvida que Harry Brown es anglocanadiense. < <

[24] Palabra omitida. < <

[25] J. V. escribe ahora «Buller». < <

[26] Cifra omitida en el original. < <

[27] Cifra omitida en el original. < <